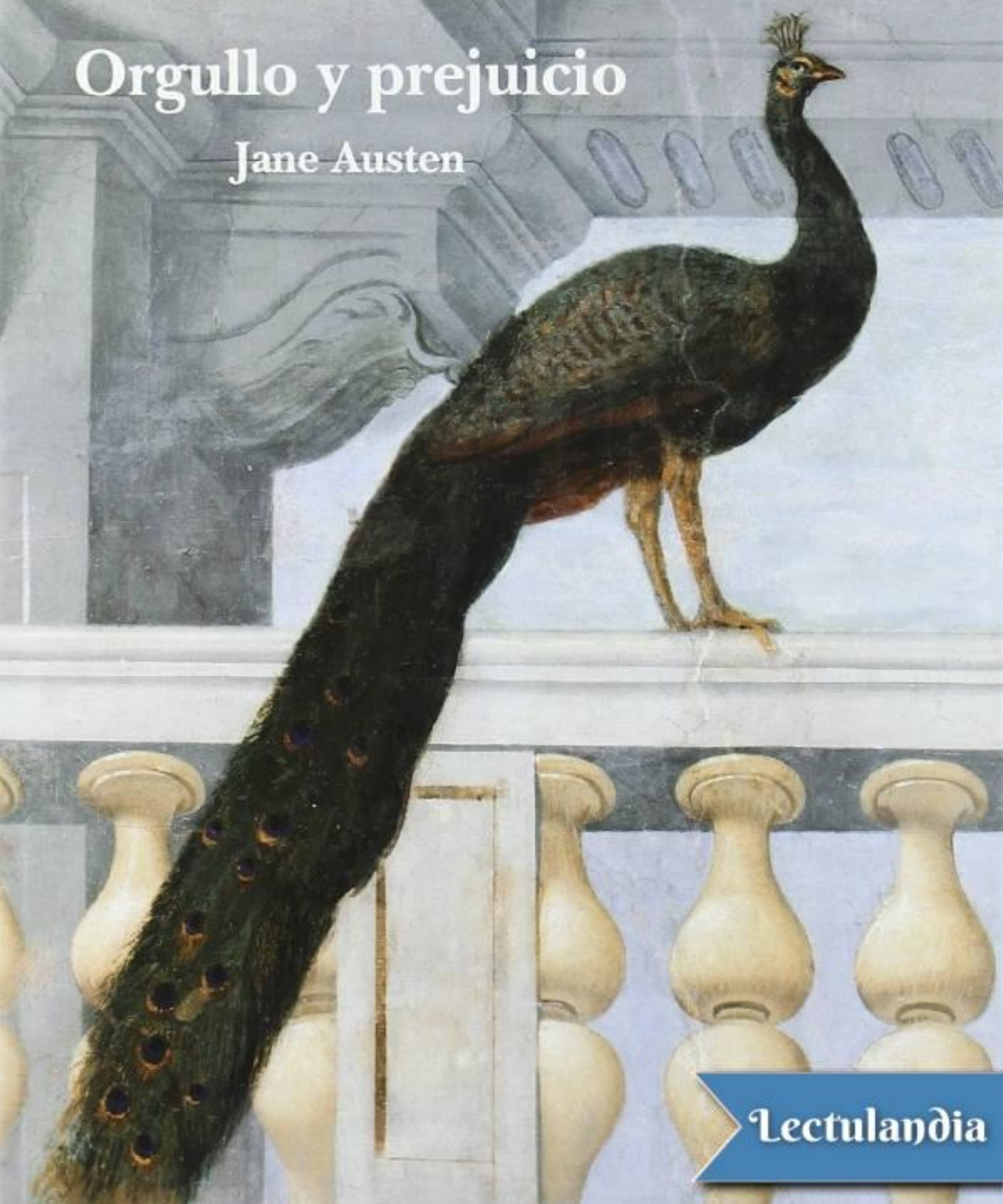


Orgullo y prejuicio

Jane Austen



Lectulandia

«Es una verdad universalmente aceptada que todo soltero en posesión de una gran fortuna necesita una esposa»: este comienzo —junto con el de *Anna Karénina*, quizá uno de los más famosos de la historia de la literatura— nos introduce sabiamente en el mundo de Jane Austen y de su novela más emblemática. *Orgullo y prejuicio*, publicada en 1813 tras el éxito de *Juicio y sentimiento*, reúne de forma ejemplar sus temas recurrentes y su visión inimitable en la historia de las cinco hijas de la señora Bennett, que no tiene otro objetivo en su vida que conseguir una buena boda para todas ellas. Dos ricos jóvenes, el señor Bingley y el señor Darcy, aparecen en su punto de mira e inmediatamente se ven señalados como posibles «presas». El opresivo ambiente de la familia, la presión del matrimonio y del escándalo, la diferencia de clases, el fantasma de la pobreza y la actitud de una heroína más rica y compleja en sentimientos que cualquier heroína de cualquier novela anterior, se conjugan en esta obra maestra leída y celebrada a lo largo de más de dos siglos.

Lectulandia

Jane Austen

Orgullo y prejuicio

ePub r1.0

Narukei 17.02.14

Título original: *Pride and Prejudice*

Jane Austen, 1813

Traducción: Marta Salís

Ilustraciones: Hugh Thomson

Diseño: Alba editorial

Editor digital: Narukei

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Orgullo y prejuicio





Nota al texto

Orgullo y prejuicio fue publicada por primera vez en 1813 (T. Egerton, Londres) de forma anónima («por el autor de *Juicio y sentimiento*»), en una edición en tres volúmenes según la costumbre editorial de la época. El primer volumen abarcaba los capítulos I-XXIII, el segundo los XXIV-XLII y el tercero los XLIII-LXI, según la numeración correlativa que adoptan las modernas ediciones. El texto utilizado para la traducción es de la primera edición.

Las ilustraciones de Hugh Thomson están tomadas de la edición de Chiswick Press (Londres, 1894).



Capítulo I



s una verdad universalmente aceptada que todo soltero en posesión de una gran fortuna necesita una esposa.

Aunque apenas se conozcan sus sentimientos u opiniones cuando llega a un vecindario, esa verdad está tan arraigada en la imaginación de las familias circundantes que todas le consideran propiedad legítima de una u otra de sus hijas.

—Mi querido señor Bennet —le dijo un día a éste su mujer—, ¿sabes que por fin se ha arrendado Netherfield Park?

El señor Bennet respondió que lo ignoraba.

—Pues así es —exclamó ella—; acaba de venir la señora Long, y me ha contado todos los detalles.

El señor Bennet no dijo nada.

—¿No quieres saber quién es el nuevo inquilino? —preguntó su mujer, impaciente.

—Tú estás deseando decírmelo, y yo no tengo inconveniente en escucharlo.

Esta invitación fue más que suficiente.

—Bueno, querido, me ha dicho la señora Long que el arrendatario es un joven muy rico del norte de Inglaterra; que apareció el lunes en un carruaje de cuatro caballos para ver la casa y las tierras, y se entusiasmó de tal modo con ellas que llegó inmediatamente a un acuerdo con el señor Morris; que se instalará en Netherfield por San Miguel^[*], y algunos de sus criados llegarán a finales de la semana que viene para preparar la casa.

—¿Cómo se llama?

—Bingley.

—¿Está casado o soltero?

—¡Soltero, querido, por supuesto! Soltero y con una gran fortuna: una renta de cuatro o cinco mil libras anuales. ¡Me alegro tanto por nuestras hijas!

—¿Por qué razón? No entiendo en qué puede afectarles eso.

—Mi querido señor Bennet —contestó su mujer—, ¡a veces me exasperas! Sabes perfectamente que estoy pensando en que se case con una de ellas.

—¿Acaso se instala en Netherfield con esa intención?

—¿Con esa intención? ¡Menuda tontería! ¿Cómo puedes decir eso? Pero lo más probable es que se enamore de alguna, así que tendrás que ir a visitarlo en cuanto llegue.

—No veo ningún motivo para hacerlo. Puedes ir tú con las niñas, o dejar que vayan solas, tal vez sea lo mejor... Eres tan bonita como cualquiera de ellas y el señor Bingley podría preferirte a ti.

—Qué palabras tan halagüeñas, querido. Es cierto que fui bastante hermosa, pero no creo que ahora sea nada extraordinario. Una mujer con cinco hijas casaderas ha de olvidarse de su propia belleza.

—Bueno, no es frecuente que, llegado ese momento, tenga una gran belleza en la que pensar.

—En cualquier caso, querido, tienes que presentar tus respetos al señor Bingley en cuanto llegue a la vecindad.

—No te prometo nada...

—Pero piensa en tus hijas. Sería un matrimonio tan ventajoso para cualquiera de ellas... Sir William y lady Lucas están decididos a hacerle una visita únicamente con este propósito; ya sabes que, por lo general, nunca dan la bienvenida a los nuevos vecinos. Tienes que ir como sea, ¡estaría tan mal visto que lo hiciéramos nosotras...!

—Tienes demasiados escrúpulos. Imagino que el señor Bingley se alegrará de conoceros; le llevarás unas líneas de mi parte para que tenga la seguridad de que daré mi aprobación a su boda con cualquiera de mis hijas, la que más le agrade; aunque pienso cantarle las excelencias de mi pequeña Lizzy.

—Te ruego que no lo hagas. Lizzy no es mejor que las demás; y ni es tan guapa como Jane, ni tan alegre como Lydia. Aunque siempre ha sido tu favorita...

—No hay nada admirable en nuestras niñas —respondió él—; son tan necias e ignorantes como las demás jóvenes de su edad; pero Lizzy es más despierta que sus hermanas.

—Señor Bennet, ¿cómo puedes hablar así de tus hijas? Te encanta contrariarme. No tienes compasión de mis pobres nervios.

—Te equivocas, querida. Tus nervios me inspiran el mayor de los respetos. Son viejos amigos míos. Llevo más de veinte años oyéndote hablar de ellos.

—¡Ah! No sabes lo que sufro...

—Bueno, espero que lo superes y vivas para ver a muchos jóvenes con rentas de cuatro mil libras anuales instalándose en el vecindario.

—¿De qué serviría que llegaran veinte si tú te niegas a visitarlos?

—Ten la seguridad, querida, de que el día que haya veinte iré a verlos.

Había en el señor Bennet una mezcla tan extraña de ingenio, sarcasmo, reserva y capricho que la experiencia de veintitrés años no había bastado para que su esposa le entendiera. Ella tenía un carácter mucho más fácil de descifrar. Era una mujer de pocas luces, escasos conocimientos y temperamento indeciso. Cuando algo le disgustaba, se creía enferma de los nervios. Su meta en la vida era casar a sus hijas; su solaz, los chismes y las visitas.



Capítulo II



El señor Bennet fue uno de los primeros en presentar sus respetos al señor Bingley. Siempre había tenido ese propósito, aunque hubiera asegurado lo contrario a su mujer hasta el último momento; y ella no se enteró de su visita hasta la velada del día siguiente. El hecho salió a la luz cuando el señor Bennet dijo de pronto a su segunda hija, al verla adornando un sombrero:

—Espero que al señor Bingley le guste Lizzy.

—¿Cómo vamos a saber lo que le gusta al señor Bingley —exclamó su mujer, con resentimiento— si no pensamos visitarlo?

—Pero, mamá —dijo Elizabeth—, no olvide usted que nos encontraremos con él en bailes y reuniones, y que la señora Long ha prometido presentárnoslo.

—Me extrañaría mucho que lo hiciera. Tiene dos sobrinas casaderas. Es una mujer hipócrita y egoísta, y no creo que sea de fiar.

—Yo tampoco —añadió el señor Bennet—; me alegra ver que no esperas nada de ella.

La señora Bennet no se dignó responder; pero, incapaz de contenerse, empezó a regañar a una de sus hijas.

—¡Deja de toser, Kitty, por lo que más quieras! Ten piedad de mis nervios. Vas a acabar con ellos.

—Kitty debería toser con más juicio —dijo su padre—; nunca sabe hacerlo en el momento oportuno.

—Ni que tosiera por diversión —respondió Kitty, quejumbrosa.

—¿Cuándo es el próximo baile, Lizzy?

—De mañana en quince días.

—En efecto —exclamó su madre—, y la señora Long no volverá hasta la víspera,

así que no podrá presentarnos al señor Bingley porque aún no lo conocerá.

—En ese caso, querida, podrás adelantarte a ella y presentárselo tú.

—Imposible, señor Bennet, imposible, ¿cómo voy a hacerlo si no le conozco? No te burles de mí...

—Tu circunspección me parece encomiable. Es cierto que quince días es muy poco tiempo en una relación. No se puede saber cómo es un hombre en dos semanas. Pero si nosotros no damos el paso, otros lo harán; después de todo, la señora Long y sus sobrinas merecen una oportunidad. A ella le parecerá un acto de cortesía, así que, si te niegas a presentárselo tú, tendré que hacerlo yo.

Las jóvenes clavaron la mirada en su padre. La señora Bennet se limitó a decir:

—¡Menudo disparate!

—¿Y a qué viene esa exclamación tan categórica? —quiso saber su marido—. ¿Acaso te parecen una tontería las fórmulas de presentación y la importancia que se les concede? No puedo coincidir contigo en eso. ¿Qué opinas tú, Mary? Al fin y al cabo, eres una joven amante de la reflexión, que lee libros de lo más voluminosos y copia pasajes para memorizarlos.

Mary quiso decir algo muy sensato, pero no supo cómo.

—Mientras Mary aclara sus ideas —prosiguió él—, volvamos al señor Bingley.

—¡Estoy harta del señor Bingley! —protestó su mujer.

—Lamento oír eso; pero ¿por qué no me lo has dicho antes? De haberlo sabido esta mañana, no habría ido a visitarlo. ¡Qué mala suerte! El caso es que, como le he presentado mis respetos, ya no podemos eludir su trato.

Sorprender a las damas era justo lo que pretendía. Es posible que el asombro de la señora Bennet fuera mayor que el de sus hijas, pero, una vez superada la primera explosión de alegría, empezó a decir que era lo que siempre había esperado de su marido.

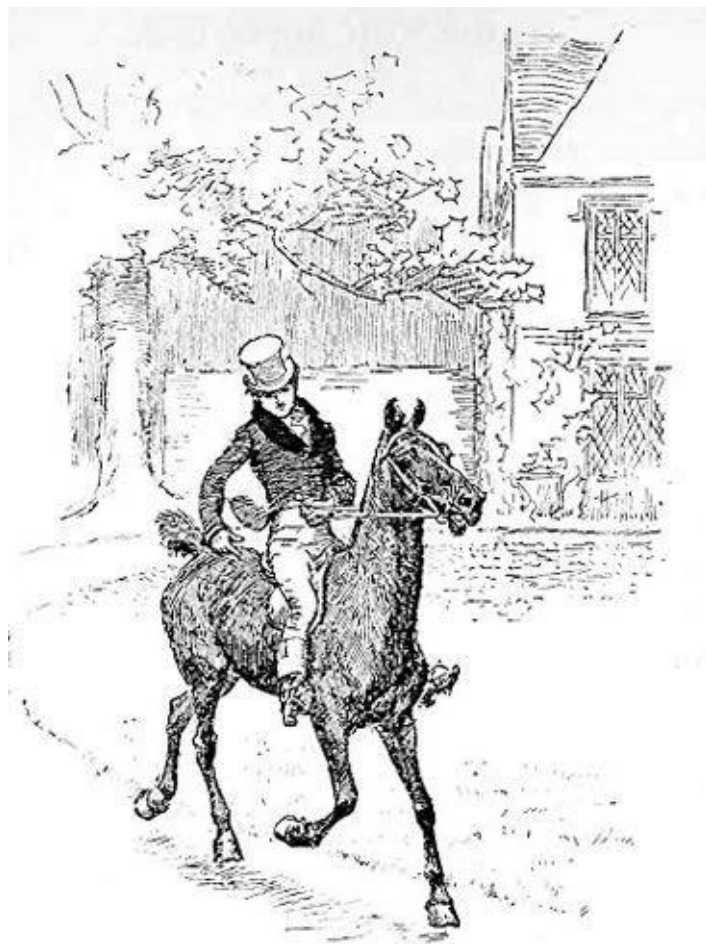
—Mi querido señor Bennet, ¡qué generoso por tu parte! Aunque sabía que acabaría convenciéndote. Quieres demasiado a tus hijas para descuidar una amistad así. ¡Me siento tan dichosa! ¡Mira que gastarnos la broma de ir a verle por la mañana y no decirnos nada hasta ahora!

—Y ahora, Kitty, puedes toser cuanto quieras —exclamó el señor Bennet; y, mientras decía estas palabras, salió de la estancia, cansado de las muestras de júbilo de su mujer.

—¡Que padre tan maravilloso tenéis, hijas mías! —dijo la señora Bennet en cuanto se hubo cerrado la puerta—. Nunca podréis agradecerle lo amable que es con vosotras; ni a mí tampoco, a decir verdad. A nuestra edad no resulta tan agradable, os lo aseguro, entablar nuevas amistades todos los días; pero haríamos cualquier cosa por vosotras. Lydia, tesoro, aunque seas la más pequeña, no me sorprendería que el señor Bingley te sacara a bailar en la próxima fiesta.

—No crea que me preocupa —exclamó Lydia, con resolución—; aunque sea la menor, soy la más alta de las hermanas.

Pasaron el resto de la velada haciendo conjeturas sobre cuánto tardaría el nuevo vecino en devolver la visita del señor Bennet, y decidiendo cuándo debían invitarle a cenar.



Capítulo III

A pesar de todas las preguntas que hizo la señora Bennet, ayudada por sus cinco hijas, no sonsacó a su marido una descripción convincente del señor Bingley. Las cinco le atacaron de diversos modos: con preguntas directas, con suposiciones ingeniosas y con vagas conjeturas; pero él logró eludir el asedio, y ellas no tuvieron más remedio que contentarse con la información de segunda mano de su vecina lady Lucas. Las palabras de ésta fueron muy elogiosas. Sir William estaba encantado con el nuevo inquilino de Netherfield. Era muy joven, y extraordinariamente apuesto y amable, y, por si fuera poco, pensaba asistir a la próxima fiesta con un numeroso grupo de amigos. ¡Las noticias no podían ser mejores! La afición al baile era en cierto modo un primer paso hacia el amor; y más de una joven abrigó la esperanza de conquistar el corazón del señor Bingley.

—Si pudiera ver a una de mis hijas felizmente instalada en Netherfield —dijo la señora Bennet a su marido—, y a las otras cuatro igual de bien casadas, todos mis deseos se verían colmados.

A los pocos días el señor Bingley devolvió la visita al señor Bennet, y pasó diez

minutos con él en su biblioteca. Había ido con la ilusión de ver a sus hijas, pues había oído hablar de su belleza; pero sólo vio al padre. Las jóvenes fueron algo más afortunadas, ya que, desde una ventana del piso superior, tuvieron ocasión de comprobar que el nuevo vecino vestía una casaca azul y montaba un caballo negro.

No tardaron en enviarle una invitación para cenar; y la señora Bennet había elegido ya los platos que le permitirían lucirse como ama de casa cuando llegó una respuesta que lo demoró todo. El señor Bingley tenía que trasladarse a Londres al día siguiente, por lo que, lamentándolo profundamente, etcétera, no podía aceptar la amable invitación. La señora Bennet se quedó muy desconcertada. Era incapaz de imaginar qué asunto podía llevar al joven a la ciudad nada más instalarse en Hertfordshire; y empezó a temer que se pasara la vida yendo de un lugar a otro, sin hacer lo que debía: fijar su residencia en Netherfield. Lady Lucas consiguió tranquilizarla un poco al sugerir que tal vez viajara a Londres en busca del grupo de amigos que le acompañarían al baile; y no tardó en circular el rumor de que el señor Bingley asistiría con doce damas y siete caballeros. A las jóvenes les disgustó aquel número tan elevado de señoras; pero se consolaron al oír la víspera del festejo que sólo habían llegado de Londres seis mujeres: sus cinco hermanas y una prima. Y, cuando el grupo entró finalmente en el salón de baile, lo componían únicamente cinco personas: el señor Bingley, sus dos hermanas, el marido de la mayor y otro caballero.

El señor Bingley era un joven apuesto y distinguido; tenía un rostro muy agradable, y maneras sencillas y afables. Sus hermanas vestían con auténtica elegancia, a la última moda. Su cuñado el señor Hurst, que de caballero tenía sólo la apariencia, pasó casi inadvertido, pero su amigo, el señor Darcy, llamó en seguida la atención de los presentes por su elevada estatura, hermosas facciones y porte aristocrático; y porque a los cinco minutos de su llegada corrió el rumor de que tenía una renta de diez mil libras anuales. Los caballeros reconocieron su atractivo, y las damas dijeron que era más guapo que el señor Bingley, y todo el mundo le contempló con admiración durante la primera mitad de la velada, hasta que sus modales indignaron a todos y dieron un vuelco a su popularidad; pues se hizo patente que era un hombre orgulloso, que se sentía superior a los demás y no se contentaba con nada. Y ni siquiera su extensa heredad de Derbyshire impidió que le consideraran una persona desagradable y antipática, indigna de ser comparada con su amigo.

El señor Bingley no tardó en conocer a todos los vecinos ilustres allí congregados; era un joven alegre y expansivo, bailó todas las piezas, lamentó que la reunión terminara tan pronto, y prometió organizar un baile en Netherfield. Semejantes cualidades hablan por sí mismas. ¡Qué contraste entre él y su amigo! El señor Darcy se limitó a bailar una vez con la señora Hurst y otra con la señorita Bingley, no quiso que le presentaran a ninguna dama, y pasó el resto de la velada

dando vueltas por el salón y hablando de vez en cuando con algún miembro de su grupo. Todos se formaron la misma opinión de él. Era el hombre más orgulloso y desagradable del mundo, y ojalá no volviera a aparecer por allí. Entre sus críticos más feroces estaba la señora Bennet, que, además de censurar su conducta en líneas generales, se sentía indignada por el hecho de que hubiera desairado a una de sus hijas.

Elizabeth Bennet se vio obligada, debido a la escasez de caballeros, a quedarse sin bailar dos piezas; y el señor Darcy pasó parte de este tiempo tan cerca de ella que la joven no pudo evitar oír una conversación entre éste y el señor Bingley, que había abandonado el baile unos minutos para pedirle a su amigo que no se mantuviera al margen.

—Vamos, Darcy —dijo—, tengo que conseguir que bailes. No soporto verte ahí solo y aburrido. Sería mucho mejor que te unieras a los demás.

—No pienso hacerlo. Ya sabes cuánto detesto bailar, a menos que conozca bien a mi pareja. En una reunión como ésta, me resultaría insoportable. Tus hermanas están comprometidas, y no hay ninguna otra mujer en la sala con la que no considerase un castigo bailar.

—¡Me horrorizaría ser tan quisquilloso como tú! —exclamó Bingley—. Te aseguro que nunca he conocido a unas muchachas tan encantadoras como las de esta noche; y algunas son extraordinariamente hermosas.

—Tú estás bailando con la única joven agraciada de la reunión —dijo el señor Darcy, mirando a la mayor de las señoritas Bennet.

—¡Oh, sí! ¡Es la criatura más bella que he visto en mi vida! Pero justo detrás de ti está sentada una de sus hermanas, que, además de bonita, seguro que es muy simpática. Déjame pedirle a mi pareja que te la presente.

—¿A quién te refieres? —y, dándose la vuelta, contempló por unos instantes a Elizabeth, hasta que, al tropezarse con sus ojos, desvió la mirada y añadió con frialdad—: Digamos que puede pasar; pero no es lo suficientemente hermosa para tentarme. Y no estoy de humor para prodigar atenciones a una joven que desdeñan otros caballeros. Será mejor que vuelvas con tu pareja y disfrutes de sus sonrisas, pues estás perdiendo el tiempo conmigo.

El señor Bingley siguió su consejo. El señor Darcy se alejó; y en el corazón de Elizabeth anidaron unos sentimientos muy poco cordiales hacia el joven. Pero eso no impidió que contara a sus amigas lo ocurrido, con gran regocijo, ya que era una persona alegre y con sentido del humor, a la que gustaba sacar partido de las situaciones ridículas.

La velada fue, en conjunto, muy agradable para toda la familia. La señora Bennet pudo ver la admiración que su hija mayor despertaba en el grupo de Netherfield. El señor Bingley le pidió dos veces que bailara con él, y sus hermanas se mostraron

especialmente atentas con ella. Jane se sentía tan dichosa como su madre, pero su alegría era más reposada. Elizabeth estaba feliz por el éxito de Jane. Mary oyó que alguien decía delante de la señorita Bingley que era la joven con más talento de la vecindad; y Catherine y Lydia tuvieron la fortuna de no quedarse nunca sin pareja, que, a la sazón, era lo único que les importaba en un baile. Así que regresaron de muy buen humor a Longbourn, el pueblo donde vivían, y en el que su familia ocupaba el lugar más relevante. Encontraron todavía levantado al señor Bennet. Con un libro en las manos perdía la noción del tiempo; y en aquella ocasión tenía curiosidad por saber cómo se había desarrollado una velada que había levantado tantas expectativas. Albergaba más bien la esperanza de que a su mujer le hubiera decepcionado el nuevo vecino, pero no tardó en comprender que iba a escuchar una historia muy diferente.

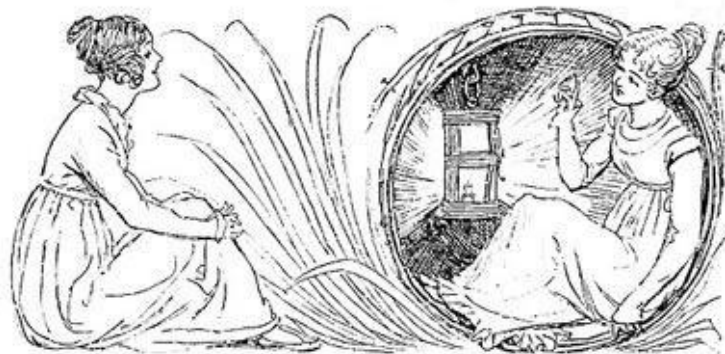
—Mi querido señor Bennet —dijo al entrar en la habitación—, hemos pasado una velada maravillosa, ¡el baile ha sido un éxito! Es una lástima que no hayas ido. Jane ha causado sensación. Todo el mundo elogiaba su belleza; y al señor Bingley le ha parecido tan hermosa que la ha sacado a bailar dos veces. Fíjate bien en eso, querido: ¡dos veces! Y ha sido la única joven a quien ha pedido un segundo baile. Primero sacó a la señorita Lucas. Me contrarió tanto verlo con ella..., pero ¿a quién puede gustar una muchacha tan poco agraciada? Y pareció muy impresionado al ver a Jane, que bailaba al son de la música. Así que preguntó quién era, hizo que se la presentaran y le pidió que bailara con él las dos siguientes piezas^[*]. Bailó la quinta y la sexta con la señorita King, la séptima y la octava con Maria Lucas, la novena y la décima otra vez con Jane, y las dos siguientes con Lizzy. El *boulangier*^[**]...

—Si hubiera tenido alguna compasión de mí —exclamó su marido con impaciencia—, no habría bailado ni la mitad. Por el amor de Dios, ¡deja de hablar de sus parejas! ¡Ojalá se hubiera torcido el tobillo en el primer baile!

—Oh, querido —prosiguió la señora Bennet—, estoy tan entusiasmada... ¡Es increíblemente apuesto! Y sus hermanas son encantadoras. Jamás he visto nada tan elegante como sus vestidos. Supongo que el encaje que llevaba la señora Hurst...

La señora Bennet se vio interrumpida de nuevo. Su marido no quería saber nada de vestimentas. Así que no le quedó otro remedio que cambiar de tema para seguir hablando de lo mismo, y describió con mucha amargura y cierta exageración la imperdonable falta de cortesía del señor Darcy.

—Pero te aseguro —añadió— que Lizzy no se pierde nada al no gustarle, pues es el hombre más antipático y desagradable del mundo, y no merece la pena buscar su aprobación. ¿Cómo se puede ser tan arrogante y engreído? Decir que Lizzy no es lo bastante hermosa para bailar con ella... Ojalá hubieras estado tú, querido, para bajarle los humos con alguno de tus comentarios. Detesto a ese hombre.



Capítulo IV



uando Jane y Elizabeth se quedaron a solas, la primera, que hasta entonces había medido sus palabras de elogio al señor Bingley, comentó a su hermana lo mucho que le agradaba.

—Es exactamente como debe ser un joven —dijo—: sensato, alegre, afable; y ¡nunca he visto unos modales más impecables! Se comporta con tanta naturalidad, y su educación es tan exquisita...

—Y además es muy apuesto —exclamó Elizabeth—, algo que debería ser todo joven que se precie. Parece un dechado de perfecciones.

—Me sentí tan halagada cuando me sacó a bailar por segunda vez... No esperaba semejante cumplido.

—¿De veras? Pues a mí no me extrañó nada. Pero ésa es una gran diferencia entre nosotras. A ti los cumplidos te sorprenden siempre; a mí, nunca. Que te sacara a bailar es lo más normal del mundo. ¿Cómo no iba a darse cuenta de que eras cinco veces más hermosa que las demás jóvenes? No le agradezcas esa galantería. Bueno, la verdad es que es muy simpático y te doy permiso para que te guste. De hecho, te han gustado personas peores.

—¡Mi querida Lizzy!

—Tienes una gran tendencia a que te guste la gente, ya lo sabes. Nunca ves defectos en nadie. Para ti todo el mundo es bondadoso y amable. En mi vida te he oído criticar a un ser humano.

—No quisiera precipitarme a la hora de censurar a alguien; pero siempre digo lo que pienso.

—Lo sé; y eso es lo que me maravilla. Que, a pesar de tu buen juicio, no veas las locuras y necedades de los demás. Hacerse el ingenuo es muy normal; lo vemos por todas partes. Pero ser ingenuo sin ostentación ni segundas intenciones, fijarse en lo bueno de cada uno, mejorarlo incluso y no decir nada de lo malo... es algo muy propio de ti. Así que supongo que también te gustan las hermanas del señor Bingley,

¿no? Aunque sus modales no sean tan buenos como los de él...

—No, desde luego que no; al menos, al principio. Pero son muy simpáticas cuando hablas con ellas. La señorita Bingley va a vivir con su hermano y se ocupará del gobierno de la casa; y no creo equivocarme al decir que será una vecina encantadora.

Elizabeth la escuchaba en silencio, pero no estaba nada convencida; el comportamiento de las dos damas en el baile había sido, en general, bastante displicente. Más perspicaz y menos dúctil que su hermana, y capaz de analizar aquel asunto con mayor frialdad, puesto que no habían sido nada amables con ella, se sentía muy poco dispuesta a darles su aprobación. Es cierto que eran unas jóvenes muy distinguidas, que no les faltaba buen humor cuando estaban contentas, y que podían ser agradables si querían; pero eran orgullosas y engreídas. Eran bastante bien parecidas, se habían educado en uno de los internados femeninos más exclusivos de Londres, tenían una fortuna de veinte mil libras, estaban acostumbradas a gastar más de lo que debían y se codeaban con la flor y nata de la sociedad; en consecuencia, se mirara como se mirara, estaban en su derecho a tener mejor opinión de sí mismas que de los demás. Eran de una familia respetable del norte de Inglaterra; una circunstancia mucho más grabada en su memoria que el hecho de que el origen de su fortuna y la de su hermano estuviera en el comercio^[*].

El señor Bingley heredó cerca de cien mil libras esterlinas^[*] de su padre, que murió antes de comprar una mansión en el campo como era su idea. El señor Bingley tenía la misma intención, y más de una vez se decidió por un condado; pero, como ahora disponía de una magnífica casa y del derecho a cazar en las tierras que la rodeaban, muchos de los que conocían su buen carácter pensaban que tal vez pasara el resto de sus días en Netherfield y dejara para la siguiente generación la compra de unas tierras.

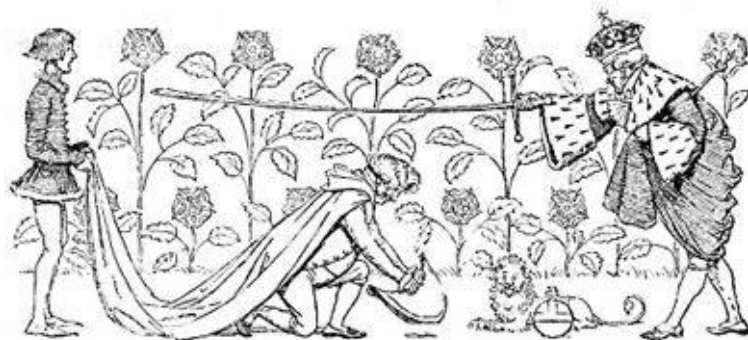
Sus hermanas ardían en deseos de que ya las tuviera, pero, aunque por el momento no fuera más que un arrendatario, ni la señorita Bingley se mostraba reacia a presidir su mesa, ni la señora Hurst, casada con un hombre más distinguido que acaudalado, tenía el menor inconveniente en considerar Netherfield su hogar siempre que le venía en gana. Apenas hacía dos años que el señor Bingley había alcanzado la mayoría de edad^[**] cuando, de manera casual, le recomendaron que visitara Netherfield House. Vio la mansión por dentro y por fuera durante media hora, le gustó su emplazamiento, así como las habitaciones principales, y le complacieron las alabanzas que el propietario dedicó a la casa, así que la arrendó de inmediato.

Entre Darcy y él existía una firme amistad, a pesar de lo dispares que eran sus caracteres. Darcy se había encariñado con Bingley por su simpatía, franqueza y ductilidad, aunque fuera difícil imaginar un temperamento más opuesto al suyo y él pareciera satisfecho con su forma de ser. Bingley estaba seguro de lo mucho que le

apreciaba su amigo, y admiraba su buen juicio. Darcy era el más inteligente de los dos. No es que Bingley fuera torpe en absoluto, pero Darcy era un hombre brillante. También era altanero, reservado y exigente, y sus modales, aunque corteses, distantes y fríos. En ese aspecto, su amigo era muy superior. Bingley tenía la certeza de caer bien allí donde aparecía, Darcy se las arreglaba siempre para hacer algún desaire.

Los comentarios de ambos sobre el baile de Meryton fueron un fiel reflejo de sus caracteres. Bingley nunca había visto a unas personas más encantadoras ni a unas jóvenes más bonitas; todo el mundo había sido muy amable y atento con él, no había habido formalidad ni envaramiento, y en seguida tuvo la impresión de conocer a todos los presentes. En cuanto a la señorita Bennet^[*], era incapaz de imaginar un ángel más hermoso. Darcy, por el contrario, había visto a una colección de personas de escaso atractivo y ninguna elegancia, que no lograron despertar su interés, ni se mostraron atentos o complacientes con él. Admitió que la señorita Bennet era muy hermosa, pero la joven sonreía demasiado.

La señora Hurst y su hermana estuvieron de acuerdo con él en este último punto, pero reconocieron, asimismo, que les gustaba, y que era una muchacha adorable a la que no tendrían inconveniente en tratar. La señorita Bennet fue calificada de adorable, lo que autorizó al señor Bingley a pensar en ella con entera libertad.



Capítulo V

Lescasa distancia a pie de Longbourn vivía una familia con la que los Bennet tenían una gran amistad. Sir William Lucas se había dedicado antaño al comercio en Meryton^[*], donde había ganado una considerable fortuna y había recibido el título de sir después de pronunciar un discurso de agradecimiento al rey como alcalde de la ciudad. Es posible que tal distinción se le subiera a la cabeza. Empezó a aborrecer tanto sus negocios como el hecho de residir en una pequeña población con mercado; y, abandonando ambas cosas, se trasladó con su familia a una casa a un kilómetro y medio de Meryton, que desde entonces pasó a llamarse Lucas Lodge, y donde podía recrearse en su propia importancia y, libre de ocupaciones, dedicarse únicamente a ser cortés con todo el mundo. Pues, por mucho que le enorgulleciera su posición social, no se volvió arrogante; al contrario, colmaba de atenciones a cuantos le rodeaban. Inofensivo, solícito y cordial por naturaleza, su presentación ante la corte de St. James^[**] lo convirtió en el paradigma de la cortesía.

Lady Lucas tenía muy buen corazón, pero le faltaba inteligencia para ser una vecina de interés para la señora Bennet. Los Lucas tenían varios hijos. La primogénita, una joven sensata y perspicaz de unos veintisiete años, era íntima amiga de Elizabeth.

Las señoritas Lucas y las señoritas Bennet sentían la necesidad imperiosa de reunirse siempre para comentar los bailes; y las primeras se presentaron en Longbourn a la mañana siguiente.

—Empezaste muy bien la velada, Charlotte —dijo la señora Bennet, queriendo ser amable con la señorita Lucas—. Fuiste la primera pareja del señor Bingley.

—Sí; pero parece que le gustó más la segunda...

—¡Oh! Supongo que te refieres a Jane, ya que bailó dos veces con ella. La verdad es que pareció agraderle mucho... Sí, creo que sí... algo me dijeron al respecto, pero no lo recuerdo... algo relacionado con el señor Robinson.

—Tal vez se refiera a la conversación que acerté a oír entre el señor Bingley y el

señor Robinson; ¿no se la he contado? El señor Robinson le preguntó si le gustaban los bailes de Meryton, si no creía que la sala estaba llena de mujeres bonitas, y cuál le parecía la más hermosa. Y el señor Bingley se apresuró a responder a la última pregunta: ¡la mayor de las señoritas Bennet sin la menor duda! ¡Es algo indiscutible!

—¡Santo cielo! A eso lo llamo yo una opinión firme. Parece como si... aunque, como es natural, todo podría quedarse en agua de borrajas.

—Lo que oí yo fue más agradable que lo que oíste tú, Eliza —dijo Charlotte—. Los comentarios del señor Darcy son menos interesantes que los de su amigo. ¡Pobre Eliza! ¡Mira que decir que *podías pasar!*

—Te ruego que no le metas en la cabeza a Lizzy que debe sentirse dolida por semejante desaire, pues el señor Darcy es un hombre tan odioso que sería una desgracia gustarle. La señora Long me dijo ayer por la noche que estuvo media hora a su lado sin abrir la boca.

—¿Seguro, mamá? ¿No estará en un error? —dijo Jane—. Vi cómo el señor Darcy hablaba con ella.

—Sí... porque ella acabó preguntándole si le gustaba Netherfield, y él no tuvo más remedio que contestar. Pero, según la señora Long, pareció irritarle que alguien le dirigiera la palabra.

—La señorita Bingley me contó —dijo Jane— que sólo habla mucho cuando está entre sus íntimos. Con *ellos* es extraordinariamente amable.

—No creo ni una sola palabra, querida. Si fuera tan amable, habría hablado con la señora Long. Pero puedo imaginar lo ocurrido; todo el mundo dice que le pierde el orgullo, y supongo que sabía que la señora Long no tiene carruaje propio y fue al baile en uno de alquiler.

—Me da igual que no hablara con la señora Long —exclamó la señorita Lucas—, pero me habría encantado que hubiese bailado con Eliza.

—Si estuviera en tu lugar, Lizzy —dijo su madre—, el próximo día me negaría a bailar con él.

—Creo que puedo prometerle, mamá, y sin temor a equivocarme, que *jamás* bailaré con él.

—Su orgullo —añadió la señorita Lucas— no me ofende tanto como el de otros, pues es fácil de justificar. No puede sorprendernos que un joven tan apuesto, rico y distinguido, con todo a su favor, tenga tan buena opinión de sí mismo. Si se me permite decirlo, tiene *derecho* a ser orgulloso.

—Eso es verdad —contestó Elizabeth—, y a mí no me costaría nada perdonar *su* orgullo si no hubiera herido el *mío*.

—El orgullo —observó Mary, que se vanagloriaba de la solidez de sus reflexiones— es, a mi juicio, un defecto muy común. Todas mis lecturas me han convencido de ello. La naturaleza humana es especialmente proclive a él, y muy poca gente no se

siente satisfecha de poseer ciertas cualidades, reales o imaginarias. La vanidad y el orgullo son cosas diferentes, aunque las dos palabras a menudo se empleen como sinónimos. Una persona puede ser orgullosa sin ser vana. El orgullo se identifica más con la opinión que tenemos de nosotros mismos, y la vanidad con lo que deseamos que los demás piensen de nosotros.

—Si yo fuera tan rico como el señor Darcy —gritó uno de los Lucas que había acompañado a sus hermanas—, me daría igual ser orgulloso. Tendría una jauría de perros raposeros, y bebería una botella de vino al día.

—En ese caso beberías mucho más de lo debido —dijo la señora Bennet—; como te viera hacerlo, te quitaría la botella sin miramientos.

El niño protestó, diciendo que no se lo permitiría; pero ella insistió e insistió, y sólo se puso fin a la discusión cuando se marcharon los visitantes.



Capítulo VI



Las damas de Longbourn no tardaron en presentar sus respetos a las de Netherfield. Y éstas devolvieron la visita tal como estipulaba la etiqueta. Los encantadores modales de la señorita Bennet conquistaron la simpatía de la señora Hurst y de la señorita Bingley; y, aunque la madre les pareció insoportable y las hermanas pequeñas indignas de su trato, hicieron saber a las dos mayores que deseaban cultivar su amistad. Jane recibió esta atención con infinito placer, pero Elizabeth, que seguía percibiendo la altanería de sus nuevas vecinas con todo el mundo, incluida Jane, no las tenía todas consigo; aunque la amabilidad que dispensaban a Jane tuviera su origen, seguramente, en la admiración que ésta inspiraba en su hermano. Cada vez que se encontraban, resultaba evidente que al señor Bingley le gustaba Jane; y para Elizabeth era igualmente ostensible que Jane, cediendo a la predilección que desde el principio había sentido por él, empezaba a enamorarse del señor Bingley. Con todo, le alegraba pensar que nadie se enteraría, ya que en Jane la intensidad de los sentimientos iba unida a un temperamento sereno y alegre que la protegería de las sospechas de los más entrometidos. Le comentó esto a su amiga la señorita Lucas.

—Quizá sea acertado —señaló Charlotte— engañar a la gente en un caso así, pero tanta discreción tiene a veces sus inconvenientes. Si una mujer oculta con tanta habilidad sus sentimientos al destinatario de su cariño, puede perder la oportunidad de asegurarse su amor; ¡qué triste consuelo sería entonces haberlos ocultado a los demás! Hay una parte tan grande de gratitud o vanidad en la mayoría de los afectos que es arriesgado dejarles obrar con independencia. Todos podemos *empezar* con espontaneidad: una ligera predilección es bastante natural; pero muy pocos tenemos suficiente corazón para enamorarnos de verdad sin que nos den alas. En nueve de cada diez casos, conviene que la mujer muestre *más* afecto del que siente. Es indudable que a Bingley le gusta tu hermana, pero puede que sus sentimientos no pasen de ahí si Jane no le ayuda un poco.

—Pero ella lo hace, hasta donde se lo permite su naturaleza. Si a mí no se me escapa lo que mi hermana siente por él, muy necio tendría que ser Bingley para no adivinarlo.

—Recuerda, Eliza, que no conoce a tu hermana tan bien como tú.

—Pero, cuando una mujer siente debilidad por un hombre y no hace nada por ocultarlo, tiene que descubrirlo él.

—Quizá, pero sólo si se ven lo suficiente. Y, aunque Bingley y Jane coincidan con frecuencia, nunca pasan mucho tiempo juntos. Además, están siempre rodeados de personas de ambos sexos, así que ¿cómo van a tener largas conversaciones? Jane tendría que aprovechar al máximo todas las medias horas en que pueda monopolizar su atención. Cuando esté segura de haberlo conquistado, tendrá todo el tiempo del mundo para enamorarse.

—Tu plan es bueno —respondió Elizabeth— cuando lo único que se pretende es hacer una buena boda; y, si yo estuviera decidida a pescar un marido rico, o un marido cualquiera, supongo que lo pondría en práctica. Pero éstos no son los sentimientos de Jane; sus actos no son calculados. Todavía no puede siquiera estar segura de la profundidad de su afecto, ni de si éste es razonable. Sólo hace dos semanas que conoce a Bingley. Bailó cuatro piezas con él en Meryton; lo vio una mañana en Netherfield y, desde entonces, ha cenado cuatro veces con él y otros invitados. No creo que eso baste para conocer realmente a nadie.

—Si las cosas fueran como tú dices, no. Si Jane se hubiera limitado a cenar con él, quizá habría descubierto únicamente cómo andaba de apetito; pero recuerda que también han pasado cuatro veladas juntos... y cuatro veladas pueden dar mucho de sí.

—Sí, esas cuatro veladas les han permitido constatar que a los dos les gusta más jugar al *vingt-un* que al *commerce*^[*]; pero no creo que les hayan servido para descubrir ninguna otra faceta importante de su carácter.

—Bueno —dijo Charlotte—, deseo de todo corazón que a Jane le vaya bien; y supongo que, si mañana contrajera matrimonio con Bingley, tendría las mismas posibilidades de ser feliz que si pasara un año entero estudiando su naturaleza. La felicidad en el matrimonio es sólo cuestión de suerte. El hecho de que los novios se conozcan bien o sepan que sus temperamentos son afines no asegura en absoluto su felicidad. Los dos acabarán distanciándose lo suficiente para pagar su cuota de sufrimiento; y es mejor saber lo menos posible de los defectos de la persona con quien vas a pasar la vida.

—Me haces reír, Charlotte; pero eso no es cierto, y tú lo sabes. Jamás harías una cosa así.

Ocupada en observar las atenciones que el señor Bingley dispensaba a su hermana, Elizabeth estaba lejos de sospechar que se había convertido en objeto de interés para su amigo. Al verla por primera vez, el señor Darcy se había resistido a admitir que fuera bonita; en el baile la contempló con indiferencia; y, cuando volvieron a verse, se fijó en ella sólo para sacarle defectos. Pero, en cuanto dejó bien claro a sus amigos y a sí mismo que no había un solo rasgo destacable en el rostro de Elizabeth, empezó a comprender que sus hermosos ojos oscuros le daban una

maravillosa expresión de inteligencia. A ese hallazgo siguieron otros igualmente incómodos. Aunque su mirada crítica hubiera percibido más de un error de simetría en sus facciones, se vio obligado a reconocer que su figura era esbelta y armoniosa; y, pese a haber afirmado que sus modales no eran el colmo del refinamiento, le cautivaron su naturalidad y buen humor. Ella ignoraba todo eso; para la joven, él no era más que el hombre que se mostraba desagradable en todas partes, y que no la había considerado lo bastante hermosa para sacarla a bailar.

Darcy empezó a querer saber más de ella, y el primer paso que dio para acercarse a Elizabeth fue escuchar sus conversaciones con los demás. Esto no pasó inadvertido a la joven. Se percató en casa de sir William Lucas, donde se había reunido un grupo muy numeroso de vecinos.

—¿Por qué habrá escuchado el señor Darcy mi conversación con el coronel Forster? —preguntó a Charlotte.

—Eso es algo que sólo sabe el señor Darcy.

—Pues, como vuelva a espiarme, pienso reprochárselo. Es un hombre muy sarcástico, y, si no empiezo a mostrarme impertinente con él, no tardará en darme miedo.

Cuando Darcy se acercó poco después, aunque no pareciera tener intención de dirigirse a ellas, la señorita Lucas desafió a su amiga a hablarle del asunto, algo que Elizabeth hizo de inmediato.

—Señor Darcy —dijo, volviéndose hacia él—, ¿verdad que me he expresado muy bien cuando hace unos instantes he importunado al coronel Forster para que organizara un baile en Meryton?

—Con mucha contundencia... Pero ése es un tema que apasiona a las mujeres.

—Es usted muy severo con nosotras.

—Pronto será ella la importunada —dijo la señorita Lucas—. Voy a abrir el piano, Eliza; ya sabes lo que te espera.

—¿Sabes que, como amiga, eres muy extraña? ¡Siempre te empeñas en que toque y cante delante de quien sea! Si mi vanidad se inclinara por la música, no tendrías precio, pero, como no es así, preferiría no tener que sentarme al piano ante personas que deben de estar acostumbradas a escuchar a los mejores intérpretes.

Al ver que la señorita Lucas insistía, sin embargo, añadió:

—Muy bien; si no hay otro remedio... —y, muy circunspecta, exclamó mirando al señor Darcy—: Hay un viejo y sabio refrán que aquí todo el mundo conoce, por supuesto: «Reserva el aliento para enfriar tus gachas». Pues yo reservaré el mío para dar calor a mi canción.

Su interpretación fue deliciosa, aunque no tuviera nada de extraordinaria. Después de una canción o dos, y antes de que pudiera satisfacer la petición de algunos invitados de que siguiera cantando, se sentó al piano su hermana Mary, que,

al ser la menos agraciada de la familia, trabajaba con ahínco para instruirse y estaba siempre deseosa de lucir sus habilidades.

Mary carecía de talento y de buen gusto para la música; y, aunque la vanidad le hubiera dado perseverancia, ésta iba unida a una pedantería y a un engreimiento que habrían empañado incluso un grado de excelencia superior al suyo. Todo el mundo había disfrutado más escuchando a Elizabeth, mucho más sencilla y natural, aunque no tocara tan bien como su hermana; y Mary, después de un largo concierto, se sintió feliz de arrancar unos aplausos por las danzas escocesas e irlandesas que interpretó a petición de sus dos hermanas menores, que, con algunos de los Lucas y dos o tres oficiales, empezaron a bailar alegremente en un extremo del salón.

El señor Darcy se quedó cerca de ellos en silencio, indignado ante un modo de pasar la velada que excluía toda conversación, y estaba tan enfrascado en sus pensamientos que no reparó en la proximidad de sir William Lucas hasta que éste empezó a decir:

—¡Qué diversión tan encantadora para los jóvenes, señor Darcy! No hay nada como el baile, después de todo. En mi opinión, es uno de los mayores refinamientos de las sociedades cultivadas.

—En efecto, sir William; y además tiene la ventaja de estar de moda entre las sociedades menos cultivadas. Todos los salvajes bailan.

Su anfitrión se limitó a sonreír.

—Su amigo baila de maravilla —comentó tras unos instantes de silencio, al ver que Bingley se unía al grupo—; y seguro que usted, señor Darcy, es un maestro en ese arte.

—Supongo, sir William, que me vio bailar en Meryton.

—Así es, y me causó un gran placer. ¿Baila usted a menudo en el palacio de St. James?

—Jamás.

—¿No cree que es algo de rigor en ese lugar?

—Yo no lo haría en ninguna parte si pudiera evitarlo.

—Deduzco que tiene usted una casa en la ciudad...

El señor Darcy asintió con la cabeza.

—Hubo un tiempo en que se me pasó por la cabeza fijar mi residencia en Londres, porque me gusta codearme con la mejor sociedad; pero pensé que el aire de Londres no le sentaría bien a lady Lucas.

Sir William hizo una pausa con la esperanza de que Darcy le respondiera, pero éste no pareció dispuesto a hacerlo; y, al ver que Elizabeth se acercaba, exclamó con galantería:

—Mi querida señorita Eliza, ¿por qué no baila? Señor Darcy, permítame que le presente a esta joven como una extraordinaria pareja de baile. Estoy seguro de que no

podrá negarse a bailar con esta beldad que tiene delante.

Cogió la mano de Elizabeth y, cuando se disponía a entregársela al señor Darcy —que, a pesar de su sorpresa, la habría aceptado—, la joven retrocedió y dijo a sir William con cierta turbación:

—Lo cierto es que no tengo la menor intención de bailar. No piense que he venido hasta aquí en busca de pareja, se lo ruego.

El señor Darcy, con suma corrección, pidió que le concediera el honor de bailar con él; pero fue inútil. Elizabeth se aferró a su decisión; y los esfuerzos por convencerla de sir William tampoco surtieron ningún efecto.

—Baila usted tan bien, señorita Eliza, que es una crueldad negarme el placer de contemplarla; y, aunque a este caballero no le gusten las diversiones, estoy seguro de que no se opondrá a concedernos media hora de su tiempo.

—El señor Darcy es un modelo de cortesía —dijo Elizabeth, sonriendo.

—Lo es, no cabe duda... aunque teniendo en cuenta los alicientes, mi querida señorita Elizabeth, no podemos sorprendernos de su amabilidad. Pues ¿quién pondría reparos a una pareja así?

Elizabeth les miró divertida antes de alejarse. Su negativa no disgustó al señor Darcy, que seguía pensando en ella con agrado cuando la señorita Bingley se dirigió a él.

—Adivino el objeto de sus ensoñaciones.

—No lo creo.

—Está pensando en lo insoportable que sería pasar muchas veladas así... en semejante compañía. Y desde luego comparto su opinión. ¡Jamás me había aburrido tanto! Tanta insipidez y tanto ruido; y toda esta gente insignificante dándose importancia... ¡Daría cualquier cosa por saber lo que piensa de ellos!

—Sus conjeturas son totalmente erróneas, se lo aseguro. Pensaba en cosas mucho más agradables. He estado meditando sobre el enorme placer que pueden proporcionar unos ojos hermosos en el rostro de una mujer bonita.

La señorita Bingley clavó su mirada en él, y quiso saber qué dama le inspiraba tales reflexiones.

—La señorita Elizabeth Bennet —respondió intrépidamente el señor Darcy.

—¡La señorita Elizabeth Bennet! —repitió la señorita Bingley—. No puedo crérmelo. ¿Desde cuándo se ha convertido en el objeto de sus desvelos? Y, dígame, ¿cuándo podré darle la enhorabuena?

—Ésa es exactamente la pregunta que esperaba de usted. La imaginación de las damas es vertiginosa; en unos segundos pasa de la admiración al amor, y del amor al matrimonio. Estaba seguro de que me daría la enhorabuena.

—Habla usted con tanta seriedad del asunto que lo daré por zanjado. Tendrá una suegra realmente encantadora... y, cómo no, estará siempre en Pemberley con

ustedes.

Darcy la escuchó imperturbable mientras ella se explayaba; y, como su flema la convenció de que no existía ningún peligro, la señorita Bingley siguió derrochando ingenio un largo rato.



Capítulo VII



Los bienes del señor Bennet consistían casi exclusivamente en unas tierras que le rentaban dos mil libras anuales, y que, por desgracia para sus hijas, al no tener un vástago varón, serían heredadas por un pariente lejano; y la fortuna de su mujer, aunque más que suficiente en su situación, no bastaba para compensar la suya. El padre de la señora Bennet, un abogado de Meryton, le había dejado al morir cuatro mil libras.

Tenía una hermana casada con un tal señor Philips, un antiguo empleado del padre que había heredado su bufete; y un hermano que vivía en Londres, dedicado a una rama muy respetable del comercio.

Longbourn estaba sólo a kilómetro y medio de Meryton, una distancia muy cómoda para las jóvenes Bennet, que normalmente cedían a la tentación de ir allí tres o cuatro veces por semana, para hacer una visita de cumplido a su tía y entrar en la sombrerería^[*] que había enfrente de su casa. Las dos menores, Catherine y Lydia, eran las más aficionadas a aquellos paseos; tenían la cabeza más hueca que sus hermanas, y, cuando no se les presentaba un plan mejor, necesitaban ir hasta Meryton para ocupar las horas matutinas y buscar temas nocturnos de conversación; y, por mucho que las noticias escaseen en el campo, siempre se las arreglaban para que su tía les contara alguna novedad. En aquel momento, lo cierto es que estaban pletóricas de noticias y de felicidad debido a la reciente llegada de un regimiento de la milicia; pasaría todo el invierno en la zona y Meryton sería su cuartel general.

Sus visitas a la señora Philips se convirtieron, por ese motivo, en una fuente de

información extraordinariamente interesante. Todos los días aprendían algo nuevo sobre los nombres y el parentesco de los oficiales. Los lugares donde se alojaban dejaron de ser un secreto, y, con el tiempo, empezaron relacionarse con ellos. El señor Philips presentó sus respetos a todos, lo que deparó a sus sobrinas una dicha hasta entonces desconocida. Catherine y Lydia no hablaban más que de oficiales; y la fortuna de Bingley, cuya mención tanto animaba a su madre, carecía de valor para ellas al lado de un uniforme de alférez.

Después de escuchar una mañana sus comentarios entusiastas, el señor Bennet comentó con frialdad:

—Por lo que decís, deduzco que sois dos de las muchachas más necias del país. Hace algún tiempo que lo sospechaba, pero ahora estoy convencido.

Catherine, desconcertada, no contestó; pero Lydia, impasible, siguió expresando su admiración por el capitán Carter y su esperanza de verlo aquel día, ya que al día siguiente se marchaba a Londres.

—Me sorprende, querido —dijo la señora Bennet—, tu tendencia a creer en la estupidez de tus hijas. Si yo quisiera pensar despectivamente de los hijos de alguien, no sería de los míos.

—Si mis hijas son tontas, espero que nunca me pase inadvertido.

—Sí, pero da la casualidad de que todas son muy inteligentes.

—Es el único punto, y me enorgullezco, en el que no estamos de acuerdo. Tenía la esperanza de que coincidiéramos siempre hasta en el más mínimo detalle, pero me veo obligado a discrepar de tu opinión, pues nuestras dos hijas pequeñas me parecen increíblemente necias.

—Mi querido señor Bennet, no puedes esperar que unas jovencitas como ellas tengan el discernimiento de sus padres. Cuando lleguen a nuestra edad, supongo que pensarán tan poco en oficiales como nosotros. Recuerdo la época en que a mí también me deslumbraban los uniformes... y lo cierto es que, en el fondo de mi corazón, aún me gustan; y, si un coronel joven y elegante, con una renta de cinco o seis mil libras al año, cortejara a una de mis hijas, le daría mi beneplácito; y la otra noche en casa de sir William, me pareció que al coronel Forster le sentaba muy bien el uniforme.

—Mamá —exclamó Lydia—, dice la tía que el coronel Forster y el capitán Carter ya no visitan tanto a la señorita Watson como al principio; ahora los ve muy a menudo delante de la biblioteca circulante^[*] de Clarke.

La señora Bennet no pudo responder porque entró el criado con una nota para la señorita Bennet; venía de Netherfield, y el sirviente aguardaba contestación. Los ojos de la señora Bennet brillaron de alegría y, mientras su hija mayor leía la misiva, empezó a preguntarle con impaciencia:

—¿De quién es, Jane? ¿De qué se trata? ¿Qué dice? Vamos, hija mía, date prisa y cuéntanoslo; date prisa, mi amor.

—Es de la señorita Bingley —repuso Jane, y procedió a leer en voz alta.

Mi querida amiga:

Si no tiene compasión de nosotras y come hoy con Louisa y conmigo, corremos el peligro de odiarnos para siempre, pues dos mujeres no pueden pasar un día entero solas sin pelearse. Venga usted lo antes posible. Mi hermano y los demás caballeros almorzarán con los oficiales.

Siempre suya,

CAROLINE BINGLEY

—¡Con los oficiales! —repitió Lydia—. Me gustaría saber por qué no nos ha dicho nada la tía Philips.

—Ellos comerán fuera, ¡qué mala suerte! —exclamó la señora Bennet.

—¿Puedo llevarme el carruaje, mamá? —preguntó Jane.

—No, mi vida, será mejor que vayas a caballo, porque es muy probable que llueva; así no tendrás más remedio que quedarte a pasar la noche en Netherfield.

—Sería un plan estupendo —comentó Elizabeth— si supiera usted que no se brindarían a traerla a casa.

—Bueno, los señores irán a Meryton en el coche del señor Bingley; y los Hurst no tienen caballos.

—Preferiría ir en nuestro carruaje —insistió Jane.

—Pero, querida, tu padre no puede prescindir de los caballos, estoy segura. En la granja los necesitan, ¿no es así, señor Bennet?

—En la granja los necesitan tanto que a veces no puedo disponer de ellos.

—Si tenía intención de utilizarlos hoy —dijo Elizabeth—, mamá logrará sus propósitos.

Al final consiguió sonsacar a su padre que los nobles brutos estarían ocupados, por lo que Jane se vio obligada a ir a caballo; su madre la acompañó hasta la puerta congratulándose del mal tiempo que se avecinaba. Los deseos de la señora Bennet se vieron satisfechos: poco después de que Jane saliera de casa, empezó a diluviar. Las hermanas se inquietaron por ella, pero la madre se mostró entusiasmada. No dejó de llover en toda la tarde; era evidente que Jane no podría regresar.

—¡Qué idea tan buena he tenido! —repitió varias veces la señora Bennet, como si el mérito de que lloviera fuese suyo.

Hasta la mañana siguiente, sin embargo, no fue plenamente consciente del éxito de su estratagema. Acababan de tomar el desayuno cuando apareció un criado de Netherfield con la siguiente nota para Elizabeth:

Mi querida Elizabeth:

Me encuentro fatal esta mañana, y supongo que todo se debe a que ayer me calé hasta los huesos. Mis amables amigas no quieren ni oír hablar de que vuelva a casa hasta que mejore. Insisten, asimismo, en que me visite el señor Jones, de modo que no te alarmes si oyes que ha venido a Netherfield, pues, aparte de dolerme la garganta y la cabeza, no me sucede nada.

Siempre tuya,

JANE

—Bueno, querida —dijo el señor Bennet, cuando Elizabeth leyó la misiva en voz alta—, si tu hija enferma gravemente, si acaba muriendo, será un consuelo saber que todo fue para pescar al señor Bingley, y siguiendo tus órdenes.

—¡Oh, vamos! No tengo ningún miedo de que muera. La gente no se muere de un simple resfriado. Y allí la cuidarán muy bien. Mientras continúe en Netherfield, no tenemos nada que temer. Si pudiera disponer del coche, me acercaría a verla.

Elizabeth, realmente preocupada, decidió ir aunque no tuvieran el carruaje; y, al no ser una buena amazona, su única alternativa era andar. Comunicó a todos su propósito.

—¡Qué bobadas se te ocurren! —exclamó su madre—. Con todo el barro que hay, llegarás hecha un desastre.

—Estaré perfectamente bien para ver a Jane, que es lo único que quiero.

—¿Acaso insinúas, Lizzy —dijo su padre—, que mande a buscar los caballos?

—Por supuesto que no. No pretendo ahorrarme el paseo. La distancia no es nada cuando existe una causa mayor; son menos de cinco kilómetros. Estaré de vuelta a la hora de almorzar.

—Admiro tu impetuosa generosidad —exclamó Mary—, pero los impulsos del sentimiento debe guiarlos la razón; y, a mi modo de ver, el esfuerzo ha de armonizar siempre con lo que se persigue.

—Iremos contigo hasta Meryton —dijeron Catherine y Lydia.

Elizabeth aceptó su compañía, y las tres jóvenes salieron juntas.

—Si nos damos prisa —comentó Lydia durante el trayecto—, quizá podamos ver al capitán Carter antes de que se marche.

Al llegar a Meryton, se separaron; las dos hermanas menores se dirigieron al alojamiento de la mujer de uno de los oficiales, y Elizabeth continuó sola su camino, cruzando a paso ligero un campo tras otro, saltando con decisión vallas y charcos, hasta que divisó Netherfield con los tobillos doloridos, las medias sucias y el rostro encendido por el ejercicio.

Un criado la condujo a la salita del desayuno, donde encontró a todos menos a Jane, y donde su aparición suscitó una enorme sorpresa. El hecho de que hubiera andado casi cinco kilómetros tan temprano, con el campo encharcado y sin nadie que la acompañara, dejó perplejas a la señora Hurst y a la señorita Bingley; y Elizabeth

tuvo el convencimiento de que la despreciaban por ello. La recibieron, no obstante, con suma cortesía; y en los modales de su hermano advirtió algo más que educación, pues el joven la acogió con amabilidad y buen humor. El señor Darcy apenas dijo nada, y el señor Hurst no despegó los labios. El primero se sentía fascinado por las mejillas arreboladas de la joven tras el ejercicio, pero no creía justificado que hubiera ido sola tan lejos. El segundo pensaba únicamente en su desayuno.

Cuando Elizabeth preguntó por el estado de salud de su hermana, las respuestas que le dieron no fueron demasiado optimistas. La señorita Bennet había dormido mal y, aunque estaba levantada, tenía mucha fiebre y no se encontraba lo bastante bien para abandonar su dormitorio. Elizabeth se alegró de que la llevaran inmediatamente a su lado; y Jane, que, para no inquietar ni molestar a nadie, no había escrito en su nota cuánto deseaba su visita, se puso contentísima al verla. No estaba, sin embargo, en condiciones de hablar mucho, y, cuando la señorita Bingley las dejó a solas, apenas pudo hacer otra cosa que expresar su gratitud por el trato extraordinariamente amable que sus anfitriones le estaban dispensando. Elizabeth se ocupó de ella en silencio.

Después del desayuno, aparecieron las dos hermanas del señor Bingley; y, al ver lo cariñosas y solícitas que se mostraban con Jane, Elizabeth empezó a sentir un poco más de simpatía por ellas. Llegó el boticario^[*] y, después de examinar a la paciente, dijo, como era de esperar, que había cogido un fuerte resfriado y debían extremarse los cuidados para su pronta recuperación; le prescribió que guardara cama y prometió llevarle un jarabe. Sus consejos se siguieron sin pérdida de tiempo, pues la fiebre era cada vez más alta y le dolía muchísimo la cabeza. Elizabeth no abandonó el cuarto en ningún momento, y las otras damas tampoco lo hicieron con frecuencia; lo cierto es que, como los caballeros habían salido, no tenían nada mejor que hacer.

Cuando el reloj dio las tres, Elizabeth comprendió que debía volver a casa, y así lo dijo, aunque no le apeteciera nada. La señorita Bingley le ofreció el carruaje, pero Jane se mostró tan angustiada cuando Elizabeth se disponía a marcharse que la señorita Bingley tuvo que cambiar el ofrecimiento del coche por una invitación a pasar la noche en Netherfield. Elizabeth aceptó su propuesta con enorme gratitud, por lo que enviaron a un sirviente a Longbourn para que avisara a los Bennet y regresara con un poco de ropa.



Capítulo VIII

A las cinco la señorita Bingley y la señora Hurst se retiraron para vestirse, y a las seis y media llamaron a Elizabeth para que bajara a almorzar^[*]. A la avalancha de corteses preguntas que le hicieron, y entre las que tuvo el placer de percibir la mayor solicitud por parte del señor Bingley, no pudo dar unas respuestas muy tranquilizadoras. Jane no estaba en absoluto mejor. Las dos hermanas del señor Bingley, al oírlo, repitieron tres o cuatro veces cuánto lo lamentaban, qué espantoso era tener un fuerte resfriado, y lo mucho que les desagradaba enfermar; pero después se olvidaron del asunto: y su indiferencia hacia Jane cuando no estaba presente hizo que Elizabeth volviera a recrearse en su antipatía inicial.

El señor Bingley era, en realidad, el único del grupo al que podía mirar con cierta complacencia. Su preocupación por Jane era evidente, y las atenciones que dedicó a Elizabeth evitaron que se sintiera una intrusa, tal como imaginaba que la veían los demás. Prácticamente era el único que se dirigía a ella. La señorita Bingley sólo hacía caso al señor Darcy; y su hermana, tres cuartos de lo mismo. En cuanto al señor Hurst, sentado junto a Elizabeth, era un hombre indolente que vivía sólo para comer, beber y jugar a las cartas, y que, cuando descubrió que ella prefería un plato sencillo a un ragú^[*], no tuvo nada más que decirle.

Una vez terminado el almuerzo, Elizabeth se apresuró a volver con su hermana, y la señorita Bingley empezó a criticarla en cuanto salió de la estancia. Sus modales le

parecían espantosos, una mezcla de orgullo e impertinencia; y no podía decirse que tuviera conversación, estilo, buen gusto o belleza. La señora Hurst se mostró de acuerdo con ella, y añadió:

—En pocas palabras, su única virtud es ser tan andarina. Nunca olvidaré su aparición de esta mañana. Parecía casi haber perdido el juicio.

—Tienes razón, Louisa. Me ha costado tanto contener la risa... ¡Qué idea tan descabellada! ¿A quién se le ocurre venir corriendo por los campos porque su hermana tiene un catarro? ¡Y con el pelo todo alborotado!

—Sí, y su enagua... Espero que te fijaras en su enagua, tenía casi un palmo de barro, estoy segura; y, aunque se bajara el vestido, no consiguió disimularlo.

—Es posible que tu descripción sea muy exacta, Louisa —dijo Bingley—, pero todo eso me pasó inadvertido. Pensé que la señorita Elizabeth Bennet estaba muy hermosa cuando entró en la sala esta mañana. No me di cuenta de que su enagua estuviera manchada.

—*Usted* sí reparó en ello, señor Darcy, estoy convencida —exclamó la señorita Bingley—; y tengo la impresión de que no le gustaría que *su hermana* se comportara de un modo tan extravagante.

—Por supuesto que no.

—¡Caminar cinco, seis, siete kilómetros o la distancia que sea, con los pies hundidos en el barro, y sola, completamente sola! ¿Qué pretendería con eso? En mi opinión, es una muestra abominable de su orgullosa independencia, y revela una indiferencia al decoro de lo más provinciana.

—Es una muestra del cariño que siente por su hermana, y eso es muy bonito —añadió Bingley.

—Me temo, señor Darcy —dijo la señorita Bingley, en voz baja—, que esta aventura habrá mermado la admiración que le inspiran sus hermosos ojos.

—En absoluto —respondió él—; brillaban más que nunca debido al ejercicio.

Tras unos instantes de silencio, dijo la señora Hurst:

—Aprecio muchísimo a Jane Bennet. Es una joven realmente dulce, y desearía con todo el alma que hiciera una buena boda. Pero, con unos padres y una familia así, supongo que será imposible.

—Dijiste que su tío es abogado en Meryton, ¿no?

—Sí; y tienen otro que vive en algún lugar cerca de Cheapside^[*].

—¡Maravilloso! —exclamó su hermana, y las dos soltaron una carcajada.

—Aunque tuvieran suficientes tíos para llenar todo Cheapside —dijo Bingley—, seguirían siendo igual de encantadoras.

—Pero eso reduce bastante sus probabilidades de casarse con un hombre distinguido —señaló Darcy.

Bingley no contestó; pero sus hermanas asintieron con entusiasmo, y se

divirtieron un rato a costa de los parientes de su querida amiga.

Al salir del comedor, sin embargo, volvieron a la habitación de Jane, donde reanudaron sus muestras de afecto hasta que las avisaron para tomar café. Jane seguía mal, y Elizabeth no se movió de su lado hasta muy avanzada la tarde, cuando tuvo el consuelo de verla dormida y decidió, más por educación que por placer, bajar al salón. Al entrar en él, encontró a todos jugando una partida de *loo*^[*]. En seguida le pidieron que se uniera a ellos, pero, sospechando que las apuestas eran elevadas, declinó su invitación con la excusa de que no tardaría en volver con su hermana. Cuando dijo que se distraería con un libro el poco tiempo que pasara con ellos, el señor Hurst la miró perplejo.

—¿Prefiere usted leer que jugar a las cartas? —preguntó—. Eso es bastante extraño.

—La señorita Eliza Bennet —dijo la señorita Bingley— desprecia las cartas. Es una gran lectora y no le gusta hacer ninguna otra cosa.

—No merezco ni semejante alabanza ni semejante censura —exclamó Elizabeth—; no soy una gran lectora, y me gusta hacer muchas cosas.

—Estoy seguro de que le gusta cuidar a su hermana —dijo Bingley—; y espero que muy pronto su alegría sea aún mayor cuando la vea recuperada.

Elizabeth le dio las gracias de corazón, y se dirigió a una mesa sobre la que había unos cuantos libros. Su anfitrión se ofreció inmediatamente a traerle más, cualquier título que tuviera en su biblioteca.

—Ojalá tuviera más libros: usted disfrutaría con ellos y yo me sentiría orgulloso de mi biblioteca; pero lo cierto es que soy bastante vago y, aunque no tengo demasiados, son más de los que leo.

Elizabeth le aseguró que los que había en la mesa serían suficientes.

—Me sorprende que mi padre dejara una biblioteca con tan pocos ejemplares —afirmó la señorita Bingley—. ¡Es magnífica la que tiene usted en Pemberley, señor Darcy!

—No podía ser de otro modo —contestó él—, es el trabajo de muchas generaciones.

—Y usted ha hecho una importante contribución, siempre está comprando libros.

—No me cabe en la cabeza que, en estos tiempos, se pueda descuidar una biblioteca familiar.

—¿Descuidar? Estoy segura de que usted no descuida nada que pueda añadir belleza a tan noble mansión. Charles, cuando construyas tu propia casa, me gustaría que fuera la mitad de hermosa que Pemberley.

—Eso quisiera yo.

—Pues te sugiero que compres unas tierras en esa zona, y tomes Pemberley como modelo. En Inglaterra, no hay una región más bonita que Derbyshire.

—Lo haría encantado; incluso compraría Pemberley si Darcy lo vendiera.

—Estoy hablando de cosas factibles, Charles.

—Te aseguro, Caroline, que veo más factible comprar Pemberley que construir una mansión que se le parezca.

Elizabeth estaba demasiado absorta en lo que decían para concentrarse en la lectura, y no tardó en dejar el libro y en acercarse a la mesa de juego para observar la partida; se colocó entre el señor Bingley y su hermana mayor.

—¿Ha crecido mucho la señorita Darcy desde la primavera? —preguntó la señorita Bingley—. ¿Cree que llegará a ser tan alta como yo?

—Supongo que sí. Ahora es como la señorita Elizabeth Bennet, o un poco más alta.

—¡Qué ganas tengo de volver a verla! Jamás he conocido a nadie tan adorable. ¡Con esa fisonomía y esos modales! ¡Y tan cultivada para su edad! Toca el piano de un modo exquisito.

—Me asombra —dijo Bingley— que todas las jóvenes tengan paciencia para adquirir tantos conocimientos.

—¿Tantos conocimientos? ¿Todas las jóvenes? Mi querido Charles, ¿qué quieres decir con eso?

—Bueno, pintan mesas, tapizan biombos y tejen monederos. No creo frecuentar a ninguna joven que no sepa hacer todas esas cosas, y lo cierto es que, siempre que me hablan por primera vez de alguna, me ponderan sus múltiples habilidades.

—Has enumerado muy bien cuáles son esas habilidades —dijo Darcy—. Se considera cultivadas a muchas mujeres cuyo único mérito es tejer monederos o bordar pantallas. Pero estoy muy lejos de compartir esa opinión. Entre todas mis relaciones, no puedo jactarme de conocer a más de seis mujeres realmente cultivadas.

—Ni yo tampoco, desde luego —exclamó la señorita Bingley.

—En ese caso —dijo Elizabeth—, debe de ser usted muy exigente.

—Lo soy.

—¡Por supuesto! —afirmó su fiel seguidora—. No puede decirse que una mujer sea realmente cultivada si no supera con creces lo habitual. Debe tener un profundo conocimiento de la música, del canto, del dibujo, del baile y de los idiomas modernos; y, además de todo eso, poseer algo indefinible en su figura y ademanes, en el tono de voz y en la forma de expresarse: de lo contrario, sólo merecerá a medias ese calificativo.

—Y a todo esto hay que añadirle algo más sustancial —dijo Darcy—: el perfeccionamiento de su intelecto mediante la lectura.

—No me extraña que *sólo* conozca a seis mujeres cultivadas. Lo que de veras me sorprende es que conozca a *alguna* —exclamó Elizabeth.

—¿Es usted tan dura con su propio sexo que pone en tela de juicio que algo así

sea posible?

—Jamás me he tropezado con una mujer así. Jamás he visto todas esas cualidades que describe —inteligencia, buen gusto, aplicación y elegancia— reunidas en la misma persona.

La señora Hurst y la señorita Bingley consideraron muy injustas las dudas de Elizabeth y, cuando empezaban a decir que conocían a muchas mujeres que respondían a aquella descripción, el señor Hurst las llamó al orden, quejándose amargamente por su falta de atención a lo que sucedía en la partida. Al cesar así toda conversación, Elizabeth no tardó en salir de la estancia.

—Eliza Bennet —dijo la señorita Bingley, cuando la puerta se cerró tras ella— es una de esas jóvenes que buscan lucirse ante el sexo opuesto menospreciando el suyo; y supongo que con muchos hombres consigue sus propósitos. Aunque, en mi opinión, es una horrible estratagema, una vil artimaña.

—¡Por supuesto! —contestó Darcy, principal destinatario de aquella observación—. Son mezquinas todas las artimañas que a veces las mujeres se dignan emplear para cautivar a los hombres. Todo lo que huele a astucia es despreciable.

La señorita Bingley, al escuchar su respuesta, prefirió no hablar más del asunto.

Elizabeth volvió con ellos únicamente para decirles que su hermana estaba peor y no podía dejarla sola. Bingley insistió en que avisaran inmediatamente al señor Jones; sus hermanas, en cambio, convencidas de que un boticario rural no serviría de mucho, recomendaron enviar un mensaje urgente a la ciudad para que uno de los médicos más eminentes de Londres se acercara a Netherfield. Elizabeth no quiso ni oír hablar del asunto; pero no se mostró tan reacia a aceptar la propuesta de su anfitrión. Así pues, acordaron ir en busca del señor Jones a primera hora de la mañana si la señorita Bennet no mejoraba. Bingley se quedó muy preocupado, y sus hermanas aseguraron que tenían el ánimo por los suelos. Se consolaron, sin embargo, tocando y cantando alegres duetos después de la cena, mientras Bingley no encontraba mejor alivio para su desazón que dar instrucciones a su ama de llaves para que extremara todas las atenciones con la señorita enferma y su hermana.



Capítulo IX



Elizabeth pasó casi toda la noche en la habitación de Jane y, por la mañana, tuvo la satisfacción de dar una respuesta más tranquilizadora a las preguntas que el señor Bingley le hizo llegar muy temprano a través de una criada, y que repitieron algún tiempo después las dos elegantes doncellas de sus hermanas. A pesar de la mejoría, sin embargo, Elizabeth quiso enviar una nota a Longbourn para rogar a su madre que visitara a Jane y juzgara personalmente su estado. La nota se despachó al instante, y el deseo que expresaba en ella fue atendido con la misma celeridad. La señora Bennet, acompañada de sus dos hijas menores, se presentó en Netherfield poco después del desayuno.

Si hubiera encontrado a Jane realmente grave, la señora Bennet se habría sentido desconsolada; pero, al convencerse con sus propios ojos de que su enfermedad no era alarmante, prefirió que no se restableciera en seguida, ya que, en cuanto recobrarla la salud, probablemente se vería obligada a abandonar Netherfield. Por ese motivo, se negó a escuchar a su hija cuando ésta expresó el deseo de volver a casa con ellas en el carruaje; algo que tampoco aprobó el boticario, que llegó casi al mismo tiempo que las Bennet. Después de quedarse un poco con Jane, la madre y las tres hijas siguieron a la señorita Bingley hasta la salita del desayuno^[*]. Bingley se reunió con ellas, y confió en que la señora Bennet no hubiera encontrado a Jane peor de lo que esperaba.

—¡Muchísimo peor! —fue su respuesta—. En su estado no podemos trasladarla a

Longbourn. El señor Jones dice que ni se nos ocurra moverla. Tendremos que abusar un poco más de su amabilidad.

—¿Trasladarla a Longbourn? —exclamó Bingley—. De ningún modo. Estoy convencido de que mi hermana no querrá ni oír hablar de eso.

—Tenga la seguridad —dijo la señorita Bingley con fría cortesía— de que nos desviviremos por su hija mientras esté con nosotros.

La señora Bennet se lo agradeció efusivamente.

—No sé qué habría sido de Jane si no hubiera tenido tan buenos amigos, pues se siente realmente mal y sufre mucho, aunque, como es habitual en ella, con la mayor paciencia del mundo. No conozco a nadie que tenga un carácter más dulce. Con frecuencia les digo a mis otras hijas que no le llegan a la suela del zapato. ¡Qué bonita es esta sala, señor Bingley! Y tiene unas vistas preciosas sobre ese camino de grava. No hay ningún lugar en los alrededores que pueda compararse con Netherfield. Espero que no piense marcharse pronto, aunque no lo haya arrendado por mucho tiempo.

—Me gusta hacer las cosas de improviso —respondió Bingley—; y, si decidiera marcharme de Netherfield, probablemente lo haría en cinco minutos. Hoy por hoy, sin embargo, me encuentro muy bien aquí.

—Ésa era mi impresión —dijo Elizabeth.

—Empieza usted a comprenderme, ¿no es así? —exclamó el señor Bingley, volviéndose hacia ella.

—Sí... le comprendo perfectamente.

—Ojalá pudiera tomar eso como un cumplido; pero me temo que ser tan transparente es lamentable.

—Depende. Una personalidad misteriosa y compleja no tiene por qué ser mejor o peor que la suya.

—Lizzy —le interrumpió su madre—, recuerda dónde estás, y no digas todo lo que se te ocurre como en casa.

—No sabía que fuera usted una estudiosa del carácter —prosiguió Bingley—. Debe de ser una disciplina muy interesante.

—Sí, pero los caracteres misteriosos y complejos son los más interesantes. Tienen, al menos, esa ventaja.

—El campo —dijo Darcy— proporciona en general muy poca materia para ese estudio. En un entorno rural uno se mueve en un ambiente muy cerrado.

—Pero las personas cambian tanto que siempre hay algo nuevo que descubrir en ellas.

—Por supuesto —exclamó la señora Bennet, ofendida por el modo en que Darcy había hablado de su círculo social—. Le aseguro que aquí hay tanto de eso como en la ciudad.

Todo el mundo se quedó perplejo; y Darcy, después de mirarla unos instantes, se alejó en silencio. La señora Bennet, que imaginaba haber derrotado a su enemigo, quiso disfrutar de su triunfo.

—No creo que Londres tenga muchas ventajas sobre el campo, si exceptuamos las tiendas y los lugares públicos. El campo es mucho más agradable, ¿verdad, señor Bingley?

—Cuando estoy en el campo —respondió su anfitrión—, nunca deseo irme; y, cuando estoy en Londres, me ocurre tres cuartos de lo mismo. Los dos lugares tienen sus ventajas, y puedo ser igual de feliz en ambos.

—Sí, pero eso es porque tiene usted muy buen carácter. Sin embargo, ese caballero —dijo la señora Bennet mirando a Darcy— parece despreciar el campo.

—Se equivoca, mamá —exclamó Elizabeth, ruborizándose por culpa de su madre—. Ha malinterpretado usted al señor Darcy. Sólo ha querido decir que en el campo no hay tanta variedad de personas como en la ciudad, algo que, como reconocerá usted, es cierto.

—Nadie ha dicho lo contrario, querida; pero, en cuanto a eso de que hay muy poca gente con la que relacionarse, no creo que existan muchos lugares en los que se pueda alternar tanto. Nosotros nos tratamos con veinticuatro familias.

Sólo la consideración que Bingley tenía por Elizabeth le ayudó a no perder la compostura. Su hermana fue menos delicada, y miró al señor Darcy con una sonrisa muy expresiva. Elizabeth, tratando de que su madre olvidara el tema, le preguntó si Charlotte Lucas había visitado Longbourn en su ausencia.

—Sí, apareció ayer con su padre. Qué simpático es sir William, ¿verdad, señor Bingley? ¡Un hombre tan elegante! ¡Tan cortés y tan sencillo! Siempre tiene algo que decir a todo el mundo. *Ésa* es mi idea de la buena educación; y toda esa gente que se da tanta importancia y jamás abre la boca está muy equivocada.

—¿Cenó Charlotte con vosotros?

—No, tenía que volver a casa. Creo que la necesitaban para preparar los pastelillos de frutas. Por mi parte, señor Bingley, me gusta tener criados competentes en su trabajo; mis hijas han recibido una educación muy diferente. Pero allá cada cual; y las Lucas son unas muchachas excelentes, se lo aseguro. ¡Es una lástima que sean poco agraciadas! Y no es que considere muy fea a Charlotte; aunque, por otra parte, ella es tan amiga nuestra...

—Parece una joven encantadora —dijo Bingley.

—Oh, sí; pero debe reconocer usted que es muy poco agraciada. La propia lady Lucas lo comenta a menudo, y envidia la belleza de Jane. No me gusta presumir de hijas, pero Jane... bueno, no se ve muy a menudo una joven tan bonita como ella. Lo dice todo el mundo. Sé que yo nunca sería imparcial. Cuando sólo tenía quince años, un caballero que la conoció en casa de mi hermano Gardiner, en Londres, se enamoró

hasta tal punto de ella que mi cuñada tenía el convencimiento de que pediría su mano antes de nuestra marcha. Pero no fue así. Tal vez le pareció demasiado joven. Sin embargo, le dedicó unos versos, y eran preciosos.

—Y así terminó todo —exclamó Elizabeth, impaciente—. Supongo que el mundo está lleno de historias con el mismo final. Me gustaría saber quién descubrió la eficacia de la poesía para enterrar el amor.

—Siempre he considerado la poesía el *alimento* del amor —dijo Darcy.

—Tal vez de un amor exquisito, sólido, saludable. Cualquier cosa sirve para alimentar lo que ya tiene fuerza. Pero, si se trata sólo de una leve inclinación, estoy convencida de que un buen soneto puede acabar con ella.

Darcy se limitó a sonreír; y el silencio que siguió a sus palabras hizo temer a Elizabeth que su madre se pusiera de nuevo en evidencia. Quiso decir algo, pero no se le ocurrió nada; y, al cabo de unos instantes, la señora Bennet volvió a agradecer al señor Bingley su amabilidad con Jane, y se disculpó por las molestias que pudiera causarle la presencia de Lizzy. El señor Bingley le respondió con suma cortesía y naturalidad, lo que obligó a su hermana menor a mostrarse igualmente atenta y decir lo que la ocasión requería. No es que la señorita Bingley fuera demasiado cordial, pero la señora Bennet pareció satisfecha y no tardó en pedir su carruaje. Al oír esto, su hija menor decidió intervenir. Se había pasado toda la visita cuchicheando con su hermana Catherine, y quería reconvenir al señor Bingley por no haber cumplido su promesa de celebrar un baile en Netherfield.

Lydia era una joven alta y robusta de quince años, con un hermoso cutis y un semblante risueño; se trataba de la preferida de su madre, que la había presentado en sociedad a una edad muy temprana. Desbordaba vitalidad, y poseía cierta arrogancia innata que las atenciones de los oficiales, a quienes complacían tanto las cenas de su tío como sus modales desenvueltos, habían transformado en una gran seguridad. Nadie mejor que ella, en consecuencia, para preguntar al señor Bingley por el baile y recordarle su promesa, añadiendo que sería imperdonable que no la cumpliera. La respuesta del anfitrión a aquel súbito ataque deleitó los oídos de su madre.

—Estoy dispuesto a cumplir mi promesa, se lo aseguro; y, cuando su hermana se haya restablecido, podrá usted fijar la fecha del baile si lo desea. Supongo que no tendrá ganas de bailar mientras ella está enferma.

Lydia se mostró muy satisfecha.

—Sí, sí... será mejor esperar a que Jane esté bien; y es muy probable que para entonces el capitán Carter haya regresado a Meryton. Después de su baile —agregó—, insistiré en que el regimiento celebre otro. Le diré al coronel Forster que lo contrario sería vergonzoso.

En cuanto la señora Bennet y sus hijas se despidieron, Elizabeth se apresuró a volver con Jane, dejando que las dos hermanas del señor Bingley y el señor Darcy

hablaran sin contención de ella y de su familia. Pero las dos damas no consiguieron convencer a este último para que dedicara sus críticas a Elizabeth, pese a todas las agudezas de la señorita Bingley sobre *unos hermosos ojos*.



Capítulo X



El día siguiente transcurrió de un modo muy similar. La señora Hurst y la señorita Bingley pasaron varias horas con la enferma, que seguía mejorando, aunque lentamente; y, por la noche, Elizabeth se unió al señor Bingley y sus invitados en el salón. No vio, sin embargo, la mesa de jugar al *loo*. El señor Darcy escribía una carta y la señorita Bingley, sentada a su lado, observaba los progresos de su misiva y le interrumpía constantemente con algún mensaje para su hermana. El señor Hurst y el señor Bingley estaban enfrascados en el juego de los cientos^[*], y la señora Hurst seguía la partida.

Elizabeth sacó sus labores y prestó atención, divertida, a lo que se decían Darcy y su vecina. Los continuos elogios de la dama a la hermosa letra, la escritura rectilínea y la longitud de la carta, así como la total indiferencia con que su interlocutor recibía esas alabanzas, constituían un curioso diálogo que armonizaba muy bien con la opinión que Elizabeth tenía de ambos.

—¡Qué contenta estará la señorita Darcy de recibir una carta así!

Él no contestó.

—Escribe usted increíblemente deprisa.

—Se equivoca. Lo hago más bien despacio.

—¡Cuántas cartas tendrá ocasión de escribir a lo largo de un año! ¡Y también por cuestiones de negocios! ¡A mí me resultaría odioso!

—Es una suerte, entonces, que sea yo quien tiene que escribirlas.

—Por favor, dígame a su hermana que tengo muchas ganas de verla.

—Ya se lo he dicho, a petición suya.

—Me temo que no está satisfecho con su pluma. Déjeme que se la corte y afile. Lo hago de maravilla.

—Se lo agradezco, pero me gusta hacerlo personalmente.

—¿Cómo se las arregla para que sus trazos sean tan uniformes?

Darcy guardó silencio.

—Dígale a su hermana que estoy encantada de saber cuánto ha progresado con el arpa... Y cuénteles, por favor, lo entusiasmada que estoy con su precioso diseño para una mesa, y que me parece infinitamente mejor que el de la señorita Grantley.

—¿Le importaría que dejase todas sus efusiones para la próxima carta? No me queda sitio en ésta para tratarlas como merecen.

—Oh, no se preocupe. La veré en enero. Pero ¿le escribe siempre unas cartas tan largas y tan bonitas, señor Darcy?

—Suelen ser largas; pero, si son bonitas o no, es algo que a mí no me incumbe decir.

—Estoy convencida de que, si una persona escribe cartas largas con facilidad, no puede hacerlo mal.

—¡Menudo cumplido para Darcy, Caroline! —exclamó su hermano—. No puede decirse que escriba con facilidad. Se empeña en buscar palabras de muchas sílabas. ¿No es así, Darcy?

—Mi estilo es muy diferente al tuyo.

—En efecto —dijo la señorita Bingley—. Charles no puede ser más descuidado a la hora de escribir. Se come la mitad de las palabras, y emborrona el resto.

—Mis ideas fluyen con tanta rapidez que no tengo tiempo de expresarlas; de ahí que mis cartas a veces no transmitan nada a mis corresponsales.

—Su humildad, señor Bingley —dijo Elizabeth—, sin duda desarma a sus detractores.

—No hay nada más engañoso —dijo Darcy— que la falsa modestia. Cuando no es despreocupación por las opiniones, es una manera indirecta de pavonearse.

—¿Y a cuál de las dos categorías pertenecería mi reciente despliegue de modestia?

—A la segunda... No negarás que te enorgulleces de tus defectos al escribir, pues los consideras el resultado de un pensamiento rápido y una ejecución descuidada, algo que, si no admirable, te parece al menos interesante. Todo aquel que posee la capacidad de hacer las cosas con rapidez se siente orgulloso de ello, y no suele prestar atención a las imperfecciones de la ejecución. Cuando esta mañana le has dicho a la señora Bennet que, si alguna vez decidías marcharte de Netherfield, lo harías en cinco minutos, lo has hecho como si fuera una especie de panegírico, un cumplido a ti mismo... y, sin embargo, ¿qué puede haber de admirable en una precipitación que dejará a medias cosas muy importantes y no resultará ventajosa en realidad ni para ti ni para nadie?

—¡Esto es demasiado! —exclamó Bingley—. ¡Tener que recordar por la noche

todas las tonterías que se han dicho por la mañana! Y, sin embargo, os aseguro que creía a pie juntillas en lo que decía, y lo sigo creyendo ahora. Al menos puedo decir en mi defensa que no me arrogué toda esa superflua precipitación sólo para presumir delante de las damas.

—Supongo que lo creías de veras; pero no estoy del todo convencido de que te marchases con tanta celeridad. Tus actos dependerían del azar, como dependen los de todos los hombres que conozco; y, si al subir a tu caballo un amigo te dijera: «Bingley, convendría que te quedaras hasta la próxima semana», es muy probable que retrasaras la partida. Y no tendría que insistir mucho para que te quedaras un mes.

—Lo único que demuestran sus palabras, señor Darcy —dijo Elizabeth—, es que el señor Bingley fue demasiado duro al hablar de sí mismo. Usted ha sido mucho más generoso con él.

—Le agradezco muchísimo —repuso Bingley— que convierta lo que ha dicho mi amigo en un elogio de mi buen carácter. Pero me temo que no le ha interpretado exactamente como él quería: el señor Darcy tendría mucho mejor opinión de mí si, en esas circunstancias, yo me alejara galopando después de haberme negado rotundamente a quedarme en Netherfield.

—¿Acaso para el señor Darcy el hecho de que usted se empeñara en partir disculparía su precipitación inicial?

—Le aseguro que no sé explicárselo mejor; tendrá que preguntárselo a Darcy.

—Pretende que justifique unas opiniones que usted considera mías, pero que yo no he tenido nunca. Suponiendo, sin embargo, que las cosas fueran como usted dice, ha de recordar, señorita Bennet, que el amigo que hipotéticamente deseaba que Bingley se quedara en casa y retrasara su marcha, lo deseaba porque sí, sin esgrimir ningún argumento.

—Ceder de buena gana, con facilidad, a los intentos de persuasión de un amigo no es ningún mérito para usted.

—Ceder sin convicción no es un cumplido a la inteligencia de nadie.

—Tengo la sensación, señor Darcy, de que usted no concede ningún valor a la influencia de la amistad y del afecto. Cuando apreciamos a alguien, a menudo cedemos gustosamente a sus peticiones sin necesidad de que nos convenza con argumentos. Y no me refiero a un caso como el que acaba de imaginar con el señor Bingley. Tal vez deberíamos esperar a que se dieran las circunstancias antes de discutir la sensatez de su posterior comportamiento. Pero, en las situaciones más corrientes, cuando un amigo le pide a otro que cambie una decisión de poca importancia, ¿le parece mal que éste acceda a su deseo sin escuchar ningún razonamiento?

—¿No sería aconsejable, antes de seguir con este tema, determinar con mayor

precisión el grado de importancia que ha de darse a la petición, así como el grado de intimidad existente entre los dos implicados?

—¡Por supuesto! —exclamó Bingley—. Oigamos todos los detalles, sin olvidar la estatura y el tamaño de ambos; pues eso tendrá más peso del que usted imagina, señorita Bennet. Le aseguro que, si Darcy no fuera tan grande ni tan alto en comparación conmigo, lo trataría con menos deferencia. Confieso que no conozco nada más temible que Darcy en determinadas ocasiones y en determinados lugares; en su casa especialmente, y los domingos por la tarde cuando no tiene nada que hacer.

El señor Darcy sonrió; pero Elizabeth creyó advertir que se había ofendido un poco, por lo que contuvo la risa. A la señorita Bingley le pareció indignante que trataran así a Darcy, y reprochó a su hermano que dijera aquellas tonterías.

—Adivino tus intenciones, Bingley —dijo su amigo—. No te gustan las discusiones, y pretendes zanjar ésta.

—Es muy posible. Las discusiones se parecen demasiado a las peleas. Si la señorita Bennet y tú posponéis ésta hasta que yo salga de la habitación, os lo agradeceré mucho; y entonces podréis decir lo que queráis de mí.

—Lo que nos pide —respondió Elizabeth— no exige ningún sacrificio por mi parte; y al señor Darcy le convendría terminar su carta.

El señor Darcy siguió su consejo y terminó su carta.

Acto seguido rogó a la señorita Bingley y a Elizabeth que le deleitaran con un poco de música. La señorita Bingley se acercó con presteza al piano y, después de pedir cortésmente a Elizabeth que tocara antes que ella, algo que ésta declinó con idéntica cortesía y mayor franqueza, se dispuso a tocar unas piezas.

La señora Hurst empezó a cantar con su hermana, y Elizabeth no pudo sino observar, mientras hojeaba unas partituras que había sobre el piano, la frecuencia con que la mirada del señor Darcy se clavaba en ella. Le costaba creer que un hombre tan distinguido pudiera admirarla; pero le parecía aún más extraño que la contemplara de aquel modo si le desagradaba. Decidió al fin que debía de atraer su atención porque veía en ella algo peor y más reprehensible, según su concepto del bien y del mal, que en el resto de los presentes. Aquella suposición no le dolió. El señor Darcy no le agradaba lo suficiente para necesitar su aprobación.

Después de tocar unas canciones italianas^[*], la señorita Bingley empezó a interpretar una alegre danza escocesa.

—¿No le apetece aprovechar esta oportunidad de bailar un *reel*, señorita Bennet? —inquirió el señor Darcy, acercándose a ella.

Elizabeth sonrió, pero no dijo nada. Él repitió la pregunta, extrañado de su silencio.

—Le he oído antes —contestó la joven—; pero tenía que pensar un poco en mi respuesta. Usted deseaba que le dijera «sí» para darse el placer de despreciar mi

afición por un baile tan poco refinado; pero detesto seguir esa clase de juegos, y me gusta privar a las personas de un desdén preconcebido. Por ese motivo, he decidido contestarle que no deseo en absoluto bailar un *reel*; y ahora puede despreciarme, si se atreve.

—Por supuesto que no me atrevo.

A Elizabeth, que esperaba más bien haberlo ofendido, le sorprendió su galantería. Pero había una mezcla de dulzura e ingenio en las maneras de la joven que hacían muy difícil que molestara a nadie; y Darcy nunca se había sentido tan fascinado por una mujer. Era consciente de que, si la familia de Elizabeth hubiera sido más distinguida, habría corrido cierto peligro de enamorarse de ella.

La señorita Bingley vio, o sospechó, lo suficiente para tener celos; y el deseo de librarse de Elizabeth aumentó sus ansias de ver restablecida a su querida amiga Jane.

Intentó varias veces que Darcy aborreciera a Elizabeth, hablando de la posibilidad de que se casaran y planeando su felicidad después del enlace.

—Espero que, cuando ocurra tan fausto acontecimiento —le dijo al día siguiente, mientras paseaban juntos por el jardín—, dé algunos consejos a su suegra sobre las ventajas de guardar silencio; y, si tiene autoridad, meta en cintura a las hermanas menores para que no persigan a los oficiales. Y, si se me permite mencionar un tema muy delicado, trate de frenar ese algo indescriptible, al borde del engreimiento y de la impertinencia, que posee su dama.

—¿Tiene algo más que proponer para la felicidad de mi hogar?

—¡Desde luego! Cuelgue los retratos del tío y de la tía Philips en la galería de Pemberley, y póngalos junto al de su tío abuelo, el juez. Ya sabe que pertenecen a la misma profesión, aunque sus especialidades sean muy diferentes^[*]. En cuanto al retrato de su Elizabeth, será mejor que no lo encargue, pues ¿qué pintor podría hacer justicia a unos ojos tan hermosos?

—No sería nada fácil captar la expresión, pero podrían copiarse el color y la forma, así como sus larguísimas pestañas.

En aquel momento se encontraron con la señora Hurst y con la propia Elizabeth, que venían por otro camino.

—Ignoraba que quisierais pasear —dijo la señorita Bingley con cierta turbación, temiendo que la hubieran oído.

—Has sido odiosa con nosotras —protestó la señora Hurst—, ¡mira que salir sin avisarnos!

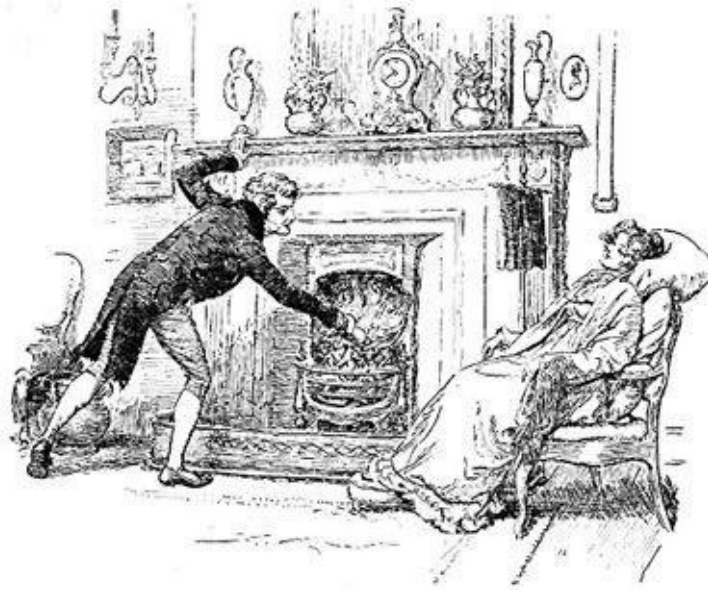
Y, tomando el brazo libre del señor Darcy, dejó a Elizabeth sola. En el sendero no cabían más de tres personas. El señor Darcy advirtió su descortesía, y dijo al punto:

—Esta senda es demasiado estrecha para nuestro grupo. Será mejor que vayamos a la avenida.

Pero Elizabeth, que no tenía el menor deseo de seguir con ellos, contestó riendo:

—No, no; quédense ahí. Forman ustedes un grupo encantador. Una cuarta figura estropearía lo pintoresco de la escena. Adiós.

Se alejó feliz; y, mientras paseaba, acarició la esperanza de regresar a casa al cabo de uno o dos días. Aquella noche, Jane se sintió lo bastante bien para salir de su habitación un par de horas.



Capítulo XI

Cuando las damas salieron del comedor, Elizabeth subió al cuarto de su hermana y, comprobando que estaba bien abrigada, la acompañó hasta el salón, donde sus dos amigas la recibieron con grandes muestras de alegría. Elizabeth nunca las había visto tan amables como durante la hora que transcurrió hasta que llegaron los caballeros. Su conversación era muy amena. Sabían describir espectáculos y fiestas con precisión, contar una anécdota con gracia, y bromear sobre sus amistades con ingenio.

Pero, cuando los caballeros se unieron a ellas, Jane dejó de ser el centro de atención. Los ojos de la señorita Bingley se volvieron en seguida hacia Darcy, y le hizo un comentario nada más aparecer. Él se dirigió directamente a la señorita Bennet para felicitarla por su restablecimiento; el señor Hurst le hizo una pequeña reverencia y afirmó estar «muy contento»; pero la locuacidad y el entusiasmo quedaron reservados para el saludo del señor Bingley, que, exultante, se deshizo en atenciones con ella. Pasó media hora colocando leños y avivando el fuego para que Jane no tuviera más frío que en su dormitorio; y ella se colocó al otro lado de la chimenea, obedeciendo a sus deseos, para alejarse de la puerta. El joven se sentó luego a su lado, y apenas conversó con nadie más. Elizabeth, enfrascada en su labor en el otro extremo de la estancia, lo observaba todo con enorme placer.

Después del té, el señor Hurst recordó a su cuñada la mesa de juego, pero fue inútil. La señorita Bingley se había enterado —confidencialmente— de que el señor Darcy no quería jugar a las cartas, y el señor Hurst vio su petición rechazada. Ella le aseguró que nadie tenía ganas de una partida de naipes, y el silencio de los presentes

pareció darle la razón. El señor Hurst, por consiguiente, no pudo hacer otra cosa que tumbarse en uno de los sofás y quedarse dormido. Darcy cogió un libro; la señorita Bingley hizo lo mismo; y la señora Hurst se dedicó principalmente a jugar con sus anillos y pulseras, interviniendo de vez en cuando en la conversación entre su hermano y la señorita Bennet.

La señorita Bingley prestaba la misma atención a los progresos del señor Darcy con su libro que a la lectura del que ella tenía entre las manos; y no dejaba de hacerle preguntas o de mirar sus páginas. Pero no consiguió entablar con él conversación: Darcy se limitaba a contestar a sus preguntas, y seguía leyendo. Finalmente, cansada de intentar divertirse con su propio libro, que había elegido únicamente por ser el segundo volumen del que leía su amigo, dio un gran bostezo y dijo:

—¡Qué agradable es pasar una velada así! ¡Reconozco que no hay ningún otro placer como la lectura! ¡No hay nada que canse menos que un libro! Cuando tenga mi propia casa, me sentiré muy desgraciada si no dispongo de una excelente biblioteca.

Nadie le contestó. Bostezó de nuevo, dejó el libro y recorrió la habitación con la mirada en busca de alguna distracción; al oír que su hermano mencionaba la palabra «baile» a la señorita Bennet, se volvió bruscamente hacia él y dijo:

—A propósito, Charles, ¿estás pensando seriamente en celebrar un baile en Netherfield? Te aconsejaría que, antes de tomar esa decisión, consultaras los deseos de los presentes; o mucho me equivoco o para algunos de nosotros sería un castigo más que un placer.

—Si te refieres a Darcy —exclamó su hermano—, podrá irse a la cama, si así lo desea, antes de que empiece. Lo del baile está decidido; y, en cuanto Nicholls prepare la sopa de almendras con nata^[*], mandaré las invitaciones.

—Los bailes me gustarían mucho más —replicó la señorita Bingley— si se organizaran de otra manera; pero hay algo insoportablemente aburrido en el modo en que se desarrollan. Sin duda sería mucho más racional que primara la conversación sobre el baile.

—Mucho más racional, mi querida Caroline, pero me temo que entonces dejaría de ser un baile.

La señorita Bingley no respondió, y luego se puso en pie y empezó a pasear por la estancia. Su figura era elegante y sus andares armoniosos, pero, a pesar de sus esfuerzos por atraer la atención de Darcy, éste siguió enfrascado en su libro. Un poco a la desesperada, decidió hacer un último intento y, volviéndose hacia Elizabeth, dijo:

—Señorita Eliza Bennet, permítame convencerla para que siga mi ejemplo y dé una vuelta por el salón. Le aseguro que es muy saludable después de tanto tiempo sentada.

Elizabeth se quedó muy extrañada, pero aceptó. La señorita Bingley consiguió así lo que realmente quería con su amable petición: que el señor Darcy levantara la vista.

A éste le sorprendió tanto como a Elizabeth la afabilidad de su amiga y, de manera inconsciente, cerró el libro. La señorita Bingley le pidió al instante que se uniera a ellas, pero él declinó la invitación, señalando que sólo se le ocurrían dos motivos para que pasearan de aquel modo, y en ambos casos, él estaría de sobra. «¿Qué querría decir con eso?» La señorita Bingley, muerta de curiosidad, preguntó a Elizabeth si ella lo sabía.

—En absoluto —contestó—; pero tenga la certeza de que pretende juzgarnos con severidad, y sufrirá una decepción si no se lo preguntamos.

La señorita Bingley, incapaz de decepcionar en nada al señor Darcy, insistió en que le explicara los dos motivos.

—No tengo el menor inconveniente —dijo él, tan pronto como ella le permitió hablar—. Han decidido pasar así la velada porque o bien tienen que hacerse alguna confidencia, o bien son conscientes de que sus figuras resultan sumamente atractivas mientras pasean. En el primer caso, yo sería un auténtico estorbo; en el segundo, puedo admirarlas mucho mejor sentado junto al fuego.

—¡Qué horror! —exclamó la señorita Bingley—. Nunca había oído nada más espantoso. ¿Cómo le castigaremos por decir eso?

—Nada más fácil, si de veras lo desea —respondió Elizabeth—. Todos podemos hostigarnos y castigarnos unos a otros. Tómele el pelo... ríase de él. Puesto que le conoce bien, sabrá usted el mejor modo de hacerlo.

—No tengo ni idea, se lo aseguro. Aún no nos conocemos tanto para haber aprendido eso. ¡Tomar el pelo al aplomo y a la presencia de ánimo! No, no. Usted y yo saldríamos malparadas. En cuanto a reírnos, preferiría que no nos pusiéramos en evidencia, si le parece bien, tratando de hacerlo sin motivo. El señor Darcy podría alegrarse de ello.

—¡Nadie puede reírse del señor Darcy! —dijo Elizabeth—. Un privilegio muy poco común, y espero que siga siéndolo, pues sería una gran pérdida para mí tener muchos conocidos como él. Me encanta reír.

—La señorita Bingley —dijo Darcy— me atribuye una superioridad que no tengo. Una persona cuyo principal objetivo en la vida sean las bromas y las chanzas puede ridiculizar al más sensato y mejor de los hombres, por no decir el más sensato y mejor de sus actos.

—Tiene razón —replicó Elizabeth—, hay muchas personas así, pero espero no ser una de ellas. Espero no ridiculizar nunca lo que es bueno o sensato. Reconozco que me divierten las locuras y los disparates, los caprichos y las contradicciones, y que me río de ellos siempre que puedo. Pero supongo que usted no tiene defectos.

—Me temo que nadie se libra de ellos. Pero siempre he hecho lo imposible por evitar esas debilidades que a menudo exponen al ridículo a un fuerte intelecto.

—Como la vanidad y el orgullo.

—Sí, no hay duda de que la vanidad es un defecto. Pero el orgullo... en una naturaleza realmente superior, el orgullo no tiende jamás a extralimitarse.

Elizabeth se volvió para disimular una sonrisa.

—Supongo que ha terminado su examen del señor Darcy —dijo la señorita Bingley—. ¿Y cuál es, si puede saberse, el resultado?

—Estoy totalmente convencida de que el señor Darcy no tiene defectos. Él mismo lo reconoce sin ambages.

—No —le interrumpió Darcy—; no he pretendido decir eso. Tengo bastantes defectos, pero no están relacionados, espero, con mi inteligencia. No respondo de mi carácter. Creo que es muy poco flexible: demasiado poco, sin duda, para las conveniencias mundanas. No puedo olvidar con la debida rapidez las locuras y los vicios ajenos, ni las ofensas que se me hacen. Mis sentimientos no se disipan así como así. Tal vez podría tachárseme de rencoroso. Cuando alguien pierde mi aprecio, lo pierde para siempre.

—¡Eso sí que es un defecto! —exclamó Elizabeth—. Un rencor implacable es un baldón en su carácter. Pero ha elegido bien su defecto. Me resulta imposible reírme de él. No corre usted ningún peligro conmigo.

—Creo que todo temperamento manifiesta cierta tendencia a un mal concreto, un defecto natural que ni siquiera la mejor educación puede vencer.

—Y su defecto es una propensión a odiar a todas las personas.

—Y el suyo —respondió Darcy con una sonrisa—, obstinarse en malinterpretarlas.

—¿Qué tal un poco de música? —preguntó la señorita Bingley, cansada de una conversación en la que no participaba—. Louisa, ¿te importaría despertar al señor Hurst?

Su hermana no opuso la menor objeción, y se abrió el piano. Después de reflexionar unos instantes, Darcy no lo lamentó. Empezaba a darse cuenta del peligro que entrañaba dedicar a Elizabeth demasiada atención.



Capítulo XII



Las dos hermanas se pusieron de acuerdo, y al día siguiente Elizabeth escribió a su madre para que mandara el carruaje a buscarlas en el transcurso de la jornada. Pero la señora Bennet había dado por hecho que sus hijas se quedarían en Netherfield hasta el martes siguiente, una semana después de la llegada de Jane, y se negó a aceptar que regresaran antes. Su respuesta, en consecuencia, no tuvo nada de complaciente, al menos para Elizabeth, que estaba impaciente por volver a casa. La señora Bennet les comunicaba que no podrían disponer del carruaje hasta el martes; y añadía en su posdata que, si el señor Bingley y su hermana les animaban a prolongar su estancia, ella no las necesitaba para nada. Elizabeth, sin embargo, estaba decidida a no quedarse más tiempo, aunque tampoco esperaba que las invitaran; temía, al contrario, abusar de la hospitalidad de sus anfitriones, por lo que instó a Jane para que pidiera prestado el coche del señor Bingley. Las dos decidieron comunicar antes de nada a sus amigos que deseaban abandonar Netherfield aquel mismo día.

La noticia suscitó muchas manifestaciones de inquietud; e insistieron tanto en que se quedaran al menos un día más que Jane aceptó salir a la mañana siguiente. La señorita Bingley lamentó entonces haber propuesto que retrasaran su marcha, pues los celos y la antipatía que le inspiraba Elizabeth superaban con creces su afecto por Jane.

El señor Bingley se enteró con auténtico pesar de su inminente partida, e intentó repetidas veces convencer a la señorita Bennet de que sería peligroso para ella, pues aún no estaba del todo restablecida; pero Jane nunca daba su brazo a torcer cuando creía tener razón.

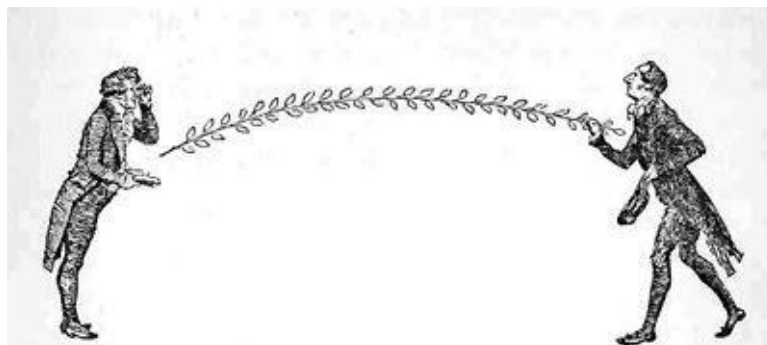
El señor Darcy se alegró de la noticia. Elizabeth llevaba tiempo más que suficiente en Netherfield. La joven le atraía más de lo que deseaba; y la señorita Bingley se mostraba descortés con ella, y mucho más irritante que de costumbre con él. Tomó la sabia decisión de extremar sus esfuerzos para que no se le escapara la

menor muestra de admiración, nada que pudiera despertar en Elizabeth la esperanza de influir en su felicidad; era consciente de que, de haber llegado a insinuar algo así, su comportamiento del último día sería de vital importancia para confirmarlo o desmentirlo. Firme en su propósito, apenas le dirigió diez palabras en todo el sábado, y, aunque en una ocasión pasaron media hora solos, Darcy ni siquiera levantó la vista del libro.

El domingo, después del servicio religioso de la mañana, tuvo lugar la despedida, tan grata para casi todos. La cortesía de la señorita Bingley con Elizabeth se intensificó súbitamente antes de su marcha, así como su afecto por Jane; y cuando se despidieron, después de asegurar a esta última el placer que siempre le procuraría verla en Longbourn o en Netherfield, y de abrazarla con la mayor de las ternuras, llegó incluso a estrechar la mano de su hermana. Elizabeth dijo adiós a todo el grupo de lo más animada.

Su madre no las recibió con demasiada cordialidad. La señora Bennet, sorprendida de su llegada, les reprochó causar tantas molestias, y tuvo por seguro que Jane habría vuelto a resfriarse. Su padre, por el contrario, a pesar de su laconismo, se alegró mucho de verlas; había comprendido cuánto las echaba de menos. La conversación de las veladas, al reunirse la familia, perdía gran parte de su animación y casi todo su sentido en ausencia de Jane y Elizabeth.

Encontraron a Mary enfrascada, como siempre, en el estudio de la armonía y de la naturaleza humana; y tuvieron que interesarse por algunos fragmentos de lo que leía, amén de escuchar sus perogrulladas. La clase de información que Catherine y Lydia tenían para ellas era muy diferente. Se habían dicho y hecho muchas cosas en el regimiento desde el miércoles anterior: varios oficiales habían cenado en casa del tío Philips, se había azotado a un soldado raso y se decía que el coronel Forster iba a contraer matrimonio.



Capítulo XIII



Confío, querida —dijo al día siguiente el señor Bennet a su mujer mientras desayunaban—, en que hayas organizado un buen almuerzo para hoy, pues tengo motivos para creer que alguien se sumará al grupo familiar.

—¿A qué te refieres, querido? Que yo sepa, no viene nadie; a no ser que Charlotte Lucas pase a visitarnos, y espero que mis comidas sean lo bastante buenas para ella. No creo que en su casa coma así muy a menudo.

—La persona de quien hablo es un caballero de fuera.

Los ojos de la señora Bennet se iluminaron.

—¿Un caballero de fuera? ¡Seguro que es el señor Bingley! Desde luego, Jane, ¡eres de lo que no hay! ¡Mira que no decirnos nada! Bueno, en cualquier caso, me alegraré muchísimo de ver al señor Bingley. Aunque, ¡qué mala suerte! Hoy no se puede conseguir pescado. Lydia, tesoro, toca la campanilla. Tengo que hablar inmediatamente con Hill.

—No se trata del señor Bingley —dijo su marido—; es una persona que no he visto en mi vida.

Aquello suscitó el asombro general; y el señor Bennet vio con placer cómo su mujer y sus cinco hijas le asediaban a preguntas.

Después de divertirse un rato a costa de su curiosidad, les explicó lo siguiente:

—Hace aproximadamente un mes recibí esta carta, que contesté hace unos quince días, pues me pareció una cuestión bastante delicada que no debía demorar^[*]. El remitente era mi primo, el señor Collins, quien, tras mi muerte, podrá echaros de esta casa en cuanto le venga en gana.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó su mujer—. No soporto que se mencione ese asunto. Te ruego que no me hables de ese hombre tan odioso. No hay nada más cruel en este mundo que privar a unos hijos de una herencia que debería ser suya; si hubiera estado en tu lugar, habría tratado de arreglarlo hace mucho.

Jane y Elizabeth se esforzaron por explicar a su madre la naturaleza de un dominio vinculado. No era la primera vez que lo intentaban, pero, sobre ese

particular, la señora Bennet se negaba a entrar en razón; de modo que continuó despotricando contra la crueldad de arrebatar tierras y bienes a una familia de cinco hijas para entregárselas a un hombre que le tenía sin cuidado a todo el mundo.

—Es cierto que es sumamente injusto —dijo el señor Bennet—, y el señor Collins siempre será culpable por heredar Longbourn. Pero, si escucharas su carta, tal vez te ablandara un poco lo que dice.

—¡Imposible! Además, creo que ha sido muy impertinente al escribirte, y muy hipócrita. Detesto a esos amigos engañosos. ¿Por qué pretende hacer las paces contigo, en lugar de seguir el ejemplo de su padre?

—Bueno, parece haber tenido algunos escrúpulos filiales, como vas a oír.

Hunsford, cerca de Westerham, Kent

15 de octubre

Querido señor:

Las diferencias entre usted y mi difunto padre me causaron siempre una profunda desazón y, desde que tuve la desgracia de perderlo, he deseado con frecuencia nuestra reconciliación; durante algún tiempo, sin embargo, me detuvieron mis propias dudas, pues temía que resultara poco respetuoso para su memoria que yo estuviera a bien con una persona con la que él siempre quiso estar enemistado.

—¿Lo ves, señora Bennet? —exclamó, interrumpiendo su lectura.

Pero ya he tomado una decisión al respecto, pues, tras recibir las órdenes sagradas en Pascua, he tenido la fortuna y la distinción de verme apadrinado por la excelentísima lady Catherine de Bourgh, viuda de sir Lewis de Bourgh, cuya generosidad y benevolencia la han llevado a adjudicarme la valiosa rectoría de esta parroquia, donde no ahorraré esfuerzos para mostrar mi respeto y agradecimiento a mi benefactora, y estaré siempre dispuesto a celebrar cuantos ritos y ceremonias haya instituido la Iglesia anglicana. Como clérigo, sin embargo, juzgo mi deber promover y mantener la paz, esa bendición divina, entre todas las familias al alcance de mi influencia; considero, por ese motivo, muy encomiable mi actual oferta de hacer las paces, y espero que tenga usted la amabilidad de olvidar mi condición de heredero de Longbourn y no rechace la rama de olivo que le tiendo. No puede sino inquietarme el hecho de ser quien perjudicará a sus encantadoras hijas y, además de pedirle disculpas por ello, le aseguro que haré cuanto esté en mi mano por desagruarlas; pero ya hablaremos de eso más adelante. Si no tiene inconveniente en recibirme en su casa, tendré el placer de presentarles mis respetos a usted y a su familia el lunes, 18 de noviembre, hacia las cuatro de la tarde, y probablemente abusaré de su hospitalidad hasta el sábado de la semana siguiente, algo que nada me impide hacer,

pues lady Catherine está de acuerdo en que me ausente de vez en cuando los domingos, siempre que algún otro clérigo se ocupe de los servicios religiosos del día. Quedo suyo, pues, estimado señor, con mis saludos respetuosos a su esposa e hijas y mis mejores deseos para usted.

Su amigo,

WILLIAM COLLINS

—A las cuatro en punto, por consiguiente, es muy probable que recibamos la visita de este caballero tan conciliador —dijo el señor Bennet, doblando la carta—. A fe mía que parece un joven de lo más serio y educado; y no hay duda de que resultará una amistad muy valiosa, especialmente si lady Catherine se muestra lo bastante indulgente para permitir que vuelva a visitarnos.

—No es ninguna tontería, sin embargo, lo que dice de nuestras hijas; y, si está dispuesto a compensarlas, no seré yo quien lo desanime.

—Aunque sea muy difícil adivinar —señaló Jane— de qué manera pretende desagraviarnos, su deseo es ciertamente encomiable.

Lo que más sorprendió a Elizabeth del señor Collins fue su extraordinaria deferencia con lady Catherine, y su amable propósito de bautizar, casar y enterrar a sus feligreses siempre que fuera necesario.

—Debe de ser un bicho raro —comentó—. No tiene sentido lo que dice. Hay algo muy pomposo en su estilo. Y ¿a qué viene disculparse por ser el heredero de Longbourn? No podría evitarlo aunque quisiera. ¿Cree usted que será un hombre sensato, padre?

—No, querida; la verdad es que no lo creo. Tengo grandes esperanzas de que sea todo lo contrario. Hay una mezcla de servilismo y de engreimiento en su carta que resulta muy prometedora. Estoy impaciente por conocerlo.

—Por lo que concierne a su redacción —dijo Mary—, me parece muy correcta. La idea de la rama de olivo es posible que no sea nueva, pero, en mi opinión, está bien expresada.

Para Catherine y Lydia ni la carta ni su autor tenían el menor interés. Era prácticamente imposible que su primo apareciera con una casaca roja, y hacía varias semanas que no les procuraba placer alguno la compañía de un hombre ataviado de otro color. En cuanto a la señora Bennet, la carta del señor Collins mitigó en gran medida la antipatía que sentía por él, y se dispuso a recibirlo con una presencia de ánimo que asombró a su marido y a sus hijas.

El señor Collins llegó a la hora anunciada, y la familia en pleno le dio la bienvenida. El señor Bennet habló muy poco, pero las damas estaban deseosas de conversar, y el señor Collins no pareció necesitar que nadie le animara ni tener inclinación al silencio. Era un joven alto y corpulento de veinticinco años. Su aspecto era grave y majestuoso, y sus modales sumamente afectados. No tardó en felicitar a la

señora Bennet por tener unas hijas tan hermosas: había oído elogiar mucho su belleza, pero, en aquella ocasión, la fama no hacía justicia a la realidad; después añadió que estaba seguro de que acabaría viéndolas a todas muy bien casadas. Esta galantería no agradó demasiado a algunas de sus oyentes, pero la señora Bennet, que jamás ponía reparos a ningún cumplido, se apresuró a contestar:

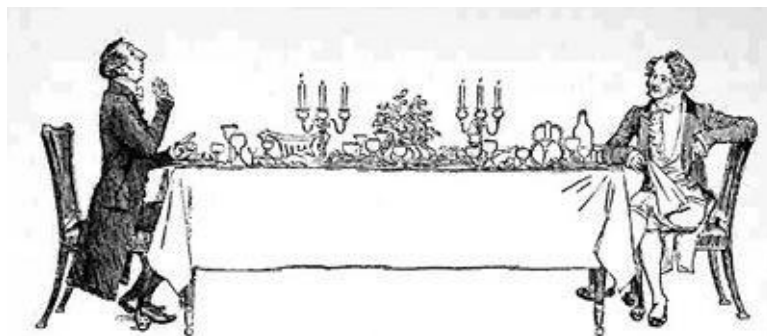
—Es usted muy amable, señor Collins. Ojalá sus palabras resultaran ciertas; de lo contrario, mis hijas se quedarán en la indigencia. Las cosas están tan mal dispuestas...

—¿Alude usted, quizá, a la sujeción de esta casa y sus tierras a determinada sucesión?

—¡Ah, señor Collins! En efecto, en efecto. Ha de reconocer usted que es un asunto penoso para mis pobres hijas. No es mi intención meterme con usted por ello, pues sé que estas cosas dependen del azar. Es imposible saber qué pasará cuando una sucesión se vincula a herederos varones.

—Soy muy sensible, señora Bennet, a las dificultades de mis hermosas primas, y podría hablar largo y tendido sobre el caso, pero no quiero pecar de atrevido ni obrar con precipitación. Con todo, puedo asegurar a sus hijas que he venido dispuesto a admirar sus cualidades. Por el momento, no diré más, pero tal vez cuando nos conozcamos mejor...

El señor Collins vio interrumpidas sus palabras por el anuncio del almuerzo; y las jóvenes se sonrieron unas a otras. No eran el único objeto de interés del invitado. El vestíbulo, el comedor y todo su mobiliario fueron examinados y elogiados; y las alabanzas del clérigo habrían emocionado a la señora Bennet de no haber sido por la humillante suposición de que lo contemplaba todo como su futuro propietario. La comida fue, asimismo, muy ponderada; y el señor Collins quiso saber cuál de sus preciosas primas era la artífice de aquellos manjares. Pero la señora Bennet se apresuró a sacarle de su error, asegurándole con cierta aspereza que la familia tenía una buena cocinera, y sus hijas no tenían nada que hacer entre los fogones. El señor Collins se disculpó por haberla contrariado. Ella le aseguró en un tono más amable que no estaba ofendida, pero él siguió rogando que le perdonara alrededor de un cuarto de hora.



Capítulo XIV



El señor Bennet apenas habló durante la cena, pero, cuando los criados se retiraron, creyó llegado el momento de conversar con su huésped, por lo que decidió sacar un tema que despertase su verborrea y señaló cuán afortunado era al tener aquella benefactora. El respeto de lady Catherine de Bourgh por sus deseos y por su comodidad le parecían extraordinarios, añadió. El señor Bennet no podía haber elegido tema mejor. El señor Collins se deshizo en elogios de su patrona. El asunto le hizo adoptar un aire más solemne aún y, con gran pomposidad, declaró que jamás había visto comportarse así a una persona de su rango: la afabilidad y la condescendencia con que le trataba lady Catherine eran tales... Había dado amablemente el visto bueno a los dos sermones que había tenido el honor de predicar en su presencia. Le había invitado, asimismo, dos veces a comer en Rosings, y el sábado pasado le había enviado a buscar para que completara el grupo de jugadores de cuatrillo. Conocía a mucha gente que encontraba orgullosa a lady Catherine, pero con él se había mostrado siempre muy atenta. Le trataba como a cualquier otro caballero; no ponía la menor objeción a que se relacionara con los demás vecinos, ni a que abandonara su parroquia de vez en cuando una o dos semanas para visitar a sus parientes. Incluso había tenido la deferencia de aconsejarle que se casara lo antes posible, siempre que eligiera con prudencia; y había visitado en una ocasión su humilde rectoría, donde había dado su total aprobación a los cambios que él había realizado, e incluso se había dignado sugerirle otro: la colocación de algunas estanterías en los armarios del piso superior.

—Todo eso es muy correcto y educado —dijo la señora Bennet—, y supongo que es una mujer muy agradable. Es una pena que las damas de abolengo en general no se parezcan más a ella. ¿Vive cerca de usted, señor Collins?

—El jardín donde se encuentra mi humilde morada sólo está separado por un camino de Rosings Park, la residencia de mi benefactora.

—Ha dicho usted que era viuda, ¿no es así? ¿Y tiene familia?

—Sólo una hija, la heredera de Rosings y otras muchas propiedades.

—¡Ah! —exclamó la señora Bennet, moviendo la cabeza—. Entonces es más pudiente que otras jóvenes. Y ¿cómo es? ¿Agradada?

—Es una joven realmente encantadora. La propia lady Catherine dice que, en verdadera belleza, la señorita De Bourgh supera con creces a la más hermosa de su sexo; pues hay algo en sus facciones que sólo poseen las jóvenes de noble cuna. Por desgracia, es de constitución enfermiza, lo que le ha impedido desarrollar muchas cualidades que, de lo contrario, habrían sido excepcionales; así me lo ha comunicado la dama que supervisa su educación y que sigue viviendo con ellas. Pero es una joven extraordinariamente amable, y a veces se digna aparecer en mi humilde morada en su pequeño faetón tirado por ponis.

—¿Ha sido presentada en sociedad? No recuerdo haber visto su nombre entre las damas de la corte.^[*]

—Lamentablemente, su estado de salud no le permite vivir en Londres, lo que, como le dije un día a lady Catherine, ha privado a la corte británica de su joya más resplandeciente. A mi benefactora pareció agradaarle esta idea; como pueden ustedes imaginar, me complace aprovechar cualquier ocasión para ofrecer esos pequeños y delicados cumplidos que tanto deleitan a las damas. En más de una ocasión le he comentado a lady Catherine que su encantadora hija parece nacida para ser duquesa, y que sería ella quien daría distinción al título y no al contrario. Esas nimiedades le encantan, y es el tipo de atenciones que me siento especialmente obligado a dedicarle.

—Tiene razón —dijo el señor Bennet—, y es una suerte que posea usted el talento de adular con tanta delicadeza. ¿Podría preguntarle si esas amables atenciones proceden del impulso del momento o han sido preparadas de antemano?

—Normalmente surgen de manera improvisada, y, aunque a veces me divierta idear esos pequeños y elegantes cumplidos para adaptarlos luego a las situaciones más ordinarias, intento darles siempre un aire muy espontáneo.

Todas las expectativas del señor Bennet se vieron confirmadas. Su primo era tan ridículo como imaginaba, y lo escuchó divertido, aunque sin perder en ningún momento la compostura y, salvo alguna mirada esporádica a Elizabeth, sin necesitar compartir con nadie su regocijo.

A la hora del té, sin embargo, su dosis del señor Collins había sido más que suficiente, y el señor Bennet se alegró de conducirlo nuevamente al salón; después del refrigerio, le invitó a que leyera en voz alta a las damas. Su invitado accedió de buen grado, y le dieron un libro; pero, al examinarlo (todo parecía indicar que procedía de una biblioteca circulante), dio un paso atrás y, disculpándose, declaró que nunca leía novelas. Kitty clavó su mirada en él, y Lydia soltó una exclamación. Sacaron otros libros y, tras unos instantes de reflexión, eligió los *Sermones* de Fordyce^[*]. Lydia bostezó mientras el señor Collins abría el volumen, y, antes de que hubiera leído tres páginas con monótona solemnidad, le interrumpió diciendo:

—¿Sabe, mamá, que el tío Philips habla de despedir a Richard? Si lo hiciera, lo contrataría el coronel Forster. La tía me lo contó el sábado. Mañana me acercaré andando a Meryton para enterarme de todo, y para saber cuándo regresa el señor Denny de la ciudad.

Sus dos hermanas mayores le pidieron que se callara; pero el señor Collins, muy ofendido, dejó a un lado el libro y dijo:

—He observado a menudo lo poco que se interesan las mujeres jóvenes por los libros serios, aunque estén escritos únicamente en beneficio suyo. Confieso que me sorprende, pues no hay nada tan ventajoso para ellas como la instrucción. Pero no importunaré por más tiempo a la menor de mis primas.

Entonces se volvió hacia el señor Bennet, y se ofreció a ser su adversario en el *backgammon*. Su anfitrión aceptó el desafío, alabando su prudencia por dejar que las jóvenes se entregaran a sus frívolas diversiones. La señora Bennet y sus hijas se disculparon con la mayor cortesía por la interrupción de Lydia, y prometieron que no volvería a ocurrir nada semejante si reanudaba la lectura; pero el señor Collins, después de asegurarles que no guardaba ningún rencor a su prima, y que jamás consideraría su comportamiento una afrenta, se sentó en otra mesa con el señor Bennet y se dispuso a jugar al *backgammon*.



Capítulo XV



El señor Collins no era un hombre juicioso, y la educación y la sociedad apenas habían contribuido a mejorar sus deficiencias naturales; había pasado casi toda su vida bajo la férula de un padre mezquino e ignorante; y, aunque se había formado en una de las universidades^[*], se había limitado a pasar allí el tiempo necesario, sin entablar ninguna relación que le sirviera de algo. La sumisión en que le había educado su padre había agudizado al principio su humildad; pero ahora ésta se veía contrarrestada por la vanidad de una cabeza hueca, una vida retirada y los sentimientos inspirados por una prosperidad tan temprana como inesperada. Una afortunada coincidencia hizo que lady Catherine de Bourgh pensara en él cuando quedó vacante el beneficio^[**] de Hunsford; y el respeto que el señor Collins sentía por su elevada posición social, y la veneración que le inspiraba como protectora, combinados con la excelente opinión que tenía de sí mismo, de su autoridad como clérigo y de sus privilegios como rector, habían hecho de él una mezcla de orgullo y servilismo, engreimiento y humildad.

Ahora que disponía de una buena casa y de una renta más que suficiente, había decidido casarse; y, al buscar la reconciliación con la familia de Longbourn, tenía una mujer en mente, pues se había propuesto elegir a una de sus primas, siempre que éstas resultaran tan hermosas y simpáticas como se decía.

Su plan no varió al conocerlas. El rostro angelical de la señorita Bennet confirmó sus expectativas, y reforzó su idea de que las primogénitas deben ser las primeras en casarse; así que durante la primera velada Jane fue su elegida. La mañana siguiente, sin embargo, trajo consigo un cambio; en un *tête-à-tête* de un cuarto de hora con la señora Bennet antes del desayuno, una conversación en la que el señor Collins empezó hablando de la casa rectoral y acabó confesando abiertamente el deseo de encontrar esposa en Longbourn, su anfitriona, entre sonrisas de complacencia y de aliento, dejó caer que no se fijara en Jane. «Respecto a sus hijas *pequeñas*, la señora Bennet no se atrevía a decir nada, no podía dar una respuesta categórica, pues no *sabía* de nadie que las cortejara; en cuanto a su hija *mayor*, tenía que admitir, era su deber insinuar que probablemente estaría muy pronto comprometida.»

El señor Collins sólo tenía que cambiar a Jane por Elizabeth; y se apresuró a hacerlo, mientras la señora Bennet atizaba el fuego. Elizabeth, que seguía a Jane tanto en edad como en belleza, pasó a ocupar, como es natural, el lugar de su hermana.

La señora Bennet atesoró aquella confidencia, esperando tener muy pronto dos hijas casadas; y el hombre con el que no quería siquiera hablar la víspera se convirtió en una bendición para ella.

El propósito de Lydia de ir andando a Meryton no cayó en el olvido, y todas las hermanas menos Mary se sumaron al paseo. El señor Collins accedió a acompañarlas, a petición del señor Bennet, que estaba impaciente por librarse de su invitado y tener la biblioteca para él solo; el señor Collins le había seguido después del desayuno, y parecía encantado de estar con él, enfrascado en teoría en uno de los infolios más voluminosos de la colección, pero hablando sin parar, en la práctica, de su casa y de su jardín de Hunsford. Aquello resultaba de lo más perturbador para el señor Bennet. Siempre había tenido la seguridad de encontrar ocio y tranquilidad en su biblioteca y, aunque estuviera preparado, como le explicó a Elizabeth, para tropezarse con la estupidez y la vanidad en las demás habitaciones de la casa, se había acostumbrado a librarse de ellas en su sanctasanctórum; de ahí que extremara su cortesía al pedir al señor Collins que paseara con sus hijas; el clérigo, mucho más dotado para la marcha que para la lectura, cerró encantado el voluminoso libro para acompañar a sus primas.

Entre pomposas naderías por su parte, y corteses asentimientos por parte de las Bennet, el grupo llegó a Meryton, donde Kitty y Lydia parecieron olvidarse de él. Las dos jóvenes empezaron a recorrer con la mirada la calle principal en busca de los oficiales, y sólo la visión en algún escaparate de un sombrero muy elegante o de una muselina realmente innovadora lograron desviar su interés.

Pero no tardó en captar la atención de todas las damas un joven desconocido, de aspecto elegante, que paseaba por la acera de enfrente con un oficial. Este último les hizo una pequeña reverencia al verlas, y resultó ser el mismísimo señor Denny, aquel cuyo regreso de Londres Lydia deseaba investigar. A todas les impresionó el porte del forastero, y se preguntaron quién podría ser. Kitty y Lydia, decididas a averiguarlo si era posible, cruzaron la calle simulando haber visto algo en una tienda del otro lado y, al llegar a la acera, tuvieron la suerte de coincidir con los dos caballeros, que se habían dado la vuelta. El señor Denny se apresuró a dirigirse a ellas y les pidió permiso para presentarles a su amigo, el señor Wickham, con quien había regresado de Londres el día anterior, y que, le alegraba decir, había aceptado un destino en su regimiento. Así pues, todo estaba en regla; pues a aquel joven sólo le faltaba un uniforme para ser completamente encantador. Su físico no podía ayudarle más; lo adornaban todas las prendas de la belleza, pues su rostro era hermoso y su figura esbelta, y se expresaba de un modo muy agradable. Tras la presentación, vino el descubrimiento de su elocuencia: una elocuencia a un tiempo correcta y sin

pretensiones; y todo el grupo seguía conversando animadamente cuando el ruido de unos cascos de caballo atrajo su atención, y vieron aparecer a Darcy y a Bingley cabalgando juntos por la calle. Al reconocer a las damas, los dos caballeros se acercaron a ellas para intercambiar los saludos de rigor. Bingley fue más locuaz que su amigo, y la señorita Bennet el principal objeto de sus atenciones. Explicó que iba camino de Longbourn para interesarse por su salud. El señor Darcy lo confirmó con una inclinación de cabeza, y estaba tomando la decisión de no mirar a la segunda de las Bennet cuando sus ojos se tropezaron con el señor Wickham; Elizabeth vio por casualidad la expresión de ambos, y se quedó atónita ante el efecto que les causó aquel encuentro. Los dos cambiaron de color: uno palideció y el otro se puso rojo. El señor Wickham tardó unos instantes en llevarse la mano al sombrero, un saludo que el señor Darcy a duras penas se dignó responder. ¿Qué podría significar todo aquello? Era imposible imaginarlo; y era imposible no tener ganas de saberlo.

Al cabo de un minuto, el señor Bingley, que no parecía consciente de lo ocurrido, se despidió y se alejó a caballo con su amigo.

El señor Denny y el señor Wickham acompañaron a las jóvenes hasta la casa del señor Philips, y allí se despidieron de ellas, a pesar de las repetidas súplicas de la señorita Lydia para que entraran, e incluso a pesar de que la señora Philips decidiera abrir la ventana del salón para secundar a gritos la invitación.

La señora Philips se alegraba siempre de ver a sus sobrinas, y las dos mayores, debido a su reciente ausencia, fueron especialmente bienvenidas. Mientras estaba explicándoles con entusiasmo lo mucho que le había sorprendido su repentino regreso a Longbourn, del que no habría sabido nada —puesto que no las había recogido el carruaje familiar— de no haberse encontrado en la calle con el mancebo del señor Jones, quien le había dicho que ya no tenían que enviar pócimas a Netherfield porque las señoritas Bennet habían vuelto a casa, Jane la interrumpió para presentarle al señor Collins. Ella lo recibió con grandes muestras de cortesía, que él le devolvió con creces, disculpándose por aparecer allí sin haberle presentado antes sus respetos, aunque esperaba que su parentesco con aquellas jóvenes damas justificase su atrevimiento. A la señora Philips le impresionó su exquisita educación; pero su interés por el clérigo desconocido cedió ante las exclamaciones y preguntas de sus sobrinas acerca del nuevo oficial. Lo único que pudo contarles de éste, sin embargo, ya lo sabían: que había venido de Londres con el señor Denny, y que sería nombrado teniente en la milicia del condado. La señora Philips les dijo que llevaba una hora observándolo mientras subía y bajaba la calle, y lo cierto es que, si el señor Wickham hubiera vuelto a aparecer, Kitty y Lydia habrían seguido su ejemplo; pero, desgraciadamente, sólo pasaron por delante de las ventanas unos cuantos oficiales que, en comparación con el recién llegado, les parecieron «feos y aburridos». Algunos de ellos comerían con los Philips al día siguiente, y la tía les prometió que su

marido visitaría al señor Wickham y le invitaría al almuerzo si la familia de Longbourn se unía más tarde al grupo. Todos estuvieron de acuerdo, y la señora Philips prometió organizar un bullicioso juego de lotería^[*], y ofrecer luego a sus invitados una cena ligera. Ante la perspectiva de tantas diversiones, todos se despidieron muy animados. El señor Collins volvió a pedirle disculpas al abandonar el salón, y la señora Philips le aseguró con incansable cortesía que no tenía nada que perdonarle.

Mientras volvían andando a casa, Elizabeth le contó a Jane lo sucedido entre el señor Darcy y el señor Wickham; y, aunque Jane estuviera dispuesta a defender a cualquiera de los dos, o a ambos, fue tan incapaz como Elizabeth de explicarse su comportamiento.

El señor Collins, al regresar a Longbourn, hizo las delicias de la señora Bennet elogiando los modales y la cortesía de la señora Philips. Declaró que, a excepción de lady Catherine y su hija, nunca había conocido a una mujer tan elegante; pues no sólo le había recibido con la mayor gentileza, sino que también le había incluido deliberadamente en su invitación del día siguiente, pese a ser la primera vez que lo veía en su vida. Suponía que su parentesco con los Bennet tendría algo que ver, pero lo cierto es que jamás le habían tratado con tanta deferencia.



Capítulo XVI



Como no se puso ninguna objeción al compromiso de las jóvenes con su tía, y todos los escrúpulos del señor Collins —que se resistía a abandonar al señor y a la señora Bennet por las tardes— fueron vencidos, el carruaje los llevó a él y a sus cinco primas a Meryton, a la hora prevista; y las muchachas tuvieron la satisfacción de oír, al entrar en el salón, que el señor Wickham había aceptado la invitación de su tío, y se encontraba en casa de los Philips.

Una vez obtenida esa información, los recién llegados se sentaron, y el señor Collins pudo admirar con tranquilidad cuanto había a su alrededor; la amplitud y el mobiliario de la estancia le impresionaron de tal modo que, según dijo, podría haber estado en la salita de desayuno que utilizaban los veranos en Rosings. La comparación no suscitó al principio demasiado entusiasmo; pero, cuando la señora Philips supo cómo era Rosings y quién era su propietaria, cuando escuchó la descripción de uno de los salones de lady Catherine y se enteró de que sólo la chimenea había costado ochocientas libras, comprendió el valor del cumplido, y no le habría molestado una comparación con el cuarto del ama de llaves.

Hasta que los caballeros se reunieron con ellos, el señor Collins lo pasó en grande describiendo todo el esplendor de lady Catherine y su mansión, y haciendo alguna que otra digresión para alabar su humilde morada y las reformas que estaba

emprendiendo. Encontró en la señora Philips una magnífica oyente, cada vez más convencida de la importancia de su invitado y dispuesta a contárselo todo a sus vecinas en cuanto tuviera ocasión. A las jóvenes Bennet, que no escuchaban a su primo, y que no tenían nada que hacer salvo echar de menos un piano y contemplar sus mediocres imitaciones de porcelana sobre la repisa de la chimenea, la espera se les hizo interminable. Pero acabó llegando a su fin. Los caballeros se acercaron, y, cuando el señor Wickham entró en la habitación, a Elizabeth no le pareció exagerado el interés que éste le había suscitado. Los oficiales del condado eran, por lo general, personas respetables y educadas, y los mejores se encontraban en casa de los Philips; pero el señor Wickham superaba a todos en porte, semblante, apariencia y andares, del mismo modo que los demás superaban al tío Philips, con su rostro ancho y abotargado y su olor a oporto, que entró en la sala tras los oficiales.

El señor Wickham fue el hombre afortunado hacia el que se volvieron casi todas las miradas femeninas, y Elizabeth la mujer afortunada junto a la que finalmente se sentó; y la naturalidad con que empezó a conversar, aunque sólo fuera de la humedad de la noche y de las probabilidades de una estación lluviosa, convencieron a la joven de que el tema más vulgar, trillado y aburrido podría resultar interesante gracias al ingenio del conversador.

Ante unos rivales como el señor Wickham y los demás oficiales, el señor Collins pareció hundirse en la insignificancia; es cierto que las damiselas lo consideraban un cero a la izquierda, pero seguía teniendo a intervalos una amable oyente en la señora Philips, que no dejó de obsequiarle con café y bizcochos.

Cuando colocaron las mesas de juego, tuvo oportunidad de agradecerle su cortesía uniéndose a la partida de *whist*.

—Apenas conozco las reglas —dijo—, pero me encantará aprender. Dada mi posición...

La señora Philips le dio las gracias por su buena disposición, pero no esperó a escuchar sus explicaciones.

El señor Wickham no jugaba al *whist*, y fue acogido con verdadero placer en la otra mesa, donde se sentó entre Elizabeth y Lydia. Al principio pareció existir el peligro de que esta última acaparara toda su atención, pues era muy habladora; pero, como también era muy aficionada a la lotería, no tardó en enfrascarse en el juego, demasiado ávida de hacer apuestas y ponerse a gritar tras los aciertos para estar pendiente de una sola persona. Habida cuenta de la facilidad del juego, el señor Wickham tuvo ocasión de hablar con Elizabeth, y ella le escuchó encantada, aunque no abrigara la menor esperanza de que le contase lo que más deseaba oír: la historia de su relación con el señor Darcy. Ni siquiera se atrevía a mencionar a ese caballero. Su curiosidad, sin embargo, se vio inesperadamente satisfecha. El mismo señor Wickham fue quien sacó el tema. Quiso saber a qué distancia estaba Netherfield de

Meryton; y, al escuchar la respuesta, le preguntó vacilante cuánto tiempo llevaba allí el señor Darcy.

—Alrededor de un mes —dijo Elizabeth; y, acto seguido, resistiéndose a abandonar el tema, añadió—: es dueño de una extensa heredad en Derbyshire, según tengo entendido.

—En efecto —contestó Wickham—; tiene una mansión espléndida y muchísimas tierras. Y una renta de diez mil libras anuales. No encontrará usted a nadie que pueda informarle mejor sobre ese asunto, pues, desde mi infancia, he tenido una relación muy especial con su familia.

Elizabeth fue incapaz de disimular su sorpresa.

—Comprendo que mis palabras la sorprendan, señorita Bennet, después de haber visto ayer, tal como creo, la frialdad de nuestro encuentro. ¿Conoce mucho al señor Darcy?

—Lo conozco más que suficiente —exclamó Elizabeth con vehemencia—. He pasado cuatro días en la misma casa que él, y me parece un hombre muy desagradable.

—No tengo derecho a opinar —dijo Wickham— sobre si es agradable o no. No estoy en condiciones de hacerlo. Lo conozco desde hace demasiado tiempo y demasiado bien para ser un buen juez. No podría ser imparcial. Pero creo que todo el mundo se asombraría al conocer su opinión... Aunque es posible que no la expresara con tanto ardor en otro lugar. Aquí está rodeada de su familia.

—Le aseguro que no he dicho nada *aquí* que no hubiera dicho en cualquier casa de la vecindad, si exceptuamos Netherfield. El señor Darcy no goza de demasiadas simpatías en Hertfordshire. Todo el mundo detesta su orgullo. No encontrará a nadie que le hable mejor de él.

—No seré yo quién lamente —señaló Wickham, tras unos instantes de silencio— que a él, o a cualquier otra persona, se le estime en función de sus méritos; pero no creo que en su caso ocurra muy a menudo. Deslumbra al mundo con su fortuna y su posición social, y lo intimida con sus modales altivos y palaciegos; la gente sólo lo ve como él desea ser visto.

—Tengo la impresión, aunque apenas lo he tratado, de que es un hombre de muy mal carácter.

Wickham se limitó a mover la cabeza.

—Me gustaría saber —exclamó, en cuanto pudo volver a hablar— si se quedará mucho más tiempo en la región.

—No tengo ni idea; pero nadie habló de que fuera a marcharse mientras estuve en Netherfield. Espero que sus planes en favor de nuestro condado no se vean afectados por el hecho de que él viva en la zona.

—¡Oh, no! No permitiré que el señor Darcy me espante. Si no quiere verme,

tendrá que marcharse él. Nuestras relaciones no son amistosas, y siempre me resulta doloroso encontrarme con él, pero los motivos que tengo para evitarlo los podría proclamar ante el mundo: la sensación de haber sido tratado injustamente, y un gran pesar de que sea el hombre que es. Su padre, el difunto señor Darcy, fue una de las mejores personas que han existido, señorita Bennet, y el amigo más fiel que he tenido jamás; y no puedo estar en presencia del actual señor Darcy sin sentir una profunda aflicción por el gran número de emotivos recuerdos que me embargan. Su comportamiento conmigo ha sido escandaloso; pero estoy convencido de que podría perdonarle cualquier cosa... todo... menos que defraudara las expectativas de su padre y deshonrara su memoria.

Elizabeth, cada vez más interesada, escuchaba con la mayor atención; pero, al tratarse de un tema tan delicado, prefirió no hacer más preguntas.

El señor Wickham empezó a hablar de otros asuntos más generales, como Meryton, el vecindario, la sociedad local; y, sumamente complacido al parecer con lo que había visto, se refirió a esta última con una galantería discreta pero evidente.

—Ha sido la perspectiva de disfrutar de una buena vida social, y con gente de posición —añadió—, lo que más me ha empujado a enrolarme en la milicia del condado^[*]. Sabía que era un cuerpo muy respetable y hospitalario, y mi amigo Denny acabó de convencerme con la descripción de su actual acuartelamiento, y de las múltiples atenciones y excelentes amistades que Meryton les ha proporcionado. El trato con la gente, lo reconozco, me es muy necesario. Soy un hombre que ha sufrido decepciones, y mi estado de ánimo no soporta la soledad. *Debo* tener trabajo y vida social. No estaba destinado a la vida militar, pero las circunstancias la han hecho aconsejable para mí. La Iglesia tendría que haber sido mi profesión; me educaron para entrar en su seno, y a estas alturas podría disfrutar de un importante cargo si así lo hubiera querido el caballero del que acabamos de hablar.

—¿De veras?

—Sí; el difunto señor Darcy me legó, cuando quedase vacante, el mejor beneficio eclesiástico de sus tierras. Era mi padrino y estaba muy encariñado conmigo. No encuentro palabras para expresar su bondad. Quería asegurar mi porvenir, y creyó haberlo hecho. Pero, cuando el cargo quedó libre, lo ocupó otra persona.

—¡Santo cielo! —exclamó Elizabeth—. Pero ¿qué ocurrió? ¿Cómo pudo ignorarse su voluntad? ¿Acaso no solicitó usted ayuda legal?

—Había ciertas deficiencias formales en el testamento que truncaron cualquier esperanza de conseguir algo en los tribunales. Un hombre de honor no habría dudado de la intención del finado, pero el señor Darcy prefirió ponerla en tela de juicio... o tratarla como una simple recomendación condicional, asegurando que yo había perdido todo derecho a ella debido a mi desenfreno e imprudencia; en pocas palabras, por todo o por nada. Lo cierto es que el beneficio eclesiástico quedó vacante hace dos

años, cuando yo tenía edad para ocuparlo, y se lo confiaron a otro hombre; e igual de cierto es que no puedo acusarme de haber hecho nada para perderlo. Tengo un carácter apasionado e imprudente, y quizá a veces me haya tomado demasiadas libertades al hablar de él y con él. No recuerdo nada peor. Pero el hecho es que somos dos hombres muy diferentes, y que él me odia.

—¡Me parece vergonzoso! Merecería ser desacreditado en público.

—Antes o después alguien lo hará, pero no seré yo. Mientras su padre siga presente en mi memoria, jamás me enfrentaré a él ni lo pondré en evidencia.

Elizabeth alabó sus sentimientos, y encontró al señor Wickham más atractivo que nunca.

—Pero ¿cuáles eran sus motivos? —preguntó, tras unos instantes de silencio—. ¿Qué pudo inducirle a comportarse con tanta crueldad?

—La profunda aversión que le inspiro... una aversión que, hasta cierto punto, sólo puedo atribuir a los celos. Si el difunto señor Darcy me hubiera querido menos, su hijo se habría llevado mejor conmigo; pero el extraordinario cariño que su padre sentía por mí le molestó desde muy pequeño. No podía soportar el hecho de competir conmigo... ni que yo fuera a menudo el predilecto de su padre.

—No creía que el señor Darcy pudiera ser tan malo; no es santo de mi devoción, desde luego, pero nunca habría imaginado algo parecido. Suponía que despreciaba a sus congéneres en general, pero ¡jamás sospeché que pudiera rebajarse a semejante venganza, a semejantes extremos de injusticia y crueldad!

Después de unos momentos de reflexión, sin embargo, Elizabeth prosiguió:

—Recuerdo que un día se vanaglorió en Netherfield de cuán implacable era en sus resentimientos, de su incapacidad para el perdón. Debe de ser un hombre terrible.

—Prefiero no hablar de eso —respondió Wickham—, me costaría mucho ser justo con él.

Elizabeth volvió a enfrascarse en sus pensamientos y, al cabo de algún tiempo, exclamó:

—¡Tratar de ese modo al ahijado, al amigo, al preferido de su padre! —y podría haber añadido: «A un joven, además, como usted, cuyo semblante da fe de su buen carácter», pero se contentó con decir—: Y a una persona, además, con la que creció desde la infancia y a la que, creo que ha dicho usted, estuvo muy unido.

—Nacimos en la misma parroquia, dentro de la misma heredad, y pasamos juntos casi toda nuestra infancia y juventud; habitantes de la misma casa, compartimos las mismas distracciones y recibimos los mismos cuidados paternales. Mi padre empezó a trabajar en la misma profesión a la que su tío, el señor Philips, da tanto prestigio, pero lo dejó todo para servir de ayuda al difunto señor Darcy, y consagrar todo su tiempo al cuidado de Pemberley. El señor Darcy le apreciaba muchísimo, y lo consideraba su mejor amigo y confidente. Reconocía a menudo estar en deuda con él

por el modo en que administraba sus bienes, y cuando, justo antes de la muerte de mi padre, el señor Darcy le prometió ocuparse de mí, estoy seguro de que lo hizo no sólo para mostrarle su agradecimiento sino también por el cariño que me tenía.

—¡Qué extraño! —exclamó Elizabeth—. ¡Y qué abominable! Me sorprende que el propio orgullo del señor Darcy no le empujara a ser justo con usted. A falta de otro motivo más noble, el orgullo tendría que haberle impedido ser injusto... pues eso sólo puede considerarse falta de justicia.

—Resulta asombroso —contestó Wickham—, porque casi todos sus actos los dicta el orgullo; y el orgullo ha sido con frecuencia su mejor amigo. Sin duda le ha acercado más a la virtud que cualquier otro sentimiento. Pero nadie es consecuente; y en su comportamiento conmigo existieron impulsos más fuertes que el orgullo.

—¿Acaso puede un orgullo tan execrable como el suyo tener un efecto beneficioso?

—Sí. A menudo le ha empujado a ser liberal y generoso: a dar dinero a manos llenas, a mostrarse hospitalario, a ayudar a sus arrendatarios y a socorrer a los pobres. El orgullo familiar, así como el filial, pues se siente muy orgulloso de su padre, le han inducido a obrar de ese modo. No deshonar a su familia, ni mermar su prestigio, ni perder la influencia de Pemberley son motivos muy poderosos. Tiene, asimismo, un orgullo fraternal, que unido a cierto cariño, le convierte en un tutor de su hermana sumamente responsable y afectuoso; ya verá cómo todo el mundo lo considera el mejor y más atento de los hermanos.

—¿Cómo es la señorita Darcy?

El señor Wickham movió la cabeza.

—Ojalá pudiera decir que es una joven amable. Me duele tener que hablar mal de un Darcy. Pero se parece demasiado a su hermano, y es terriblemente orgullosa. De niña era afectuosa y adorable, y estaba muy encariñada conmigo; he jugado con ella cientos de horas. Pero ahora no significa nada para mí. Es una hermosa muchacha de quince o dieciséis años, llena de cualidades, según tengo entendido. Desde la muerte de su padre reside en Londres, donde vive con una dama que se encarga de su educación.

Después de muchas pausas y muchas tentativas de hablar de otras cosas, Elizabeth no pudo sino volver al mismo tema.

—¡No comprendo que pueda ser íntimo del señor Bingley! —dijo—. ¿Cómo es posible que el señor Bingley, que parece personificar el buen humor y es, estoy convencida, el colmo de la amabilidad, sea tan amigo de un hombre así? ¿Qué pueden tener en común? ¿Conoce usted al señor Bingley?

—En absoluto.

—Es un joven afable y encantador. No creo que sepa cómo es el señor Darcy.

—Probablemente no; pero el señor Darcy sabe ser muy agradable cuando quiere.

No le faltan cualidades. Puede ser muy ameno si considera que merece la pena. Entre sus iguales se comporta de un modo muy diferente que entre personas menos prósperas. El orgullo nunca le abandona; pero con los ricos es un hombre de mentalidad abierta, justo, sincero, racional, honrado y tal vez simpático, aunque en ello colaboren la fortuna y el rango.

El grupo que jugaba al *whist* no tardó en acabar la partida, y los jugadores se congregaron alrededor de la otra mesa; el señor Collins se colocó entre su prima Elizabeth y la señora Philips. Esta última le hizo las preguntas de rigor sobre el resultado del juego. No había tenido mucha suerte: había perdido todas las bazas; pero, cuando la señora Philips empezó a expresarle su pesar, el señor Collins le aseguró con la mayor seriedad que no tenía la menor importancia, que consideraba el dinero una nimiedad, y le rogó que dejara de preocuparse.

—Sé muy bien, señora —dijo—, que, cuando una persona se sienta ante una mesa de juego, debe afrontar ciertos riesgos; por fortuna, cinco chelines no significan nada para un hombre de mi posición. No creo que haya mucha gente que pueda decir lo mismo, pero, gracias a lady Catherine de Bourgh, estoy muy lejos de tener que fijarme en semejantes minucias.

Sus palabras llamaron la atención del señor Wickham, que, tras observar unos instantes al señor Collins, preguntó a Elizabeth en voz baja si su pariente conocía mucho a la familia De Bourgh.

—Lady Catherine de Bourgh —respondió la joven— le ha concedido hace poco un beneficio eclesiástico. Ignoro quién recomendó al señor Collins para ese puesto, pero estoy segura de que acaban casi de conocerse.

—Supongo que sabe que lady Catherine de Bourgh y lady Anne Darcy eran hermanas; y que, por ese motivo, ella es tía del actual señor Darcy.

—No, no estaba al tanto de las relaciones familiares de lady Catherine. Jamás había oído hablar de ella hasta anteayer.

—Su hija, la señorita De Bourgh, heredará una gran fortuna, y se cree que ella y su primo unirán sus patrimonios.

Elizabeth no pudo sino sonreír al recordar a la pobre señorita Bingley. Cuán vanas serían sus atenciones, cuán vanos e inútiles su afecto por la hermana y sus elogios de aquel hombre si el señor Darcy estaba ya destinado a otra mujer.

—El señor Collins —dijo— cuenta maravillas de lady Catherine y de su hija; pero, por algunos detalles que se le han escapado sobre la primera, sospecho que su gratitud le engaña y que, a pesar de ser su benefactora, es una dama arrogante y vanidosa.

—Creo que merece ambos calificativos, y en sumo grado —respondió Wickham—; hace muchos años que no la veo, pero recuerdo que nunca me gustó, y que sus maneras eran insolentes y autoritarias. Tiene fama de ser extraordinariamente

razonable e inteligente; pero creo que su gloria se debe en parte a su rango y a su fortuna; en parte a sus modales dictatoriales; y en parte al orgullo de su sobrino, decidido a que todas las personas relacionadas con él tengan un intelecto de primera fila.

A Elizabeth le pareció muy lógica la explicación, y los dos continuaron su animada charla hasta que la cena puso fin a los naipes y ofreció la oportunidad a las demás damas de disfrutar de las atenciones del señor Wickham. Había demasiado alboroto para conversar, pero sus maneras conquistaron a todo el mundo. Cualquiera cosa que decía, la decía bien; y cualquiera cosa que hacía, la hacía con elegancia. Elizabeth se marchó de Meryton con la cabeza llena del señor Wickham. Mientras volvía a casa, no pudo pensar en nada que no fuera él, o las palabras que él había pronunciado; aunque no tuvo ocasión de nombrarlo durante el trayecto, pues Lydia y el señor Collins hablaron por los codos. Lydia hizo toda clase de comentarios sobre la lotería, y las fichas que había ganado y perdido, y el señor Collins necesitó más tiempo del que tardaron los caballos en detenerse ante la entrada de Longbourn House para describir la cortesía de los señores Philips, declarar cuán poco le importaban sus pérdidas en el *whist*, enumerar todos los platos de la cena, y expresar repetidamente sus temores de ocupar demasiado espacio en el carruaje y dejar sin sitio a sus primas.



Capítulo XVII



El día siguiente, Elizabeth le contó a Jane su conversación con el señor Wickham. Jane la escuchó inquieta y sorprendida; le costaba creer que el señor Darcy fuera tan indigno del afecto del señor Bingley; y, sin embargo, no era propio de ella cuestionar la sinceridad de un joven que parecía tan agradable como Wickham.

La posibilidad de que hubiera sido maltratado de ese modo bastó para despertar su ternura; y lo único que pudo hacer, en consecuencia, fue pensar bien de los dos, defender la conducta de ambos, y considerar accidente o error lo que no podía explicarse de otra forma.

—Supongo que, de un modo u otro, los dos han sido engañados, —dijo Jane—, no sabemos cómo. Incluso es posible que haya personas que quieran enemistarlos. Así que no está en nuestras manos hacer conjeturas sobre las causas o circunstancias que, sin que ninguno de los dos sea culpable, han podido distanciarles.

—Cierto, muy cierto; y ahora, mi querida Jane, ¿qué puedes decir en defensa de esas terceras personas que probablemente han intervenido en este asunto? Tendrás que demostrar también su inocencia, o nos veremos obligados a pensar mal de alguien.

—Ríete cuanto quieras, pero no conseguirás que cambie de opinión. Mi querida Lizzy, piensa en el papel tan vergonzoso que haría el señor Darcy si tratara de ese modo a alguien tan querido por su padre... alguien a quien éste había prometido asegurar el porvenir. Es imposible. Ninguna persona con un mínimo de humanidad, ningún hombre al que preocupe su reputación sería capaz de hacerlo. ¿Cómo podría

engañar hasta tal punto a sus mejores amigos? ¡Es inconcebible!

—Me resulta mucho más fácil creer que el señor Bingley no sabe nada, que acusar al señor Wickham de inventar una historia como la que me contó ayer por la noche; con nombres, hechos... y sin andarse con rodeos. Si no es cierto, dejemos que el señor Darcy lo contradiga. Además, el señor Wickham parecía tan sincero...

—Es realmente difícil, y doloroso. No sabe uno qué pensar.

—Perdona... para mí está muy claro.

Pero Jane sólo tenía una certeza: que el señor Bingley, si había sido engañado, sufriría mucho cuando aquel asunto saliera a la luz.

La llegada de algunas de las personas sobre las que estaban hablando obligó a los dos jóvenes a abandonar el jardín: el señor Bingley y sus hermanas venían a invitarles personalmente al tan esperado baile de Netherfield, que se celebraría el martes siguiente. Las dos damas se mostraron encantadas de volver a ver a su querida amiga, dijeron que había pasado un siglo desde su último encuentro, y le preguntaron repetidas veces qué había hecho desde entonces. Apenas prestaron atención al resto de la familia; hicieron todo lo posible por evitar a la señora Bennet, hablaron muy poco con Elizabeth y nada en absoluto con los demás. No tardaron en marcharse: se levantaron de sus asientos con una brusquedad que sorprendió a su hermano, y salieron a toda prisa como si estuvieran impacientes por librarse de los cumplidos de la señora Bennet.

La perspectiva del baile en Netherfield fascinaba a todas las mujeres de la familia. La señora Bennet decidió que se celebraba en honor de su hija mayor, y le halagó sobremanera que el señor Bingley se acercara personalmente a Longbourn, en lugar de mandarles una invitación protocolaria. Jane imaginaba una velada muy feliz en compañía de sus dos amigas, y con las atenciones que le dedicaría el hermano de éstas; y Elizabeth pensaba con placer en bailar mucho con el señor Wickham, y ver confirmadas todas sus acusaciones en las miradas y los actos del señor Darcy. La felicidad con que soñaban Catherine y Lydia dependía menos de un único acontecimiento o de una persona determinada, pues, aunque las dos, al igual que Elizabeth, pretendían bailar la mitad de la velada con el señor Wickham, éste no era ni mucho menos la única pareja que podría satisfacerles, y, en cualquier caso, un baile siempre era un baile. Incluso Mary aseguró a su familia que no le disgustaba la idea.

—Mientras pueda disponer de las mañanas para mí —dijo—, es suficiente. No me parece un sacrificio asistir de vez en cuando a esas veladas. La vida social tiene derechos sobre nosotros; y yo declaro ser una de esas personas que consideran beneficiosos para todo el mundo ciertos intervalos de recreo y distracción.

Elizabeth estaba tan animada con el baile que, aunque sólo hablaba con el señor Collins cuando era estrictamente necesario, no pudo evitar preguntarle si pensaba aceptar la invitación del señor Bingley y, de ser así, si le parecía correcto participar en

ese tipo de diversiones nocturnas; y se quedó bastante sorprendida al descubrir que el joven clérigo no albergaba el menor escrúpulo al respecto, y que estaba muy lejos de temer una reprimenda del arzobispo^[*] o de lady Catherine de Bourgh por atreverse a bailar.

—Le aseguro que no soy de la opinión —dijo el señor Collins— de que un baile de esta naturaleza, ofrecido por un joven de buena reputación a gente muy respetable, pueda resultar pecaminoso; y estoy tan lejos de censurarlo que espero tener el honor de bailar con todas mis hermosas primas en el transcurso de la velada, por lo que aprovecho la oportunidad, señorita Elizabeth, para rogarle que me conceda las dos primeras danzas, una preferencia que confío en que mi prima Jane atribuya al motivo correcto y no considere una falta de respeto.

Elizabeth comprendió que no tenía escapatoria. Se había propuesto bailar con el señor Wickham aquellas dos primeras piezas, y ¡tendría que hacerlo en su lugar con el señor Collins! Sus ganas de bromear le habían salido caras. Pero ya no tenía remedio. Su felicidad y la del señor Wickham tendrían que esperar forzosamente un poco, y aceptó la propuesta del señor Collins con la mayor gentileza posible. Tampoco le agradó su galantería, pues parecía sugerir algo más. Por primera vez se le pasó por la imaginación que tal vez fuera ella la hermana elegida para convertirse en señora de la rectoría de Hunsford y completar una mesa de cuatrillo en Rosings cuando lady Catherine no encontrara a nadie mejor. La idea no tardó en ser una convicción, al ver cómo aumentaban sus muestras de cortesía y la frecuencia con que intentaba alabar su viveza y su ingenio; y, aunque a Elizabeth le sorprendiera más que halagara el efecto de sus encantos, su madre no tardó en darle a entender que la posibilidad de una boda con el señor Collins le alegraba sobremanera. Elizabeth, sin embargo, prefirió no darse por aludida, consciente de que cualquier respuesta desataría una fuerte discusión. Tal vez el señor Collins jamás llegara a pedir su mano y, hasta que lo hiciera, no tenía sentido pelearse.

Si no se hubiera celebrado en Netherfield un baile para el que prepararse y del que hablar, Catherine y Lydia Bennet habrían sido muy desgraciadas, ya que, desde el día de la invitación, llovió con tanta intensidad que no pudieron ir ni una sola vez a Meryton. Así que no hubo tía, ni oficiales, ni noticias nuevas; e incluso se vieron obligadas a encargar las rosas de tela que adornarían sus zapatos de baile. El mal tiempo puso también a prueba la paciencia de Elizabeth, al impedir que progresara su amistad con el señor Wickham; y, sólo gracias al baile del martes, Lydia y Kitty encontraron soportables el viernes, el sábado, el domingo y el lunes.



Capítulo XVIII



asta que entró en el salón de Netherfield y buscó en vano al señor Wickham entre el grupo de casacas rojas allí reunidas, a Elizabeth ni se le pasó por la imaginación que no fuera a estar presente. La seguridad de encontrarse con él no se había visto enturbiada por ningún recuerdo que pudiera, y no sin fundamento, haberla alarmado. Se había vestido con mayor esmero del habitual, y se había preparado, con el mejor de los ánimos, para conquistar la parte aún insumisa del corazón de ese caballero, confiando en que no fuera demasiado grande para dominarla en el curso de la velada. Pero de pronto le asaltó la terrible sospecha de que, para complacer al señor Darcy, Bingley hubiera omitido su nombre en la invitación enviada a los oficiales; y, aunque ése no era exactamente el caso, su amigo, el señor Denny, a quien Lydia se apresuró a recurrir, confirmó el hecho irrefutable de su ausencia, y les explicó que Wickham se había visto obligado a atender unos asuntos en Londres el día anterior y aún no había regresado. Con una sonrisa muy significativa, el oficial añadió:

—Supongo que esos asuntos no le hubieran hecho ausentarse justo ahora si no hubiera querido evitar a cierto caballero aquí presente.

Lydia no alcanzó a oír ese comentario, pero Elizabeth sí, y le confirmó que Darcy era tan responsable de la ausencia de Wickham como había supuesto en un principio; y la antipatía que el primero le inspiraba se agudizó hasta tal punto por la desilusión que acababa de sufrir que apenas pudo contestar con cortesía a las amables preguntas que, instantes después, éste le dirigió. La atención, la tolerancia, la paciencia con

Darcy eran un agravio a Wickham. Elizabeth decidió no conversar con él, y se alejó tan irritada que ni siquiera recuperó su buen humor al hablar con el señor Bingley, cuya ciega parcialidad la exasperaba.

Pero Elizabeth tenía demasiado buen carácter; y, aunque se hubieran malogrado sus planes para la velada, su enfado no podía ser duradero; y, después de contarle sus penas a Charlotte Lucas, a quien no había visto en una semana, empezó a hablarle de las peculiaridades de su primo, sobre el que deseaba llamar su atención. Los dos primeros bailes, sin embargo, volvieron a sumirla en la pesadumbre; fueron danzas de mortificación. El señor Collins, torpe y solemne, pidiendo disculpas en vez de prestar atención, moviéndose a destiempo sin darse cuenta, le ocasionó toda la vergüenza y el sufrimiento que una desagradable pareja de baile puede infligir. Cuando consiguió librarse de él, se puso eufórica.

Luego bailó con un oficial, que le brindó el consuelo de hablarle del señor Wickham y de lo mucho que todo el mundo lo apreciaba. Cuando terminaron las dos piezas de rigor, volvió con Charlotte Lucas, y estaba conversando con ella cuando, inesperadamente, el señor Darcy le pidió que fuera su próxima pareja; Elizabeth se quedó tan desconcertada que, sin saber lo que hacía, aceptó. El señor Darcy se alejó de inmediato, y ella se quedó reprochándose su falta de serenidad. Charlotte intentó consolarla.

—Seguro que te parece encantador.

—¡Dios me libre! ¡Sería la mayor de las desgracias! ¡Encontrar encantador a un hombre a quien se ha decidido odiar! No me desees semejante castigo.

Cuando se reanudó la música, sin embargo, y Darcy se acercó a ella, Charlotte le susurró que no cometiera la torpeza de permitir que su debilidad por Wickham la hiciera desagradable a ojos de un hombre diez veces más importante. Elizabeth no contestó, y ocupó su puesto en la pista de baile, asombrada de la dignidad que le otorgaba el hecho de ser pareja del señor Darcy, y percibiendo ese mismo asombro en las miradas de sus vecinos. Bailaron algún tiempo sin decir nada, y Elizabeth empezó a pensar que aquel silencio se prolongaría hasta el final de las dos piezas. Al principio decidió respetarlo, pero de pronto se le ocurrió que no habría peor castigo para el señor Darcy que obligarlo a hablar, e hizo una observación trivial sobre el baile. Él le respondió y volvió a quedarse callado. Después de unos minutos de silencio, Elizabeth se dirigió a él por segunda vez:

—Le toca a usted decir algo, señor Darcy. Yo he hablado del baile, y usted debería hacer algún comentario sobre el tamaño de la sala, o el número de parejas.

Él sonrió, y le aseguró que diría lo que ella quisiera.

—Muy bien. Esta respuesta es suficiente por el momento. Quizá yo diga dentro de poco que los bailes privados son mucho más agradables que los públicos. Pero *ahora* podemos guardar silencio.

—¿Sigue usted unas normas para hablar mientras baila?

—Algunas veces. Hay que decir algo, ya lo sabe. Sería muy extraño que dos personas pasaran media hora juntas sin despegar los labios; aunque, para contentar a *algunos*, la conversación debería organizarse de tal modo que apenas tuvieran que decir nada.

—¿Está hablando de sus sentimientos o cree satisfacer los míos?

—Las dos cosas —replicó Elizabeth con picardía—; pues siempre he percibido una gran semejanza entre nuestras formas de ser. Ambos somos poco sociables y taciturnos, y estamos poco dispuestos a hablar a no ser que esperemos decir algo que asombre a todo el mundo y que pase a la posteridad con el lustre de un proverbio.

—No me parece una descripción nada acertada de su carácter —dijo Darcy—. Y hasta qué punto se parece al mío, es algo que no estoy en condiciones de decir. No hay duda de que usted lo considera un fiel retrato.

—No soy la más indicada para juzgarlo.

Él no contestó, y los dos volvieron a guardar silencio hasta que el baile les permitió detenerse de nuevo. Darcy le preguntó entonces si sus hermanas y ella iban a menudo a Meryton. Elizabeth le respondió que sí e, incapaz de resistir la tentación, agregó:

—Cuando nos vio usted allí el otro día, acababan de presentarnos a un oficial.

El efecto fue inmediato. Una expresión de desdén endureció el rostro de Darcy, pero no dijo nada, y Elizabeth, aunque lamentando su debilidad, fue incapaz de seguir.

—El señor Wickham —dijo finalmente el joven, forzado por las circunstancias— tiene tanto encanto que no es raro que haga amigos; lo que no es tan seguro es que sea capaz de conservarlos.

—Ha tenido la desgracia de perder *su* amistad —repuso Elizabeth, haciendo hincapié en el posesivo—, y de un modo que probablemente le hará sufrir toda la vida.

Darcy no respondió, y pareció deseoso de cambiar de tema. En aquel momento apareció junto a ellos sir William Lucas, con el propósito de llegar a través del grupo de bailarines al otro lado de la sala; pero, al ver al señor Darcy, se detuvo con una ceremoniosa inclinación de cabeza y le felicitó no sólo por su destreza en el baile, sino también por su pareja.

—No quepo en mí de gozo, mi querido señor. No es frecuente ver bailar con tanta maestría. Es obvio que pertenece usted a los círculos más elegantes. Permítame decirle, sin embargo, que su preciosa acompañante no le desmerece, y confío en que este placer se repita a menudo, especialmente cuando cierto acontecimiento muy deseable, mi querida señorita Eliza —miró a Jane y al señor Bingley—, tenga lugar. ¡Entonces lloverán las felicitaciones! Apelo al señor Darcy... pero no le molestaré

más, señor... No quiero interrumpir su encantadora conversación con esta joven, cuyos brillantes ojos también me están censurando.

Darcy apenas escuchó la última parte de su discurso, pero la alusión de sir William a su amigo pareció impresionarle mucho, y miró con extraordinaria seriedad a Bingley y a Jane, que estaban bailando juntos. Recobrando al punto la serenidad, sin embargo, se volvió hacia su pareja y dijo:

—La interrupción de sir William me ha hecho olvidar de qué estábamos hablando.

—No creo que estuviéramos diciendo nada. Sir William no podría haber interrumpido a dos personas en este salón que tuvieran menos que decirse. Hemos intentado dos o tres temas sin éxito, y no logro imaginar de qué podríamos hablar a continuación.

—¿Qué opina de los libros? —preguntó él, sonriendo.

—¿De los libros? Oh, no... Estoy segura de que jamás leemos los mismos, o de que no nos inspiran los mismos sentimientos.

—Es una lástima que piense así; pero, de ser cierto, al menos no nos faltaría tema de conversación. Podríamos comparar nuestras opiniones.

—No... no puedo hablar de libros en un salón de baile; mi cabeza esta llena de otras cosas.

—*El presente* ocupa toda su imaginación en esas circunstancias, ¿no es así? —dijo él, con cierto escepticismo.

—En efecto —replicó Elizabeth, sin saber lo que decía, pues sus pensamientos habían tomado otros derroteros, como se vio poco después cuando súbitamente exclamó—: Recuerdo que en una ocasión le oí decir, señor Darcy, que usted casi nunca perdonaba, que su rencor era implacable. Supongo que será muy cauto antes de permitir que ese sentimiento le domine.

—Lo soy —contestó él con firmeza.

—¿Y nunca se deja cegar por los prejuicios?

—Espero que no.

—Quienes jamás cambian de opinión tienen que estar muy seguros de juzgar correctamente al principio.

—¿Qué pretende usted con estas preguntas?

—Solamente ilustrarme sobre su carácter —dijo ella, tratando de restar gravedad a sus palabras—. Intento comprenderlo.

—¿Y lo consigue?

Elizabeth movió la cabeza.

—En absoluto. Oigo opiniones tan diferentes sobre usted que no sé qué pensar.

—Seguro que se dicen las cosas más opuestas de mí —respondió muy serio—; y preferiría, señorita Bennet, que en estos momentos se olvidara de mi carácter: me

temo que su interpretación no nos favorecería a ninguno de los dos.

—Pero, si no lo estudio ahora, quizá no se me presente nunca otra oportunidad.

—No quisiera en absoluto privarla de ningún placer —contestó Darcy fríamente.

Elizabeth no dijo nada más y, cuando terminaron de bailar la segunda pieza, se separaron en silencio; los dos disgustados, aunque no de igual modo, pues en el pecho de Darcy anidaban unos sentimientos bastante poderosos que en seguida le hicieron perdonar a la joven y dirigir toda su ira contra otra persona.

Poco después de separarse, la señorita Bingley se acercó a Elizabeth y le dijo con un aire cortésmente displicente:

—He oído, señorita Eliza, que está encantada con George Wickham. Su hermana Jane me ha hablado de él, y me ha hecho cientos de preguntas; y he descubierto que el joven olvidó decirle, entre sus muchas confidencias, que era hijo del viejo Wickham, el administrador del difunto señor Darcy. Permítame recomendarle, como amiga, que no crea a pie juntillas todas sus afirmaciones, pues es completamente falso que el señor Darcy lo haya maltratado. Por el contrario, ha sido siempre extremadamente amable con él, aunque George Wickham se haya portado de un modo infame con el señor Darcy. No conozco los detalles, pero sé muy bien que el señor Darcy no es culpable de nada, que no soporta oír el nombre de George Wickham, y que, aunque mi hermano se vio obligado a invitarle con el resto de los oficiales, se alegró sobremanera cuando se enteró de su marcha a Londres. El hecho de que haya venido a esta zona es una auténtica insolencia, y me gustaría saber cómo puede atreverse a hacerlo. Lamento, señorita Eliza, que tenga que descubrir así las flaquezas de su querido amigo; pero, teniendo en cuenta sus orígenes, no podía esperarse nada mejor.

—No parece haber diferencia para usted entre las flaquezas y los orígenes del señor Wickham —exclamó Elizabeth, irritada—, porque sólo le ha acusado de ser hijo del administrador del señor Darcy, algo que me comunicó él mismo, se lo aseguro.

—Le ruego que me disculpe —dijo la señorita Bingley, alejándose con una mueca de desprecio—. Perdone la intromisión... Mis intenciones eran buenas.

«¡Insolente! —pensó Elizabeth—. Te equivocas si piensas que puedes influir en mí con un ataque tan mezquino. Lo único que veo en él es tu ignorancia deliberada y la maldad del señor Darcy.»

Después fue en busca de su hermana mayor, que había prometido interrogar a Bingley sobre el mismo asunto. La sonrisa de Jane era tan dulce y apacible, y su expresión de alegría tan grande, que resultaba evidente el placer le causaba la velada. Elizabeth adivinó al instante sus sentimientos, y en aquel momento la preocupación por Wickham, la hostilidad a sus enemigos, y todo lo demás, cedieron ante la esperanza de que Jane estuviera más cerca de alcanzar la felicidad.

—Me gustaría saber —preguntó Elizabeth, con un rostro tan sonriente como el de su hermana— qué has averiguado sobre el señor Wickham. Aunque tal vez estés divirtiéndote demasiado para pensar en otra persona; en ese caso, estarías perdonada.

—No —contestó Jane—, no me he olvidado de él; pero no tengo nada halagüeño que decirte. El señor Bingley no conoce toda la historia, e ignora las circunstancias que ofendieron especialmente al señor Darcy; pero pondría la mano en el fuego por el buen comportamiento, la rectitud y el honor de su amigo, y está convencido de que el señor Wickham se merecía muchas menos atenciones de las que le ha dispensado el señor Darcy. Lamento añadir que, según sus comentarios y los de su hermana, el señor Wickham no es un joven respetable en absoluto. Me temo que ha cometido muchas imprudencias y que no es digno del afecto del señor Darcy.

—¿El señor Bingley no conoce personalmente al señor Wickham?

—No; lo vio por primera vez el otro día en Meryton.

—Entonces te ha contado la versión del señor Darcy. Ahora lo entiendo... Pero ¿qué dice del beneficio eclesiástico?

—No recuerda con exactitud las circunstancias, aunque el señor Darcy se las haya contado más de una vez, pero cree que sólo se le prometió *de manera condicional*.

—No dudo de la sinceridad del señor Bingley —dijo Elizabeth con vehemencia—; pero tendrás que perdonar que sus palabras no me convenzan. Supongo que el señor Bingley ha defendido muy bien a su amigo, pero los únicos detalles que conoce de la historia se los ha dado precisamente él, así que correré el riesgo de seguir pensando lo mismo de los dos caballeros.

Después eligió un tema de conversación más agradable para las dos, y sobre el que no existieran desacuerdos. Elizabeth escuchó con placer las felices, aunque modestas, aspiraciones que abrigaba Jane con respecto a Bingley, y dijo cuanto pudo para acrecentar su confianza. Al unirse a ellas el propio señor Bingley, Elizabeth se marchó con la señorita Lucas; y acababa de responder a sus preguntas sobre el señor Darcy como pareja de baile cuando el señor Collins se les acercó para comunicarles, exultante, que había tenido la suerte de hacer un descubrimiento importantísimo.

—Me he enterado por una extraña casualidad —explicó— que en estos momentos hay en la sala un pariente muy cercano de mi benefactora. No he podido evitar oír cómo ese caballero mencionaba los nombres de su prima, la señorita De Bourgh, y de la madre de ésta, lady Catherine, a la joven que hace los honores^[*]. ¡Es increíble que sucedan estas cosas! ¡Jamás se me pasó por la cabeza que pudiera encontrarme con un sobrino de lady Catherine de Bourgh en esta fiesta! Agradezco sobremanera no haberlo descubierto demasiado tarde para presentarle mis respetos, algo que me dispongo a hacer en este instante, y confío en que me disculpe por no haberlo hecho antes. Mi completa ignorancia del parentesco me servirá de excusa.

—¿Se presentará usted mismo al señor Darcy?

—Por supuesto. Le rogaré que me perdone por no haberlo hecho antes. Como es el *sobrino* de lady Catherine, podré decirle lo bien que se encontraba su tía hace ocho días.

Elizabeth intentó por todos los medios disuadirlo, asegurándole que el señor Darcy consideraría una impertinencia, en lugar de un cumplido para su tía, que se dirigiera a él sin que nadie los presentara antes; que no había ninguna necesidad de que se conocieran, y que, en todo caso, debía ser el señor Darcy, el más importante de los dos, quien tomara la iniciativa. El señor Collins la escuchó como si no pensara dar su brazo a torcer y, cuando ella dejó de hablar, le contestó lo siguiente:

—Mi querida señorita Elizabeth, tengo una opinión inmejorable sobre la excelencia de su juicio en cuantas materias domine su intelecto, pero permítame decirle que existe una gran diferencia entre las fórmulas de cortesía que rigen la vida de los laicos, y las que rigen la vida de los clérigos; porque permítame decirle que la posición de eclesiástico, en cuanto a dignidad, me parece comparable al más alto rango del reino, siempre que se observe al mismo tiempo la debida humildad en el comportamiento. Por ese motivo, déjeme seguir los dictados de mi conciencia, que en esta ocasión me empujan a cumplir con lo que considero mi deber. Perdóneme por desatender sus consejos, que en cualquier otro asunto serán mi guía constante, ya que en el caso que nos ocupa me considero, por educación y por el rigor de mis estudios, más preparado que una joven dama como usted para decidir lo que está bien.

Y, con una ligera inclinación, se alejó de Elizabeth para abalanzarse sobre el señor Darcy, mientras su prima observaba atentamente la perplejidad con que éste recibía su avance. El joven clérigo inició su discurso con una solemne reverencia, y, aunque no oyera nada, Elizabeth tuvo la sensación de escuchar todas y cada una de sus palabras, y leyó en sus labios los vocablos «disculpa», «Hunsford» y «lady Catherine de Bourgh». Le molestó que hiciera el ridículo ante un hombre así. El señor Darcy lo contemplaba con acuciante asombro y, cuando finalmente el señor Collins le permitió hablar, respondió con aire de distante cortesía. Pero esto no desanimó a su interlocutor, que volvió a dirigirse a él; y el desprecio del señor Darcy pareció aumentar con creces ante la extensión de su segundo discurso. Al final de éste, se limitó a alejarse del clérigo inclinando levemente la cabeza. El señor Collins regresó entonces al lado de Elizabeth.

—No tengo ningún motivo, se lo aseguro —dijo—, para sentirme decepcionado con su acogida. El señor Darcy parecía muy complacido con la atención que le he dispensado. Me ha contestado con la mayor educación, e incluso ha tenido la delicadeza de decirme que está tan convencido del buen criterio de lady Catherine que tiene la seguridad de que ella jamás concedería un privilegio a nadie que no lo mereciera. Una idea muy hermosa. En general, estoy muy satisfecho de nuestro encuentro.

Como aquel asunto ya no suscitaba su interés, Elizabeth dirigió casi por completo su atención hacia su hermana y el señor Bingley; y la secuencia de agradables pensamientos que nacieron de su observación le hicieron sentirse casi tan dichosa como Jane. Imaginó a ésta instalada en aquella misma casa, con toda la felicidad que puede proporcionar un matrimonio basado en el verdadero afecto; y se sintió capaz, en tales circunstancias, de hacer un esfuerzo para que le gustaran incluso las hermanas del señor Bingley. Vio con claridad que los pensamientos de su madre seguían el mismo derrotero que los suyos, y prefirió no acercarse a ella por temor a que dijera alguna indiscreción. Cuando fueron a cenar, en consecuencia, le pareció muy desafortunado que sólo se sentara una persona entre ambas, y le contrarió profundamente que su madre hablara únicamente a ésta (lady Lucas), y sin el menor recato, de sus esperanzas de que Jane no tardara en contraer matrimonio con el señor Bingley. Era un tema apasionante, y la señora Bennet no se cansaba de enumerar las ventajas de la boda. El hecho de que fuera un joven tan encantador, y tan rico, y de que viviera a menos de cinco kilómetros de ellos, eran los puntos que más celebraba; y era reconfortante pensar en el cariño que las dos hermanas del señor Bingley sentían por Jane, y tener la certeza de que deseaban aquel enlace tanto como ella. Resultaba, por otra parte, algo muy prometedor para sus demás hijas, pues el hecho de que Jane hiciera tan buena boda les ayudaría a conocer a otros hombres acaudalados; y, finalmente, era tan conveniente a su edad poder confiar el cuidado de sus hijas solteras a la hermana mayor, y no tener que acompañarlas a todas las fiestas y reuniones. Era necesario convertir esta circunstancia en un motivo de alegría, ya que así lo dictaban las buenas costumbres, aunque no hubiera nadie menos propenso que ella a quedarse en casa, fuera cual fuera su edad. La señora Bennet concluyó deseando que lady Lucas tuviera pronto la misma suerte, aunque el aire triunfal de sus palabras pusiera de manifiesto su convencimiento de que no existía la menor esperanza de que esto ocurriera.

Elizabeth se esforzó en vano por atemperar la locuacidad de su madre, o persuadirla para que manifestara su felicidad con un susurro menos audible; para su inenarrable humillación, se dio cuenta de que casi todo lo que decía llegaba a oídos del señor Darcy, sentado frente a ellas. Su madre se limitó a reñirla por decir tonterías.

—¿Y por qué habría de temer yo al señor Darcy? Estoy segura de que no le debemos ninguna atención especial que nos impida decir cosas que a él no le agraden.

—Por favor, mamá, hable más bajo. ¿Qué provecho puede sacar de ofender al señor Darcy? De ese modo jamás causará buena impresión a su amigo.

Nada de lo que dijo, sin embargo, tuvo la menor influencia sobre su madre, que siguió hablando de sus aspiraciones sin bajar la voz. Elizabeth enrojeció una y otra vez, avergonzada y humillada. No podía sino mirar con frecuencia al señor Darcy,

aunque mirarlo sólo confirmara sus temores; pues, aunque el joven no tuviera la vista clavada en la señora Bennet, sin lugar a dudas ésta acaparaba toda su atención. La expresión de su rostro pasó poco a poco del indignado desdén a una tranquila gravedad.

A la larga, sin embargo, la señora Bennet no tuvo nada más que decir; y lady Lucas, que llevaba mucho tiempo bostezando ante la repetición de maravillas que ella no tenía posibilidad de compartir, se entregó al consuelo de los fiambres de pollo y jamón. Elizabeth empezó a recobrar la serenidad. Pero su tranquilidad no duró mucho; pues, al terminar la cena, llegó el momento de cantar, y vio avergonzada cómo Mary, sin que nadie insistiera, se disponía a complacer a los invitados. Trató de impedir esa prueba de obsequiosidad con miradas significativas y súplicas silenciosas, pero resultó inútil; Mary no se dio por aludida: una oportunidad semejante para lucirse no podía desperdiciarla, y empezó a cantar. Los ojos de Elizabeth se clavaron angustiados en su hermana, y siguió su progreso a lo largo de varias estrofas con una impaciencia que al final se vio muy mal recompensada, pues Mary, al escuchar entre las muestras de agradecimiento la insinuación de que siguiera deleitando a los presentes, tardó medio minuto en entonar otra canción. El talento de Mary dejaba mucho que desear; apenas tenía voz y sus modos eran afectados. Elizabeth empezó a desesperarse. Miró a Jane, para ver si lo soportaba; pero ésta conversaba tranquilamente con Bingley. Miró a las dos hermanas del joven y vio los gestos burlones que se intercambiaban, y a Darcy, que seguía, sin embargo, con el rostro serio e impenetrable. Miró a su padre para suplicarle que interviniera, a fin de evitar que Mary siguiera al piano toda la noche. El señor Bennet comprendió su petición, y, cuando Mary terminó de cantar, dijo en voz alta:

—Está bien, hija mía. Ya nos has deleitado lo suficiente. Deja que otras jóvenes se luzcan.

Mary simuló que no le oía, pero se quedó un tanto desconcertada. Elizabeth lo sintió por ella y lamentó las sarcásticas palabras de su padre, temiendo que su desasosiego no hubiera beneficiado a nadie. Se invitó a tocar a otros miembros del grupo.

—Si yo tuviera la fortuna de saber cantar —dijo el señor Collins—, estaría encantado de interpretar una danza popular para complacer a todos los presentes, porque considero la música una diversión muy inocente y perfectamente compatible con la profesión de clérigo. No pretendo decir con esto, sin embargo, que podamos dedicar demasiado tiempo a este arte, ya que tenemos otras muchas obligaciones. El rector de una parroquia está siempre muy ocupado. Lo primero que ha de hacer es llegar a un acuerdo para que el cobro de los diezmos sea beneficioso para él sin resultar gravoso para su patrón. Debe escribir también sus propios sermones; y no le sobraré mucho tiempo para sus deberes parroquiales, y el cuidado y reforma de su

residencia, que inexcusablemente ha de ser lo más cómoda posible. Tampoco carece de importancia que sea atento y conciliador con todo el mundo, especialmente con aquellos a quienes debe su cargo. No se le puede eximir de ese deber; desde luego yo no podría tener una buena opinión de nadie que desaprovechara la ocasión de presentar sus respetos a un miembro de esa familia.

Y, con una reverencia al señor Darcy, acabó aquel discurso, pronunciado casi a voz en cuello para que la mitad de los invitados lo oyeran. Muchos lo miraron fijamente. Muchos sonrieron; pero nadie pareció tan divertido como el señor Bennet, mientras su mujer alababa seriamente al señor Collins por la sensatez de sus comentarios, y explicaba en voz baja a lady Lucas la extraordinaria inteligencia y bondad del joven clérigo.

Elizabeth tenía la sensación de que, si su familia se hubiera puesto de acuerdo para hacer el mayor de los ridículos en el curso de la velada, no podrían haber interpretado mejor sus papeles y cosechado más éxito; y le alegró que Bingley y su hermana Jane no hubieran seguido todo aquel espectáculo, y que los sentimientos del primero no parecieran demasiado susceptibles de cambiar por los desatinos que sin duda había presenciado. Que sus dos hermanas y el señor Darcy, sin embargo, disfrutaran de semejante oportunidad para burlarse de sus familiares era suficientemente horrible, y Elizabeth fue incapaz de decidir si le resultaba más intolerable el mudo desprecio del caballero o las sonrisas insolentes de las damas.

Apenas se divirtió lo que quedaba de velada. El señor Collins la abrumó con sus atenciones, e insistió en quedarse a su lado y, aunque no logró convencerla para que volviera a bailar con él, impidió que otros caballeros la sacaran. Elizabeth le suplicó en vano que buscara otra pareja, y se ofreció a presentarle a la joven que quisiera. El señor Collins aseguró que bailar le era indiferente; que su principal objetivo consistía en rodearla de delicadas atenciones para ganarse su buena opinión, por lo que se proponía seguir a su lado hasta el final de la fiesta. No tenía sentido discutir semejante idea. El único consuelo de Elizabeth fue su amiga la señorita Lucas, que se unía a menudo a ellos y conversaba afablemente con el señor Collins.

Al menos se vio libre de que el señor Darcy le hiciera la afrenta de dirigirse nuevamente a ella; aunque pasó bastante tiempo muy cerca, completamente solo, en ningún momento se acercó a hablarle. Elizabeth achacó el silencio a sus alusiones al señor Wickham, y se alegró de haberlas hecho.

El grupo de Longbourn fue el último en partir; cuando se despidieron todos los invitados, gracias a una maniobra de la señora Bennet, tuvieron que esperar un cuarto de hora a que llegaran los carruajes, lo que les permitió ver hasta qué punto deseaban que se fueran algunos miembros de la familia anfitriona. La señora Hurst y su hermana únicamente abrieron la boca para quejarse de lo cansadas que estaban, y no disimularon su impaciencia por quedarse solas. Evitaron cualquier intento de

conversación de la señora Bennet, consiguiendo que todo el mundo se sintiera incómodo; las largas parrafadas del señor Collins, felicitando al señor Bingley y a sus hermanas por la elegancia de la fiesta y por su hospitalidad y cortesía, salvaron un poco la situación. Darcy no dijo nada. El señor Bennet, igual de silencioso, disfrutaba de la escena. El señor Bingley y Jane seguían juntos, algo apartados de los demás, y hablaban entre sí. Elizabeth estaba tan callada como la señora Hurst o la señorita Bingley; e incluso Lydia se sentía demasiado exhausta para exclamar algo que no fuera: «¡Dios mío, qué agotada estoy!», acompañado de un sonoro bostezo.

Cuando finalmente se levantaron para irse, la señora Bennet repitió mil veces su deseo de ver muy pronto en Longbourn a toda la familia; y se dirigió de manera especial al señor Bingley para asegurarle lo felices que serían si algún día almorzaba con ellos sin la ceremonia de una invitación formal. Bingley, complacido, le expresó su gratitud, y se comprometió a visitarlos en cuanto regresara de Londres, donde tenía que trasladarse al día siguiente por poco tiempo.

La señora Bennet se sintió plenamente satisfecha; y abandonó la casa con la maravillosa certeza de que, habida cuenta de los preparativos para la boda, los carruajes nuevos y el vestido de novia, vería a su hija instalada en Netherfield al cabo de tres o cuatro meses. Pensaba con idéntica seguridad, y con considerable alegría, aunque ésta no fuera tan intensa, en el matrimonio de otra de sus hijas con el señor Collins. Elizabeth era la menos afín a su progenitora; y, aunque el pretendiente y el enlace fueran lo bastante buenos para ella, el valor de ambos quedaba eclipsado por el señor Bingley y Netherfield.



Capítulo XIX

Ll día siguiente Longbourn fue testigo de un nuevo acontecimiento. El señor Collins se declaró oficialmente. Decidido a hacerlo cuanto antes, ya que debía volver el sábado a la rectoría, y demasiado seguro de su éxito para que se le alteraran los nervios, llevó a cabo su propósito con mucho método, ciñéndose a todas las normas que creía establecidas. Poco después del desayuno, al encontrar a la señora Bennet en compañía de Elizabeth y una de sus hermanas menores, se dirigió a su anfitriona con estas palabras:

—¿Podré contar con su ayuda, querida señora, cuando, en el curso de la mañana, solicite el honor de entrevistarme en privado con su hermosa hija Elizabeth?

Antes de que la joven tuviera tiempo de hacer otra cosa que no fuera enrojecer de sorpresa, la señora Bennet respondió:

—¡Oh, sí! ¡Por supuesto que sí! Estoy segura de que a Lizzy le hará feliz... Estoy segura de que no tendrá nada que objetar. Ven, Kitty, te necesito en el piso de arriba.

Y, recogiendo sus labores, se apresuraba a marcharse cuando Elizabeth exclamó:

—No se vaya, mamá. Le ruego que no se vaya. El señor Collins sabrá disculparme. No tiene nada que decirme que no puedan oír otras personas. Me marcharé yo.

—No, no, Lizzy, eso es absurdo. Quiero que te quedes donde estás —y, al ver que

su hija, molesta y confundida, estaba realmente a punto de huir, añadió—: Lizzy, insisto en que te quedes y escuches lo que el señor Collins tenga que decirte.

Elizabeth no podía desobedecer una orden así, y, como después de pensarlo un poco, comprendió que sería más sensato pasar por aquel trance lo antes posible y con la mayor serenidad, volvió a sentarse e intentó, embebida en sus labores, disimular unos sentimientos que oscilaban entre la risa y el llanto. Tan pronto como la señora Bennet y Kitty salieron de la estancia, el señor Collins empezó a decir:

—Créame, mi querida señorita Elizabeth, que su modestia, lejos de perjudicarla, se suma al resto de sus virtudes. Habría resultado menos adorable a mis ojos si no hubiera mostrado esa pequeña renuencia; pero permítame asegurarle que tengo la autorización de su respetable madre para dirigirme a usted. No creo que tenga dudas sobre lo que pretendo decirle, por mucho que su delicadeza la empuje a no darse por aludida; mis atenciones han sido demasiado obvias para poderse malinterpretar. Casi desde el instante mismo en que entré en esta casa la elegí a usted como futura compañera en la vida. Pero, antes de dejarme arrastrar por mis sentimientos, tal vez sea aconsejable que enumere mis razones para contraer matrimonio... y para venir a Hertfordshire con el propósito de elegir esposa, como sin duda he hecho.

Elizabeth tuvo tantas ganas de reír ante la idea de que el señor Collins, con toda su solemne compostura, se dejara arrastrar por sus sentimientos que no pudo utilizar una pequeña pausa para impedir que el clérigo continuara.

—Mis razones para contraer matrimonio —prosiguió— son, en primer lugar, que considero que todo clérigo con una posición acomodada (como yo) debe dar ejemplo de ese sagrado vínculo en su parroquia. En segundo lugar, que estoy convencido de que tal cosa contribuirá en gran medida a mi felicidad; y, en tercer lugar, aunque tal vez debiera haberlo dicho antes, que es el consejo y la recomendación de la noble dama a quien tengo el honor de llamar mi benefactora. En dos ocasiones se ha dignado darme su opinión (¡sin pedírsela yo!) sobre este asunto; y fue precisamente el sábado por la noche, antes de que yo saliera de Hunsford, entre dos partidas de cuatrillo, mientras la señora Jenkinson arreglaba el escabel de la señorita De Bourgh, cuando me dijo: «Señor Collins, tiene que casarse. Un clérigo como usted tiene que casarse. Elija como es debido, elija una dama si desea complacerme; y, por su bien, procure que sea una persona activa y útil, que no haya crecido rodeada de lujos, sino que sea capaz de sacar el mayor partido a unos ingresos modestos. Éste es mi consejo. Encuentre una mujer así cuanto antes, tráigala a Hunsford, e iré a visitarla». Permítame que aproveche la ocasión para decirle, hermosa prima, que considero el reconocimiento y la amabilidad de lady Catherine de Bourgh uno de los mayores alicientes que puedo ofrecer. Descubrirá que sus modales son mucho más exquisitos de lo que alcanzo a describir; y creo que la inteligencia y la vivacidad que usted posee resultarán aceptables para ella, sobre todo cuando los atempere el silencio y el

respeto que su rango inevitablemente inspira. He expresado hasta ahora el provecho en general que, en mi opinión, reporta el matrimonio; me queda por explicar por qué mis miradas se dirigieron a Longbourn, en vez de a mi vecindario, donde, se lo aseguro, hay muchas jóvenes muy agradables. Pero lo cierto es que, siendo como soy el heredero de esta casa a la muerte de su distinguido padre (que puede vivir, sin embargo, muchos años más), lo único que me satisfacía era elegir a una de sus hijas por esposa, para que su pérdida no fuera tan grande cuando el luctuoso suceso tuviera lugar, algo que, como he dicho antes, podría demorarse varios años. Ése ha sido el motivo, hermosa prima, y confío en que no me aprecie usted menos por eso. Y ahora sólo me queda manifestarle con el mayor ardor la intensidad de mi afecto. Su dote me da igual, y no haré a su padre ninguna petición de esa naturaleza, pues soy consciente de que no podría satisfacerla; y sé que mil libras al cuatro por ciento^[*] será el único capital al que tendrá derecho tras el fallecimiento de su madre. Sobre ese punto, por consiguiente, nunca diré nada; y puede tener la certeza de que jamás saldrá de mis labios un reproche poco generoso cuando estemos casados.

Era perentorio interrumpirle en aquel mismo instante.

—Corre usted demasiado, señor Collins —dijo Elizabeth—. Olvida que aún no le he contestado. Déjeme hacerlo sin pérdida de tiempo. Acepte mi agradecimiento por el cumplido que me hace. Soy consciente del honor que supone su propuesta de matrimonio, pero no puedo hacer otra cosa que declinarla.

—Ya había llegado a mis oídos —repuso el señor Collins, haciendo un gesto de lo más ceremonioso— que las jóvenes suelen rechazar al hombre que en el fondo se proponen aceptar cuando éste les pide su mano por primera vez; y que en ocasiones repiten la negativa una segunda e incluso una tercera vez. Por ese motivo, no me desaniman sus palabras, y espero llevarla pronto al altar.

—Le aseguro, señor Collins —exclamó Elizabeth—, que sus esperanzas son totalmente infundadas después de lo que acabo de decir. Ha de saber que no soy una de esas jóvenes (si es que existen) que tienen la osadía de arriesgar su felicidad por el placer de escuchar una segunda declaración. Mi negativa es categórica. Usted no podría hacerme feliz, y estoy convencida de ser la última mujer en el mundo con la que usted sería dichoso. Más aún, si su amiga lady Catherine me conociera, sin duda me consideraría, en todos los sentidos, una elección desacertada.

—Si lady Catherine opinara eso... —dijo el señor Collins con gravedad—, pero sería imposible que no le agradara usted. Puede estar segura de que, cuando tenga el honor de volver a verla, le hablaré con las palabras más elogiosas de su modestia, capacidad de ahorro y demás cualidades.

—Hágame caso, señor Collins, sus alabanzas serán innecesarias. Permítame juzgar por mí misma, y tenga la delicadeza de creer en lo que digo. Me gustaría que fuera usted inmensamente rico y feliz y, al rechazar su mano, hago cuanto puedo para

impedir que esto no sea así. Al pedirme en matrimonio, ha cumplido usted con mi familia, y podrá tomar posesión de Longbourn el día que lo herede sin tener remordimientos. Por consiguiente, demos este asunto por zanjado.

Y, poniéndose en pie mientras hablaba, habría salido de la estancia si el señor Collins no le hubiera dirigido estas palabras:

—La próxima vez que tenga el honor de hablar con usted sobre este asunto, espero obtener una respuesta más favorable que la que acaba de darme; aunque estoy muy lejos de acusarla de crueldad en este momento, pues sé que su sexo tiene la costumbre de rechazar a los hombres la primera vez que se declaran, y es muy posible que ya haya dicho usted para alentarme todo lo que esté acorde con la verdadera delicadeza del carácter femenino.

—La verdad, señor Collins, es que me deja usted perpleja —exclamó Elizabeth, algo irritada—. Si cuanto he dicho hasta ahora le parece una forma de animarle, no sé cómo expresar mi negativa para convencerle de que realmente lo es.

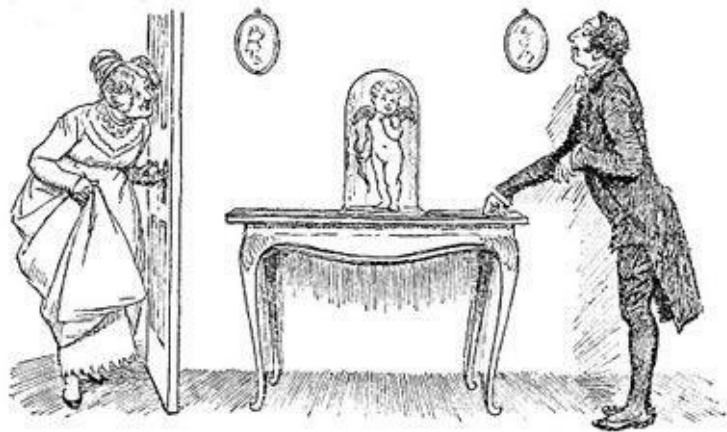
—Tendrá que permitirme, querida prima, que considere sus palabras de rechazo una mera formalidad. Las razones que me llevan a pensar así son, en resumen, las siguientes: no creo que mi mano sea indigna de usted, ni que la posición que le ofrezco pueda ser otra cosa que muy deseable. Mi situación en la vida, mis relaciones con la familia De Bourgh y mi parentesco con los Bennet son circunstancias que me favorecen; y tampoco debería olvidar que, a pesar de sus muchos encantos, no sabe a ciencia cierta si volverá a recibir otra propuesta de matrimonio. Su dote es, por desgracia, tan escasa que con toda probabilidad contrarrestará los efectos de su belleza y de sus buenas cualidades. Todo ello me lleva a la conclusión de que no habla en serio al rechazar mi oferta, y prefiero atribuirlo a su deseo de acrecentar mi amor con la incertidumbre, tal como suelen hacer las mujeres elegantes.

—Le aseguro, señor Collins, que no me interesa lo más mínimo esa clase de elegancia que consiste en atormentar a un hombre respetable. Sería para mí un cumplido que creyera en la sinceridad de mis palabras. Le agradezco una y mil veces el honor que me ha concedido, pero aceptar su propuesta me resulta de todo punto imposible. Se mire como se mire, mis sentimientos me lo impiden. ¿Se pueden decir las cosas con mayor franqueza? No me considere una mujer elegante que trata de atormentarlo, sino una criatura racional que le habla con el corazón en la mano.

—¡Es usted siempre tan encantadora! —exclamó él, con torpe galantería—. Estoy convencido de que, una vez aprobada por la autoridad expresa de sus honorables padres, mi proposición será aceptada.

Ante semejante obstinación en querer engañarse a sí mismo, Elizabeth no contestó, y se marchó rápidamente y en silencio; decidida, si el señor Collins insistía en interpretar sus negativas como muestras de aliento, a recurrir a su padre, cuya negativa podría formularse de un modo más rotundo, y cuyo comportamiento, al

menos, no podría confundirse con la fingida coquetería de una mujer elegante.



Capítulo XX



El señor Collins no tuvo mucho tiempo para disfrutar a solas de su éxito en el amor, pues la señora Bennet, que se había demorado en el vestíbulo para no perderse el final de la entrevista, en cuanto vio que Elizabeth abría la puerta y pasaba corriendo por su lado en dirección a la escalera, entró en la salita del desayuno y felicitó efusivamente al primo de su marido, además de a sí misma, por la feliz perspectiva de que su parentesco fuera a ser más cercano. El señor Collins recibió y devolvió las felicitaciones con idéntico placer, y se apresuró a contarle los detalles de la entrevista, cuyo resultado le parecía muy satisfactorio, ya que las negativas de su prima se debían, naturalmente, a su tímida modestia y a la genuina delicadeza de su carácter.

Esta información, sin embargo, alarmó a la señora Bennet; también le habría gustado creer que su hija pretendía dar alas al señor Collins rechazando su propuesta, pero no se atrevió a hacerlo, y no pudo evitar decirlo.

—Pero tenga la seguridad, señor Collins —añadió—, de que Lizzy entrará en razón. Hablaré inmediatamente con ella. Es una muchacha necia y testaruda que no sabe lo que le conviene; pero yo me encargaré de que lo sepa.

—Perdone que la interrumpa, señora —dijo el señor Collins—, pero, si Elizabeth es necia y testaruda, no sé si resultará la mujer ideal para un hombre en mi situación, que, como es lógico, busca la felicidad en el matrimonio. Por consiguiente, si insiste de veras en no casarse conmigo, tal vez sea mejor no forzarla a cambiar de opinión, porque, con semejantes defectos, no creo que pudiera hacerme feliz.

—Me ha malinterpretado usted por completo, señor Collins —exclamó la señora Bennet, alarmada—. Lizzy sólo es testaruda en esta clase de asuntos. En todo lo demás es la muchacha más adorable del mundo. Hablaré directamente con el señor Bennet, y en seguida se arreglará todo, estoy segura.

Sin darle tiempo a contestar, salió corriendo en busca de su marido.

—¡Oh, señor Bennet! —gritó al entrar en la biblioteca—. Te necesitamos ahora mismo, ¡menudo alboroto! Tienes que venir y decirle a Lizzy que se case con el señor Collins, porque ella se niega a hacerlo y, si no te das prisa, tu primo cambiará de idea y no la querrá por esposa.

El señor Bennet levantó los ojos del libro y los fijó en su rostro con una expresión de indiferencia que no se alteró lo más mínimo al escucharla.

—No tengo el placer de entenderte —dijo, cuando la señora Bennet hubo terminado—. ¿De qué estás hablando?

—Del señor Collins y de Lizzy. Lizzy asegura que no se casará con el señor Collins, y el señor Collins empieza a decir que no se casará con Lizzy.

—¿Y qué puedo hacer yo? Parece una situación desesperada.

—Habla con Lizzy. Dile que insistes en que se case con él.

—Llámalas. Tendrá que oír mi opinión.

La señora Bennet tocó la campanilla para que enviaran a la señorita Elizabeth a la biblioteca.

—Ven aquí, hija mía —dijo su padre cuando ésta apareció—. Te he mandado llamar por un asunto importante. Tengo entendido que el señor Collins te ha hecho una propuesta de matrimonio. ¿Es eso cierto?

Elizabeth le respondió que sí.

—Bien —prosiguió el señor Bennet—. Y tú ¿la has rechazado?

—En efecto, señor.

—Bien. Ahora vayamos al grano. Tu madre insiste en que la aceptes, ¿no es así, señora Bennet?

—Sí; de lo contrario, no volveré a verla jamás.

—Me temo que estás ante una triste disyuntiva, Elizabeth. A partir de hoy te convertirás en una extraña para uno de tus padres. Tu madre no volverá a verte si no te casas con el señor Collins, y yo no volveré a verte si te casas con él.

Elizabeth no pudo sino sonreír ante semejante conclusión después de aquel comienzo; pero la señora Bennet, que creía contar con el apoyo de su marido, se sintió muy decepcionada.

—¿Qué pretendes decir con eso, señor Bennet? Me prometiste que insistirías en que se casara con su primo.

—Querida —respondió su marido—, he de pedirte dos pequeños favores. Primero, que respetes mi opinión sobre este asunto; y segundo, que respetes mi biblioteca... Me gustaría quedarme solo en ella lo antes posible.

Pese a la decepción que le había causado su marido, la señora Bennet no dio su brazo a torcer. Habló con Elizabeth una y otra vez, alternando halagos y amenazas. Intentó conseguir el apoyo de Jane, pero ésta, con la mayor dulzura, se negó a intervenir; y Elizabeth respondió a los ataques de su madre unas veces con seriedad y

otras con regocijo. Y, aunque el tono cambiara, su determinación era la misma.

El señor Collins, entretanto, reflexionaba a solas sobre lo ocurrido. Tenía demasiado buen concepto de sí mismo para comprender por qué lo rechazaba su prima; y, aunque su orgullo estuviera herido, ése era su único sufrimiento. Su afecto por Elizabeth era completamente imaginario; y la posibilidad de que fueran ciertos los reproches que le dirigía su madre le impedían sentirse afligido.

Mientras reinaba toda aquella confusión en la familia, apareció Charlotte Lucas para pasar el día con ellos. Lydia la recibió en el vestíbulo y, corriendo a su encuentro, le dijo en voz baja:

—Me alegro de que hayas venido, ¡nos estamos divirtiendo tanto! ¿Sabes lo que ha pasado esta mañana? El señor Collins se ha declarado a Lizzy, y ella le ha dado calabazas.

Antes de que Charlotte tuviera apenas tiempo de contestar, se unió a ellas Kitty, deseosa de darle la misma noticia; y, en cuanto entraron en la salita del desayuno, donde la señora Bennet se encontraba sola, ésta empezó a hablar del asunto, solicitando la compasión de la señorita Lucas y rogándole que convenciera a su amiga Lizzy para que se amoldara a los deseos de toda la familia.

—Te suplico que me ayudes, mi querida señorita Lucas —añadió con tristeza—, porque nadie se pone de mi parte, nadie me secunda, ¡son tan crueles conmigo! A nadie le preocupan mis pobres nervios.

Charlotte se libró de responder gracias a la entrada de Jane y de Elizabeth.

—Aquí la tienes —continuó la señora Bennet—, como si no pasara nada... Y mostrando tan poco apego a su familia como si viviéramos en York^[*]; lo único que quiere es salirse con la suya. Pero escúchame bien, señorita Lizzy: si piensas rechazar así todas las propuestas de matrimonio, acabarás soltera... y no tengo la menor idea de quién va a mantenerte cuando tu padre se muera. Yo no podré hacerlo, te lo advierto. A partir de hoy he acabado contigo. Te dije en la biblioteca, como sabes, que jamás volvería a hablar contigo, y no faltaré a mi palabra. No es ningún placer para mí hablar con una hija tan desobediente. Bueno, lo cierto es que no me gusta demasiado hablar con nadie. Las personas que como yo padecen de los nervios no tienen muchas ganas de hablar. ¡Nadie imagina mi sufrimiento! Pero siempre ha sido igual. Si uno no se queja, nadie le compadece.

Sus hijas dejaron que se desahogara en silencio, conscientes de que cualquier intento de razonar con ella o de consolarla sólo aumentaría su irritación. Así que continuó hablando sin que nadie la interrumpiera hasta que apareció el señor Collins, que entró en la habitación con un aire más solemne del habitual. Al verlo, la señora Bennet dijo a las jóvenes:

—Y ahora insisto en que todas os calléis y nos dejéis tener una pequeña conversación al señor Collins y a mí.

Elizabeth abandonó silenciosamente la habitación, y Jane y Kitty la siguieron, pero Lydia no se movió, decidida a escuchar cuanto pudiera. Charlotte, retenida al principio por la cortesía del señor Collins, que le preguntó con todo detalle por ella y por el resto de su familia, y después por una ligera curiosidad, prefirió acercarse a la ventana y simular que no les oía. La señora Bennet inició con aire compungido la proyectada conversación.

—¡Oh, señor Collins!

—Mi querida señora —respondió él—, será mejor que no volvamos a hablar de este asunto. Estoy muy lejos —agregó en un tono que reflejaba su desagrado— de sentirme ofendido por el comportamiento de su hija. Todos tenemos el deber de resignarnos ante lo inevitable, y sobre todo un joven como yo, que ha tenido la fortuna de ascender tan pronto en su profesión; y yo espero haberme resignado. Tal vez me haya ayudado cierto sentimiento de duda sobre mi felicidad en el caso de que mi hermosa prima me hubiera honrado con su mano; pues he observado a menudo que la resignación nunca es tan completa como cuando la dicha negada empieza a perder valor a nuestros ojos. Confío en que no me considere poco respetuoso con su familia, mi querida señora, al renunciar a mis pretensiones de alcanzar el favor de su hija sin la formalidad de pedirles a usted y al señor Bennet que utilicen su autoridad para interceder por mí. Temo que mi conducta pueda ser reprobable por haber aceptado que me rechacen los labios de su hija en lugar de los suyos. Pero todos cometemos errores. Y lo cierto es que mis intenciones han sido siempre buenas. Mi propósito era conseguir una amable compañera, sin olvidar nunca el provecho que esto supondría para su familia, y, si mi conducta ha sido reprobable, le ruego en este preciso instante que me disculpe.



Capítulo XXI

Aunque la discusión familiar que siguió a la declaración del señor Collins estaba casi zanjada, Elizabeth tuvo que soportar todos los inconvenientes de la situación, y alguna que otra insidiosa alusión de su madre. En cuanto al citado caballero, en lugar de mostrarse avergonzado o abatido, o de intentar rehuir su compañía, expresaba lo que sentía con sus modales fríos y altaneros y sus silencios cargados de resentimiento. Apenas volvió a dirigirle la palabra, y, durante el resto del día, dedicó las asiduas atenciones de las que tanto se había jactado a la señorita Lucas, cuya amabilidad al escucharle resultó un alivio muy oportuno para todos, y especialmente para su amiga.

Al día siguiente, el mal humor y la indisposición de la señora Bennet no experimentaron ninguna mejoría. El señor Collins, por su parte, continuó en el mismo estado de airada suficiencia. Elizabeth había esperado que el despecho acortara su visita, pero los planes de su primo no parecieron alterarse después de lo ocurrido. Había dicho que se marcharía el sábado, y hasta el sábado se quedaría.

Después del desayuno, las hermanas Bennet fueron andando a Meryton para investigar si había vuelto el señor Wickham, y para lamentar su ausencia del baile de Netherfield. Al entrar en la población, el oficial salió a su encuentro y las acompañó hasta casa de su tía, donde se habló largo y tendido de su dolor y su indignación, así como del malestar general. El señor Wickham, sin embargo, reconoció delante de Elizabeth que la decisión de no asistir al baile había sido suya.

—A medida que se acercaba el momento —dijo—, comprendí que era preferible no coincidir con el señor Darcy; que podría ser insoportable pasar tantas horas en la misma estancia que él, con la misma gente, e incluso podría dar lugar a alguna escena desagradable para todos.

Elizabeth alabó su paciencia, y después tuvieron tiempo de discutir a fondo el asunto, así como de prodigarse mutuamente toda clase de cumplidos, mientras Wickham y otro oficial las acompañaban de vuelta a Longbourn; durante el trayecto, Wickham trató con especial atención a Elizabeth. El hecho de que fuera con ellas tenía dos ventajas: era una muestra de galantería con Elizabeth y una ocasión magnífica de presentárselo a sus padres.

Poco después de su regreso, Jane recibió una carta de Netherfield, que abrió de inmediato. El sobre contenía una hojita de elegante papel satinado, en la que se veía una hermosa escritura femenina; y Elizabeth advirtió cómo cambiaba la expresión de su hermana a medida que leía, y cómo se detenía especialmente en algunos pasajes. Jane recobró en seguida la compostura y, guardando la carta, trató de unirse a la conversación general con su habitual alegría; pero a Elizabeth le inquietó tanto aquella escena que pareció olvidarse incluso de Wickham. Tan pronto como éste y su compañero se despidieron, una mirada de Jane la invitó a seguirla al piso de arriba. Cuando llegaron a su dormitorio, Jane sacó la carta y dijo:

—Es de Caroline Bingley; lo que dice me ha sorprendido mucho. Todos se han marchado de Netherfield, y van camino de Londres; y no tienen intención de volver. Mira...

Jane leyó la primera frase en voz alta; su amiga le comunicaba que habían decidido seguir a su hermano y salir inmediatamente hacia Londres, donde pensaban cenar aquella misma noche en casa del señor Hurst, en Grosvenor Street^[*]. La carta continuaba así: «No fingiré que lamento abandonar Hertfordshire, pues lo único que echaré de menos, queridísima amiga, es su compañía; pero confío en que en algún período futuro podamos reanudar nuestra entrañable relación y, mientras tanto, mitigemos el dolor de la separación con una correspondencia tan frecuente como sincera. Cuento con usted para ello».

Elizabeth escuchó esas expresiones altisonantes con una indiferencia nacida de la desconfianza; y, aunque le sorprendiera lo repentino de su marcha, no creyó que hubiera nada que lamentar. Era de suponer que el hecho de que sus hermanas no lo hicieran, no impediría al señor Bingley residir en Netherfield; y estaba convencida de que Jane no tardaría en recuperarse de la ausencia de sus amigas, pues la compañía de su hermano la compensaría con creces.

—Es una pena —exclamó, tras unos instantes de silencio— que no hayas podido despedirte de tus amigas. Pero ¿no es posible que el período de futura felicidad que anhela la señorita Bingley llegue antes de lo que ella supone, y la entrañable relación

que habéis tenido como amigas se reanude, de un modo aún mejor, como hermanas? No podrán convencer al señor Bingley para que se quede en Londres.

—Caroline dice muy claramente que ninguno de ellos volverá a Hertfordshire este invierno. Te lo leo: «Cuando mi hermano nos dejó ayer, estaba convencido de que el asunto que le llevaba a Londres se solucionaría en tres o cuatro días, pero, como nosotros sabemos que esto no es posible, y tenemos además la certeza de que, cuando Charles llega a Londres, nunca tiene prisa por abandonarlo, hemos decidido irnos con él para evitar que pase su tiempo libre en un incómodo hotel. Muchas de mis amistades han llegado ya a la ciudad para pasar el invierno; me encantaría que usted, queridísima amiga, tuviera en mente unirse a ese nutrido grupo, pero no albergo la menor esperanza. Espero sinceramente que sus Navidades en Hertfordshire le procuren todas las alegrías que esas fechas suelen brindar, y que sus admiradores sean tantos que no pueda lamentar la pérdida de los tres que vamos a arrebatarle».

—Es evidente —añadió Jane— que el señor Bingley no regresará este invierno.

—Lo único evidente es que la señorita Bingley no quiere que lo haga.

—¿Qué te hace pensar eso? La decisión tiene que ser suya. Es un hombre independiente. Pero aún no lo sabes todo... Te leeré el pasaje que más me duele. No quiero ocultarte nada: «El señor Darcy está impaciente por ver a su hermana, y, a decir verdad, nosotras lo estamos casi tanto como él. No creo que haya nadie equiparable a Georgiana Darcy en belleza, elegancia y talento; y, debido a la esperanza que albergamos de que en el futuro llegue a ser nuestra hermana, el cariño que nos inspira a Louisa y a mí adquiere una mayor trascendencia. No sé si alguna vez le he hablado de mis sentimientos, pero no abandonaré Netherfield sin confiárselos, y espero que no los considere poco razonables. Mi hermano ya la admira muchísimo, y ahora tendrá numerosas ocasiones de verla en la intimidad; la familia de ella desea ese enlace tanto como nosotros, y espero que no me ciegue el amor de hermana al decir que Charles es muy capaz de conquistar el corazón de cualquier mujer. Con todas esas circunstancias en favor de un compromiso y ningún impedimento, ¿me equivoco, queridísima Jane, al ilusionarme con un enlace que haría feliz a tanta gente?». ¿Qué opinas de esta frase, mi querida Lizzy? —preguntó Jane cuando acabó de leerla—. ¿No es lo bastante clara? ¿No dice expresamente que Caroline ni espera ni desea que yo me convierta en su cuñada; que está convencida de la indiferencia de su hermano, y que, si sospecha lo que siento por él, pretende (¡con la mayor amabilidad!) ponerme en guardia? ¿Acaso cabe otra interpretación?

—Por supuesto que sí; la mía es exactamente la contraria. ¿Quieres escucharla?

—Con mucho gusto.

—Te la diré en pocas palabras. La señorita Bingley ve que su hermano está enamorado de ti, y quiere que se case con la señorita Darcy. Le sigue a la ciudad con la esperanza de retenerlo, e intenta convencerte de que a él no le interesas.

Jane movió la cabeza.

—Vamos, Jane, tienes que creerme. Nadie que os haya visto juntos puede dudar de su amor. La señorita Bingley se ha dado cuenta, estoy segura. No es ninguna estúpida. Si hubiera visto en el señor Darcy la mitad de lo que su hermano siente por ti, ya se habría encargado el vestido de novia. Pero la situación es ésta: nosotros no somos lo bastante ricos ni distinguidos para ellos; y quiere a toda costa que la señorita Darcy se case con su hermano porque está convencida de que, si se celebra una boda entre las dos familias, será más fácil celebrar otra; y lo cierto es que es una idea bastante ingeniosa, y supongo que conseguiría llevarla a cabo si no existiera la señorita De Bourgh. Pero, mi querida Jane, no porque la señorita Bingley te diga lo mucho que su hermano admira a la señorita Darcy, creerás en serio que éste puede ser menos sensible a tus encantos que al despedirse de ti el martes pasado, ni que ella tenga el poder de convencerle de que, en lugar de estar enamorado de ti, lo está de su amiga.

—Si las dos pensáramos lo mismo de la señorita Bingley —respondió Jane—, tu visión del asunto podría tranquilizarme. Pero no eres justa con ella. Caroline es incapaz de engañar deliberadamente a nadie; mi única esperanza es que sea ella la engañada.

—Muy bien. No se te podría haber ocurrido una idea mejor, puesto que la mía no te consuela. Lo que tienes que hacer, por supuesto, es pensar que ella es la engañada. Ya has cumplido con tu deber de amiga, deja de preocuparte.

—Pero, Elizabeth, ¿cómo podría alegrarme, en el mejor de los casos, dar el sí a un hombre cuyas hermanas y amigos desean ver casado con otra?

—Esa decisión has de tomarla tú —contestó Elizabeth—, y, si después de pensarlo bien, descubres que el dolor de llevar la contraria a sus hermanas es mayor que la felicidad de ser su mujer, te aconsejo, por supuesto, que no aceptes su propuesta de matrimonio.

—¿Cómo puedes decir eso?—exclamó Jane, sonriendo un poco—. Sabes bien que, por mucho que me entristeciera que su familia no lo quisiera, no dudaría en casarme con él.

—Por supuesto que lo sé; por eso no me das ninguna pena.

—Pero si el señor Bingley no vuelve este invierno, jamás tendré la oportunidad de hacer esa elección. ¡Pueden pasar tantas cosas en seis meses!

A Elizabeth le pareció ridícula la idea de que no fuera a regresar. Pensaba que era simplemente el reflejo de los deseos que se amoldaban a la voluntad de Caroline, y no creía ni por un momento que esos deseos, formulados de un modo franco o taimado, pudieran influir en un joven que no tenía que rendir cuentas a nadie. Trató de ser muy convincente al explicarle a su hermana lo que opinaba del asunto, y muy pronto tuvo la alegría de ver que sus palabras surtían efecto. Jane no era una persona

pesimista y poco a poco, aunque pusiera en duda la fuerza de su cariño, fue brotando en ella la esperanza de que Bingley volviera a Netherfield y colmara todos los deseos de su corazón.

Acordaron decirle únicamente a la señora Bennet que los Bingley se habían ido a Londres, a fin de evitar que se preocupara por la conducta del caballero; pero tal información bastó para llenarla de inquietud, y consideró una verdadera desgracia que las dos elegantes vecinas se marcharan justo cuando su amistad con Jane parecía tan estrecha. Después de lamentarlo un rato, se consoló pensando que el señor Bingley no tardaría en regresar y cenar en Longbourn; y concluyó alegremente que, aunque sólo le hubieran invitado a una cena familiar, ella se aseguraría de ofrecerle un auténtico banquete.



Capítulo XXII



os Lucas invitaron a almorzar a los Bennet, y una vez más, la señorita Lucas tuvo la amabilidad de pasarse casi todo el día escuchando al señor Collins. Elizabeth aprovechó la primera oportunidad que se le presentó para agradecersele.

—Así está de buen humor —dijo—, y no sabes el favor que me haces.

Charlotte aseguró a su amiga que estaba encantada de ayudarla, y que eso compensaba con creces el pequeño sacrificio de su tiempo. Era muy de agradecer, pero la amabilidad de Charlotte iba más allá de lo que Elizabeth imaginaba: su objetivo no era otro que impedir que el señor Collins volviera a cortejarla, intentando en cambio que se interesara por ella. Ése era el plan de la señorita Lucas; y todo parecía ir tan bien que, cuando se separaron aquella noche, ella habría estado casi segura de su éxito si el señor Collins no hubiera estado a punto de abandonar Hertfordshire. Al pensar así, sin embargo, no hizo justicia al apasionado e independiente temperamento del clérigo, que se escapó de Longbourn House a la mañana siguiente, con el mayor sigilo, para correr hasta Lucas Lodge y arrojarse a sus pies. Quería evitar que sus primas se enteraran de nada, convencido de que, si le veían salir, adivinarían sus propósitos, y detestaba la idea de que le descubrieran antes de que su plan se llevara a buen efecto; pues, aunque estaba casi seguro, y con razón, dada la buena disposición de Charlotte, no las tenía todas consigo desde su aventura del miércoles. Fue recibido, sin embargo, del modo más halagüeño. La señorita Lucas vio desde una ventana del piso superior cómo se dirigía hacia la casa, e inmediatamente salió al camino para encontrarse con él accidentalmente. Pero nunca imaginó que le esperasen allí tanto amor y tanta elocuencia.

De la forma más concisa dentro de la natural facundia del señor Collins, todo quedó acordado a la completa satisfacción de ambos; y, mientras entraban en la casa, él le suplicó de corazón que fijara la fecha que lo convertiría en el más feliz de los

hombres; y, aunque no pudiera darle una respuesta inmediata, Charlotte no sintió la menor inclinación a jugar con la felicidad del clérigo. La estupidez con que le había adornado la naturaleza restaba a aquel noviazgo cualquier aliciente que empujara a una mujer a prolongarlo; y a la señorita Lucas, que sólo aceptaba casarse con él por el puro y desinteresado deseo de tener un hogar propio, le daba igual instalarse en él antes que después.

Se pidió en seguida la opinión de sir William y de lady Lucas, que, jubilosos, dieron rápidamente su consentimiento. La situación del señor Collins lo convertía en un pretendiente muy deseable para su hija, que apenas tendría dote; y sus perspectivas económicas para el futuro eran excelentes. Lady Lucas empezó a calcular, con mayor interés del que jamás había concedido a aquel asunto, cuántos años más podría vivir el señor Bennet; y sir William sostuvo con firmeza que, cuando el señor Collins heredara Longbourn, habría llegado el momento de que él y su mujer hicieran su presentación ante la corte de St. James. En pocas palabras, la familia entera no cabía en sí de gozo. Las hijas menores abrigaron la esperanza de que las presentaran en sociedad un par de años antes de lo previsto; y los hijos se vieron libres del temor de que su hermana se quedara soltera^[*]. La propia Charlotte estaba razonablemente serena. Había conseguido lo que quería, y disponía de tiempo para reflexionar. Sus conclusiones fueron en general convincentes. Era indudable que el señor Collins no era sensato ni agradable; su compañía resultaba irritante, y el cariño que sentía por ella sólo podía ser imaginario. Pero, a pesar de todo, sería su marido. Aunque no tenía muy buena opinión de los hombres ni del matrimonio, casarse había sido siempre su objetivo; era la única forma respetable de que una joven educada y de escasa fortuna se asegurara el porvenir y, aunque no garantizara su felicidad, era el mejor modo de no pasar privaciones. Conseguirlo a los veintisiete años, y sin haber sido nunca hermosa, le parecía el colmo de la suerte. Lo más desagradable sería la sorpresa de Elizabeth Bennet, cuya amistad valoraba por encima de cualquier otra. Elizabeth se llevaría las manos a la cabeza, y probablemente mostraría su desacuerdo; y, aunque la decisión de Charlotte fuera inalterable, le dolería mucho que su amiga la censurase. Tomó la determinación de darle personalmente la noticia, por lo que encargó al señor Collins que, cuando regresara a almorzar a Longbourn, no le contara nada de lo ocurrido a ningún miembro de la familia. El clérigo, dócilmente, prometió guardar el secreto, pero le costó un gran esfuerzo no desvelarlo; porque la curiosidad despertada por su larga ausencia suscitó a su vuelta unas preguntas muy directas casi imposibles de eludir sin un mínimo de ingenio, y que exigieron del señor Collins una gran abnegación, puesto que ardía en deseos de anunciar a los cuatro vientos el éxito de su empresa amorosa.

Como al día siguiente tenía que emprender viaje muy de madrugada, antes de que se levantara la familia, la ceremonia de despedida se celebró antes de que las damas

se retiraran a dormir; y la señora Bennet, con suma cordialidad y cortesía, le comunicó cuánto les alegraría verlo de nuevo en Longbourn, siempre que sus demás compromisos le permitieran visitarlos.

—Mi querida señora —respondió él—, esta invitación me resulta especialmente grata porque estaba deseando recibirla; tenga usted la seguridad de que la aceptaré lo antes posible.

Todos se quedaron atónitos; y el señor Bennet, que no tenía ninguna gana de que regresara pronto, se apresuró a decir:

—Pero ¿no existe el peligro de que a lady Catherine no le parezca bien su conducta, mi querido primo? Le conviene más desatender a sus parientes que correr el riesgo de ofender a su benefactora.

—Mi querido señor —contestó el señor Collins—, le agradezco muchísimo su amable consejo, y créame que no daré un paso de esa importancia sin el consentimiento de lady Catherine.

—Debe extremar sus precauciones. Puede usted arriesgarse a cualquier cosa menos a contrariar a lady Catherine; y, si piensa que ése podría ser el resultado de una nueva visita a Longbourn, algo que considero muy probable, quédese tranquilamente en casa, le garantizo que nosotros no nos ofenderemos.

—Sepa usted, mi querido señor, que no puedo estar más agradecido por su cortesía; tenga la seguridad de que recibirá una carta en la que le agradeceré su hospitalidad, así como la enorme consideración con que me ha tratado durante mi estancia en Hertfordshire. En cuanto a mis hermosas primas, aunque tal vez mi ausencia no se prolongue lo bastante para hacerlo necesario, me tomaré la libertad de desearles salud y felicidad, incluyendo a mi prima Elizabeth.

Después de los cumplidos de rigor, las damas se retiraron, igualmente sorprendidas de que el señor Collins planeara hacerles una nueva visita. La señora Bennet llegó a la conclusión de que el clérigo deseaba cortejar a alguna de sus otras hijas, y pensó que tal vez pudiera convencer a Mary para que lo aceptara como marido. Ésta valoraba mucho más que sus hermanas las cualidades del clérigo; había una solidez en sus reflexiones que a menudo le impresionaba y, aunque no fuera en ningún caso tan inteligente como ella, pensaba que, si le animaba a leer y a cultivarse siguiendo su ejemplo, podría llegar a ser un buen compañero. Pero a la mañana siguiente todas esas esperanzas se desvanecieron. La señorita Lucas apareció poco después del desayuno, y en una conversación a solas con Elizabeth, le contó lo sucedido la víspera.

A Elizabeth se le había pasado por la imaginación, en el curso de los dos últimos días, la posibilidad de que el señor Collins se creyera enamorado de su amiga; pero que Charlotte pudiera alentarle le parecía casi tan imposible como hacerlo ella, y su asombro fue tan grande que, rebasando los límites del decoro, exclamó sin poderlo

evitar:

—¿Que has aceptado casarte con el señor Collins? Mi querida Charlotte, ¡es imposible!

La serenidad con que la señorita Lucas le había contado la historia pareció conturbarse momentáneamente al recibir un reproche tan directo; pero, como no esperaba otra reacción, recobró en seguida la compostura y contestó con mucha calma:

—¿Por qué te sorprendes, mi querida Eliza? ¿Te parece tan increíble que el señor Collins pueda obtener el sí de una mujer sólo porque no tuvo la suerte de que tú lo aceptaras?

Pero Elizabeth ya se había tranquilizado y, haciendo un gran esfuerzo, aseguró a su amiga con cierta firmeza que la perspectiva de ser parientes le alegraba sobremanera, y que le deseaba toda la dicha imaginable.

—Sé lo que sientes —replicó Charlotte—, estás sorprendida, muy sorprendida. Hace tan poco que el señor Collins quería casarse contigo... Pero, cuando hayas tenido tiempo para reflexionar, espero que entiendas lo que he hecho. Ya sabes que no soy nada romántica. Nunca lo he sido. Lo único que quiero es un hogar agradable; y, teniendo en cuenta el carácter del señor Collins, sus relaciones y su posición social, estoy convencida de que mis posibilidades de ser feliz con él son tan grandes como las de la mayoría de la gente que contrae matrimonio.

—Es indudable —respondió Elizabeth en voz baja; y después de una incómoda pausa, las dos volvieron con el resto de la familia.

Charlotte no tardó en marcharse, y Elizabeth pudo entonces meditar sobre sus palabras. Le costó mucho aceptar la idea de un enlace tan desigual. Algo tan extraño como que el señor Collins hiciera dos propuestas de matrimonio en tres días no era nada en comparación con el hecho de que Charlotte le hubiera dado el sí. Siempre había tenido la sensación de que su amiga tenía una opinión del matrimonio que no coincidía con la suya, pero jamás habría creído posible que, a la hora de la verdad, sacrificara los más nobles sentimientos por las ventajas materiales. Charlotte, esposa del señor Collins, ¡era una imagen tan humillante! Y al dolor de ver cómo su amiga se degradaba y se rebajaba en su consideración se sumó la convicción angustiada de que no podía ser medianamente feliz con el destino que había elegido.



Capítulo XXIII

Elizabeth estaba con su madre y sus hermanas, reflexionando sobre lo que acababa de oír —y sin saber bien si podía decirlo—, cuando apareció sir William en persona, enviado por su hija para anunciar a la familia Bennet su compromiso matrimonial. Después de dedicar toda clase de cumplidos a sus vecinos, y de congratularse por la perspectiva de que las dos familias entablaran relación de parentesco, reveló la noticia a un público incrédulo amén de asombrado; pues la señora Bennet, con más perseverancia que buena educación, afirmó que debía de estar completamente equivocado, y Lydia, siempre indiscreta y a menudo maleducada, exclamó con vehemencia:

—¡Dios mío! Sir William, ¿cómo puede usted decir algo así? ¿No sabe que el señor Collins quiere casarse con Lizzy?

Sólo la gentileza de un cortesano podía haber soportado sin irritarse semejante trato; pero los modales intachables de sir William le ayudaron a salir airoso del trance; y, aunque pidió la venia para insistir en la veracidad de su información, escuchó todas las impertinencias con la más paciente de las cortesías.

Elizabeth creyó que le correspondía librarle de una situación tan desagradable y confirmó su relato, explicando que la propia Charlotte le había dado antes la noticia; y trató de poner fin a las exclamaciones de su madre y de sus hermanas felicitando calurosamente a sir William, iniciativa a la que Jane se sumó en seguida, y deshaciéndose en comentarios sobre la dicha que proporcionaría aquel enlace, el excelente carácter del señor Collins, y la distancia tan cómoda que separaba Hunsford de Londres.

La señora Bennet estaba demasiado abrumada para seguir mostrándose locuaz en presencia de sir William; pero, en cuanto éste se marchó, dio rienda suelta a sus sentimientos. En primer lugar, insistió en que todo era mentira; en segundo lugar, estaba convencida de que el señor Collins había caído en una trampa; en tercer lugar, declaró que nunca serían felices; y en cuarto, auguró que se rompería el compromiso. Sacó, sin embargo, dos conclusiones muy claras del asunto: que Elizabeth era la única culpable de la catástrofe, y que todo el mundo había sido cruel con ella; y se pasó el resto del día repitiéndolas. Nada pudo consolarla ni apaciguarla. Y, al caer la noche, tampoco se apagó su resentimiento. Hubo de pasar una semana para que pudiera ver a Elizabeth sin regañarla, un mes para que pudiera hablar con sir William o lady Lucas sin mostrarse grosera, y muchos meses para que pudiera perdonar del todo a la hija de sus vecinos.

El señor Bennet se mostró mucho más sereno ante aquellos hechos, que, según afirmó, despertaron en él unos sentimientos muy agradables; pues le agradó descubrir que Charlotte Lucas, a quien siempre había considerado razonablemente sensata, era tan necia como su mujer, y mucho más que su hija Elizabeth.

Jane reconoció que aquel enlace la había sorprendido un poco; pero hizo menos hincapié en su asombro que en sus fervientes deseos de que fueran felices; y Elizabeth no pudo convencerla de lo improbable que esto iba a ser. Kitty y Lydia estuvieron lejos de envidiar a la señorita Lucas, ya que el señor Collins no era más que un clérigo; y lo único que les interesó del asunto es que era una noticia que llevar a Meryton.

Lady Lucas no era insensible a la victoria que suponía desquitarse de los comentarios de la señora Bennet sobre el placer de tener una hija bien casada; y visitaba Longbourn más a menudo de lo habitual para decir lo feliz que era, aunque las miradas avinagradas y las palabras insidiosas de la señora Bennet podrían haber bastado para destruir su alegría.

Entre Elizabeth y Charlotte se levantó una especie de barrera que les hizo guardar silencio; y Elizabeth llegó a la conclusión de que jamás recuperarían su antigua confianza. La decepción que le había causado Charlotte la acercó más a su hermana, de cuya rectitud y delicadeza nunca tendría que albergar dudas, y cuya felicidad cada día le inquietaba más, en vista de que Bingley llevaba ausente una semana y nadie sabía nada sobre su regreso.

Jane había respondido en seguida a la carta de Caroline, y esperaba con impaciencia que pasaran los días de rigor para recibir una contestación suya. La carta de agradecimiento que había prometido el señor Collins llegó el martes, dirigida a su padre, y escrita con tanta solemnidad como si tuviera que agradecer una estancia de doce meses entre la familia Bennet. Después de tranquilizar su conciencia sobre este particular, procedía a comunicarles, con grandes expresiones de entusiasmo, su

felicidad por haber conquistado el afecto de su adorable vecina, la señorita Lucas, y les explicaba que, si se había apresurado a aceptar la generosa invitación de la señora Bennet para regresar a Longbourn —adonde esperaba volver del lunes en quince días—, era únicamente para disfrutar de la compañía de su prometida; pues lady Catherine, añadía, estaba tan encantada con su matrimonio que quería que se celebrara lo antes posible, lo que confiaba fuera un argumento irrefutable para que su gentil Charlotte fijara sin más tardanza la fecha en que le haría el más dichoso de los hombres.

El regreso del señor Collins a Hertfordshire dejó de ser un motivo de satisfacción para la señora Bennet. Por el contrario, se hallaba tan predispuesta a lamentarlo como su marido. Era muy extraño que fuera a Longbourn en vez de a Lucas Lodge; le parecía, asimismo, inoportuno y terriblemente molesto. Odiaba tener invitados en casa cuando flaqueaba su salud, y nadie le parecía más desagradable que un enamorado. Tales eran las dulces quejas de la señora Bennet, y lo único que conseguía que las olvidara era la angustia creada por la prolongada ausencia del señor Bingley.

Ni Jane ni Elizabeth estaban tranquilas. Pasaban los días sin que llegara otra noticia de él que el rumor que pronto se extendió en Meryton de que no volvería a Netherfield en todo el invierno; un rumor que indignaba a la señora Bennet, que nunca se cansaba de repetir que era escandalosamente falso.

Incluso Elizabeth empezó a temer, aunque no dudara de los sentimientos de Bingley, que sus hermanas consiguieran retenerlo lejos de Netherfield. Por mucho que se resistiera a admitir algo tan desolador para la felicidad de Jane, y tan deshonesto para la firmeza de su pretendiente, no podía evitar que aquella idea se le pasara con frecuencia por la cabeza. Los esfuerzos conjuntos de dos hermanas insensibles y de un amigo dominante, ayudados por los encantos de la señorita Darcy y por las diversiones de Londres, podían resultar demasiado, se temía, para la intensidad de su afecto.

Jane, como es natural, estaba mucho más angustiada que Elizabeth ante tanta incertidumbre; pero, fueran cuales fueran sus sentimientos, era su intención ocultarlos, por lo que nunca sacaba a relucir el tema delante de su hermana. Pero su madre carecía de delicadeza, así que rara vez pasaba una hora sin que hablara de Bingley, se mostrara impaciente por su llegada o, incluso, exigiera a Jane reconocer que, si él no regresaba, se sentiría maltratada. Se necesitaba toda la dulzura de Jane para soportar aquellos ataques sin perder la calma.

El señor Collins regresó puntualmente a los quince días, pero el recibimiento que le dispensaron en Longbourn no fue tan entusiasta como en su primera visita. El clérigo era demasiado feliz, sin embargo, para necesitar que le prestaran mucha atención; y, afortunadamente para los Bennet, estaba tan ocupado cortejando a su

prometida que apenas si le veían. Pasaba casi todo el día en Lucas Lodge, y a veces llegaba a Longbourn con el tiempo justo para disculparse por su ausencia antes de que la familia se acostara.

La señora Bennet se hallaba realmente en un estado lamentable. Bastaba decir algo relacionado con la boda para que se pusiera de un humor terrible, y, dondequiera que fuese, oía forzosamente hablar de ella. No podía ni ver a la señorita Lucas. Como sucesora suya en aquella casa, le inspiraba auténtico espanto. Cada vez que Charlotte los visitaba, llegaba a la conclusión de que ésta imaginaba ya ser su dueña; y, cuando la joven hablaba en voz baja con el señor Collins, estaba convencida de que Longbourn era su tema de conversación, y de que pensaban echarlas de la casa a ella y a sus hijas tan pronto como muriera el señor Bennet. Se quejaba amargamente a su marido.

—Es realmente duro, señor Bennet —dijo—, pensar que Charlotte Lucas será la próxima dueña de esta casa, y que yo tendré que dejarle paso y ¡vivir para ver cómo ocupa mi lugar!

—Vamos, querida, no dejes que te invadan unos pensamientos tan sombríos. Tal vez tengamos mejor suerte. No perdamos la esperanza de que yo te sobreviva.

Eso no era ningún consuelo para la señora Bennet, así que, en vez de contestarle, siguió en sus trece.

—No puedo soportar la idea de que vayan a heredarla. Si no fuera por ese vínculo legal, me daría lo mismo.

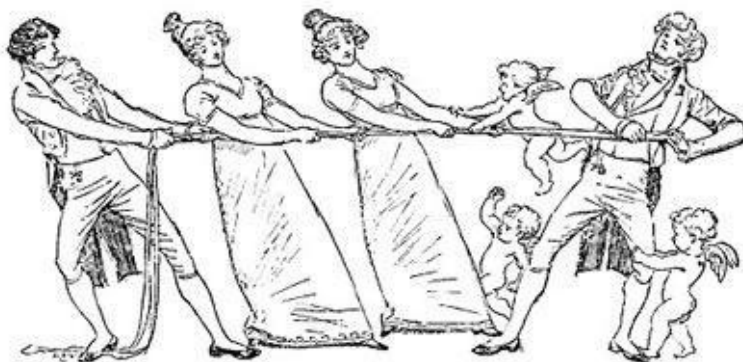
—¿Qué es lo que te daría lo mismo?

—Todo.

—Pues agradezcamos que no hayas caído en ese estado de insensibilidad.

—Nunca podré agradecer nada que tenga que ver con ese vínculo, señor Bennet. No entiendo cómo se le puede ocurrir a alguien dejar fuera de un legado a sus propias hijas; ¡y, para colmo, en beneficio del señor Collins! ¿Por qué precisamente él, y no otra persona?

—Dejaré que lo decidas tú sola —dijo el señor Bennet.



Capítulo XXIV



legó la carta de la señorita Bingley, y se disiparon todas las dudas. La primera frase dejaba claro que la familia se había instalado en Londres para pasar el invierno, y concluía expresando el pesar de su hermano por no haber tenido tiempo de presentar sus respetos a los amigos de Hertfordshire antes de abandonar Netherfield.

Toda esperanza se desvaneció, se desvaneció por completo; y, cuando Jane consiguió leer el resto de la carta, encontró muy poco en ella, si exceptuamos las muestras de afecto de quien la escribía, que pudiera ofrecerle algún consuelo. Los elogios a la señorita Darcy ocupaban casi toda la misiva. Se volvían a describir con detalle sus muchos atractivos, y Caroline se jactaba, eufórica, de su creciente amistad con ella, aventurándose a predecir el cumplimiento de los deseos ya revelados en la carta anterior. Le contaba, asimismo, con enorme satisfacción que su hermano residía en casa del señor Darcy, y hablaba con entusiasmo de algunos planes de este último para adquirir muebles nuevos.

Elizabeth, a la que Jane comunicó en seguida casi todo lo que decía la carta, escuchó a su hermana en indignado silencio. Tenía el corazón dividido entre la preocupación por su hermana y el resentimiento contra todos los demás. Se negó a creer, como afirmaba Caroline, que el señor Bingley tuviera debilidad por la señorita Darcy. Seguía convencida de que amaba a Jane; y, aunque siempre hubiera sentido simpatía por él, no podía pensar sin enfurecerse, y difícilmente sin despreciarlo, en su carácter acomodaticio, en la falta de resolución que ahora le convertía en un esclavo de sus calculadores amigos y le empujaba a sacrificar su propia felicidad en aras de las preferencias de éstos. Si se tratara de renunciar únicamente a su felicidad, estaría en su derecho de hacer lo que quisiera; pero también estaba en juego la de su hermana, y Bingley tendría que ser consciente de ello. En pocas palabras, era un asunto al que se podían dar inútilmente muchas vueltas. Era incapaz de pensar en otra cosa; pero tanto si el cariño de Bingley se había apagado de veras como si lo había destruido el entrometimiento de sus amigos; tanto si había advertido el afecto de Jane

como si éste había escapado a su observación; en cualquier caso, por mucho que cada una de estas posibilidades cambiara su concepto de Bingley, la situación de su hermana seguía siendo la misma, y veía igual de socavada su paz interior.

Jane necesitó un par de días para animarse a abrir su corazón a Elizabeth; pero, finalmente, al dejarlas solas la señora Bennet, después de haber despotricado más que de costumbre contra Netherfield y su dueño, no pudo evitar decir:

—¡Ojalá nuestra querida madre pudiera dominarse! Es incapaz de imaginar el dolor que me causa con sus continuos comentarios. Pero no creas que me quejo. Esto no durará mucho. El señor Bingley pasará a la historia, y todo volverá a ser como antes.

Elizabeth, incrédula, miró a su hermana con aire preocupado, pero no dijo nada:

—Sé que no me crees —exclamó Jane, ruborizándose ligeramente—; pero estás equivocada. Recordaré a Bingley como el hombre más simpático y amable que he conocido nunca, y eso será todo. No tengo nada que esperar ni que temer, ni nada que reprocharle. ¡Gracias a Dios!, estoy libre de ese sufrimiento. Un poco de tiempo... y ya verás cómo me recupero.

Alzando la voz, no tardó en añadir:

—Me consuela saber que sólo han sido imaginaciones mías, y que soy la única perjudicada.

—Mi querida Jane —exclamó Elizabeth—, eres demasiado buena. Tu dulzura y desinterés son verdaderamente angelicales. No sé qué decirte. Tengo la sensación de no haber sido justa contigo y de no haberte querido como mereces.

Jane se apresuró a negar tan extraordinarios méritos, y atribuyó las alabanzas al cariño fraternal.

—No —protestó Elizabeth—, eso no es justo. Tú quieres creer que todo el mundo es respetable, y te duele que yo critique a alguien. Yo quiero creer que tú eres la única perfecta, y te niegas a admitirlo. No temas que, llevada por el entusiasmo, te quite el privilegio de ser la criatura más benévola del mundo. No hay la menor necesidad. Son muy pocas las personas a las que quiero de veras, y aún menos las que me merecen buena opinión. Cuanto más sé del mundo, menos me gusta; y cada día estoy más convencida de la inconstancia del carácter humano, y de lo poco fiable que es la apariencia de valía o de buen juicio. Me he encontrado con dos ejemplos últimamente: uno prefiero no decirlo; el otro es el matrimonio de Charlotte. ¡Es incomprensible! Se mire como se mire, ¡es incomprensible!

—Mi querida Lizzy, no albergues esa clase de sentimientos. Echarían a perder tu alegría. Hay que tener más en cuenta las diferentes situaciones y temperamentos. Piensa en la respetabilidad del señor Collins y en el carácter prudente y apacible de Charlotte. No olvides que los Lucas son una familia muy numerosa, y que, para la situación económica de tu amiga, el enlace resulta muy conveniente; y, por el bien de

todos, tendrías que estar dispuesta a creer que pueda sentir cierto respeto o aprecio por nuestro primo.

—Sería capaz de creer casi cualquier cosa para complacerte, pero eso no beneficiará a nadie; porque, si estuviera convencida de que Charlotte siente algún aprecio por él, pensaría que su cabeza está aún peor que su corazón. Mi querida Jane, el señor Collins es un hombre engreído, pomposo, necio y estrecho de miras; lo sabes tan bien como yo, y seguro que estás de acuerdo conmigo en que la mujer que se case con él no puede estar en sus cabales. No la defiendas aunque sea Charlotte Lucas. No cambies, por consideración a una persona, el valor de los principios y de la integridad, ni trates de convencerte o de convencerme de que el egoísmo es prudencia, ni de que el hecho de no ser consciente del peligro asegura la felicidad.

—Pienso que eres demasiado dura con los dos —respondió Jane—, y espero que te des cuenta de ello cuando los veas felices juntos. Pero cambiemos de tema. Has aludido a algo más. Has mencionado *dos* ejemplos. Sé bien a qué te refieres, pero te ruego, querida Lizzy, que no me causes el dolor de culpar a esa persona, ni de decir que ya no la aprecias. No debemos dar por hecho de este modo que se nos hiere intencionadamente. No debemos esperar que un joven lleno de vitalidad sea siempre cauteloso y circunspecto. A menudo no es sino nuestra vanidad la que nos engaña. Las mujeres imaginamos despertar más admiración de la que realmente despertamos.

—Y los hombres se preocupan de que así sea.

—Si lo hacen *ex profeso*, resulta injustificable; pero no creo que se hagan tantas cosas deliberadamente como algunos se figuran.

—Ni se me pasa por la imaginación creer deliberada una parte de la conducta del señor Bingley —dijo Elizabeth—; pero, aun sin querer obrar mal ni hacer infeliz a nadie, pueden cometerse errores y causarse sufrimientos. La falta de reflexión, olvidar los sentimientos ajenos y la indecisión son motivos suficientes.

—Y, en este caso, ¿lo achacas todo a alguna de estas razones?

—Sí, a la última. Pero, si continúo, te disgustará saber lo que pienso de algunas personas a las que aprecias. Será mejor que me detengas antes de que sea demasiado tarde.

—¿Insistes en que está bajo la influencia de sus hermanas?

—Sí, y también de su amigo.

—No puedo creerlo. ¿Por qué iban a querer manejarlo? Sólo pueden desear su felicidad, y, si me quiere a mí, cualquier otra mujer lo hará desgraciado.

—Tu primera afirmación es falsa. Pueden desear otras cosas que no sean su felicidad: pueden desear que sea más rico o más importante, pueden desear que se case con una joven que tenga dinero, amigos distinguidos y una posición elevada.

—Sin duda desean que elija por esposa a la señorita Darcy —contestó Jane—; pero quizá les empujen unos sentimientos más nobles de lo que supones. La

conocieron mucho antes que a mí; no es extraño que le tengan más cariño. Pero, sean cuales sean sus deseos, es muy poco probable que se hayan opuesto a los de su hermano. ¿Qué hermana se creería con derecho a hacerlo, a menos que existiera un obstáculo insalvable? Si pensaran que está enamorado de mí, no intentarían separarnos; y, si lo estuviera de veras, no lo conseguirían. Al imaginar que existe ese cariño, consigues que todo el mundo actúe de manera extraña y ruin, y que yo sea muy desdichada. No dejes que me atormente esa idea. No me avergüenzo de haberme equivocado... o, al menos, me importa muy poco, por no decir nada, en comparación con lo que sentiría si pensara mal de él o de sus hermanas. Permíteme ver las cosas del modo más favorable, del modo en que todo resulta comprensible.

Elizabeth fue incapaz de llevarle la contraria; y, a partir de ese momento, el nombre del señor Bingley apenas se mencionó entre ellas.

Aun así la señora Bennet seguía sorprendiéndose y quejándose de que el joven no volviera a Netherfield y, aunque rara vez pasaba un día sin que Elizabeth le recordara el motivo, parecía bastante improbable que llegara a superar su perplejidad. Elizabeth intentaba convencerla de algo en lo que no creía: que las atenciones que el señor Bingley había dispensado a Jane se debían a una vulgar atracción pasajera que se había esfumado al dejar de verla; y, aunque la señora Bennet admitiera dicha probabilidad, Elizabeth tenía que explicárselo todos los días. El único consuelo de su madre era que el señor Bingley regresaría a Netherfield en cuanto llegara el verano.

El señor Bennet analizaba la cuestión de un modo muy diferente.

—De modo, Lizzy —le dijo un día—, que tu hermana ha sufrido un desengaño amoroso. La felicito. Después del matrimonio, lo que más le gusta a una joven es sufrir algún que otro desengaño. Así tiene algo en que pensar, y adquiere cierta importancia entre sus amigas. ¿Cuándo llegará tu turno, hija mía? No creo que aguantes mucho después de ver a Jane. Ahora te toca a ti. Hay suficientes oficiales en Meryton para que todas las jóvenes de la región se sientan despechadas. ¿Por qué no eliges a Wickham? Es un muchacho muy agradable, y te dejará plantada con la mayor delicadeza.

—Gracias, papá, pero me conformaría con un hombre menos agradable. No todas podemos ser tan afortunadas como Jane.

—Es cierto —respondió el señor Bennet—, pero es un consuelo saber que, si te ocurriera algo así, tu afectuosa madre sabría sacarle partido.

La compañía del señor Wickham ayudó a disipar la tristeza que los últimos y aciagos acontecimientos arrojaron sobre varios habitantes de Longbourn. Lo veían a menudo, y a sus otras cualidades se añadían su franqueza y espontaneidad. Todo lo que Elizabeth había oído ya —sus reclamaciones ante el señor Darcy, y el sufrimiento que le había causado ese caballero— pasó a ser de dominio público y objeto de discusión general; y a todos les encantaba pensar en lo mucho que habían detestado al

señor Darcy antes de saber aquello.

Jane Bennet era la única persona capaz de creer en la existencia de algún posible atenuante, desconocido para la sociedad de Hertfordshire; empujada por su dulzura y su candor, tendía a pensar siempre bien de los demás, e insistía en que podía tratarse de un error. Pero era la única que no consideraba al señor Darcy el peor de los hombres.



Capítulo XXV



Después de pasar una semana declarando su amor y planificando su felicidad futura, al llegar el sábado, el señor Collins se vio obligado a despedirse de su dulce Charlotte. Los preparativos para recibir a la novia, sin embargo, mitigarían el dolor de la separación, pues tenía motivos para esperar que, en cuanto volviera a Hertfordshire, se fijaría la fecha que le convertiría en el más feliz de los hombres. Se despidió de sus parientes de Longbourn con la misma solemnidad que en su visita anterior; volvió a desear salud y felicidad a sus bellas primas y prometió al padre de éstas otra carta de agradecimiento.

El lunes siguiente, la señora Bennet tuvo el placer de recibir a su hermano y a su cuñada, que, como era habitual, venían a pasar las Navidades en Longbourn. El señor Gardiner, además de un hombre juicioso, era todo un caballero, muy superior a su hermana tanto por naturaleza como por educación. A las damas de Netherfield les habría costado creer que un hombre que vivía del comercio, y a un paso de sus propios almacenes^[*], pudiera ser tan atento y agradable. La señora Gardiner, algunos años más joven que la señora Bennet y la señora Philips, era una mujer afable, culta y elegante, a la que adoraban todas sus sobrinas de Longbourn. Entre las dos mayores y ella existía una relación especialmente afectuosa. Jane y Elizabeth pasaban con ella muchas temporadas en su casa de Londres.

Lo primero que hizo la señora Gardiner al llegar fue repartir regalos y describir lo que estaba de última moda. Después de esto, le tocó desempeñar un papel menos activo. Había llegado el momento de escuchar. La señora Bennet tenía muchos agravios que contarle, y mucho de lo que quejarse. Habían sufrido mucho desde su último encuentro. Dos de sus hijas habían estado a punto de casarse, y al final todo se había quedado en agua de borrajas.

—No culpo a Jane —prosiguió—, pues, de haber podido, habría contraído matrimonio con el señor Bingley. Pero Lizzy... ¡Oh, querida! Es muy duro pensar que, si no fuera tan obstinada, ya podría ser la mujer del señor Collins. Él le propuso

matrimonio en esta misma habitación, y ella lo rechazó. La conclusión de todo esto es que lady Lucas tendrá una hija casada antes que yo, y que Longbourn pasará a manos del marido de ésta. Los Lucas son muy astutos, querida hermana. Son capaces de cualquier cosa para conseguir lo que desean. Lamento hablar así de ellos, pero no puedo faltar a la verdad. No sabes hasta qué punto quebranta mis nervios y mi salud verme contrariada así por mi propia familia, y tener unos vecinos que piensan en ellos antes que en los demás. Pero es un gran consuelo que hayáis venido justo en estos momentos, y me alegro mucho de que nos cuentes que se llevan las mangas largas.

La señora Gardiner, que estaba al tanto de lo ocurrido gracias a su correspondencia con Jane y Elizabeth, le contestó algo trivial para salir del paso y, compadeciéndose de sus sobrinas, prefirió cambiar de tema.

Pero lo retomó más tarde, en cuanto se quedó a solas con Elizabeth.

—Según parece, habría sido una buena boda para Jane —dijo—. Lamento que todo se haya ido al traste. ¡Pero esas cosas pasan tan a menudo! Es tan fácil que un joven como el señor Bingley, tal como lo describes, se enamore de una joven hermosa y, al cabo de unas semanas, cuando el azar lo separe de ella, se olvide de su existencia... Semejante volubilidad es muy frecuente.

—Supongo que es un excelente consuelo —exclamó Elizabeth—, pero a nosotras no nos sirve. Nuestro sufrimiento no es fruto del azar. No es muy común que la intromisión de unos amigos consiga que un joven independiente olvide a la joven de la que estaba perdidamente enamorado tan sólo unos días antes.

—Pero eso de que estaba «perdidamente enamorado» es una expresión tan trillada, tan dudosa, tan ambigua, que apenas si tiene valor. Se aplica tanto a sentimientos surgidos a la media hora de conocerse como a un afecto intenso y verdadero. Dime, ¿cuán *perdidamente* enamorado estaba el señor Bingley?

—Jamás he visto una inclinación amorosa más prometedora. Cada vez prestaba menos atención a los demás y se interesaba más por Jane. Y cada vez que se veían su admiración era más evidente. En el baile que celebró en Netherfield ofendió a dos o tres jóvenes al no sacarlas a bailar, y no me contestó en un par de ocasiones cuando me dirigí a él. ¿Puede haber síntomas más claros? ¿No es la falta de cortesía con los demás la esencia misma del amor?

—¡Es cierto! Pero del tipo de amor que supongo sentía ese joven. ¡Pobre Jane! Lo siento por ella, ya que, con su manera de ser, tal vez le cueste superarlo. Sería mejor que te hubiera sucedido a ti, Lizzy; en seguida habrías visto su lado cómico. Pero ¿crees que se dejaría convencer para venir a Londres con nosotros? Un cambio de ambiente sería beneficioso para ella... y quizá le convenga alejarse un poco de casa.

A Elizabeth le entusiasmó su propuesta, y tuvo la certeza de que su hermana aceptaría.

—Espero —añadió la señora Gardiner— que no influya en su decisión la

presencia de ese joven en la ciudad. Vivimos en barrios muy diferentes y nos movemos en círculos muy distintos, y además, como bien sabes, salimos tan poco que es muy improbable que se encuentren, a menos que ese joven vaya expresamente a verla.

—Y eso es imposible; pues ahora está bajo la custodia de su amigo, y ¡el señor Darcy no permitiría que visitara a Jane en esa parte de Londres! Mi querida tía, ¡qué cosas se le ocurren! Es posible que el señor Darcy haya oído hablar de una calle llamada Gracechurch Street, pero, si entrara en ella, no creo que le bastara un mes entero de abluciones para purificarse; y puede estar segura de que el señor Bingley no dará un paso sin él.

—Tanto mejor. Espero que nunca se encuentren. Pero ¿no se escribe Jane con la hermana del señor Bingley? De ser así, la señorita Bingley se verá obligada a visitarla.

—Preferirá renunciar a su amistad con Jane.

Pero, aunque parecía muy segura al respecto, así como sobre la cuestión aún más interesante de que a Bingley le impedirían ver a Jane, Elizabeth estaba tan angustiada por su hermana que, después de analizar el caso, llegó a la conclusión de que no estaba todo perdido. Era posible, e incluso a veces le parecía probable, que el amor de Bingley cobrara nuevos bríos, y la influencia de sus amigos pesara menos que algo tan natural como el encanto de Jane.

La mayor de las Bennet aceptó encantada la invitación de su tía; y, si los Bingley pasaron por su imaginación, fue con la esperanza de que, como Caroline no vivía con su hermano, tal vez pudieran pasar una mañana juntas sin correr el peligro de ver al joven.

Los Gardiner se quedaron una semana en Longbourn; y entre los Philips, los Lucas y los oficiales, no hubo un solo día en que no tuvieran algún festejo. La señora Bennet se había esmerado tanto por entretener a su cuñada y a su hermano que nunca se sentaron a comer en familia. Cuando la celebración era en casa de los Bennet, acudían siempre varios oficiales, entre los que no podía faltar el señor Wickham; y la señora Gardiner, desconfiando de los calurosos elogios que Elizabeth le dedicaba, aprovechó aquellas ocasiones para observar atentamente a los dos jóvenes. Aunque no vio nada que le hiciera suponer que estuvieran realmente enamorados, la evidente predilección que sentían el uno por el otro le inspiró cierta inquietud; y decidió comentar el asunto con Elizabeth antes de abandonar Hertfordshire, para que su sobrina comprendiera la imprudencia de alentar dicha relación.

Wickham agradaba a la señora Gardiner no sólo por su naturalidad y simpatía. Hacía diez o doce años, antes de contraer matrimonio, la tía de Elizabeth había pasado mucho tiempo en la zona de Derbyshire de la que el joven era natural. Tenían, por consiguiente, muchos conocidos en común; y, aunque Wickham apenas había

vuelto a la región desde la muerte del padre de Darcy, cinco años antes, podía darle noticias más recientes de sus viejos amigos de las que ella era capaz de obtener.

La señora Gardiner había visitado Pemberley, y había oído hablar muy bien del difunto señor Darcy. Éste era un tema inagotable de conversación entre ambos. Al comparar sus recuerdos con la minuciosa descripción que Wickham podía hacer de Pemberley, y cubrir de elogios el carácter de su difunto dueño, disfrutaban tanto ella como el joven oficial. Cuando se enteró del trato que el actual señor Darcy le había dado, intentó recordar algo que armonizara con este incidente sobre la fama de dicho caballero cuando era niño, y, finalmente, tuvo la certeza de haber oído en el pasado que el señor Fitzwilliam Darcy era un muchacho muy orgulloso y desagradable.



Capítulo XXVI



a señora Gardiner aprovechó la primera oportunidad que se le presentó de hablar a solas con Elizabeth para aconsejarle cariñosamente que tuviera cuidado; después de decirle sin ambages lo que pensaba, añadió:

—Eres una muchacha demasiado sensata para enamorarte sólo porque alguien te haya prevenido en contra, así que no me da miedo hablar con claridad. En serio, Lizzy, me gustaría que no te dejaras llevar. No te comprometas, ni trates de comprometerle a él, en una relación que la falta de medios económicos haría muy desaconsejable. No tengo nada contra él, es un joven de lo más atractivo; y, si tuviera una fortuna como es debido, me parecería el mejor de los maridos para ti. Pero, dadas las circunstancias, no dejes volar demasiado tu imaginación. Tienes sentido común, y todos esperamos que lo utilices. Tu padre confiaría siempre en tu entereza y buena conducta, estoy segura. No le decepciones.

—Mi querida tía, ¡qué conversación tan seria!

—En efecto, y espero que no te la tomes a broma.

—Muy bien, en ese caso no tiene usted que alarmarse. Me cuidaré de mí misma, y también del señor Wickham. No se enamorará de mí, si puedo impedirlo.

—Elizabeth, no estás hablando en serio...

—Lo siento, tía. Volveré a intentarlo. En este momento no estoy enamorada del señor Wickham; ni por asomo. Pero él es, sin comparación, el hombre más agradable que conozco; y, si llegara a sentir algo por mí... Supongo que sería mejor que no

ocurriera. Me doy cuenta de lo imprudente que sería. ¡Y todo por ese abominable señor Darcy! Me siento orgullosa de la opinión que mi padre tiene de mí, y me entristecería defraudarlo. Mi padre, con todo, tiene debilidad por el señor Wickham. Para no extenderme, querida tía, sentiría mucho que alguien sufriera por mi culpa; pero todos los días vemos que, cuando hay amor, los jóvenes rara vez se detienen ante la falta de fortuna, así que ¿cómo voy a prometer ser más sensata que mis congéneres si me encuentro en esa situación? ¿Cómo voy a saber siquiera si es acertado o no resistir? Lo único que puedo prometerle, tía, es que no me apresuraré. No me apresuraré a creer que soy el principal objeto de sus desvelos. Ni tampoco lo desearé cuando esté con él. En resumen, haré cuanto esté en mi mano.

—Quizá convendría que no lo animaras a venir con tanta frecuencia. Al menos, no deberías recordar a tu madre que lo invitara.

—Como el otro día... —dijo Elizabeth, con una sonrisa muy expresiva—; tiene razón, será más juicioso que me abstenga de hacerlo. Pero no crea que el señor Wickham viene tan a menudo. Las invitaciones de esta semana eran porque ustedes estaban en Longbourn. Ya conoce las ideas de mi madre sobre la necesidad de procurar compañía constante a sus amigos. Pero trataré de obrar con la mayor prudencia, se lo prometo; y ahora espero que se haya quedado usted tranquila.

La señora Gardiner le contestó que sí, y, después de que Elizabeth le agradeciera sus cariñosos consejos, las dos se separaron; un ejemplo poco usual de que esta clase de advertencias pueden ser bien recibidas.

El señor Collins regresó a Hertfordshire poco después de que Jane y los Gardiner se hubieran marchado; pero, al alojarse en casa de los Lucas, su llegada no causó demasiadas molestias en Longbourn. La fecha de la boda se acercaba a pasos agigantados, y la señora Bennet se resignó a considerarla algo inevitable, e incluso repitió varias veces, en tono desabrido, que deseaba que los novios pudieran ser felices. El jueves era el día fijado para la ceremonia, y el miércoles la señorita Lucas les hizo su visita de despedida; cuando se puso en pie para marcharse, Elizabeth, avergonzada por las descortesías y forzadas felicitaciones de su madre, y sinceramente conmovida, la acompañó hasta la salida. Mientras bajaban juntas la escalera, Charlotte le dijo:

—Espero tener noticias tuyas muy a menudo, Eliza.

—Por supuesto que sí.

—Y tengo otro favor que pedirte. ¿Irás a visitarme?

—Supongo que nos veremos con frecuencia en Hertfordshire.

—No es muy probable que salga de Kent por algún tiempo. Prométeme que irás a Hunsford.

Elizabeth no pudo negarse, aunque la visita no le apeteciera demasiado.

—Mi padre y Maria irán a verme en marzo —añadió Charlotte—, confío en que

acceptes acompañarlos. Ya sabes, Eliza, que te recibiré con la misma alegría que a ellos.

La boda se celebró; los novios salieron rumbo a Kent desde la misma puerta de la iglesia, y, como es habitual, todo el mundo tuvo mucho que decir y que escuchar sobre la ceremonia. Elizabeth recibió en seguida noticias de su amiga; y su correspondencia siguió siendo tan frecuente y regular como antes, aunque no pudiera existir entre ellas la misma confianza. Elizabeth nunca se dirigía a ella sin la sensación de que habían perdido toda su intimidad, y, aunque decidida a no rebajar el ritmo de sus cartas, lo hacía sobre todo por su vieja amistad. Recibió las primeras cartas de Charlotte con verdadera impaciencia; se moría de curiosidad por saber cómo hablaría de su nuevo hogar, qué opinaría de lady Catherine, y hasta qué punto se declararía feliz; pero, después de leerlas, Elizabeth pensó que Charlotte se expresaba sobre aquellos asuntos exactamente como cabía esperar. Sus cartas eran alegres, parecía rodeada de comodidades y, cuando hablaba de algo, era únicamente para elogiarlo. La casa, los muebles, la vecindad y los caminos eran de su agrado, y el trato de lady Catherine no podía ser más atento y amistoso. Era la descripción de Hunsford y Rosings trazada por el señor Collins, aunque teñida de una mayor sensatez; y Elizabeth comprendió que tendría que esperar a su visita para enterarse de todo lo demás.

Jane había escrito ya unas breves líneas a su hermana para anunciar su llegada sana y salva a Londres; y Elizabeth esperaba que, en su próxima carta, pudiera decirles algo de los Bingley.

Su impaciencia por recibir esta segunda misiva se vio recompensada del modo en que suele serlo la impaciencia. Jane llevaba una semana en la ciudad sin ver a Caroline ni tener noticias suyas. Ella lo justificaba, sin embargo, imaginando que su última carta desde Longbourn no había llegado a su destino.

«Nuestra tía va mañana a esa parte de la ciudad —continuaba—, y yo aprovecharé la oportunidad para pasar por Grosvenor Street.»

Jane volvió a escribir después de su visita a la señorita Bingley. «No me pareció que Caroline estuviera de buen humor —eran sus palabras—, pero se alegró mucho de verme y me reprochó no haberla avisado de mi llegada a Londres. Así que yo tenía razón: nunca había recibido mi última carta. Le pregunté por su hermano, como es lógico. Ella me dijo que se encontraba bien, pero tan ocupado con el señor Darcy que apenas lo veían. Me enteré de que la señorita Darcy estaba invitada a cenar. Me habría gustado conocerla. Estuve poco tiempo con Caroline, pues tenía que salir con la señora Hurst. Supongo que no tardarán en devolverme la visita.»

Elizabeth movió la cabeza disgustada. Tenía el convencimiento de que sólo una casualidad revelaría al señor Bingley que su hermana estaba en Londres.

Pasaron cuatro semanas, y Jane continuaba sin ver al joven. Trataba de

convencerse de que no le preocupaba, pero no podía seguir ignorando el desinterés de la señorita Bingley. Después de esperarla en casa todas las mañanas durante quince días, y de inventar todas las tardes alguna nueva disculpa para justificar su ausencia, Caroline acabó presentándose en casa de los Gardiner; pero la brevedad de su visita y, algo peor, su extraña actitud, impidieron que Jane siguiera engañándose. La carta que en aquella ocasión escribió a su hermana sacaba sus sentimientos a la luz:

Estoy segura de que mi querida Lizzy será incapaz de alegrarse de ser más perspicaz que yo ahora que confieso haber estado completamente engañada sobre el afecto de la señorita Bingley. Pero, mi querida hermana, aunque el tiempo te haya dado la razón, no me consideres obstinada si sigo afirmando que, teniendo en cuenta su comportamiento, mi confianza era tan natural como tus sospechas. No acabo de entender qué le empujó a buscar mi amistad, pero, si las mismas circunstancias se repitieran, tengo la certeza de que volvería a engañarme. Caroline no me devolvió la visita hasta ayer; y, mientras tanto, no recibí ni una nota, ni una línea. Cuando se presentó, era obvio que se sentía a disgusto; se excusó con aire displicente por no haber venido antes, no dijo nada de volver a vernos, y la encontré tan cambiada en todos los sentidos que, cuando se despidió, decidí dar por terminada nuestra amistad. La compadezco, aunque no puedo sino culparla. Fue un gran error por su parte distinguirme con su amistad; puedo decir sin temor a equivocarme que la iniciativa fue siempre suya. Pero la compadezco, porque tiene que ser consciente de que ha actuado mal, y porque estoy segura de que la preocupación por su hermano es la clave de todo. No es necesario que dé más explicaciones; y, aunque nosotras sabemos que no tiene por qué preocuparse de él, el hecho de que lo haga justifica su comportamiento conmigo; y, puesto que Bingley merece todo el cariño que ella le profesa, su preocupación es lógica y encomiable. No puede sino sorprenderme, sin embargo, que persistan sus miedos, ya que, si el señor Bingley sintiera algún interés por mí, nos habríamos visto hace muchísimo tiempo. Él sabe que estoy en la ciudad, me consta, por un comentario que hizo Caroline; pero, por el modo en que se expresaba, parecía querer creer que su hermano siente un auténtico afecto por la señorita Darcy. No lo entiendo. Si no temiera juzgarla con dureza, casi estaría tentada de decir que hay una importante apariencia de duplicidad en todo este asunto. Pero me esforzaré por apartar de mi cabeza cualquier pensamiento doloroso, y pensaré únicamente en aquello que pueda hacerme feliz: tu amor, y las constantes muestras de cariño de mis queridos tíos. Contéstame en seguida. La señorita Bingley insinuó que su hermano jamás volvería a Netherfield, y dejaría la casa, pero no llegó a afirmarlo con seguridad. Será mejor que no digamos nada. Me alegro mucho de que tengas tan buenas noticias de nuestros amigos de Hunsford. Te ruego que vayas a verlos en compañía de sir William y Maria. Estoy segura de que te encontrarás muy a gusto con

ellos.

Siempre tuya,

JANE

La carta entristeció a Elizabeth; pero la animó a pensar que Jane no volvería a dejarse engañar, al menos por la señorita Bingley. Todas las esperanzas relacionadas con su hermano se habían desvanecido. Elizabeth ni siquiera deseaba que éste reanudara sus atenciones. Cuanto más pensaba en él, más despreciaba su carácter; y para castigarlo, así como para hacer un posible favor a Jane, confió seriamente en que se casara en seguida con la hermana del señor Darcy, ya que, según Wickham, aquella joven le haría lamentar profundamente haber olvidado a Jane.

La señora Gardiner recordó por aquellos días a Elizabeth su promesa en relación con dicho oficial, y le pidió noticias; y lo que Elizabeth tenía que contarle resultó más agradable para su tía que para ella. El aparente interés del caballero se había debilitado, y sus atenciones habían pasado a la historia, pues el señor Wickham cortejaba a otra joven. Elizabeth estaba lo bastante en guardia para ser consciente de todo, pero podía verlo y describirlo sin que realmente le doliera. Su corazón no había sufrido más que un rasguño, y su vanidad se consolaba pensando que habría sido ella la elegida de haber tenido fortuna. La súbita adquisición de diez mil libras era el mayor encanto de la joven a la que Wickham cubría ahora de atenciones; pero Elizabeth, posiblemente menos perspicaz en este caso que en el de Charlotte, no lo criticó por su deseo de independencia económica. Le parecía, por el contrario, lo más lógico del mundo; y, aunque imaginaba sus esfuerzos por renunciar a ella, estaba dispuesta a reconocer que era la medida más prudente y deseable para ambos, y podía desearle sinceramente que fuese feliz.

Todo eso se lo explicó a la señora Gardiner; y, una vez descritas las circunstancias del caso, la joven continuaba:

Estoy convencida, mi querida tía, de que jamás he estado muy enamorada; pues, de haber experimentado esa pasión tan pura y elevada, ahora odiaría su nombre y le desearía toda clase de males. Pero no sólo tengo sentimientos cordiales por él, sino que juzgo con imparcialidad a la señorita King. No puedo detestarla, ni se me ocurre pensar que no sea una magnífica muchacha. No puede haber amor aquí. Mi vigilancia ha surtido efecto; y, aunque sin duda yo resultaría más interesante para mis conocidos si estuviera perdidamente enamorada de él, no puedo decir que lamente mi relativa insignificancia. A veces hay que pagar un precio demasiado alto para ser importante. Kitty y Lydia se han tomado su deserción mucho peor que yo. Son demasiado jóvenes e inocentes, y aún no han llegado a la triste conclusión de que los jóvenes guapos, al igual que los feos, han de buscar el modo de ganarse la vida.



Capítulo XXVII



in otros acontecimientos que destacar, y casi sin otra distracción que los paseos a Meryton, unas veces con barro y otras con frío, la familia de Longbourn vio pasar enero y febrero. Marzo llevaría a Elizabeth a Hunsford. Al principio, la joven no tenía intención de ir, pero no tardó en darse cuenta de que Charlotte esperaba ilusionada su visita, y poco a poco se acostumbró a pensar en el viaje con placer, y a tener la certeza de que lo haría. La ausencia de su amiga acrecentó su deseo de volver a verla, y mitigó la aversión que le inspiraba el señor Collins. Se trataba de un plan nuevo, y su temperamento era tan poco afín al de su madre y sus hermanas pequeñas que un pequeño cambio de ambiente, decidió, no podría sentarle mal. El viaje le proporcionaría además la oportunidad de ver un poquito a Jane; y lo cierto es que, cuanto más se acercaba el día de su marcha, más temía que se produjera algún retraso. Las cosas discurrieron, sin embargo, todo lo bien que cabía desear, tal como había organizado inicialmente Charlotte. Elizabeth acompañaría a sir William y a Maria, su segunda hija. Cuando acordaron pasar una noche en Londres, el plan llegó al sùmmum de la perfección.

Lo único que lamentaba Elizabeth era dejar a su padre, que sin duda la echaría de menos; éste tenía tan pocas ganas de que se fuera que, en el momento de separarse, le pidió que le escribiera y llegó casi a prometerle que respondería a sus cartas.

El señor Wickham y ella se despidieron amigablemente, sobre todo el oficial. El objeto de sus actuales desvelos no le hacía olvidar que Elizabeth había sido la primera en atraer y merecer su atención, la primera en escucharlo y compadecerlo, la primera en despertar su admiración; y, al decirle adiós —deseándole que disfrutara de su estancia, recordándole lo que podía esperar de lady Catherine de Bourgh, confiando en que sus opiniones sobre esta dama y el resto del mundo coincidieran con las de él—, mostró tanta solicitud e interés que Elizabeth llegó a la conclusión de que siempre apreciaría a aquel joven; y se separó de él convencida de que, casado o soltero, sería siempre para ella un modelo de amabilidad y simpatía.

Sus compañeros de viaje del día siguiente estaban muy lejos de hacer sombra a Wickham. Sir William Lucas y su hija Maria, una muchacha de buen carácter, pero con la cabeza tan hueca como su padre, no tenían nada interesante que decir, y su cháchara resultaba tan placentera como el traqueteo del carruaje. Elizabeth disfrutaba con las cosas absurdas, pero hacía demasiado tiempo que conocía a sir William. Éste no podía contarle ninguna nueva maravilla sobre su presentación ante la corte para recibir el título de sir; y sus cumplidos eran tan trillados como su información.

Debían recorrer una distancia de casi cuarenta kilómetros, y se pusieron en camino con tiempo suficiente para estar en Gracechurch Street al mediodía. Cuando se detuvieron ante la puerta del señor Gardiner, Jane se encontraba en la ventana del salón esperando su llegada; y se acercó rápidamente a la entrada para darles la bienvenida. Elizabeth, al examinar su rostro, se alegró de ver que seguía tan hermosa y rozagante como siempre. La escalera estaba llena de niños, cuya impaciencia por ver a su prima no les permitía esperarla en el salón del piso superior, y cuya timidez, porque llevaban un año sin verla, les impedía bajar al vestíbulo. Todo fue alborozo y muestras de cariño. Pasaron un día estupendo; por la mañana corrieron de un lado para otro e hicieron algunas compras, y por la noche fueron al teatro.

Elizabeth se las ingenió entonces para sentarse al lado de su tía. El primer tema de conversación fue su hermana Jane; y se sintió más apenada que sorprendida al oír, en respuesta a sus pormenorizadas preguntas, que, aunque su hermana intentaba siempre estar animada, a veces era presa del abatimiento. Cabía esperar, sin embargo, que no tardara en superar su tristeza. La señora Gardiner le contó con todo detalle la visita de la señorita Bingley a Gracechurch Street, así como alguna de las conversaciones que había tenido con su sobrina y que corroboraban que la joven había renunciado de corazón a la amistad de los Bingley.

Acto seguido, se rió de Elizabeth por la deserción de Wickham, y le dio la enhorabuena por su entereza.

—Y ahora, mi querida Elizabeth —añadió—, dime cómo es la señorita King. No me gustaría pensar que nuestro amigo es un hombre interesado.

—Pero, querida tía, ¿cuál es la diferencia entre el interés y la prudencia cuando se habla de matrimonio? ¿Dónde acaba la discreción y empieza la codicia? En Navidad tenía usted miedo de que se casara conmigo, por considerarlo una imprudencia; y ahora que él trata de conquistar a una joven que dispone únicamente de diez mil libras, decide usted que sólo persigue una buena dote.

—Si me dijeras cómo es la señorita King, sabría a qué atenerme.

—Tengo entendido que es muy amable. No he oído nada malo de ella.

—Pero el señor Wickham no le prestó ninguna atención hasta que, a la muerte de su abuelo, heredó toda su fortuna.

—Es cierto, tía, pero ¿por qué iba a hacerlo? Si no podía conquistar mi afecto porque yo no tenía dinero, ¿para qué iba a prestar atención a una joven que no le interesaba y era igual de pobre?

—Me parece una falta de delicadeza que empezara a cortejarla en cuanto murió su abuelo.

—Un hombre que pasa estrecheces no dispone de tanto tiempo como otras personas para respetar esas elegantes muestras de decoro. Si a ella le da igual, ¿por qué habría de molestarnos a nosotros?

—El hecho de que a ella le dé igual no sirve para justificarle a él. Sólo pone de manifiesto que la señorita King tiene algunas deficiencias... en su juicio o en su sensibilidad.

—De acuerdo —exclamó Elizabeth—, como usted quiera. Él es interesado y ella, estúpida.

—No, Lizzy, no pretendo decir eso. Ya sabes cuánto lamentaría pensar mal de un joven que ha vivido tanto tiempo en Derbyshire.

—¡Qué tontería! Pues yo tengo muy mala opinión de algunos jóvenes que residen en Derbyshire; y sus mejores amigos de Hertfordshire no son mucho mejores. Estoy harta de ellos. Por fortuna, mañana llegaré a un sitio donde encontraré a un hombre que no tiene nada agradable, y que carece de modales y de inteligencia. Los hombres necios son, al fin y al cabo, los únicos que vale la pena conocer.

—Ten cuidado, Lizzy; tus palabras reflejan un profundo desencanto.

Antes de despedirse a la salida del teatro, Elizabeth tuvo la inesperada alegría de recibir una invitación para acompañar a sus tíos en un viaje de placer que pensaban hacer en verano.

—Todavía no hemos decidido hasta dónde llegaremos —dijo la señora Gardiner—, pero es posible que hasta el Distrito de los Lagos.

Ningún plan hubiera podido complacer más a Elizabeth, que se apresuró a aceptar la invitación y a darles las gracias.

—¡Es maravilloso, querida tía! —exclamó radiante—. ¡Qué alegría! Me siento llena de vida y de entusiasmo. ¡Adiós al desencanto y a la melancolía! ¿Qué son los hombres al lado de las rocas y las montañas? ¡Pasaremos horas extasiados! Y a nuestro regreso, no seremos como esos viajeros incapaces de describir fielmente nada. Sabremos dónde hemos estado, recordaremos lo que hemos visto. Los lagos, las montañas y los ríos no se confundirán en nuestra imaginación; y, cuando tratemos de describir una escena concreta, no empezaremos a discutir dónde la presenciemos. No dejaremos que nuestras primeras efusiones sean tan insoportables como las de la mayoría de los viajeros.



Capítulo XXVIII



En el trayecto del día siguiente, todo resultó nuevo e interesante para Elizabeth; estaba muy animada, pues había visto a su hermana con tan buen aspecto que había dejado de temer por su salud, y la perspectiva de un viaje por el norte era una fuente inagotable de alegría.

Cuando dejaron el camino principal para coger el desvío que llevaba a Hunsford, todos los ojos empezaron a buscar la rectoría, como si esperaran verla cada vez que doblaban un recodo. La verja de Rosings Park se alzaba a uno de los lados del camino. Elizabeth sonrió al recordar todo lo que había oído de sus moradores.

Finalmente, divisaron el hogar del señor Collins. El jardín que descendía hasta el camino, la casa, la valla verde y el seto de laurel les indicaron que estaban cerca. El clérigo y Charlotte aparecieron en la puerta, y el carruaje se detuvo ante una pequeña cancela que daba paso a un sendero de gravilla que conducía hasta la casa. Los viajeros intercambiaron sonrisas e inclinaciones de cabeza con la joven pareja, y se apearon rápidamente para disfrutar del encuentro. La señora Collins recibió a su amiga con grandes muestras de alegría, y Elizabeth se sintió cada vez más contenta de haber ido al ver su cariñosa acogida. Advirtió en seguida que el matrimonio no había cambiado los modales de su primo; seguía siendo tan ceremonioso como siempre, y la detuvo unos minutos en la entrada para que le contara cómo estaba su familia. Acto seguido, sin más dilación que la necesaria para que el señor Collins

pusiera de manifiesto la sencilla elegancia y las hermosas proporciones de la casa, los recién llegados fueron acompañados a su interior; y, en cuanto se encontraron en el salón, les dio por segunda vez una pomposa bienvenida a su humilde morada, y repitió uno por uno todos los ofrecimientos de su mujer.

Elizabeth estaba preparada para ver al clérigo en todo su esplendor; y tuvo la impresión de que, al señalar la amplitud de la estancia y la belleza de sus muebles, se dirigía especialmente a ella, como si quisiera recalcar lo que había perdido al rechazarlo. Pero, aunque todo estaba impecable y parecía muy cómodo, fue incapaz de complacer a su primo con algún suspiro de arrepentimiento; antes bien, le asombró que su amiga se mostrara tan alegre viviendo en semejante compañía. Cuando el señor Collins decía algo de lo que su mujer podía razonablemente avergonzarse, lo que no era infrecuente, Elizabeth miraba sin querer a Charlotte. En un par de ocasiones percibió en sus mejillas un ligero rubor; pero, por lo general, tenía el buen juicio de no escuchar a su marido. Después de quedarse en el salón el tiempo suficiente para que los recién llegados admiraran todos y cada uno de los muebles, desde el aparador hasta la pantalla de la chimenea, además de relatar su viaje y cuanto había sucedido en Londres, el señor Collins les invitó a dar un paseo por el jardín, muy grande y bellamente trazado, y que él mismo se encargaba de cultivar. Trabajar en el jardín era una de sus aficiones más respetables; y Elizabeth admiró la seriedad con que Charlotte hablaba de lo saludable que era esa actividad, y lo mucho que animaba a su marido a desarrollarla. Guiándolos por todos los senderos y encrucijadas, sin concederles apenas tiempo para las alabanzas que buscaba, el señor Collins señaló cuanto les rodeaba con una minuciosidad que le impedía disfrutar de la belleza. Podía enumerar los campos que se extendían en todas direcciones, y decir cuántos árboles crecían en el bosquecillo más lejano. Pero ni su jardín, ni el condado, ni el mismísimo reino podían ofrecer un panorama comparable al de Rosings, que se alzaba en medio de un claro, casi enfrente de la rectoría, entre los árboles que bordeaban el parque. Era un edificio moderno y muy hermoso, convenientemente emplazado sobre una elevación del terreno.

El señor Collins quiso llevarlos a los dos prados de su propiedad que se extendían más allá del jardín, pero las señoras, cuyo calzado era poco adecuado para andar por la escarcha que aún quedaba, prefirieron no acompañarle; y, mientras sir William iba con él, Charlotte recorrió la casa con su hermana y su amiga, encantada probablemente de poder enseñársela sin ayuda de su marido. Era una vivienda más bien pequeña, pero cómoda y sólidamente construida; y todo estaba dispuesto y ordenado con una pulcritud y un sentido común que Elizabeth sólo pudo atribuir a Charlotte. Cuando uno se olvidaba del señor Collins, se disfrutaba de un gran bienestar y, al ver la felicidad de su amiga, Elizabeth supuso que olvidaba con frecuencia al clérigo.

Sabía por sus anfitriones que lady Catherine seguía en Rosings. El tema volvió a salir en la cena, cuando el señor Collins comentó:

—Sí, señorita Elizabeth, tendrá el honor de ver a lady Catherine de Bourgh el próximo domingo en la iglesia, y huelga decir que le encantará. Es el sùmmum de la afabilidad y la condescendencia, y tengo el convencimiento de que se fijará en usted cuando termine el servicio religioso. Estoy casi seguro de que las incluirá a usted y a Maria en todas las invitaciones con que nos honre durante su visita. Con mi querida Charlotte no puede ser más amable. Cenamos en Rosings dos veces por semana, y nunca nos permite volver a casa andando. Siempre nos trae el carruaje de lady Catherine. Debería decir uno de los carruajes, ya que mi benefactora tiene varios.

—No hay duda de que lady Catherine es una mujer sumamente respetable y juiciosa —agregó Charlotte—, además de la más atenta de las vecinas.

—Estás en lo cierto, querida, y ésa es exactamente mi opinión. Una persona con la que toda deferencia es poca.

Pasaron casi toda la velada hablando de Hertfordshire, y repitiendo las cosas que ya se habían contado por escrito. Después de darse las buenas noches, Elizabeth, en la soledad de su dormitorio, empezó a meditar sobre la felicidad de Charlotte; y, al recordar la habilidad con que dirigía y la serenidad con que soportaba a su marido, reconoció el mérito de su amiga. Imaginó, asimismo, cómo sería su estancia en Hunsford: las apacibles tareas cotidianas, las molestas interrupciones del señor Collins y las fastuosas visitas a Rosings. Su imaginación era tan viva que no tardó en dar por concluido el asunto.

Al día siguiente, a primera hora de la tarde, cuando estaba en su cuarto preparándose para ir de paseo, un estruendo repentino pareció sumir toda la casa en la confusión; al cabo de unos instantes, oyó que alguien corría escaleras arriba y la llamaba a voces. Abrió la puerta y vio a Maria en el descansillo.

—Mi querida Eliza —gritó casi sin aliento—, date prisa, por favor, y baja al comedor. ¡Tienes que verlo! No pienso contarte nada... ¡Venga, deprisa!

Elizabeth preguntó en vano lo que ocurría; Maria no dijo nada más, y las dos bajaron corriendo al comedor, cuyas ventanas daban al camino, en busca de la causa de tanto revuelo; y vieron dos damas en un faetón de escasa altura que se detenía ante la verja de entrada.

—¿Y eso es todo? —exclamó Elizabeth—. Esperaba, como mínimo, que los cerdos hubieran entrado en el jardín, y ¡no son más que lady Catherine y su hija!

—Te equivocas, querida —contestó Maria, escandalizada de su ignorancia—, no es lady Catherine. La mujer de más edad es la señora Jenkinson, que vive con ellas. La otra es la señorita De Bourgh. Mírala. Es diminuta. ¡Jamás se me habría ocurrido que pudiera ser tan delgada y tan bajita!

—Es una grosería imperdonable que tenga a Charlotte ahí fuera con este viento...

¿Por qué no entra?

—Bueno, Charlotte dice que casi nunca lo hace. Que la señorita De Bourgh se digne entrar es el mayor de los honores.

—Me gusta —afirmó Elizabeth, con otros pensamientos en la cabeza—. Parece enfermiza e irritable. Sí, le irá bien. Será una esposa ideal para él.

El señor Collins y Charlotte conversaban con las damas en la verja de entrada; y, para diversión de Elizabeth, sir William, sin moverse de la puerta, contemplaba con admiración la grandeza que tenía ante sus ojos y hacía una reverencia cada vez que la señorita De Bourgh lo miraba.

Finalmente, no tuvieron más que decirse; las señoras continuaron su camino y los demás entraron en la casa. En cuanto vio a las dos jóvenes, el señor Collins empezó a felicitarlas por su buena suerte; y Charlotte les explicó que estaban todos invitados a comer en Rosings al día siguiente.



Capítulo XXIX



La satisfacción del señor Collins a raíz de aquella invitación fue completa. Poder exhibir todo el esplendor de Rosings Park ante sus maravillados visitantes, y que éstos fueran testigos de la cortesía con que su benefactora los trataba a él y a su esposa, era exactamente lo que ambicionaba; y el hecho de que la oportunidad se presentara tan pronto era un ejemplo de la condescendencia de lady Catherine que él no sabía cómo ponderar.

—Reconozco —dijo— que no me habría sorprendido nada que lady Catherine nos invitara el domingo a tomar el té y a pasar la velada en Rosings. Antes bien, dada su afabilidad, estaba casi seguro de que lo haría. Pero ¿quién podía prever tal gentileza? ¿Quién habría imaginado que recibiríamos una invitación para almorzar (una invitación, además, que nos incluye a todos) en cuanto llegaran ustedes?

—A decir verdad, no me sorprende tanto —respondió sir William—. Mi posición me ha permitido conocer las costumbres de los círculos más elevados. En la corte son bastante frecuentes esas muestras de elegancia en el trato.

Pasaron el resto del día y la mañana siguiente sin hablar apenas de otra cosa que no fuera su visita a Rosings. El señor Collins les explicó con todo detalle lo que podían esperar, para que el lujo de los salones, el número de criados y la esplendidez del almuerzo no los abrumaran.

Cuando las señoras se retiraban para vestirse, el clérigo dijo a Elizabeth:

—No se preocupe por su atuendo, querida prima. Lady Catherine está muy lejos de exigirnos la elegancia de ella o de su hija. Le aconsejo que se ponga su mejor

vestido con tranquilidad, ya que la ocasión no requiere otra cosa. Lady Catherine no tendrá peor concepto de usted porque vista con sencillez. Le gusta guardar las distancias.

Mientras se arreglaban, el señor Collins se acercó dos o tres veces a las diferentes puertas para recomendarles que se dieran prisa, porque su benefactora detestaba que llegaran tarde a comer. Aquellas historias tan imponentes de lady Catherine y sus costumbres aterrorizaron a Maria Lucas, poco habituada a la vida social; la joven esperaba su primera visita a Rosings con la misma aprensión que su padre antes de ser presentado en el Palacio de St James.

Como hacía buen tiempo, dieron un paseo muy agradable de casi un kilómetro a través del parque. Todos los jardines tienen su belleza y sus paisajes; y Elizabeth admiró muchos de sus rincones, aunque no se quedó tan extasiada como esperaba el señor Collins, y apenas le impresionaron el número de ventanas de la fachada principal ni la elevada suma que sir Lewis de Bourgh había pagado originariamente por sus cristales.

Mientras subían los escalones que llevaban al vestíbulo, Maria estaba cada vez más asustada, y el propio sir William parecía algo nervioso. Elizabeth conservaba la calma. No había oído nada de lady Catherine que reflejara poderes extraordinarios ni virtudes milagrosas, y estaba convencida de que la simple majestuosidad del rango y del dinero no conseguirían turbarla.

El señor Collins les señaló embelesado la armonía de las proporciones y la belleza de los ornamentos del vestíbulo principal; y, desde allí, siguieron a los criados a través de una antecámara hasta el salón donde se encontraban lady Catherine, su hija y la señora Jenkinson. Su anfitriona, con gran condescendencia, se levantó para recibirlos; y, como la señora Collins había acordado con su marido que ella se ocuparía de las presentaciones, éstas se hicieron con toda corrección, sin tener que escuchar las palabras de disculpa y de gratitud que el clérigo habría considerado necesarias.

A pesar de haber estado en el Palacio de St. James, sir William estaba tan intimidado por la majestuosidad que le rodeaba que apenas tuvo valor para hacer una profunda reverencia antes de tomar asiento sin decir palabra; y su hija, terriblemente asustada, se sentó en el borde de la silla sin saber dónde mirar. Elizabeth no se sentía nada cohibida y contempló a las tres damas sin inmutarse. Lady Catherine era una mujer alta y corpulenta, de facciones muy marcadas, que tal vez hubiera sido hermosa en el pasado. No tenía un aire conciliador, y su recibimiento puso de manifiesto el deseo de que los invitados no olvidaran la inferioridad de su rango. No era el silencio lo que la volvía tan imponente sino el tono autoritario con que hablaba, como si quisiera recalcar su importancia; Elizabeth se acordó en seguida del señor Wickham, y al final de su visita llegó a la conclusión de que lady Catherine era exactamente

como él la describía.

Cuando, después de examinar a la madre, en cuyo rostro y en cuyo porte descubrió cierto parecido con el señor Darcy, volvió la mirada hacia la hija, se sintió casi tan sorprendida como Maria de lo delgada y pequeña que era. No podía tener una figura ni un semblante más diferentes de los de su madre. La señorita De Bourgh era pálida y enfermiza; sus rasgos, sin ser feos, eran insignificantes. Apenas hablaba, salvo en voz muy baja, y sólo para dirigirse a la señora Jenkinson, que tenía un aspecto de lo más anodino y se ocupaba únicamente de escuchar sus palabras y colocar bien una pantalla que protegiera sus ojos del fuego de la chimenea.

Cuando llevaban unos minutos sentados, les invitaron a acercarse a un ventanal para admirar el panorama, y, mientras el señor Collins les señalaba sus maravillas, lady Catherine se dignó informarles de que la vista era mucho más hermosa en verano.

El almuerzo fue exquisito, y no faltaron en él los criados y los objetos de plata que el señor Collins había prometido; y, como también había anticipado, se sentó en una de las cabeceras de la mesa por expreso deseo de lady Catherine, y pareció convencido de que era el mayor honor que podía depararle la vida. Trinchaba, comía y vertía alabanzas con desbordante entusiasmo; y todos los platos fueron ponderados, primero por él y después por sir William, que había recobrado la serenidad suficiente para repetir cuanto decía su yerno. A Elizabeth le sorprendió que lady Catherine soportara tanta lisonja. Pero parecía complacerle aquel exceso de admiración, y de vez en cuando obsequiaba con una sonrisa a sus invitados, especialmente cuando alguna vianda resultaba una novedad para ellos. El resto del grupo apenas habló. Elizabeth estaba dispuesta a decir algo si se le presentaba la ocasión, pero la habían sentado entre Charlotte y la señorita De Bourgh, y la primera se limitaba a escuchar a lady Catherine y la segunda no despegó los labios en todo el almuerzo. La señora Jenkinson se dedicaba sobre todo a vigilar lo que comía la señorita De Bourgh, e insistía en que probara algún que otro plato, temerosa de que se encontrara indispuesta. A Maria ni se le pasaba por la cabeza participar en la conversación, y los caballeros sólo comían y se deshacían en elogios.

Cuando las señoras regresaron al salón, se vieron obligadas a escuchar a lady Catherine, que habló sin parar hasta que se sirvió el café, pronunciando unas opiniones tan tajantes sobre cualquier tema que resultó evidente lo poco acostumbrada que estaba a que le llevaran la contraria. Preguntó exhaustivamente a Charlotte por sus vicisitudes domésticas, y le dio infinidad de consejos; le explicó cómo debía organizarlo todo en un hogar tan pequeño, y le instruyó sobre el cuidado de las vacas y las aves de corral. Elizabeth comprendió que la gran dama se interesaba por cualquier cosa, por insignificante que fuera, siempre que le sirviera para ejercer su autoridad. Sólo interrumpió su conversación con la señora Collins

para hacer las preguntas más variadas a Maria y a Elizabeth, especialmente a la segunda, sobre la que apenas sabía nada, y que, según comentó a Charlotte, era una muchacha muy bonita y elegante. Le preguntó en más de una ocasión cuántas hermanas tenía, si eran mayores o menores que ella, si alguna pensaba casarse pronto, si eran hermosas, si habían recibido una buena educación, qué carruaje tenía su padre y cuál era el apellido de soltera de su madre. Elizabeth fue consciente de su impertinencia, pero le respondió sin perder la compostura. Lady Catherine hizo entonces el siguiente comentario:

—Tengo entendido que el señor Collins heredará la casa y las tierras de su padre. Y me alegro por usted —dijo, volviéndose hacia Charlotte—. Pero no soy nada partidaria de que una heredad se aparte de la línea femenina. La familia de sir Lewis de Bourgh no lo consideró necesario. ¿Sabe usted cantar y tocar el piano, señorita Bennet?

—Un poco.

—¡Oh! Entonces... nos gustará escucharla en alguna ocasión. Nuestro piano es magnífico, probablemente mejor que... Algún día lo probará. ¿Sus hermanas cantan y tocan el piano?

—Una de ellas.

—¿Y por qué no aprendieron todas? Tendrían que haberlo hecho. Todas las señoritas Webb tocan el piano, y su padre no dispone de una renta tan elevada como el señor Bennet. ¿Dibuja usted?

—No, en absoluto.

—¿Y alguna de sus hermanas?

—No, ninguna de ellas.

—Es muy extraño. Pero supongo que no han tenido la oportunidad. Su madre tendría que haberlas llevado a Londres todas las primaveras en busca de buenos profesores.

—Mi madre no habría puesto el menor reparo, pero mi padre detesta la ciudad.

—¿Les ha dejado ya su institutriz?

—Jamás hemos tenido una.

—¿Que no han tenido una institutriz? ¿Cómo es posible? ¿Cinco hijas educadas en casa sin una institutriz? Es la primera vez que oigo algo semejante. Su madre debe de haber sido una esclava de su educación.

Elizabeth tuvo dificultades para no sonreír mientras aseguraba a su anfitriona que no había sido ése el caso.

—Entonces ¿quién les dio clase? ¿Quién se ocupó de ustedes? Sin una institutriz habrán estado muy abandonadas.

—En comparación con otras familias, supongo que sí; pero a las que quisimos instruirnos nos dieron toda clase de facilidades. Siempre nos animaron a leer, y

tuvimos todos los profesores necesarios. A las que prefirieron la ociosidad les dejaron obrar con total independencia.

—Sí, sin duda alguna; pero las institutrices están para evitar eso, y, si yo hubiera conocido a su madre, le habría aconsejado vivamente que contratara una. Siempre digo que en materia de educación no se puede conseguir nada sin regularidad ni firmeza, y es algo que sólo puede hacer una institutriz. ¡Cuando recuerdo la cantidad de familias a las que he ayudado en ese sentido, me quedo maravillada! Siempre me alegra proporcionar un buen empleo a una joven. Gracias a mi ayuda, cuatro sobrinas de la señora Jenkinson están divinamente colocadas; y hace unos días recomendé a otra joven, de la que oí hablar por pura casualidad, y la familia está encantada con ella. Señora Collins, ¿sabe que lady Metcalfe vino ayer para darme las gracias? Dice que la señorita Pope es un tesoro. «Lady Catherine —me dijo—, me ha proporcionado usted un tesoro.» ¿Ha sido presentada en sociedad alguna de sus hermanas menores, señorita Bennet?

—Sí, señora, todas.

—¿Todas? ¿Las cinco? ¡Qué extraño! Y usted es sólo la segunda. ¿Cómo se puede presentar a las pequeñas cuando las mayores aún no se han casado? Y las pequeñas deben de ser muy jóvenes...

—En efecto, la menor aún no ha cumplido dieciséis años. Tal vez sea demasiado joven para entrar en sociedad, pero creo que es muy duro para las hermanas pequeñas no poder disfrutar de la vida social porque las mayores no tengan los medios o no sientan inclinación por casarse pronto. La última en nacer tiene el mismo derecho que la primogénita a los placeres de la juventud. ¿Cómo escatimárselo por semejante motivo? Me parece muy improbable que eso promueva el cariño fraternal o la delicadeza de sentimientos.

—A fe mía —dijo lady Catherine— que sus opiniones no pueden ser más decididas para lo joven que es. Dígame, ¿qué edad tiene?

—Con tres hermanas menores ya presentadas en sociedad —respondió Elizabeth sonriendo—, no esperará milady que lo confiese.

Lady Catherine pareció muy sorprendida de que no le diera una respuesta directa, y Elizabeth abrigó la sospecha de ser la primera persona que osaba tomarse a broma tan altiva indiscreción.

—No puede usted tener más de veinte años, estoy segura... Así que no necesita ocultar su edad.

—Todavía no he cumplido los veintiuno.

Los caballeros se reunieron con ellas y, después del té, los criados colocaron las mesas de juego. Lady Catherine, sir William y el señor y la señora Collins se sentaron a jugar al cuatrillo; y, como a la señorita De Bourgh le gustaba más el casino, las dos jóvenes tuvieron el honor de completar su mesa en compañía de la señora Jenkinson.

La partida no pudo ser más aburrida. Apenas dijeron nada que no estuviera relacionado con el juego, salvo cuando la señora Jenkinson expresaba su temor de que la señorita De Bourgh tuviera mucha o poca luz, demasiado calor o demasiado frío. La otra mesa estaba mucho más animada. Lady Catherine no dejaba de señalar los errores de los demás jugadores ni de contar alguna anécdota suya. El señor Collins estaba muy ocupado asintiendo a las palabras de su benefactora, agradeciéndole cada ficha que ganaba y disculpándose cuando creía que ganaba demasiadas. Sir William apenas despegaba los labios. Estaba almacenando anécdotas y nombres ilustres en su memoria.

Cuando lady Catherine y su hija se cansaron de jugar, se recogieron las mesas, se ofreció el carruaje a la señora Collins, que lo aceptó agradecida, y se avisó inmediatamente al cochero. El grupo se acercó entonces a la chimenea para escuchar de labios de lady Catherine el tiempo que haría al día siguiente. Mientras ella hacía sus predicciones, les comunicaron la llegada del carruaje; y con tantas palabras de gratitud por parte del señor Collins como reverencias por parte de sir William, los invitados se marcharon. En cuanto se alejaron de la casa, el señor Collins quiso conocer la opinión de su prima sobre todo lo que había visto en Rosings; y Elizabeth, para complacer a Charlotte, mostró más entusiasmo del que realmente sentía. Pero sus alabanzas, por mucho que se esforzara, fueron de todo punto insuficientes para el señor Collins, que en seguida se creyó obligado a encargarse personalmente de los elogios de lady Catherine.



Capítulo XXX



ir William sólo se quedó una semana en Hunsford; pero su visita bastó para convencerlo de que su hija estaba muy bien instalada, y de que tenía un marido y una vecina fuera de lo común. Durante su estancia, el señor Collins dedicó gran parte del día a pasearlo en su calesa para enseñarle los alrededores, pero, en cuanto sir William se marchó, toda la familia volvió a sus quehaceres cotidianos; Elizabeth descubrió con alivio que aquel cambio no les obligaba a estar más tiempo con su primo, ya que éste pasaba casi todo el día, desde el desayuno hasta la cena, trabajando en el jardín, leyendo y escribiendo o mirando por la ventana de su estudio, que daba al camino. El cuarto de estar de las señoras se encontraba en la parte trasera. A Elizabeth le había sorprendido al principio que Charlotte no prefiriera utilizar el comedor, que era mucho más amplio y con mejores vistas, pero no tardó en comprender que tenía un excelente motivo para instalarse en la otra habitación, pues el señor Collins habría pasado muchas menos horas en su estudio si la estancia de ellas hubiera sido igual de luminosa; y admiró la perspicacia de su amiga.

Desde la pequeña sala no divisaban el camino, así que era el señor Collins quien les decía qué carruajes lo recorrían, y sobre todo con qué frecuencia pasaba la señorita De Bourgh con su faetón, algo que nunca dejaba de comunicarles, aunque sucediera casi todos los días. La joven se detenía muy a menudo en la rectoría y conversaba unos minutos con Charlotte, pero rara vez lograban convencerla de que saliera del coche.

Eran muy pocos los días en que el señor Collins no se acercaba hasta Rosings, y tampoco transcurrían muchos sin que su mujer se creyera en la obligación de acompañarlo; y, hasta que a Elizabeth no se le ocurrió que la familia De Bourgh podía

disponer de otros beneficios eclesiásticos^[*], fue incapaz de comprender el sacrificio de tantas horas. De vez en cuando lady Catherine les honraba con su visita, y no había un sólo detalle que le pasara inadvertido. Lady Catherine se interesaba por sus ocupaciones, miraba sus labores de aguja y les aconsejaba que las hicieran de otra manera; criticaba la disposición de los muebles o descubría alguna negligencia de la criada; y, si aceptaba tomar algo, parecía hacerlo para descubrir que los cortes de carne que compraba la señora Collins eran demasiado grandes para las necesidades de su familia.

Elizabeth no tardó en darse cuenta de que, aunque aquella dama no tuviera a su cargo la paz del condado, oficiaba de primer magistrado en su propia parroquia, cuyos asuntos, por insignificantes que fueran, llegaban a sus oídos gracias al señor Collins; y, siempre que alguno de los campesinos tenía un altercado, estaba descontento o era demasiado pobre, lady Catherine se acercaba al pueblo para resolver las diferencias, silenciar las quejas y reprobar la falta de armonía y de riqueza.

Las salidas a almorzar en Rosings se repetían unas dos veces por semana; y, si exceptuamos la ausencia de sir William y la constitución de una sola mesa de juego, todas las veladas eran un remedo de la primera. Apenas tenían otros compromisos, ya que la sociedad de la zona llevaba un estilo de vida que, en general, no estaba al alcance de los Collins. Esto, sin embargo, no molestaba a Elizabeth, que trataba de disfrutar al máximo de su visita. Tenía conversaciones muy agradables con Charlotte y, en aquella época del año, el tiempo era tan bueno que le resultaba muy placentero pasar bastante tiempo al aire libre. Su paseo preferido, donde iba con frecuencia cuando los Collins visitaban a lady Catherine, era a través del pequeño bosque que bordeaba aquel lado del parque; en él había un bonito sendero, muy resguardado, que sólo ella parecía apreciar y donde se sentía a salvo de la curiosidad de lady Catherine.

Los primeros quince días de su estancia discurrieron veloces de aquel modo tan apacible. Se acercaba la Pascua, y una semana antes se instalaría en Rosings otro miembro de la familia, algo que tenía su importancia en un círculo tan pequeño. Elizabeth había oído poco después de su llegada que se esperaba al señor Darcy al cabo de unas semanas, y, aunque hubiera preferido ver a cualquier otro de sus conocidos, su presencia animaría un poco las reuniones de Rosings, y es posible que, al observar el comportamiento de ese caballero con su prima, la esposa que lady Catherine obviamente le había destinado, ella recordara divertida los inútiles esfuerzos de la señorita Bingley por conquistarlo. Lady Catherine hablaba con enorme satisfacción de su sobrino, y le dedicaba únicamente frases admirativas; pareció casi enojada al enterarse de que tanto la señorita Lucas como Elizabeth ya lo conocían.

En la rectoría en seguida estuvieron al corriente de la llegada del señor Darcy,

pues el señor Collins estuvo paseando toda la mañana sin perder de vista la entrada de Rosings que daba a Hunsford Lane, a fin de ser el primero en enterarse; y después de hacer una reverencia cuando el carruaje entró en el parque, se apresuró a volver a casa con la gran noticia. A la mañana siguiente corrió a Rosings para presentar sus respetos. Encontró allí a dos sobrinos de lady Catherine, ya que el señor Darcy había ido con el coronel Fitzwilliam, el hijo menor de su tío, lord..., y, para gran sorpresa de todos, los dos caballeros acompañaron al señor Collins cuando regresó a la rectoría. Charlotte les vio cruzar el camino desde el estudio de su marido, y corrió al cuarto de estar para anunciar a su hermana y a su amiga el honor que se les avecinaba.

—Tengo que agradecerte a ti, Eliza, esta muestra de cortesía —añadió—. Si no estuvieras aquí, el señor Darcy habría tardado más tiempo en visitarme.

Elizabeth apenas tuvo tiempo de protestar antes de que sonara la campanilla de la puerta, y al cabo de unos instantes los tres caballeros entraron en la sala. El coronel Fitzwilliam, que iba en cabeza, tendría unos treinta años y, sin ser un hombre apuesto, sus modales y su apariencia reflejaban una gran distinción. El señor Darcy seguía igual que en Hertfordshire, y presentó sus respetos a la señora Collins con su reserva habitual; cualesquiera que fuesen los sentimientos que le inspiraba Elizabeth, saludó a la joven sin inmutarse. Elizabeth se limitó a hacerle una reverencia, sin despegar los labios.

El coronel Fitzwilliam al punto empezó a hablar con la naturalidad y la soltura de un hombre educado, y dijo cosas muy amenas; pero su primo, después de hacer algún pequeño comentario a la señora Collins sobre la casa y el jardín, estuvo un rato sentado sin dirigirse a nadie. Finalmente, la cortesía le empujó a preguntar a Elizabeth por la salud de su familia. Ella le dio una respuesta muy convencional y, tras unos instantes de silencio, agregó:

—Mi hermana mayor lleva tres meses en Londres. ¿No se habrá encontrado por casualidad con ella?

Era perfectamente consciente de que no era así, pero quería que la expresión del señor Darcy le dijera si conocía lo sucedido entre los Bingley y Jane; y tuvo la impresión de que se turbaba un poco al responder que no había tenido la suerte de ver a la señorita Bennet. No se habló más del asunto, y los dos caballeros no tardaron en marcharse.



Capítulo XXXI



Los modales del coronel Fitzwilliam cautivaron a todos en la rectoría, y las damas decidieron que su presencia haría considerablemente más atractivas sus visitas a Rosings. Transcurrieron, sin embargo, varios días antes de que recibieran una invitación de lady Catherine, que, cuando tenía huéspedes, parecía no necesitar tanto a los Collins; y hasta el domingo de Pascua, casi una semana después de que llegaran los caballeros, no pudieron disfrutar de aquel honor, aunque lady Catherine se limitara a pedirles al salir de la iglesia que se acercaran a Rosings por la tarde. La última semana apenas habían visto a lady Catherine y a su hija. El coronel Fitzwilliam había visitado la rectoría en más de una ocasión, pero al señor Darcy sólo lo habían visto en la iglesia.

La invitación se aceptó, como es natural, y a la hora acordada se presentaron en el salón de lady Catherine. Ésta los recibió cortésmente, pero era ostensible que su compañía no le resultaba tan grata como cuando no disponía de nadie más; y apenas habló con nadie que no fueran sus sobrinos, especialmente con Darcy.

El coronel Fitzwilliam pareció realmente contento de verlos; en Rosings, cualquier cosa suponía un alivio para él; y le encantaba la hermosa amiga de la señora Collins. Se sentó a su lado y habló con tanto ingenio de Kent y de Hertfordshire, de los viajes y las estancias en casa, de libros nuevos y de música, que Elizabeth tuvo la impresión de que nunca se había divertido tanto en aquella casa; su animada conversación llamó la atención de la propia lady Catherine, así como del señor Darcy. Los ojos de éste se habían vuelto varias veces hacia ellos con expresión de

curiosidad; y fue obvio que su tía no tardó en sentir la misma intriga, pues no vaciló en preguntarles en voz alta:

—¿Qué estás diciendo, Fitzwilliam? ¿De qué hablas? ¿Qué le estás contando a la señorita Bennet? Me gustaría oírlo.

—Hablamos de música, señora —dijo él, cuando vio que no tenía más remedio que contestar.

—¡De música! Te ruego entonces que alces la voz. Es mi tema predilecto. Si estáis hablando de música, debo participar en la conversación. Supongo que hay pocas personas en Inglaterra que disfruten tanto de la música, o que hayan nacido con mejor gusto para apreciarla. Si hubiera estudiado, habría llegado a ser una gran intérprete. Y lo mismo habría ocurrido con Anne si su salud le hubiera permitido aplicarse. Estoy convencida de que habría tocado divinamente. ¿Cómo le va a Georgiana, Darcy?

El señor Darcy elogió calurosamente las dotes musicales de su hermana.

—Me alegro de tener tan buenas noticias —dijo lady Catherine—; dile de mi parte, por favor, que no espere destacar si no practica a todas horas.

—Le aseguro, señora —contestó él—, que no necesita ese consejo. Se pasa el día tocando el piano.

—Tanto mejor. Nunca es demasiado; en mi próxima carta, le pediré que no deje de hacerlo por ningún concepto. A menudo les digo a las jóvenes que no puede alcanzarse la maestría sin una práctica constante. A la señorita Bennet le he dicho varias veces que nunca tocará realmente bien si no le dedica más tiempo; y, aunque la señora Collins no tiene piano, está invitada, como le he señalado con frecuencia, a venir a Rosings todos los días y tocar en la habitación de la señora Jenkinson. En esa parte de la casa, no molestaría a nadie.

El señor Darcy pareció un tanto avergonzado por la falta de delicadeza de su tía y guardó silencio.

Después de tomar café, el coronel Fitzwilliam recordó a Elizabeth que le había prometido tocar para él, y la joven se sentó inmediatamente al piano. El coronel acercó una silla. Lady Catherine escuchó media canción y luego siguió hablando, como antes, con su otro sobrino, hasta que éste se alejó de ella y, dirigiéndose hacia el piano con su habitual parsimonia, se colocó en el lugar idóneo para contemplar el hermoso rostro de la intérprete. Elizabeth fue consciente de sus movimientos y, en cuanto tuvo oportunidad, se volvió hacia él con una sonrisa maliciosa.

—¿Pretende asustarme, señor Darcy, al venir con esa solemnidad? —exclamó—. Pues no pienso alterarme aunque su hermana sea una gran pianista. Hay en mí una obstinación que me impide doblegarme ante la voluntad de los demás. Mi valor aumenta cuando tratan de intimidarme.

—No diré que se equivoca —respondió él—, porque es imposible que crea que

yo albergo algún propósito de intimidarla; y he tenido el placer de conocerla el tiempo suficiente para saber que de vez en cuando le gusta expresar opiniones que no son en realidad tuyas.

Elizabeth se rió de buena gana al oír aquella descripción de sí misma, y dijo al coronel Fitzwilliam:

—Su primo quiere que se haga una bonita idea de mí... y que no crea usted ni media palabra de lo que digo. He tenido especial mala suerte al encontrarme con una persona capaz de desvelar mi verdadero carácter en un rincón del mundo donde esperaba gozar de una reputación medianamente buena. Es muy poco generoso por su parte, señor Darcy, mencionar todo lo que descubrió en mí contra durante su estancia en Hertfordshire; además de muy imprudente, si me permite decirlo, porque me incita a vengarme, y podrían salir cosas a la luz que escandalizarían a su familia.

—No tengo miedo de usted —replicó él sonriendo.

—Dígame, por favor, de qué le acusa —exclamó el coronel Fitzwilliam—. Me gustaría saber cómo se comporta entre desconocidos.

—Se lo contaré entonces... pero prepárese para oír algo terrible. La primera vez que vi a su primo en Hertfordshire, debe saberlo, fue en un baile; y en ese baile, ¿qué cree usted que hizo? ¡Bailar sólo cuatro piezas! Lamento mucho darle este disgusto, pero así fue. Bailó sólo cuatro piezas aunque escaseaban los caballeros; y puedo afirmar con rotundidad que más de una joven se quedó sentada por falta de pareja. No puede usted negarlo, señor Darcy.

—En aquel entonces sólo tenía el honor de conocer a las hermanas del señor Bingley.

—Es cierto; pero un salón de baile no es el lugar más indicado para las presentaciones. Bueno, coronel Fitzwilliam, ¿qué desea que toque ahora? Mis dedos esperan sus órdenes.

—Supongo que me habría comportado de otro modo si me hubieran presentado a alguien —dijo Darcy—, pero no me resulta fácil hablar con desconocidos.

—¿Podemos preguntarle a su primo por qué motivo? —inquirió Elizabeth, dirigiéndose aún al coronel Fitzwilliam—. ¿Podemos preguntarle por qué a un hombre inteligente, educado y de mundo le cuesta tanto hablar con extraños?

—Yo mismo le contestaré —dijo Fitzwilliam—. El motivo es que no quiere tomarse esa molestia.

—Es cierto que no tengo la facilidad que poseen otros —señaló Darcy— de conversar con soltura con aquellos que no conocen. No puedo ceñirme al tono de su conversación, ni fingirme interesado por sus asuntos, como veo hacer tan a menudo.

—Mis dedos —dijo Elizabeth— no se mueven sobre este teclado con la maestría que he visto en tantas otras mujeres. No tienen la misma fuerza ni la misma rapidez, y no transmiten el mismo sentimiento. Pero siempre he pensado que yo era la única

culpable, porque no me tomo la molestia de practicar. Ni se me pasa por la cabeza que mis dedos sean más torpes que los de cualquier otra persona más diestra que yo.

Darcy sonrió y dijo:

—Tiene razón. Ha aprovechado usted el tiempo mucho mejor. Nadie que tenga el privilegio de escucharla podría considerar deficiente su interpretación. A ninguno de los dos nos gusta lucirnos delante de desconocidos.

En aquel instante les interrumpió lady Catherine, que quería saber de qué hablaban. Elizabeth se puso inmediatamente a tocar el piano. Lady Catherine se acercó y, después de escuchar unos minutos, le dijo a Darcy:

—La señorita Bennet no tocaría nada mal si practicase más y pudiera contar con la ayuda de un profesor londinense. El movimiento de sus dedos es muy fluido, aunque no tenga el gusto de Anne. Anne habría sido una pianista maravillosa si su salud le hubiera permitido estudiar.

Elizabeth miró a Darcy para ver el entusiasmo con que se sumaba a los elogios de su prima, pero ni en aquel momento ni en ningún otro advirtió en él ningún síntoma de amor; y, observando el modo en que se comportaba con la señorita De Bourgh, dedujo un consuelo para la señorita Bingley: que, de haber sido primos, habría estado igual de dispuesto a casarse con ella.

Lady Catherine continuó haciendo comentarios sobre la interpretación de Elizabeth, mezclándolos con numerosos consejos para mejorar su ejecución y su gusto musical. La joven los recibió con toda la paciencia propia de su educación; y, a petición de los caballeros, siguió tocando el piano hasta que el carruaje de su anfitriona estuvo listo para llevarlos a la rectoría.



Capítulo XXXII

La mañana siguiente, Elizabeth se quedó a solas para escribir a Jane mientras la señora Collins y Maria hacían unas diligencias en el pueblo, y se sobresaltó al oír la campanilla de la puerta, señal inequívoca de que llegaba una visita. Como no había oído el traqueteo de ningún carruaje, pensó que probablemente sería lady Catherine, y cuando, ante aquella amenaza, decidió guardar la carta que tenía a medias para evitar sus preguntas indiscretas, se abrió la puerta y, para su enorme sorpresa, el señor Darcy, y nadie más que el señor Darcy, entró en la habitación.

Él también pareció sorprenderse al encontrarla sola, y se disculpó por su intrusión, ya que había dado por supuesto que estarían todas las damas.

Los dos jóvenes tomaron asiento y, después de las preguntas de rigor sobre Rosings, parecieron correr el peligro de hundirse en el mayor de los silencios. Era perentorio, por lo tanto, pensar en algo que decir y, en aquellas circunstancias, recordando la última vez que había visto al señor Darcy en Hertfordshire y sintiendo curiosidad por saber cómo explicaría su marcha repentina, Elizabeth exclamó:

—¡Con cuánta precipitación abandonaron Netherfield el pasado noviembre, señor Darcy! Debió de ser una sorpresa muy agradable para el señor Bingley que todos se apresuraran a seguirle a la ciudad; ya que, si no recuerdo mal, se había ido la víspera. Espero que tanto él como sus hermanas se encontraran bien cuando usted salió de Londres.

—Perfectamente. Gracias.

Elizabeth comprendió que ésa sería toda su respuesta y, tras unos instantes de silencio, añadió:

—Tengo entendido que el señor Bingley no tiene intención de volver a Netherfield.

—Nunca se lo he oído decir; pero es probable que en el futuro no pase mucho tiempo allí. Tiene muchos amigos, y está en una edad en la que amistades y compromisos aumentan constantemente.

—Si piensa estar muy poco en Netherfield, sería mejor para el vecindario que dejara de arrendar la casa; así podría instalarse en ella una familia que residiera en ella. Aunque es posible que el señor Bingley eligiera ese lugar atendiendo a sus conveniencias, no a las de sus vecinos, y es de suponer que lo conservará o no aferrándose al mismo principio.

—No me extrañaría —señaló Darcy— que se deshiciera de ella si encontrase algo interesante que comprar.

Elizabeth no contestó. Tenía miedo de seguir hablando de su amigo; y, al no encontrar nada más que añadir, decidió dejar en manos de su visitante la tarea de sacar un nuevo tema de conversación.

Él se hizo cargo de la situación, y no tardó en decir:

—Esta casa parece muy cómoda. Lady Catherine, al parecer, hizo muchas reformas antes de que el señor Collins llegara a Hunsford.

—Sí, eso me han dicho; y estoy segura de que no podría haber encontrado a nadie que agradeciera más su bondad.

—El señor Collins parece haber tenido mucha suerte al elegir esposa.

—En efecto; ya pueden alegrarse sus amistades de que haya encontrado a una de las pocas mujeres sensatas dispuestas a aceptarle, al tiempo que capaces de hacerle feliz. Mi amiga Charlotte es muy inteligente, aunque no estoy segura de que casarse con el señor Collins sea lo más acertado que haya hecho en su vida. Parece completamente feliz, sin embargo, y no hay duda de que, desde el punto de vista material, él es un buen partido.

—Tiene que ser muy agradable para ella vivir tan cerca de su familia y de sus amigos.

—¿Tan cerca? Pero si vive casi a ochenta kilómetros.

—¿Y qué es esa distancia con una buena carretera? Apenas medio día de viaje. Sí, a eso lo llamo yo vivir muy cerca.

—Nunca se me habría pasado por la cabeza que la distancia fuera una de las ventajas de su matrimonio —exclamó Elizabeth—. No habría dicho jamás que la señora Collins vive cerca de su familia.

—Lo cual prueba su apego a Hertfordshire. Supongo que cualquier lugar que no

estuviera en los alrededores de Longbourn le parecería lejano.

Mientras decía estas palabras, esbozó una sonrisa que Elizabeth creyó comprender: el señor Darcy debía de figurarse que estaba pensando en Netherfield y en Jane; la joven enrojeció al contestar:

—No estoy diciendo que una mujer tenga que vivir cerca de su familia. La cercanía y la lejanía son relativas y dependen de muchas y muy diversas circunstancias. Cuando nuestra fortuna nos permite viajar sin preocuparnos de los gastos, la distancia no es un inconveniente. Pero no es ése el caso. El señor y la señora Collins viven con cierta holgura, pero no pueden permitirse el lujo de viajar con frecuencia, y estoy segura de que mi amiga sólo se consideraría cerca de su familia si residiera a menos de la mitad de distancia.

El señor Darcy acercó un poco más su silla y dijo:

—Es absurdo que sienta tanto apego por Longbourn. No puede usted haber vivido siempre allí.

Elizabeth fue incapaz de disimular su sorpresa. El señor Darcy pareció cambiar de parecer; retiró la silla, cogió un periódico de la mesa y, mirando por encima de éste, le preguntó con cierta frialdad:

—¿Le gusta Kent?

Siguió un breve diálogo sobre esta región, conciso y moderado por ambas partes, al que puso fin la llegada de Charlotte y su hermana, que volvían de su paseo. Aquel *tête-à-tête* les extrañó. El señor Darcy explicó el error que le había llevado a molestar a la señorita Bennet y, después de quedarse unos minutos más sin despegar casi los labios, abandonó la rectoría.

—¿Qué puede significar esto? —exclamó Charlotte en cuanto el joven se marchó—. Mi querida Eliza, tiene que estar enamorado de ti... De lo contrario, su visita habría sido mucho más ceremoniosa.

Pero, cuando Elizabeth habló de su mutismo, aquella suposición, a pesar de los deseos de Charlotte, pareció bastante remota; y, después de barajar varias hipótesis, llegaron a la conclusión de que el señor Darcy no había encontrado nada mejor que hacer, algo muy probable en aquella época del año. Había concluido la temporada de caza. En Rosings estaba lady Catherine, y había libros y una mesa de billar, pero los caballeros no pueden estar siempre dentro de casa; y ya fuera por la proximidad de la rectoría, por el paseo tan agradable que llevaba hasta ella o por sus habitantes, el caso es que los dos primos sentían la tentación de acercarse a Hunsford casi todos los días. Aparecían a cualquier hora de la mañana, unas veces juntos y otras por separado, y de vez en cuando les acompañaba su tía. Era evidente que el coronel Fitzwilliam les visitaba porque se sentía a gusto en su compañía, creencia que, como es natural, aumentaba su popularidad entre las damas. Cuando Elizabeth fue consciente de su interés por ella y de lo mucho que se divertían juntos, recordó a su querido amigo

George Wickham; y aunque, al compararlos, el coronel Fitzwilliam le pareció menos galante, tuvo la impresión de que era mucho más inteligente y cultivado.

Pero era más difícil de entender qué empujaba al señor Darcy a visitar con tanta frecuencia la casa de los Collins. Era imposible que acudiera en busca de compañía, pues a menudo pasaba diez minutos sin abrir la boca; y, cuando decía algo, parecía hacerlo más por necesidad que por deseo, como si, en vez de procurarle placer, le obligaran las conveniencias sociales. No era frecuente verlo animado. La señora Collins no sabía qué hacer con él. El modo en que, de vez en cuando, el coronel Fitzwilliam le tomaba el pelo por su seriedad demostraba que ése no era su comportamiento habitual, algo que su relación con el señor Darcy jamás le habría permitido averiguar; y, como a Charlotte le habría encantado que aquel cambio se debiera al amor, y que el objeto de éste fuera su amiga Eliza, puso todo su empeño en descubrirlo. Se dedicó a observarlo tanto cuando ellos iban a Rosings como cuando él aparecía en Hunsford, pero sin demasiado éxito. Es cierto que el señor Darcy miraba mucho a Elizabeth, pero su expresión resultaba ambigua. Había ardor en los ojos con que la miraba, pero Charlotte muchas veces dudaba que reflejaran admiración, y a veces sólo veía en ellos que el señor Darcy estaba distraído.

En más de una ocasión sugirió a Elizabeth la posibilidad de que el joven se sintiera atraído por ella, pero su amiga siempre se reía de esa idea, y a la señora Collins no le pareció bien insistir, pues tenía miedo de sembrar unas esperanzas que sólo podían acabar en decepción; pues no le cabía la menor duda de que toda la animadversión de su amiga desaparecería en cuanto supiera que él la amaba.

Entre los planes que, empujada por su cariño, hacía para Elizabeth estaba también el de que se casara con el coronel Fitzwilliam. Era, sin lugar a dudas, el más simpático de los dos primos; Elizabeth le gustaba, y era un buen partido; pero, para contrarrestar esas cualidades, estaban todos los beneficios eclesiásticos que dependían del señor Darcy, y sobre los que el coronel no tenía ascendiente alguno.



Capítulo XXXIII



En más de una ocasión, mientras deambulaba por el parque, Elizabeth se encontró inesperadamente con el señor Darcy. La joven lamentó la mala suerte que le llevaba a pasear donde sólo lo hacía ella; y, a fin de que no volviera a ocurrir, el primer día se tomó la molestia de comunicarle que era uno de sus rincones preferidos. Le extrañó, por consiguiente, que el encuentro se repitiera... ¡una segunda, e incluso una tercera vez! Le parecía un mal intencionado, o un castigo voluntario, pues en aquellas ocasiones el señor Darcy, en lugar de marcharse después de unas preguntas de cortesía y una pausa incómoda, creía necesario dar media vuelta y caminar a su lado. El joven nunca hablaba mucho, ni ella se sentía obligada a decir o escuchar nada; pero a Elizabeth le sorprendió que, en su tercer encuentro, él se interesara por las cosas más incoherentes: si se encontraba bien en Hunsford, si le gustaban los paseos solitarios o si pensaba que el señor y la señora Collins eran felices; y, al hablar de Rosings y de lo poco que ella conocía de la casa, el señor Darcy pareció esperar que, cuando la joven regresara a Kent, también residiera allí. Sus palabras lo dieron a entender. ¿Podía estar pensando en el coronel Fitzwilliam? Elizabeth supuso que, de querer insinuar algo, debía de referirse a su primo. Aquello la perturbó un poco, y se alegró de llegar a la verja de la rectoría.

Un día en que paseaba con la última carta de Jane en las manos, deteniéndose en

algunos párrafos que reflejaban la tristeza de su hermana, levantó la vista y, en vez de encontrarse con el señor Darcy, vio acercarse al coronel Fitzwilliam. Después de guardar la carta y de esforzarse por sonreír, dijo:

—No sabía que pasara usted por este lugar.

—He recorrido todo el parque —respondió él—, como suelo hacer todos los años, y mi intención era terminar con una visita a la rectoría. ¿Va usted mucho más lejos?

—No, estaba a punto de dar la vuelta.

Así lo hizo, y los dos se dirigieron juntos hacia la casa de los Collins.

—¿Es cierto que el sábado se van de Kent? —preguntó Elizabeth.

—Sí... A menos que Darcy vuelva a retrasar nuestra partida. Pero estoy a su disposición. Que decida lo que quiera.

—Y, aunque no le satisfaga su decisión, nadie le quita el placer de elegir. No conozco a nadie que disfrute tanto como el señor Darcy de hacer lo que le viene en gana.

—Le encanta salirse con la suya —contestó el coronel Fitzwilliam—. Pero eso nos pasa a todos. La única diferencia es que él tiene más facilidad para conseguirlo porque es rico, y muchos otros son pobres. Sé bien de lo que hablo. Cuando no eres el primogénito tienes que acostumbrarte a la austeridad y a la dependencia.

—En mi opinión, el hijo menor de un conde no puede saber gran cosa de eso. Dígame, en serio, ¿qué significa para usted la austeridad y la dependencia? La falta de dinero ¿cuándo le ha impedido ir a donde quiere o procurarse algún capricho?

—Sus preguntas son muy acertadas, y lo cierto es que no he experimentado demasiadas privaciones de esa clase. Pero es posible que la falta de dinero me afecte en cuestiones más importantes. Los hijos menores no pueden casarse con la mujer que quieren.

—A menos que ésta sea una rica heredera, lo que, al parecer, ocurre con frecuencia.

—Nuestro hábito de gastar nos vuelve demasiado dependientes, y no hay muchos en mi situación que puedan permitirse el lujo de casarse sin tener en cuenta el dinero.

«¿Se referirá a mí?», pensó Elizabeth, enrojeciendo ante la idea; pero no tardó en sobreponerse y añadió con voz risueña:

—Dígame, se lo ruego, ¿cuál es el precio habitual del hijo menor de un conde? A menos que el primogénito tenga muy mala salud, supongo que no será más de cincuenta mil libras.

El coronel le contestó en el mismo tono jocosos, y después dejaron el tema. Para interrumpir un silencio que podía llevarle a creer que sus palabras la habían perturbado, Elizabeth se apresuró a decir:

—Supongo que su primo le ha traído a Rosings para disponer de usted cuando se le antoje. Me sorprende que el señor Darcy no se case para tener una persona que

obedezca todos sus caprichos. Aunque quizá su hermana cumpla ese papel por ahora y, como está únicamente bajo su tutela, él haga lo que quiera con ella.

—Se equivoca —dijo el coronel Fitzwilliam—, ésa es una prerrogativa que ha de compartir conmigo. Los dos somos tutores de la señorita Darcy.

—¿De veras? ¿Y qué clase de tutela ejercen ustedes? ¿Les da su prima muchos quebraderos de cabeza? A veces las jóvenes de su edad son difíciles de manejar y, si ha heredado el espíritu de los Darcy, tal vez le guste hacer su voluntad.

Mientras hablaba, observó que él la miraba con seriedad, y su forma de preguntarle qué le inducía a pensar que la señorita Darcy les causaba sinsabores, la convenció de que, por una razón u otra, se había acercado a la verdad.

—No tiene por qué asustarse, coronel —dijo en seguida—. Jamás he oído nada malo de la señorita Darcy; y supongo que es una de las criaturas más dóciles del mundo. Sé de dos personas que la adoran, la señora Hurst y la señorita Bingley. Creo que usted las conoce.

—Un poco. Su hermano es un caballero muy agradable, y un gran amigo del señor Darcy.

—¡Oh, sí! —respondió Elizabeth con cierta ironía—. El señor Darcy es increíblemente amable con el señor Bingley, y se desvive por él.

—¿Desvivirse? Sí, estoy convencido de que se preocupa muchísimo por su amigo en aquellos aspectos en los que lo ve más indefenso. Cuando veníamos hacia Rosings comentó algo que me hizo pensar que Bingley se encuentra en deuda con él. Aunque debería pedir disculpas, tal vez estuviera hablando de otro amigo. No son más que conjeturas.

—¿Qué quiere decir usted?

—Se trata de algo que, por supuesto, Darcy preferiría guardar en secreto; sería muy desagradable que llegase a oídos de la familia de la dama.

—Puede confiar en mi discreción.

—Recuerde que no estoy seguro de que se refiriera a Bingley. Mi primo se limitó a decir que estaba orgulloso de haber salvado recientemente a un amigo de un matrimonio de lo más imprudente, pero no mencionó nombres ni dio ningún detalle; yo supuse que era Bingley porque me parece un joven capaz de meterse en esa clase de líos, y porque sé que han pasado el verano juntos.

—¿Le explicó el señor Darcy por qué intervino?

—Creí entender que existían importantes objeciones contra la dama.

—¿Y con qué artes consiguió separar a su amigo de ella?

—No me habló de sus artes —contestó Fitzwilliam, sonriendo—. Sólo sé lo que acabo de contarle.

Elizabeth no respondió y siguió andando con el corazón henchido de rabia. Después de contemplarla unos instantes, el coronel quiso saber por qué estaba tan

pensativa.

—Estoy reflexionando sobre sus palabras —repuso ella—. No me gusta la forma de comportarse de su primo. ¿Por qué tuvo que erigirse en juez?

—¿Lo considera una intromisión por su parte?

—No creo que tuviera ningún derecho a decidir sobre los sentimientos de su amigo, ni a determinar, basándose únicamente en su propia opinión, el modo en que éste debería ser feliz. Pero, como no conocemos los detalles —añadió Elizabeth, recobrando la serenidad—, no me parece justo censurarlo. Es posible que no existiera un gran cariño entre los jóvenes.

—Su hipótesis no es descabellada —señaló Fitzwilliam—, pero resta méritos al triunfo de mi primo.

El coronel bromeaba, pero Elizabeth tuvo la impresión de que sus palabras retrataban con tanta fidelidad al señor Darcy que prefirió no contestar; y, cambiando bruscamente de tema, habló de cosas triviales hasta que llegaron a la rectoría. Una vez allí, encerrada en su habitación tras la marcha del coronel Fitzwilliam, pudo pensar sin interrupciones en lo que acababa de oír. Era evidente que sólo podía tratarse de su familia. No podían existir dos hombres en el mundo sobre los que Darcy tuviera tanto ascendiente. Elizabeth nunca había dudado de su participación en las medidas tomadas para separar al señor Bingley de Jane, pero siempre había creído que la señorita Bingley era su principal instigadora. Si la vanidad del señor Darcy, sin embargo, no le engañaba, él era el causante... su orgullo y sus caprichos eran los causantes de todo lo que Jane había sufrido y seguía sufriendo. Había destruido toda esperanza de felicidad en el corazón más tierno y generoso del mundo; y nadie sabía cuánto tiempo se prolongaría su dolor.

«Existían importantes objeciones contra la dama», habían sido las palabras del coronel Fitzwilliam, y esas importantes objeciones serían, probablemente, que uno de sus tíos era abogado en Meryton y el otro, comerciante en Londres.

«A Jane no se le puede objetar nada —pensó—. ¡No hay nadie tan dulce y bondadoso como ella! Es inteligente y cultivada, y sus modales son encantadores. Tampoco puede decirse nada en contra de mi padre, quien, a pesar de su excentricidad, tiene unas cualidades que ni el señor Darcy desdeñaría, y una respetabilidad que probablemente él jamás tendrá.»

Al recordar a su madre, su confianza se tambaleó un poco, pero se negó a admitir que ésa pudiera ser una razón de peso para el señor Darcy, cuyo orgullo, estaba segura, sufriría mucho más por la insignificancia de los parientes de su amigo que por su falta de buen juicio; y acabó llegando a la conclusión de que el señor Darcy se había guiado no sólo por la peor clase de orgullo, sino también por el deseo de reservar al señor Bingley para su hermana.

La agitación y las lágrimas que siguieron a estos pensamientos le dieron dolor de

cabeza; éste empeoró al caer la tarde y, como Elizabeth tampoco tenía ganas de ver al señor Darcy, decidió no acompañar a sus primos a Rosings, donde estaban invitados a tomar el té. La señora Collins, al ver que su amiga se encontraba realmente indispuesta, no quiso insistir y, en la medida de lo posible, impidió que su marido lo hiciera, aunque el clérigo no pudo ocultar su temor de que lady Catherine se llevara un disgusto al saber que la señorita Bennet se había quedado en casa.



Capítulo XXXIV



uando los demás se fueron, Elizabeth, como si quisiera exacerbar su indignación contra el señor Darcy, empezó a releer todas las cartas que había recibido de Jane desde su llegada a Kent. Su hermana no formulaba ninguna queja, ni rememoraba acontecimientos pasados, ni hablaba de actuales sufrimientos. Pero en todas las cartas, y en casi todas sus líneas, faltaba la alegría que caracterizaba su estilo, y que, al dimanar de la serenidad de un espíritu en paz consigo mismo e indulgente con los demás, apenas se había nublado nunca. Al concentrarse más en la lectura, Elizabeth advirtió el desasosiego que encerraban todas sus frases. El cinismo con que el señor Darcy se jactaba del dolor infligido la ayudaba a percibir mejor la aflicción de su hermana. Le consoló pensar que el caballero se marcharía de Rosings al cabo de un par de días, y sobre todo la idea de que, antes de dos semanas, volvería a estar con Jane y podría ayudarla, con la fuerza de su cariño, a recuperar la alegría.

No podía pensar en la partida de Darcy sin recordar que su primo abandonaría Kent con él; pero el coronel Fitzwilliam había dejado claro que no tenía intenciones matrimoniales y, por muy agradable que fuera, Elizabeth no estaba dispuesta a sufrir por él.

Mientras llegaba a esta conclusión, le sorprendió oír la campanilla de la puerta, y sintió una ligera turbación ante la idea de que se tratara del coronel Fitzwilliam, que en cierta ocasión les había visitado a última hora de la tarde y podía presentarse ahora para interesarse por ella. Pero tal fantasía se desvaneció y Elizabeth experimentó una

sensación muy diferente cuando, para su sorpresa, vio entrar en la estancia al señor Darcy. El caballero se apresuró a preguntarle por su salud, justificando su visita con el deseo de saber si había mejorado. Elizabeth le respondió con fría cortesía. El señor Darcy tomó asiento, pero en seguida se puso en pie y empezó a dar vueltas por la habitación. A pesar de su desconcierto, Elizabeth no dijo nada. Tras unos minutos de silencio, el joven se acercó a ella y exclamó, presa de una gran agitación:

—Mi lucha ha sido en vano. Carece de sentido. No reprimiré por más tiempo mis sentimientos. Permítame decirle cuán ardientemente la admiro y la amo.

No existen palabras para describir el asombro de Elizabeth. Miró fijamente a Darcy, enrojeció y, al convencerse de que hablaba en serio, guardó silencio. Eso animó al joven a expresar lo que sentía y llevaba largo tiempo sintiendo por ella. Se expresó muy bien, pero había otros sentimientos, además de los del corazón, que debían detallarse, y se mostró igual de elocuente al hablar del orgullo. Su convencimiento de la inferioridad de Elizabeth, de lo degradante que era la situación, de los obstáculos familiares que el buen juicio contraponía a su inclinación amorosa, quedó expuesto con una vehemencia acorde con el desdoro que acarrea su conducta pero nada aconsejable para realizar sus deseos.

A pesar de la antipatía, profundamente arraigada, que Darcy le inspiraba, Elizabeth no pudo quedarse indiferente ante algo tan halagüeño como que aquel hombre le declarara su amor, y, aunque sus intenciones no variaron un ápice, lamentó en un primer momento tener que hacerle daño; pero su compasión se convirtió en ira al escuchar las palabras que pronunció a continuación. Intentó, sin embargo, recobrar la calma para contestarle con cierto aplomo cuando terminara de hablar. Darcy le describió la intensidad de un afecto que, a pesar de todos sus esfuerzos, había sido incapaz de dominar, y expresó la esperanza de que ella le recompensara concediéndole su mano. Al decir estas palabras, Elizabeth vio con claridad que estaba seguro de que su respuesta sería favorable. Aunque hablara de temor y de inquietud, la expresión de su rostro reflejaba una confianza absoluta. Todo eso exasperó aún más a Elizabeth, que contestó a Darcy con las mejillas encendidas:

—En casos como éste, creo que es costumbre dar las gracias aunque los sentimientos expresados no sean correspondidos. Es natural sentir gratitud y, si yo pudiera sentirla, me apresuraría a darle las gracias. Pero no puedo. Nunca he buscado su aprobación, y usted me la ha concedido en contra de sus deseos. Lamento el dolor que haya podido causar. Lo he hecho sin darme cuenta, se lo aseguro, y espero que su duración sea breve. Los sentimientos que, según usted, le han impedido durante tanto tiempo confesar su afecto le ayudarán a superar su desengaño después de esta conversación.

El señor Darcy, apoyado en la repisa de la chimenea con la mirada clavada en el rostro de Elizabeth, pareció escuchar sus palabras con tanto resentimiento como

sorpresa. Su semblante palideció de ira, y la agitación que sentía se reflejó en todas sus facciones. Luchaba por recuperar la compostura, y no despegaría los labios hasta que tuviera la certeza de haberlo conseguido. Aquel silencio fue terrible para Elizabeth.

—¿Y es ésa la única respuesta que voy a tener el honor de esperar? —dijo finalmente, con forzada serenidad—. Tal vez no le moleste explicarme por qué me rechaza usted sin fingir un mínimo de cortesía. Aunque eso carece de importancia.

—Me gustaría preguntarle —replicó ella— por qué, con el evidente propósito de ofenderme e insultarme, ha decidido decirme que me ama en contra de su voluntad, de su razón e incluso de su carácter. ¿No disculparía esto mi descortesía, si es que he sido descortés? Pero tengo otros motivos para estar enojada. Y usted lo sabe. Si mis sentimientos no estuvieran claramente en contra suya, y usted me resultara indiferente o incluso me gustara, ¿cree que podría casarme con el hombre que ha contribuido a destrozar, quizá para siempre, la felicidad de la hermana que más quiero?

Mientras pronunciaba esas palabras, el señor Darcy cambió de color; pero su turbación apenas duró, y continuó escuchando a Elizabeth sin tratar de interrumpirla.

—Tengo todas las razones del mundo para pensar mal de usted. Nada podría justificar el papel injusto y mezquino que ha desempeñado en ese asunto. No se atreverá a negar, no puede hacerlo, que ha sido el principal responsable, si no el único, de la separación de dos jóvenes, así como de exponerle a él a la censura del mundo por caprichoso e inestable, y a ella al escarnio público por sus esperanzas frustradas, sumiendo a ambos en la mayor de las desdichas.

Elizabeth hizo una pausa y advirtió, indignada, que Darcy la escuchaba con una expresión que no mostraba el menor arrepentimiento. Incluso la miraba con una sonrisa de fingida incredulidad.

—¿Acaso niega haberlo hecho? —insistió ella.

—No deseo negar —contestó Darcy, simulando una gran tranquilidad— que hice cuanto pude para separar a mi amigo de su hermana, ni que me alegro de haberlo conseguido. He sido más generoso con él que conmigo.

Elizabeth prefirió no darse por enterada de aquel amable comentario, pero su significado no se le escapó, ni contribuyó precisamente a calmarla.

—No crea que mi aversión se debe únicamente a este asunto —prosiguió ella—. Mucho antes de que ocurriera, tenía una opinión muy clara sobre usted. Comprendí cómo era su carácter hace muchos meses gracias a la historia que me contó el señor Wickham. ¿Tiene algo que decir sobre eso? ¿Qué acto imaginario de amistad puede alegar en su defensa? ¿Cómo tergiversará lo sucedido para engañar a los demás?

—Se interesa usted mucho por ese caballero —dijo Darcy, en un tono menos sereno y con las mejillas encendidas.

—Cualquier persona que conociera sus desdichas se interesaría por él.

—¡Sus desdichas! —repitió Darcy con desprecio—. Sí, a decir verdad ha sufrido tantas...

—Y usted es el culpable de ellas —exclamó Elizabeth con vehemencia—. Lo ha reducido a su estado actual de pobreza, de relativa pobreza. Le ha privado de las favorables condiciones que le estaban reservadas. Le ha despojado, en los mejores años de su vida, de la independencia económica a la que tenía legal y moralmente derecho. ¡Ha hecho todo eso! Y aun así es capaz de burlarse y menospreciar sus desdichas.

—¿Y es ésa —preguntó Darcy, cruzando con rapidez la habitación— la opinión que tiene de mí? ¿Es ése el juicio que le merezco? Gracias por exponérmelo con tanta franqueza. Mis actos, según usted, han sido imperdonables. Aunque tal vez —añadió, deteniendo el paso y volviéndose hacia ella— se habrían pasado por alto esos agravios si no hubiera herido su orgullo al confesarle los escrúpulos que me impidieron durante tanto tiempo aceptar lo que sentía. Quizá se habrían podido evitar esas amargas acusaciones si, haciendo gala de una mayor sagacidad, hubiera ocultado mi lucha y la hubiese halagado diciendo que me impulsaba un amor absolutamente puro e incondicional... que me impulsaba la razón, la reflexión, todo. Pero detesto la hipocresía. Y tampoco me avergüenzo de los sentimientos que he expresado. Eran naturales y legítimos. ¿Esperaba usted que me alegrara de la inferioridad de sus parientes? ¿Que me felicitara por la perspectiva de tener una familia tan alejada de mi círculo social?

Elizabeth estaba cada vez más indignada, pero trató de decir con la mayor serenidad:

—Se equivoca usted, señor Darcy, si supone que su forma de declararse ha influido en mi respuesta; sólo me ha ahorrado el mal rato que habría pasado al rechazarle si se hubiera comportado de un modo más caballeroso.

Él guardó silencio, pero Elizabeth advirtió su alarma.

—Habrían podido ser otras sus palabras —continuó la joven— y jamás habría aceptado su proposición.

El asombro de Darcy volvió a ser evidente; y la miró con una mezcla de incredulidad y humillación.

—Desde el principio, casi desde el instante mismo en que lo conocí, sus modales me hicieron comprender su arrogancia, su engreimiento, su desprecio egoísta de los sentimientos ajenos, y pusieron los cimientos para un sentimiento de prevención que sucesos posteriores convirtieron en firme desagrado; no tuvo que pasar ni un mes para que supiera que sería usted el último hombre que me llevaría al altar.

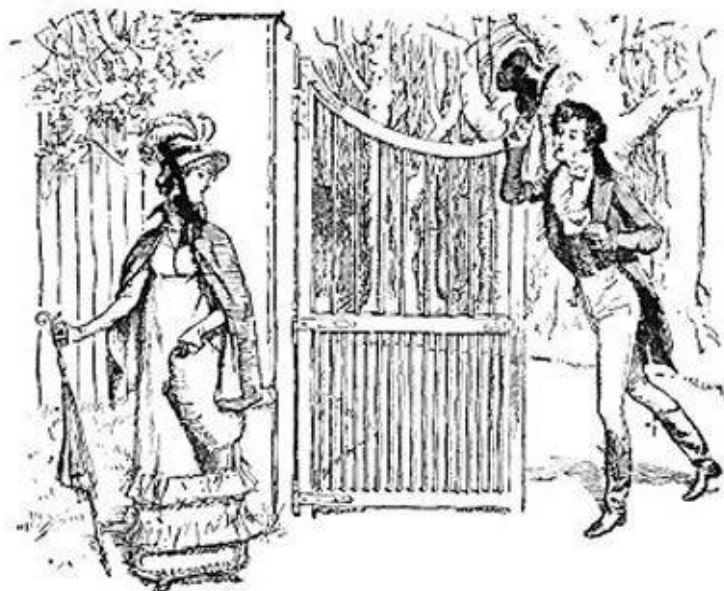
—Ha dicho usted más que suficiente, señorita Bennet. Comprendo muy bien sus sentimientos, y sólo me queda avergonzarme de los míos. Perdone que le haya robado

su precioso tiempo, y acepte mis mejores deseos de salud y felicidad.

Y, después de estas palabras, salió apresuradamente de la habitación, y Elizabeth le oyó abrir la puerta principal y salir de la casa.

La joven no podía sentirse más confusa y angustiada. Incapaz de sostenerse en pie, se sentó y estuvo llorando media hora. Cuanto más reflexionaba, más le sorprendía lo ocurrido. ¡Recibir una propuesta de matrimonio del señor Darcy! ¡Y que llevara enamorado de ella tantos meses! Tan enamorado como para pedirle que se casara con él a pesar de todas las objeciones que le habían empujado a impedir la boda de su amigo con Jane, y que tenían que presentarse con idéntica fuerza en su caso. ¡Era casi increíble! Le halagaba haber inspirado sin querer un cariño tan intenso. Pero el orgullo, el abominable orgullo, la vergonzosa confesión de lo que le había hecho a Jane, la imperdonable arrogancia al admitirlo, aunque no pudiera justificarlo, y la frialdad con que se había referido al señor Wickham, sin tratar de negar su dureza con él, pronto prevalecieron sobre la compasión que por unos instantes habían despertado en ella los sentimientos del señor Darcy.

Sus agitadas reflexiones continuaron hasta que el traqueteo del carruaje de lady Catherine le indicó que no estaba en condiciones de hacer frente a la mirada de Charlotte, y prefirió irse corriendo a su habitación.



Capítulo XXXV



Elizabeth se despertó por la mañana con los mismos pensamientos y consideraciones que la rondaban la noche anterior cuando finalmente logró conciliar el sueño. Seguía sin recuperarse de la sorpresa por lo ocurrido; no podía pensar en otra cosa e, incapaz de concentrarse en nada, decidió, poco después del desayuno, disfrutar del aire libre y hacer un poco de ejercicio. Mientras se dirigía hacia su camino preferido, el recuerdo de que el señor Darcy paseaba a veces por él la obligó a detenerse y, en lugar de entrar en el parque, subió el sendero que se alejaba de la carretera principal. La valla del parque quedaba a un lado del camino, y no tardó en pasar por delante de otra verja de entrada.

Después de recorrer dos o tres veces aquella parte del sendero, hacía una mañana tan hermosa que sintió la tentación de detenerse y contemplar el parque. En las cinco semanas que llevaba en Kent, el paisaje había cambiado mucho, y el paso de los días aumentaba el verdor de los árboles más tempranos. Estaba a punto de reanudar la marcha cuando divisó un caballero en el bosquecillo que bordeaba aquel extremo del parque; avanzaba hacia ella y, temerosa de que fuera el señor Darcy, empezó a retroceder. Pero la persona que se aproximaba estaba ya lo bastante cerca para verla y, apretando el paso, pronunció su nombre. Elizabeth se había alejado, pero, al oír que la llamaban, aunque fuera la voz del señor Darcy, regresó a la verja de entrada. Él la esperaba allí y, tendiéndole una carta, que ella instintivamente cogió, dijo con altiva serenidad.

—He estado paseando bajo los árboles con la esperanza de verla. ¿Tendrá usted la deferencia de leer mi carta?

Y, tras una pequeña reverencia, se internó de nuevo en el bosque y desapareció de su vista.

Sin esperar encontrar nada agradable en ella, pero llena de curiosidad, Elizabeth abrió la carta y comprobó, para su sorpresa, que el sobre contenía dos hojas escritas por ambos lados con una letra muy pequeña. El envés del sobre, una tercera hoja, también se había utilizado. Empezó a leerla mientras continuaba su paseo. Estaba fechada en Rosings, a las ocho de la mañana, y rezaba así:

No se alarme, señorita Bennet, al recibir esta carta, temiendo que repita en ella los sentimientos o la propuesta que tanto le desagradaron ayer por la tarde. Escribo sin la menor intención de molestarla o humillarme insistiendo en unos deseos que sería mejor para ambos olvidar cuanto antes; y, si mi reputación no hubiera exigido que esta carta se escribiera y se leyera, el esfuerzo que supone su redacción y su lectura se podría haber evitado. Tendrá que perdonar usted, por ese motivo, que me tome la libertad de solicitar su atención; sé que me la dispensará de mala gana, pero apelo a su sentido de la justicia.

Ayer por la tarde me acusó usted de dos delitos de naturaleza muy diferente, y en ningún caso de parecida magnitud. Primero dijo usted que, sin tener en cuenta los sentimientos de ambos, había separado al señor Bingley de su hermana; y después aseguró que, despreciando sus reivindicaciones, desafiando el honor y la compasión humana, había acabado con la prosperidad del señor Wickham, y destruido sus perspectivas de futuro. Abandonar deliberada e injustamente al compañero de mi adolescencia, al preferido de mi padre, al joven que apenas contaba con otra protección que no fuera la nuestra, y a quien se había educado en la creencia de que nos tendría siempre a su lado, sería una depravación que no podría compararse con la separación de dos jóvenes, cuyo afecto fuera el resultado de unas semanas de trato. Pero espero que me juzgue usted con menos severidad cuando lea el relato de mis actos y de sus motivos. Si, a lo largo de mis explicaciones, me veo en la necesidad de expresar algún sentimiento que pueda resultarle ofensivo, sólo puedo decir que lo lamento. La necesidad ha de ser atendida, y sería absurdo volver a pedir disculpas. Llevaba muy poco tiempo en Hertfordshire cuando advertí, al igual que otras personas, que Bingley prefería la compañía de su hermana Jane a la de las demás jóvenes del vecindario. Pero hasta la noche del baile de Netherfield no se me pasó por la cabeza que sus sentimientos fueran profundos. Lo había visto enamorarse a menudo. En aquella reunión, mientras tenía el honor de bailar con usted, me di cuenta, gracias a un comentario casual de sir William Lucas, de que las atenciones que Bingley dispensaba a su hermana habían hecho concebir a todos esperanzas de matrimonio. Sir William lo daba por sentado, como si sólo faltara decidir la fecha. A partir de ese momento, observé atentamente la conducta de mi amigo, y comprendí

que su debilidad por la señorita Bennet estaba muy lejos de sus anteriores devaneos. Me fijé también en su hermana. Su actitud y sus modales eran llanos, alegres y encantadores, pero no advertí en ella ningún signo de especial afecto, y aquel escrutinio nocturno me convenció de que, aunque disfrutaba con sus atenciones, ella no le correspondía. Si usted no se ha equivocado al respecto, el error ha debido de ser mío. Usted conoce mejor a su hermana, así que lo más probable es que tenga razón. Y, si mi error ha hecho sufrir a la señorita Bennet, comprendo su resentimiento. Pero no tengo escrúpulos en afirmar que la serenidad de su rostro y de su porte habrían convencido al observador más sagaz de que, por muy dulce que sea su naturaleza, su corazón resulta difícil de conquistar. Es cierto que yo quería creer en su indiferencia, pero me atrevo a decir que ni mis esperanzas ni mis temores suelen influir en mis análisis y decisiones. No creí que su hermana fuera indiferente porque yo lo deseara; lo juzgué así de un modo imparcial, con la misma sinceridad con que lo deseaba mi raciocinio. Mis objeciones al matrimonio no eran únicamente las que, tal como reconocí ayer por la tarde, sólo la intensidad de la pasión me empujaba a ignorar en mi propio caso; su posición social no era un obstáculo tan grande para Bingley como para mí. Pero había otros motivos de aversión... unos motivos que, aunque siguen existiendo, y con idéntica fuerza en ambos casos, me he esforzado por olvidar, pues ocurrieron hace tiempo. Esos motivos deben enumerarse, aunque sea brevemente. La situación de su familia materna, aunque condenable, no era nada en comparación con la total falta de decoro que tan a menudo, y de un modo casi uniforme, mostraban su madre y sus tres hermanas menores, e incluso a veces su padre. Le ruego que me disculpe. Lamento ofenderla. Pero, en medio de su inquietud por los defectos de sus parientes más cercanos, y de su disgusto ante mi descripción, tal vez le consuele saber que tanto usted como su hermana Jane han observado siempre una conducta intachable, un mérito que todo el mundo reconoce, y que hace honor al buen juicio y al carácter de ambas. Me limitaré a añadir que cuanto sucedió en aquella velada confirmó mi opinión de su familia, y afianzó las razones que me habían empujado con anterioridad a proteger a mi amigo de un enlace que yo consideraba muy imprudente. Bingley se marchó a Londres al día siguiente con el propósito, como sin duda recordará usted, de volver en seguida a Netherfield. Le explicaré ahora cuál fue mi actuación. Sus hermanas estaban tan preocupadas como yo por el asunto, y no tardamos en descubrir que nuestros sentimientos coincidían. Conscientes de que había que alejarlo de Hertfordshire lo antes posible, decidimos seguirle a Londres. Así lo hicimos, y, una vez allí, me entregué gustoso a la tarea de señalar a mi amigo los males que entrañaba aquella elección. Se los describí y destacué su importancia. Pero, aunque mis objeciones hicieran tambalear o retrasaran su decisión, no creo que hubieran impedido dicho matrimonio de no haber sido secundadas por algo que no dudé en transmitirle: la indiferencia de su hermana. Él había creído hasta entonces

que su amor era correspondido, aunque no con pareja intensidad. Pero Bingley es muy modesto por naturaleza, y confía más en mi criterio que en el suyo. No me costó convencerlo, por consiguiente, de que se había engañado. Y, después de esto, persuadirlo de que no regresara a Netherfield fue tarea fácil. No me siento culpable por haberlo hecho. Sólo hay una parte de mi intervención que no me satisface, y es haber recurrido al engaño para que Bingley no se enterara de la presencia de su hermana en la ciudad. Yo lo sabía, y la señorita Bingley también, pero mi amigo sigue ignorándolo. Tal vez podrían haberse visto sin que pasara nada, pero los sentimientos de Bingley parecían demasiado apasionados para correr ese riesgo. Es posible que ocultar y encubrir fuera indigno de mí. Pero lo hice, sin embargo, y con la mejor intención. Sobre este asunto no tengo más que decir, ninguna otra disculpa que ofrecer. Si herí los sentimientos de su hermana, fue sin buscarlo expresamente; y, aunque los motivos que me impulsaron le parezcan insuficientes, no creo que sean censurables. En lo que concierne a la otra acusación, más grave, de haber perjudicado al señor Wickham, sólo puedo refutarla explicándole a usted su relación con mi familia. Ignoro de qué me acusa exactamente; pero más de un testigo veraz ratificaría lo que voy a contarle. El señor Wickham es hijo de un hombre muy respetable que administró durante muchos años nuestras tierras de Pemberley, y cuya diligencia y honradez le ganaron, lógicamente, el favor de mi padre, que siempre trató a George Wickham, ahijado suyo, con obsequiosa generosidad. No sólo costeó sus estudios en un internado, sino también en la Universidad de Cambridge, una ayuda fundamental, ya que su padre, siempre en la ruina por los dispendios de su esposa, no habría podido darle la educación de un caballero. A mi padre no sólo le gustaba la compañía de este joven, cuyos modales eran siempre encantadores, sino que tenía un gran concepto de él; esperaba que hiciera carrera en la Iglesia, y tenía intención de asegurar su porvenir en ella. En cuanto a mí, hace muchísimos años que empecé a tener una opinión muy diferente de él. Su inclinación al desenfreno, la falta de principios que se afanaba en ocultar a su mejor amigo no escapaban a la observación de otro joven casi de la misma edad, que podía verlo cuando bajaba la guardia, algo que no le estaba permitido al señor Darcy. Sé que mis palabras volverán a apenarla... hasta qué punto sólo podrá decirlo usted. Pero, sean cuales sean los sentimientos que albergue por el señor Wickham, la sospecha de su naturaleza no me impedirá desvelar su verdadero carácter. Más bien me sirve de acicate. Mi padre, un hombre excelente, murió hace unos cinco años, y su cariño por el señor Wickham fue tan firme hasta el final que, en su testamento, me encomendó velar por su prosperidad del mejor modo que permitiera su profesión; si recibía las órdenes sagradas, deseaba que se le concediera, en cuanto quedara vacante, un valioso beneficio eclesiástico vinculado a nuestra familia. Le dejaba, asimismo, una herencia de mil libras. Su padre apenas sobrevivió al mío y, medio año después, el señor Wickham escribió para

comunicarme que, habiendo decidido no ordenarse, esperaba que me pareciese razonable su deseo de obtener, en lugar del beneficio eclesiástico que ya no podría disfrutar, algún provecho pecuniario más inmediato. Tenía intención, agregaba, de estudiar leyes, y yo debía comprender que los intereses de mil libras no bastaban para hacerlo. Más que creer, deseé que fuera sincero, pero, en cualquier caso, accedí en seguida a su propuesta. Sabía que el señor Wickham no debía ser clérigo, y el asunto quedó muy pronto zanjado. Él renunció a cualquier aspiración a un cargo eclesiástico, si alguna vez se encontraba en posición de recibirlo, a cambio de tres mil libras. Nuestra relación parecía haber llegado a su fin. Tenía demasiado mal concepto de George Wickham para invitarlo a Pemberley o tratarme con él en Londres. Creo que residía sobre todo en esa ciudad, pero sus estudios no eran más que una excusa; sin nada que lo refrenara, vivía entregado a la ociosidad y al libertinaje. Apenas dio señales de vida durante tres años, pero, al fallecer el titular del beneficio eclesiástico que habría podido confiársele a él, me escribió una carta solicitándolo. Su situación económica, aseguraba, y no me resultó difícil creerlo, era sumamente precaria. Estudiar derecho le había parecido muy poco rentable, y estaba completamente decidido a ordenarse si yo le proponía para ese cargo, algo en lo que confiaba, ya que tenía la certeza de que no estaba comprometido con nadie y no podía haber olvidado las intenciones de mi venerable padre. No creo que me censure usted por negarme a satisfacer aquella petición a pesar de su insistencia. Su resentimiento fue proporcional a sus apuros económicos, y los insultos que me dirigió delante de otras personas fueron sin duda tan violentos como los reproches que me hizo directamente. A partir de entonces, concluyó cualquier relación entre nosotros. Ignoro de qué vivía. Pero el verano pasado, y del modo más doloroso, volvió a cruzarse en mi camino. Debo consignar ahora unos hechos que yo mismo desearía olvidar, y que, de no obligarme las actuales circunstancias, jamás revelaría a nadie. Después de confesarle esto, tengo el convencimiento de que sabrá guardar el secreto. Mi hermana, más de diez años menor que yo, quedó bajo mi tutela y la del coronel Fitzwilliam, un sobrino de mi madre. Hace aproximadamente un año, Georgiana dejó el internado y fijamos su residencia en Londres. El verano pasado fue a Ramsgate en compañía de la dama que se encargaba del gobierno de su casa; y allí se dirigió también el señor Wickham, deliberadamente sin duda, pues resultó ser un viejo conocido de la señora Younge, quien, por desgracia, no era una persona tan honorable como creíamos. Gracias a su connivencia y ayuda, el señor Wickham consiguió ganarse el aprecio de Georgiana, cuyo tierno corazón conservaba el recuerdo de su bondad con ella cuando era niña; y mi hermana acabó creyendo que lo amaba y aceptó fugarse con él para contraer matrimonio. Sólo tenía quince años, ésa es su única excusa; y, después de reconocer su imprudencia, me alegra añadir que fue ella quien me puso al corriente de sus planes. La visité sin previo aviso un par de días antes de la proyectada fuga, y

Georgiana, incapaz de soportar la idea de apenar y ofender a un hermano que era casi un padre para ella, me lo confesó todo. Puede usted imaginar cómo me sentí y cuál fue mi reacción. La reputación de mi hermana y sus sentimientos me impidieron hacer público lo ocurrido, pero escribí al señor Wickham, que abandonó inmediatamente Ramsgate, y despedí a la señora Younge. El principal objetivo del señor Wickham era sin duda la fortuna de mi hermana, que asciende a treinta mil libras; pero sospecho que el deseo de vengarse de mí fue otro poderoso aliciente. Su venganza habría sido completa. Y éste es, señorita Bennet, el fiel relato de todos los hechos en los que usted y yo nos hemos visto involucrados; y, si los acepta como verdaderos, espero que a partir de ahora me absuelva de la acusación de crueldad con el señor Wickham. No sé de qué manera ni con qué mentiras la ha embaucado; pero quizá su éxito no tenga nada de sorprendente, puesto que usted no sabía nada. Descubrirlo no estaba a su alcance, y usted no es desconfiada por naturaleza. Tal vez quiera saber por qué no le conté todo esto ayer por la tarde. Pero entonces no era dueño de mí mismo para saber qué podía o debía revelar. Para confirmar que cuanto he dicho es cierto, puedo recurrir al testimonio del coronel Fitzwilliam, que, por nuestro cercano parentesco y constante intimidad, además de como uno de los albaceas testamentarios de mi padre, está inevitablemente al corriente de todos los detalles. Si la aversión que yo le inspiro restara valor a mis afirmaciones, esa misma razón no le impedirá confiar en mi primo; y, para que tenga la oportunidad de hablar con él, procuraré encontrar el modo de poner esta carta en sus manos en el curso de la mañana. Sólo me queda añadir que Dios la bendiga.

FITZWILLIAM DARCY



Capítulo XXXVI



uando el señor Darcy le dio la carta, Elizabeth no esperaba recibir una segunda propuesta de matrimonio, pero tampoco habría podido jamás adivinar lo que decía. Al descubrirlo, es fácil imaginar la avidez con que la leyó y las emociones tan contradictorias que despertó en ella. Es casi imposible describir sus sentimientos mientras la leía. Al principio le sorprendió que el señor Darcy creyera que podía justificarse; y tuvo la seguridad de que no podría ofrecerle ninguna explicación que su sentido del decoro no prefiriera ocultar. Cargada de prejuicios contra cualquier cosa que él pudiera decir, empezó a leer su relato sobre lo ocurrido en Netherfield. Y lo hizo con una premura que mermaba su capacidad de comprensión, pues la impaciencia por saber qué decía la frase siguiente le impedía entender el sentido de la que tenía ante ella. Decidió en seguida que el señor Darcy nunca había creído que a su hermana le resultara indiferente Bingley, y la enumeración de las verdaderas, de las más graves objeciones a la boda, la indignaron demasiado para albergar el menor deseo de hacerle justicia. El señor Darcy no le daba la satisfacción de lamentar lo que había hecho; en lugar de arrepentirse, se mostraba altanero. Era todo orgullo e insolencia.

Pero, cuando Elizabeth empezó a leer su relato sobre el señor Wickham, cuando fijó un poco más su atención en una serie de acontecimientos que, de ser ciertos, desmentían todas sus teorías sobre los méritos del oficial, y que además guardaban un

alarmante parecido con la historia que éste contaba, sus sentimientos fueron aún más dolorosos y difíciles de definir. La sorpresa, el miedo, incluso el horror la atenazaron. Se negaba a creer aquellos hechos, y exclamó repetidas veces: «¡Tiene que ser falso! ¡No puede ser! ¡Sólo es una burda mentira!». Y, cuando llegó al final de la carta, sin enterarse apenas de qué decían los últimos párrafos, la guardó a toda prisa, asegurando que no volvería a poner la vista en ella, que jamás volvería a leerla.

En aquel estado de agitación, repleta de ideas que no tenían el menor fundamento, continuó su paseo; pero fue en balde; no tardó ni medio minuto en volver a desdoblar la carta y, recobrando el dominio de sí misma, comenzó de nuevo la penosa lectura de cuanto se relacionaba con Wickham, forzándose a analizar el significado de cada frase. El relato de sus relaciones con la familia de Pemberley coincidía exactamente con la versión que el oficial le había dado; y la bondad del difunto señor Darcy, aunque Elizabeth no hubiera conocido antes su alcance, se ajustaba perfectamente a su descripción. Hasta allí todo concordaba: pero, al llegar al testamento, se acababan las semejanzas. Recordaba muy bien lo que Wickham había dicho sobre el beneficio eclesiástico y, como se le habían quedado grabadas sus palabras, no podía sino creer que una de las dos partes actuaba con burda hipocresía; y, por unos momentos, tuvo la ilusión de que sus deseos respondían a la realidad. Pero, cuando leyó y releó con suma atención los detalles que seguían a la renuncia de Wickham a cualquier pretensión de ocupar un cargo eclesiástico a cambio de una suma tan considerable como tres mil libras, volvieron a asaltarle las dudas. Dejó la carta, sopesó todas las circunstancias con lo que ella consideraba imparcialidad y reflexionó sobre la verosimilitud de cada afirmación, aunque con poco éxito. Sólo había aseveraciones por ambas partes. Siguió leyendo. Pero cada línea mostraba con mayor claridad que aquel asunto, que ella creía una infamia del señor Darcy que ninguna argucia sería capaz de justificar, se podía interpretar de un modo que exculpaba por completo a este caballero.

La vida de excesos y libertinaje que el señor Darcy no dudaba en achacar al señor Wickham la escandalizó sobremanera; tanto más cuanto que no podía probar que la acusación fuera injusta. Jamás había oído hablar de Wickham hasta su alistamiento en la milicia del condado, donde se había enrolado por sugerencia de un joven con el que, tras encontrarse por casualidad en Londres, había reanudado una relación superficial. Lo único que se sabía en Hertfordshire de su vida anterior era lo que él mismo había contado. En cuanto a su verdadero carácter, aunque Elizabeth habría podido informarse, no había tenido ganas de hacerlo. Su rostro, su voz y sus modales habían bastado para convertirlo en un dechado de virtudes. Elizabeth intentó acordarse de algún ejemplo de su bondad, algún rasgo manifiesto de integridad o benevolencia que pudiera contrarrestar los ataques del señor Darcy, o al menos reparar, gracias al predominio de la virtud, los errores circunstanciales, tal como ella

intentaría clasificar lo que el señor Darcy definía como ociosidad y desenfreno de muchos años. Pero ningún recuerdo así acudía en su ayuda. Veía a Wickham ante ella, con todo el encanto de su atractivo y de su conversación, pero era incapaz de recordar otro rasgo positivo que la buena acogida que le habían dispensado unánimemente los habitantes de la región y el afecto que le profesaban los demás oficiales por su simpatía. Después de meditar un buen rato, continuó leyendo la carta. Pero, por desgracia, la historia que venía a continuación sobre el intento de fuga con la señorita Darcy se veía en parte confirmada por lo que le había insinuado el coronel Fitzwilliam la mañana anterior; y, finalmente, para corroborar todos los detalles, se le remitía al propio coronel Fitzwilliam, el cual, según le había informado con anterioridad, estaba siempre al corriente de los asuntos de su primo, y de cuya honradez no tenía ningún motivo para dudar. Hubo un momento en el que casi decidió recurrir a él, pero era un asunto tan delicado que lo pensó mejor y acabó abandonando la idea, convencida de que el señor Darcy jamás se habría atrevido a proponerle algo así si no tuviera la seguridad de que su primo secundaría sus palabras.

Elizabeth se acordaba perfectamente de su conversación con Wickham la primera velada que pasaron juntos en casa del señor Philips. Muchas de las expresiones del oficial seguían vivas en su memoria. Ahora le sorprendía que hubiera sido tan indiscreto con una desconocida, y le extrañaba no haberlo advertido antes. Vio su falta de delicadeza al hablar de sí mismo, y la contradicción entre sus declaraciones y sus actos. Recordó cómo se había jactado de no tener miedo a encontrarse con el señor Darcy: sería éste quien tendría que abandonar la región, porque *él* se mantendría firme; y, sin embargo, una semana más tarde había eludido el baile de Netherfield. Cayó en la cuenta de que, hasta la partida del señor Bingley y de sus amigos, Wickham sólo le había contado su historia a ella, pero, en cuanto se enteró de que el grupo había salido para Londres, todo el mundo empezó a hablar de sus infortunios; y Wickham no pareció tener reservas ni escrúpulos a la hora de criticar al señor Darcy, aunque le hubiera asegurado antes que, por respeto al padre, jamás hablaría mal del hijo.

¡Qué diferente le parecía ahora todo lo que sabía de Wickham! Las atenciones que dispensaba a la señorita King sólo respondían a unos propósitos odiosamente mercenarios; y la medianía de su fortuna no demostraba una mayor moderación en sus deseos, sino avidez por apoderarse de lo primero que se le presentara. Su comportamiento con Elizabeth no tenía explicación; o había estado en un error sobre su fortuna, o había satisfecho su vanidad alentando una preferencia que ella lamentaba ahora haber puesto de manifiesto del modo más imprudente. Cada vez eran más débiles los argumentos que encontraba a favor del oficial; y, para exculpar aún más al señor Darcy, se vio obligada a admitir que el señor Bingley, al preguntárselo

Jane, había defendido mucho tiempo antes la inocencia de su amigo en aquel asunto; y que, a pesar de sus modales desagradables y altaneros, en el curso de su relación — una relación que últimamente se había intensificado, lo que le había permitido conocerlo mejor—, Elizabeth nunca había advertido en él nada que revelara una naturaleza injusta o sin principios, nada que pusiera al descubierto unos hábitos irreligiosos o inmorales. Que sus amistades le querían y valoraban, que incluso Wickham reconocía sus méritos como hermano, y que la propia Elizabeth le había oído hablar a menudo de la señorita Darcy con un cariño que demostraba su capacidad de albergar *algunos* sentimientos afectuosos. Que, si sus actos hubieran sido tal como Wickham los describía, habría sido imposible ocultar al mundo tan burdo ultraje de cuanto es justo; y que la amistad entre una persona así y un hombre tan afable como el señor Bingley era incomprensible.

La joven estaba cada vez más avergonzada de sí misma. Era incapaz de pensar en Darcy o en Wickham sin la sensación de haber estado ciega, de haber sido parcial y de que sus prejuicios la habían empujado a comportarse como una necia.

«¡Mi conducta ha sido infame! —musitó—. ¡Yo, que siempre he estado orgullosa de mi discernimiento! ¡Que tanto he valorado mi inteligencia! Que a menudo he desdeñado la ingenuidad de mi hermana mientras halagaba mi vanidad con unos celos tan inútiles como reprobables. ¡Qué descubrimiento tan humillante! Aunque ¡es de justicia mi humillación! No habría estado más ciega si me hubiese enamorado. Pero la vanidad, no el amor, ha sido la causa de mi locura. Adulada por la deferencia de uno y ofendida por la frialdad de otro en el inicio de nuestra relación, he cortejado el prejuicio y la ignorancia, y he ahuyentado la razón en lo que se refería a cualquiera de ambos. Es como si hasta ahora no me hubiese conocido a mí misma.»

Sus pensamientos, al pasar de ella a Jane, y de Jane a Bingley, tomaron un derrotero que en seguida le hizo recordar que las explicaciones del señor Darcy sobre esa cuestión le habían parecido muy insuficientes; así que volvió a leerlas. La impresión de su segunda lectura no pudo ser más diferente. ¿Cómo no iba a creer al señor Darcy en aquel asunto cuando se había visto obligada a reconocer que decía la verdad en el otro? El joven aseguraba no haber sospechado nunca que su hermana sintiera afecto por Bingley; y Elizabeth no pudo sino recordar las palabras de Charlotte al respecto. Tampoco podía negar que su descripción de Jane era muy acertada. Sabía que los sentimientos de su hermana, aunque intensos, casi no se mostraban exteriormente, y que la serenidad que reflejaban su apariencia y su actitud no se asociaba a menudo con una gran sensibilidad.

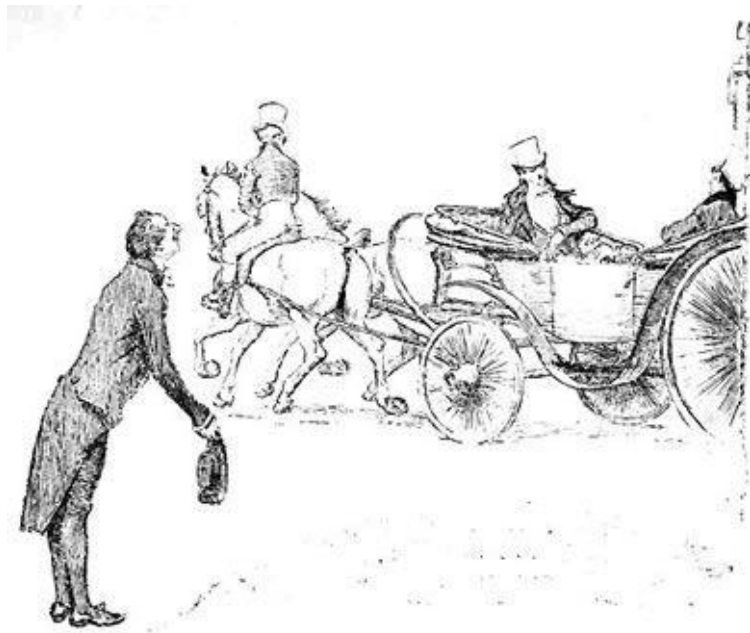
Cuando llegó a la parte de la carta en que se hablaba de su familia, se sintió terriblemente avergonzada, pues las críticas, además de humillantes, eran merecidas. Las acusaciones le parecieron demasiado atinadas para poderlas rechazar, y las escenas del baile de Netherfield a las que aludía el señor Darcy y que habían

confirmado su oposición inicial, no podían haberle causado mayor impresión a él que a Elizabeth.

El cumplido dirigido a ella y a su hermana no le pasó inadvertido. Mitigó su dolor, pero no pudo consolarla del desprecio que a Darcy le inspiraba el resto de su familia; y, cuando pensó que el desengaño de Jane se debía en realidad al comportamiento de sus parientes más cercanos, y meditó sobre lo mucho que dañaba la reputación de ambas aquella forma de comportarse tan desafortunada, se sintió más abatida que nunca.

Después de andar un par de horas sin rumbo fijo, dejando que sus cavilaciones discurrieran en libertad, y de repasar vicisitudes, determinar probabilidades y reconciliarse —lo mejor que pudo— con tan repentino e importante cambio, el cansancio y el recuerdo de su larga ausencia la animaron a volver a casa; y entró en el hogar de los Collins deseosa de parecer tan animada como siempre, y decidida a desterrar de su pensamiento cualquier idea que le impidiera conversar.

En seguida le dijeron que los dos caballeros de Rosings se habían presentado mientras estaba fuera; el señor Darcy se había despedido al cabo de unos minutos, pero el coronel Fitzwilliam había estado al menos una hora con ellos, esperando su regreso y casi dispuesto a salir en su búsqueda. Elizabeth sólo pudo fingir que le apenaba su partida, pues lo cierto es que se alegraba de ella. El coronel Fitzwilliam había dejado de interesarla. Sólo podía pensar en la carta.



Capítulo XXXVII



Los dos caballeros abandonaron Rosings a la mañana siguiente, y el señor Collins, que había esperado junto a las viviendas de jardineros y guardas para despedirlos con una reverencia, llevó a casa la grata noticia de que tenían un aspecto muy saludable y su estado de ánimo era tan bueno como cabía esperar después de la triste escena que acababan de vivir en Rosings. El clérigo corrió entonces a consolar a lady Catherine y a su hija; y regresó pletórico con un mensaje de su benefactora, que estaba tan decaída como para desear que fueran a almorzar en su compañía.

Al ver a lady Catherine, Elizabeth cayó en la cuenta de que, de haberlo querido, en aquel momento la presentarían como su futura sobrina; y no pudo sino sonreír al imaginar la indignación de la gran dama. «¿Qué habría dicho? ¿Cómo se habría conducido?», se preguntaba divertida.

El primer tema de conversación fue la partida de los huéspedes de Rosings.

—Estoy desolada, se lo aseguro —dijo lady Catherine—. Creo que nadie lamenta más que yo la ausencia de los amigos. Además, estoy muy encariñada con estos jóvenes, ¡y sé que ellos lo están conmigo! ¡Les ha apenado tanto tener que marcharse! Pero siempre es así. Mi querido coronel mostró bastante entereza hasta el final; pero Darcy parecía tremendamente abatido, incluso más que el año pasado. No hay duda de que cada vez tiene más apego a Rosings.

El señor Collins aprovechó este comentario para hacer un cumplido y una insinuación que madre e hija agradecieron con una sonrisa.

Después del almuerzo, lady Catherine comentó que la señorita Bennet parecía un poco triste e, imaginando que no deseaba volver tan pronto con su familia, agregó:

—Si ése es el motivo, tiene que escribir a su madre para que le permita prolongar su estancia. Estoy convencida de que la señora Collins disfrutará de su compañía.

—Le agradezco sobremanera su amable invitación —respondió Elizabeth—, pero me es imposible aceptarla. Tengo que estar en Londres el próximo sábado.

—¿Por qué? En ese caso sólo habrá pasado aquí seis semanas. Esperaba que se quedara dos meses. Se lo dije a la señora Collins antes de que usted viniera. No tiene sentido alguno que se vaya tan pronto. Seguro que la señora Bennet puede vivir sin usted otros quince días.

—Pero mi padre no. Escribió la semana pasada para que adelantara mi vuelta.

—Si su madre puede prescindir de usted, también podrá hacerlo su padre, por supuesto. Las hijas nunca son tan importantes para un padre. Y, si se quedaran otro mes entero, podría llevar a una de ustedes hasta Londres, ya que pasaré allí una semana a principios de junio; y, como a Dawson no le importa viajar en el pescante de la calesa, habrá espacio suficiente para una de ustedes. Naturalmente, si hiciera fresco, no tendría inconveniente en llevarlas a las dos, puesto que no son ustedes nada corpulentas.

—Es usted muy amable, señora; pero creo que debemos ceñirnos a nuestro plan inicial.

Lady Catherine pareció resignarse.

—Señora Collins, tienen que enviar un criado con ellas. Ya sabe que siempre digo lo que pienso, y no soporto la idea de que dos jóvenes vayan solas en un carruaje. Es muy impropio. Alguien tendrá que acompañarlas. Me horrorizan esas cosas. Las jóvenes deberían estar siempre vigiladas y atendidas de acuerdo con su posición social. Cuando mi sobrina Georgiana fue a Ramsgate el verano pasado, insistí en que fueran con ella dos criados. La señorita Darcy, hija de lady Anne y del señor Darcy, de Pemberley, no podría haber viajado de otro modo. Concedo una gran importancia a esos detalles. Tiene que enviar a John con estas dos jóvenes, señora Collins. Me alegro de haberlo mencionado. Sería un descrédito para usted que se marcharan solas.

—Mi tío enviará un criado a buscarnos.

—¡Ah! ¡Su tío! Tiene un criado en casa, ¿no es así? Me complace ver que alguien de su familia se preocupa por estas cuestiones. ¿Dónde cambiarán los caballos? En Bromley, por supuesto. Si dan mi nombre en La Campana, las atenderán mejor.

Lady Catherine tenía otras muchas preguntas que hacer sobre su viaje, y, como no las contestaba todas ella misma, había que prestarle atención, algo que Elizabeth agradeció, pues tenía tantas cosas en la cabeza que podría haber olvidado dónde estaba. Las reflexiones, que le prodigaban siempre el mayor de los consuelos, debían reservarse para las horas de soledad; y no transcurrió un solo día sin un paseo solitario que le permitiera entregarse al placer de unos recuerdos ingratos.

Se sabía casi de memoria la carta del señor Darcy. Analizaba cada frase, y los

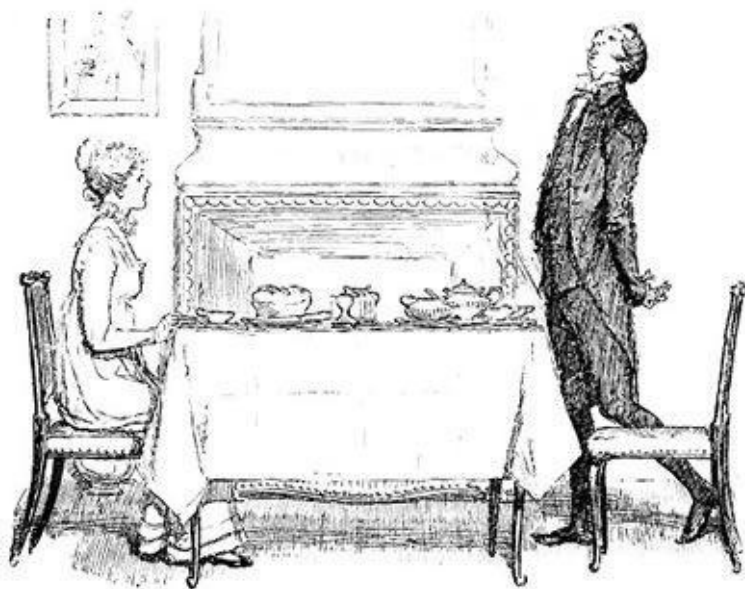
sentimientos que le inspiraba su autor no podían ser más variados. Cuando recordaba cómo se le había declarado, seguía acumulando indignación; pero, cuando pensaba en lo injustamente que lo había condenado, su ira se volvía contra ella, y el desengaño del joven se convertía en el objeto de su compasión. El cariño del señor Darcy despertaba gratitud, y su carácter, respeto; pero Elizabeth no podía darle su consentimiento, y no se arrepintió ni un solo instante de haberlo rechazado ni tuvo el menor deseo de volver a verlo. Su propio modo de actuar era una fuente constante de desazón y arrepentimiento; y los penosos defectos de su familia, un asunto aún más doloroso. No parecían tener remedio. El padre, que se contentaba con reírse de ellos, nunca haría un esfuerzo para meter en cintura a sus hijas pequeñas; y la madre, cuyas maneras eran tan deficientes, carecía por completo de criterio. Elizabeth y Jane habían intentado con frecuencia poner coto las dos a la imprudencia de Catherine y de Lydia; pero, mientras éstas contaran con la indulgencia de su madre, ¿qué podían hacer ellas? Catherine, débil de carácter, irritable y completamente dominada por Lydia, se ofendía siempre por sus consejos; y Lydia, testaruda e insensata, apenas se dignaba escucharlos. Eran ignorantes, vanidosas e indolentes. Mientras anduviera un oficial por Meryton, coquetearían con él; y, mientras se pudiera ir andando de Longbourn hasta Meryton, seguirían yendo.

Otra de sus grandes preocupaciones era la felicidad de Jane, y la explicación del señor Darcy, al restablecer su buena opinión de Bingley, le hizo ser más consciente de lo que su hermana había perdido. El joven la quería de veras, y lo único que se le podía reprochar es haber confiado ciegamente en su amigo. ¡Qué doloroso era que las locuras y la falta de decoro de su propia familia hubieran privado a Jane de un matrimonio tan deseable en todos los sentidos, tan ventajoso y con tantas expectativas de felicidad!

Cuando a estos pensamientos se sumaba el reciente descubrimiento del verdadero carácter de Wickham, es fácil comprender que su alegría, casi siempre desbordante, se viera ensombrecida y la impidiera mostrarse medianamente animada.

Las invitaciones a Rosings fueron tan frecuentes la última semana de su estancia como al principio. Pasaron allí la última velada, y lady Catherine volvió a interesarse por todos los detalles del trayecto, les dio instrucciones sobre el mejor modo de preparar el equipaje, e insistió tanto en la necesidad de doblar bien los vestidos que Maria, al volver a la rectoría, se sintió obligada a deshacer todo el trabajo de la mañana y meter su ropa nuevamente en el baúl.

Cuando se despidieron, lady Catherine, con gran condescendencia, les deseó un buen viaje y las invitó a volver a Hunsford al año siguiente; y la señorita De Bourgh hizo el esfuerzo de inclinar la cabeza y tenderles la mano.



Capítulo XXXVIII



El sábado por la mañana Elizabeth y el señor Collins se encontraron a solas unos minutos antes de que Charlotte y su hermana bajaran a desayunar, y el clérigo aprovechó la oportunidad para despedirse de su prima con toda la ceremonia que consideraba indispensable.

—Ignoro, señorita Elizabeth —dijo—, si la señora Collins le ha expresado ya lo mucho que agradece su amabilidad por venir a visitarnos, pero tengo el convencimiento de que no abandonará esta casa sin escuchar sus palabras de gratitud. Su compañía ha sido un verdadero privilegio, se lo aseguro. Sabemos que nuestra humilde morada no tiene mucho que ofrecer. La sencillez de nuestra vida, la falta de amplitud de nuestras habitaciones y la escasez de criados convierten Hunsford en un lugar sumamente tedioso para una joven dama como usted; pero espero que sepa lo mucho que agradecemos su condescendencia, y que nos hemos esforzado al máximo para que su estancia no le resultara desagradable.

Elizabeth le dio efusivamente las gracias, y aseguró haber sido muy dichosa. Había pasado seis semanas deliciosas; y era ella quien le debía gratitud por el placer de estar con Charlotte y por las atenciones que le habían prodigado. El señor Collins pareció muy satisfecho, y, atenuando su solemnidad con una sonrisa, respondió:

—Me colma de alegría saber que no se ha aburrido entre nosotros. Lo cierto es que hemos hecho cuanto estaba en nuestra mano; y como, por fortuna, hemos tenido ocasión de introducirla en un círculo muy distinguido, y nuestra relación con Rosings nos ha permitido abandonar con frecuencia el humilde escenario doméstico, creo que podemos enorgullecernos de que su visita a Hunsford no haya resultado demasiado enojosa. En lo que respecta a la familia de lady Catherine, nuestra posición es una

suerte extraordinaria y un privilegio del que muy pocos pueden gozar. Ha sido usted testigo de cómo nos tratan. Sabe que nos invitan constantemente. A decir verdad, debo reconocer que, pese a todos los inconvenientes de esta humilde rectoría, nadie que se aloje en ella será digno de compasión mientras comparta nuestra intimidad con los habitantes de Rosings.

Las palabras eran insuficientes para expresar lo elevado de sus sentimientos; y el clérigo se vio obligado a andar en silencio por la habitación mientras Elizabeth intentaba aunar cortesía y franqueza en un par de frases.

—¿Dará una bonita visión de nuestra vida en Hunsford, querida prima? Al menos, me ilusiona pensar que podrá hacerlo. Ha presenciado usted a diario las múltiples atenciones que lady Catherine dispensa a la señora Collins; y confío en que no crea que su amiga ha cometido un infortunado..., aunque sobre este punto será mejor guardar silencio. Permítame decirle únicamente, mi querida señorita Elizabeth, que le deseo de todo corazón un matrimonio tan feliz como el nuestro. Mi querida Charlotte y yo estamos siempre de acuerdo en todo. La semejanza de nuestros caracteres y de nuestras ideas es asombrosa. Parecemos haber nacido el uno para el otro.

Elizabeth pudo decir sin temor a equivocarse que reinaba una gran alegría allí donde no existían discrepancias, y añadir, con idéntica sinceridad, que estaba convencida y se congratulaba de su felicidad doméstica. No lamentó, sin embargo, que sus palabras se vieran interrumpidas por la entrada de la responsable de tanta dicha. ¡Pobre Charlotte! ¡Cuán triste era dejarla en aquella compañía! Pero ella la había elegido con los ojos bien abiertos; y, aunque sin duda deploraba que sus invitadas se marcharan, no quería que nadie la compadeciera. Hogar y quehaceres domésticos, labores parroquiales y aves de corral, así como cualquier asunto relacionado con ellos, seguían conservando su encanto.

Finalmente llegó el carruaje, se cargaron los baúles, se guardaron los paquetes, y todo estuvo listo para partir. Después de una cariñosa despedida entre las dos amigas, el señor Collins acompañó a Elizabeth hasta el coche y, mientras bajaban por el jardín, le pidió que transmitiera los saludos más respetuosos a toda su familia, sin olvidar darles las gracias por la amabilidad con que lo habían tratado en Longbourn aquel invierno; envió, asimismo, sus mejores deseos al señor y a la señora Gardiner, a los que aún no conocía. Ayudó a entrar a Elizabeth y a Maria en el carruaje y, cuando estaban a punto de cerrar la portezuela, recordó de pronto, con cierta consternación, que habían olvidado dejar un mensaje para las damas de Rosings.

—Como es natural —agregó—, querrán que les presente sus humildes respetos, además de su gratitud por todas las atenciones que les han prodigado durante su estancia.

Elizabeth no tuvo nada que objetar. La portezuela se cerró, y el coche inició su

marcha.

—¡Dios mío! —exclamó Maria, tras unos instantes de silencio—. ¡Tengo la sensación de haber llegado hace un par de días! Y, sin embargo, ¡qué de cosas han ocurrido!

—Ya lo creo... —dijo su compañera con un suspiro.

—Hemos comido nueve veces en Rosings, además de tomar el té en dos ocasiones. ¡Tendré tanto que contar!

«Y yo tanto que ocultar», añadió Elizabeth para sus adentros.

Apenas hablaron durante el viaje, que fue muy apacible; y tardaron menos de cuatro horas en recorrer la distancia que separaba Hunsford de la casa del señor Gardiner, donde se quedarían unos días.

Jane tenía buen aspecto, y Elizabeth no tuvo casi oportunidad de analizar su estado de ánimo debido a los muchos compromisos que su encantadora tía les había organizado. Pero Jane volvería a casa con ella, y en Longbourn dispondría de tiempo libre para observarla con calma.

Le costó mucho, sin embargo, esperar hasta Longbourn para contarle a su hermana la proposición de matrimonio del señor Darcy. El hecho de saber que podía revelar a Jane algo que la dejaría tan perpleja y que, al mismo tiempo, agradaría a ese rincón de su vanidad que no había podido erradicar con la razón, era una tentación tan grande que hubiera cedido a ella de no haber sido por las dudas que aún abrigaba sobre hasta dónde debían llegar sus confidencias; una vez abordado el asunto, temía verse obligada a decir algo sobre Bingley que sólo entristeciera aún más a su hermana.



Capítulo XXXIX



ra la segunda semana de mayo cuando las tres jóvenes partieron de Gracechurch Street para regresar a la ciudad de..., en Hertfordshire; y, al acercarse a la posada donde las recogería el carruaje del señor Bennet, advirtieron en seguida, en prueba de la puntualidad del cochero, que Kitty y Lydia estaban asomadas a la ventana de un comedor que había en el piso de arriba. Las dos muchachas llevaban más de una hora allí, y se habían divertido enredando en la sombrerería de enfrente, observando al centinela de guardia y aliñando una ensalada de lechuga y pepino.

Después de dar la bienvenida a sus hermanas, les mostraron con aire triunfal una mesa con el género de fiambres que la despensa de una posada suele proporcionar.

—¿No os gusta? ¿Verdad que es una sorpresa estupenda? —exclamaron.

—Y pensamos invitaros —añadió Lydia—; pero tenéis que prestarnos dinero, porque acabamos de gastárnoslo todo en aquella tienda —y procedió a enseñarles sus adquisiciones—: ¡Mirad! He comprado este sombrero. No es muy bonito, pero he pensado que tampoco pasaba nada si lo compraba. Lo descoseré en cuanto llegue a casa, e intentaré mejorarlo de algún modo.

Y, cuando sus hermanas dijeron que era horroroso, agregó sin inmutarse:

—¡Ya, ya...! Pero en la sombrerería había dos o tres mucho más feos; y, cuando compre una bonita cinta de raso para adornarlo, creo que quedará bastante bien. Además, no tendrá demasiada importancia lo que llevemos este verano... cuando el regimiento haya abandonado Meryton, algo que hará dentro de dos semanas.

—¿Es eso cierto? —preguntó Elizabeth, encantada.

—Acamparán cerca de Brighton. ¡Ojalá papá nos llevara a todas a pasar allí el verano! Sería un plan maravilloso, y supongo que no saldría nada caro. ¡A mamá le volvería loca ir! De lo contrario, nos aburriríamos tanto...

«Sí —pensó Elizabeth—, sería un plan magnífico y nuestra perdición. ¡Santo cielo! Brighton y todo un campamento de soldados para unas jóvenes a las que un modesto regimiento de la milicia y los bailes mensuales de Meryton han bastado para trastornar.»

—Y ahora tengo algunas noticias para vosotras —dijo Lydia cuando se sentaron a la mesa—. ¿Os parece bien? Son noticias fantásticas, maravillosas, y sobre cierta persona que todas apreciamos.

Jane y Elizabeth se miraron, y pidieron al camarero que se retirara. Lydia se echó a reír y exclamó:

—Sí... todo muy acorde con vuestra formalidad y discreción. Pensabais que el camarero no debía oírme, ¡como si le interesaran mis palabras! No me sorprendería que oyera a menudo cosas peores que las que voy a decir. Pero ¡qué hombre tan feo! Celebro que se haya ido. No he visto una barbilla más puntiaguda en toda mi vida. Bien, en cuanto a mis noticias, tienen que ver con nuestro querido señor Wickham; demasiado buenas para el camarero, ¿no es así? Ya no hay peligro de que se case con Mary King. ¿Algún comentario? Ella se ha marchado a casa de su tío en Liverpool, y residirá allí. Wickham está a salvo.

—¡Y Mary King también! —agregó Elizabeth—. A salvo de un matrimonio imprudente, desde el punto de vista económico.

—Me parece una estupidez que se haya marchado si quería a Wickham.

—Espero que ninguno de los dos estuviera muy enamorado —comentó Jane.

—Estoy segura de que él no lo estaba. Ella siempre le importó un comino. ¿Quién podría sentir interés por una criatura tan diminuta, pecosa y desagradable?

Elizabeth se sobresaltó al pensar que, aunque ella fuera incapaz de expresarse de un modo tan vulgar, el *sentimiento* de Lydia apenas se diferenciaba del que ella había cobijado anteriormente en su pecho, convencida de su liberalidad.

Cuando terminaron de comer y las hermanas mayores pagaron la cuenta, se pidió el carruaje; y, aguzando el ingenio, lograron que todo el grupo, con sus cajas, bolsas de labores y paquetes, además de las inoportunas compras de Kitty y Lydia, se acomodara en él.

—¡Qué bien hemos encajado todo! —exclamó Lydia—. Me alegro de haber comprado mi sombrero, ¡aunque sólo sea por la diversión de llevar otra sombrero! Pongámonos lo más cómodas posible y volvamos a casa charlando y riendo. Oigamos en primer lugar lo que os ha pasado a las tres desde vuestra marcha. ¿Habéis conocido hombres agradables? ¿Habéis coqueteado con alguno? Tenía

grandes esperanzas de que alguna de vosotras encontrara un marido antes de regresar. Jane no tardará en ser una solterona. ¡Está a punto de cumplir veintitrés años! ¡Ay, Dios, cuánto me avergonzaría no estar casada a esa edad! No os podéis imaginar las ganas que tiene la tía Philips de que pesquéis marido. Dice que Lizzy tendría que haber aceptado al señor Collins; aunque, en mi opinión, no habría sido nada divertido. ¡Dios mío, cuánto me gustaría contraer matrimonio antes que vosotras! Así sería vuestra carabina en todos los bailes. ¡Cómo nos divertimos el otro día en casa del coronel Forster! Kitty y yo íbamos a pasar el día en su casa, y la señora Forster prometió organizar un pequeño baile para la velada (por cierto, la señora Forster y yo nos hemos hecho grandes amigas), así que invitó a las dos Harrington, pero Harriet estaba enferma, y Pen no tuvo más remedio que ir sola; y entonces ¿qué creéis que hicimos? Vestimos a Chamberlayne^[*] con ropa de mujer, a fin de que pareciese una señora, ¡qué risa! ¿Os lo imagináis? No lo sabía nadie, excepto el coronel Forster y su mujer, Kitty y yo, y nuestra tía, pues tuvimos que pedirle uno de sus vestidos. ¡No podéis figuraros lo bien que quedó! Cuando entraron Denny, Wickham, Pratt y dos o tres oficiales más, fueron incapaces de reconocerlo. ¡Dios mío! ¡Cuánto me reí! Y la señora Forster también. Creí que me moría. Y eso despertó las sospechas de los caballeros, que acabaron descubriendo el pastel.

Con tales historias sobre sus fiestas y bromas, Lydia, ayudada por las sugerencias y apostillas de Kitty, se esforzó por entretener a las viajeras hasta que llegaron a Longbourn. Elizabeth la escuchó lo menos posible, pero no se le escapó lo mucho que repetía el nombre de Wickham.

El recibimiento que les dispensaron en casa no pudo ser más afectuoso. La señora Bennet se alegró de ver a Jane tan hermosa como siempre; y, mientras cenaban, el señor Bennet dijo varias veces:

—Estoy muy contento de que hayas vuelto, Lizzy.

El grupo de comensales era muy numeroso, pues casi todos los Lucas habían querido dar la bienvenida a Maria y escuchar sus historias. Y fueron muchos los temas que abordaron: lady Lucas preguntaba a Maria, desde el otro extremo de la mesa, por el bienestar y las aves de corral de su hija mayor; la señora Bennet, doblemente ocupada, recogía la información sobre la última moda que le proporcionaba Jane, sentada a cierta distancia de ella, y luego se la repetía a las jóvenes señoritas Lucas; y Lydia, gritando más que nadie, enumeraba los distintos placeres de la mañana a quien deseara escucharla.

—¡Ah, Mary! —exclamó—. Ojalá hubieras venido con nosotras, ¡nos hemos divertido tanto! A la ida, Kitty y yo corrimos las cortinillas, como si no hubiera nadie en el carruaje; y yo habría seguido así todo el trayecto si Kitty no se hubiera mareado. Y, cuando llegamos al George, fuimos muy generosas, pues invitamos a Jane, a Elizabeth y a Maria al refrigerio más delicioso del mundo, y, si hubieras venido con

nosotras, también te habríamos invitado. ¡Y cómo nos reímos al salir! Pensé que nunca lograríamos meternos en el coche. Estuve a punto de morirme de risa. ¡Y lo pasamos tan bien en el camino de vuelta! ¡Hablábamos y nos reíamos tan fuerte que nos debían de oír a más de quince kilómetros!

Mary contestó a esto con la mayor seriedad:

—No es que yo quiera menospreciar esos placeres ni mucho menos, querida hermana. No hay duda de que son muy agradables para la generalidad de las almas femeninas. Pero confieso que a mí no me interesan nada. Prefiero, con mucho, un libro.

Lydia, sin embargo, no oyó ni una palabra de la respuesta. Rara vez escuchaba a alguien más de medio minuto, y jamás prestaba atención a Mary.

Por la tarde Lydia insistió en ir andando a Meryton con las demás jóvenes para ver cómo seguía todo, pero Elizabeth se opuso con firmeza al plan. No quería que se dijera que las señoritas Bennet eran incapaces de pasar en casa medio día sin empezar a perseguir a los oficiales. Tenía además otra razón para negarse. Temía ver de nuevo a Wickham, y estaba decidida a evitarlo el mayor tiempo posible. El alivio que le procuraba el cercano traslado del regimiento era indescriptible. La milicia se marcharía al cabo de quince días y, cuando esto ocurriera, cualquier cosa que tuviera que ver con Wickham dejaría de atormentarla.

Apenas llevaba unas horas en casa cuando se percató de que la idea de pasar el verano en Brighton, que Lydia había apuntado en la posada, era motivo de discusión entre sus padres. Elizabeth comprendió en seguida que su padre no tenía la menor intención de ceder; pero sus respuestas eran a un tiempo tan vagas y tan ambiguas que, aunque el desaliento se apoderara con frecuencia de su madre, ésta no perdía la esperanza de salirse con la suya.



Capítulo XL



legó un momento en que Elizabeth no pudo contener más su impaciencia por contarle a Jane lo sucedido; y, finalmente, una vez decidida a omitir todos los detalles relacionados con ella y el señor Bingley, y después de anticiparle que se llevaría una sorpresa, le relató, a la mañana siguiente, lo más importante de su encuentro con el señor Darcy.

El asombro de Jane no tardó en mitigarse, pues quería tanto a su hermana que la admiración que cualquiera pudiera sentir por ella le parecía completamente natural; y la sorpresa en seguida dio paso a otros sentimientos. Jane lamentó que el señor Darcy hubiera declarado su amor de un modo tan desafortunado; pero le apenó aún más el sufrimiento que con certeza le había causado la negativa de su hermana.

—Se equivocó al estar tan seguro de conseguirlo —dijo—, y tendría que haberlo disimulado; pero piensa en lo mucho que eso habrá acentuado el dolor de su desengaño.

—Tienes razón —contestó Elizabeth—, y no sabes cuánto me entristece; pero el señor Darcy alberga otros sentimientos que probablemente ahuyentarán muy pronto el afecto que le inspiro. Espero que no te parezca mal que lo haya rechazado.

—¿Parecerme mal? En absoluto.

—Pero sí te parece mal que haya defendido a Wickham con tanto entusiasmo.

—No. No creo que hicieras nada malo al decir lo que dijiste.

—Cambiarás de opinión cuando sepas lo que ocurrió al día siguiente.

Elizabeth le habló entonces de la carta, repitiéndole cuanto decía sobre George Wickham. ¡Menudo golpe para la pobre Jane! Y es que la joven habría pasado de buena gana por el mundo sin sospechar que en toda la raza humana existiera tanta

maldad como la que anidaba en el corazón de aquel individuo. La vindicación de Darcy, aunque le resultó muy grata, tampoco logró consolarla de aquel descubrimiento. Luchó denodadamente por demostrar que podía ser un error, e intentó exculpar los actos de uno sin que el otro pareciera culpable.

—Vamos, no insistas —dijo Elizabeth—. Jamás podrás justificarlos a los dos. Elige, tendrás que contentarte con uno. Entre uno y otro suman bastantes cualidades, las suficientes para hacer un hombre cabal, y últimamente éstas se han movido demasiado de un lado para otro. Por mi parte, me inclino a pensar que el señor Darcy es quien las atesora todas, pero tú puedes decidir lo que quieras.

Pasó algún tiempo, sin embargo, antes de que Jane esbozara una sonrisa.

—Supongo que es lo más horrible que he oído en mi vida —exclamó—. ¡Wickham tan malvado! Es increíble. ¡Pobre señor Darcy! Mi querida Lizzy, piensa en lo mucho que ha debido de sufrir. ¡Llevarse semejante desengaño! ¡Y enterarse, para colmo, de la aversión que te inspira! ¡Y verse obligado a contar algo así de su hermana! ¡Qué angustia! Seguro que estás de acuerdo conmigo.

—¡No! Mi remordimiento y mi compasión han desaparecido al ver que a ti no te falta ninguno de estos sentimientos. Sé que serás tan justa con él que cada vez me preocupa menos y me siento más indiferente. Tu generosidad me vuelve moderada; como sigas lamentando mucho tiempo sus infortunios, brincaré de alegría.

—Pobre Wickham. ¡Con la expresión de bondad que hay en su rostro! ¡Y la franqueza y amabilidad de su trato!

—Es obvio que, en la educación de estos dos jóvenes, se cometió un grave error. Uno posee la bondad y el otro la apariencia de ésta.

—Nunca pensé que el señor Darcy aparentara tan poca bondad como decías.

—Y, sin embargo, pretendía ser extraordinariamente inteligente al detestarlo sin motivo alguno. ¡Es tal estímulo para el intelecto, tal oportunidad para el ingenio experimentar esa clase de aversión! Se puede insultar continuamente a alguien sin decir nada justo, pero no puede una reírse de un hombre sin soltar de vez en cuando alguna frase ingeniosa.

—Lizzy, estoy segura de que la primera vez que leíste la carta no te tomaste así las cosas.

—Por supuesto que no. Estaba angustiada. Muy angustiada, incluso diría que triste. Y no podía contarle a nadie lo que me pasaba, ¡no tenía a una Jane que me consolara y me dijera que no había sido tan débil, ni tan vanidosa, ni tan necia como yo sabía que había sido! ¡Ay, si supieras cuánto te eché de menos!

—Es una pena que fueras tan dura al hablar de Wickham al señor Darcy, porque ahora parece completamente inmerecido.

—Es cierto. Pero la desventura de hablar con acritud es una consecuencia lógica de los prejuicios que yo había alimentado. Hay un punto sobre el que necesito tu

consejo. Me gustaría saber si debo informar o no a nuestros conocidos del verdadero carácter de Wickham.

Jane reflexionó unos instantes antes de contestar:

—No creo que tengamos motivos para sacar a la luz algo tan terrible. ¿Cuál es tu opinión?

—Que no debo hacerlo. El señor Darcy no me ha autorizado a revelar nada. Por el contrario, al contarme todos los detalles relacionados con su hermana, confiaba en mi discreción; y, si yo callara eso e intentara desenmascarar al verdadero Wickham, ¿quién me creería? Todo el mundo tiene prejuicios tan virulentos contra el señor Darcy que la mitad de la buena gente de Meryton se moriría del disgusto si alguien tratara de presentarlo de un modo halagüeño. No me siento con fuerzas. Wickham se marchará en seguida, así que no tendrá importancia para los habitantes de la zona saber cómo es en realidad. Algún día se descubrirá todo, y entonces podremos reírnos de ellos por no haberse enterado antes. De momento, no pienso decir nada.

—Tienes razón. Sacar a la luz sus errores podría ser su perdición. Quizá esté arrepentido de sus actos, y arda en deseos de enmendarse. Debemos impedir que caiga en la desesperación.

Este diálogo atemperó la agitación que turbaba el cerebro de Elizabeth. Se había liberado de dos secretos que llevaban quince días pesando en su ánimo, y tenía la certeza de que Jane estaría dispuesta a escucharla siempre que quisiera hablar de alguno de ellos. Pero aún quedaba algo oculto en el fondo de su mente, algo que la prudencia le impedía desvelar. No se atrevía a decir nada de la primera parte de la carta del señor Darcy, ni a explicar lo sincero que había sido el afecto del señor Bingley por su hermana. Ésa era una información que no podía compartir con nadie; y era consciente de que sólo el perfecto entendimiento entre los dos protagonistas justificaría que ella abriera su corazón a Jane.

«Y entonces —pensó—, si algún día ocurriera algo tan poco probable, me limitaría a contar lo que Bingley podría explicar a Jane de un modo mucho más agradable. Sólo tendré libertad para hablar de ese asunto el día en que haya perdido su importancia.»

Al instalarse en su hogar, Elizabeth dispuso de tiempo para observar el verdadero estado de ánimo de su hermana. Jane no era feliz. Seguía profesando un tierno afecto a Bingley. Como hasta entonces nunca se había creído enamorada, su cariño tenía toda la fuerza del primer amor, y, a causa de su edad y de su temperamento, mayor firmeza de la que los primeros amores suelen mostrar; apreciaba tanto el recuerdo de Bingley, y sentía tal predilección por él, que necesitaba de todo su buen juicio y de toda su preocupación por los sentimientos de sus familiares para no dejarse vencer por un desconsuelo que habría perjudicado tanto su salud como la tranquilidad de sus allegados.

—Lizzy, querida —dijo un día la señora Bennet—, ¿qué opinas ahora de la triste historia de Jane? Por lo que a mí respecta, estoy decidida a no volver a hablar de ella. El otro día se lo dije a tu tía Philips. Pero no he llegado a saber si tu hermana vio en Londres al señor Bingley. Bueno, es un joven despreciable, y supongo que ya no existe la menor posibilidad de que Jane se case con él. No parece que vaya a volver a Netherfield este verano; y se lo he preguntado a todo el mundo que podría saberlo.

—No creo que regrese nunca a esa casa.

—¡Es muy libre de hacer lo que quiera! Nadie necesita que venga. Aunque siempre diré que ha sido muy desconsiderado con mi hija; si yo fuera ella, jamás habría tolerado semejante trato. Lo único que me consuela es que estoy segura de que Jane se morirá de pena, y entonces él lamentará su conducta.

Pero, como eso no la consolaba en absoluto, Elizabeth prefirió no contestar.

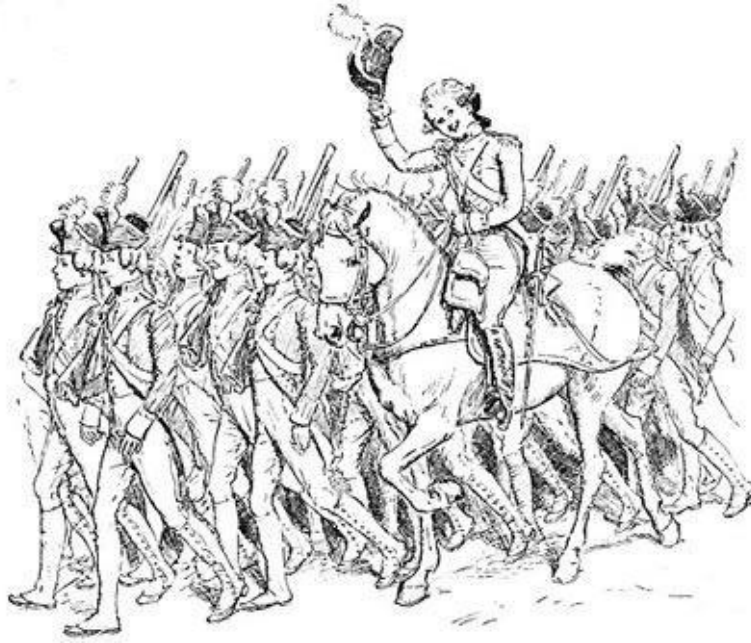
—Dime, Lizzy —continuó diciendo su madre—, entonces es cierto que los Collins viven con holgura, ¿no? Bueno, bueno, confío en que les dure. ¿Qué tal se come en su casa? Supongo que Charlotte es una excelente administradora. Si es la mitad de austera que su madre, ahorrará más que suficiente. Imagino que en ese hogar no hay ningún dispendio.

—No, ninguno.

—Viven con economía, tenlo por seguro. Sí, sí, se cuidarán mucho de no gastar por encima de sus posibilidades. Nunca les faltará el dinero. Pues bien, ¡que con su pan se lo coman! Y supongo que han hablado a menudo de quedarse con Longbourn cuando tu padre muera. Calculo que lo considerarán de su propiedad cuando esto ocurra.

—Es un tema que no podían sacar en mi presencia.

—No. Habría sido extraño que lo hicieran. Pero estoy segura de que lo comentan a menudo cuando están solos. Bueno, si no les importa heredar algo que no es legalmente suyo, ¡allá ellos! A mí me avergonzaría quedarme con una casa y unas tierras conseguidas de esa manera.



Capítulo XLI



a primera semana desde su regreso transcurrió muy deprisa para Jane y Elizabeth. Empezó la segunda. Era la última que pasaría el regimiento en Meryton, y las jóvenes de la vecindad languidecían por instantes. El abatimiento era general. Sólo las dos hijas mayores de los Bennet eran aún capaces de comer, beber, dormir y dedicarse a sus quehaceres cotidianos. Kitty y Lydia, que se sentían enormemente desgraciadas, les reprochaban a menudo su falta de sensibilidad, pues no podían comprender tanta dureza de corazón en miembros de su propia familia.

—¡Dios mío! ¿Qué va a ser de nosotras? ¿Qué vamos a hacer? —exclamaban con frecuencia, transidas de dolor—. ¿Cómo puedes sonreír así, Lizzy?

Su afectuosa madre compartía todo su pesar; recordaba cuánto había sufrido en una situación muy parecida, veinticinco años antes.

—Estuve llorando dos días seguidos cuando se marchó el regimiento del coronel Millar —dijo—. Pensé que se me rompería el corazón.

—Estoy segura de que a mí se me romperá el mío —observó Lydia.

—¡Si pudiéramos ir a Brighton! —exclamó la señora Bennet.

—¡Oh, sí! ¡Si pudiéramos ir a Brighton! Pero papá es tan irritante.

—Unos baños de mar me dejarían nueva.

—Y la tía Philips asegura que a mí me sentarían muy bien —añadió Kitty.

Tales eran las lamentaciones que resonaban sin cesar en la casa de Longbourn. Elizabeth intentaba divertirse con ellas, pero el sentimiento de vergüenza podía con su animación. Comprendía cuán justas habían sido las objeciones del señor Darcy; y se sentía más dispuesta que nunca a perdonarle su intromisión en los asuntos del

señor Bingley.

Pero la tristeza de Lydia no tardó en disiparse, pues recibió una invitación de la señora Forster, la esposa del coronel del regimiento, para que la acompañara a Brighton. Esa amiga inestimable era una mujer muy joven, casi recién casada. Lydia y ella, igual de alegres y vivarachas, habían simpatizado en seguida: hacía tres meses que se conocían, y llevaban dos siendo íntimas amigas.

El entusiasmo de Lydia en aquel momento, su adoración por la señora Forster, el júbilo de la señora Bennet y el disgusto de Kitty resultan fáciles de imaginar. Haciendo caso omiso de los sentimientos de su hermana, Lydia corrió exultante por la casa, pidiendo a todos que la felicitaran, riendo y hablando más fuerte que nunca, mientras la infortunada Kitty se quedaba en la sala lamentando su suerte; y sus palabras eran tan poco razonables como malhumorado su tono.

—No sé por qué la señora Forster no me invita también a mí —protestó—, aunque no sea muy amiga suya. Tengo el mismo derecho que Lydia, o incluso más, porque soy dos años mayor.

Elizabeth intentó que entrara en razón y Jane que se resignara, mas todo fue en vano. La invitación, en lugar de suscitar en Elizabeth los mismos sentimientos que en Lydia y en su madre, le pareció la sentencia de muerte de cualquier posible muestra de sentido común por parte de su hermana; y, consciente del rechazo que despertaría si llegaba a saberse, no pudo sino aconsejar en privado a su padre que no le permitiera ir. Le habló del comportamiento irreflexivo de su hermana, de lo poco que le beneficiaría la amistad de una mujer como la señora Forster, y de la posibilidad de que, con semejante compañía, fuera aún más imprudente en Brighton, donde las tentaciones serían mayores que en casa. El señor Bennet la escuchó con atención y dijo:

—Lydia no se calmará hasta que haya hecho el ridículo en algún lugar público, y nunca podrá hacerlo de un modo menos costoso y molesto para su familia.

—Si comprendiera usted —señaló Elizabeth— el daño que puede causarnos a todas... mejor dicho, que ya nos ha causado... que la conducta alocada de Lydia sea del dominio público, estoy segura de que vería este asunto de un modo muy diferente.

—¡Que ya nos ha causado! —repitió el señor Bennet—. ¿Acaso ha ahuyentado a alguno de tus pretendientes? ¡Pobrecita Lizzy! Pero no te desanimes. No vale la pena sufrir por unos jóvenes tan remilgados. Vamos, déjame ver la lista de todos esos infelices que se han alejado de ti por culpa de las locuras de tu hermana.

—Está usted muy equivocado. Jamás he sufrido esa clase de agravios. No me quejo de nada concreto, estoy hablando en general. Nuestra posición, nuestra respetabilidad pueden verse afectadas por la frivolidad, el descaro y el desprecio a la moderación que caracterizan a Lydia. Perdone, pero no puedo andarme con rodeos. Si usted, querido padre, no se toma la molestia de poner freno a su arrolladora vitalidad,

de enseñarle que sus intereses actuales no pueden ser el centro de su vida, muy pronto Lydia no tendrá enmienda. Su carácter estará formado y, a los dieciséis años, será la mayor coqueta que jamás se haya puesto o haya puesto a su familia en ridículo. Y una coqueta en el peor sentido de la palabra, sin otro atractivo que la juventud y un físico aceptable, y cuya ignorancia y necedad le impedirán librarse del desprecio general con que será recibido su deseo de ser admirada. Y Kitty corre el mismo peligro, pues seguirá a Lydia donde ella quiera. ¡Presumida, ignorante, perezosa y sin el menor control! Mi querido padre, ¿acaso cree usted posible que no se las censure y menosprecie dondequiera que vayan, y que su deshonor no afecte a sus hermanas?

El señor Bennet comprendió que la preocupación de su hija era sincera y, cogiéndole cariñosamente la mano, contestó:

—No te inquietes, mi amor. Dondequiera que os encontréis, Jane y tú seréis respetadas y apreciadas; y no será ningún descrédito para vosotras tener dos... o, podría decir, tres hermanas tan necias. No tendremos paz en Longbourn si Lydia no se marcha a Brighton. Deja que vaya. El coronel Forster es un hombre sensato, y evitará que se meta en líos; y, afortunadamente, tu hermana es demasiado pobre para despertar la codicia de nadie. En Brighton no le harán tanto caso como aquí. Los oficiales conocerán a otras mujeres más interesantes. Esperemos, por ende, que su estancia la ilustre sobre su propia insignificancia. En cualquier caso, si se comporta mucho peor, estaremos autorizados a encerrarla bajo llave el resto de su vida.

Elizabeth tuvo que contentarse con esa respuesta; pero su opinión siguió siendo la misma, y salió de la biblioteca de su padre triste y decepcionada. No era propio de ella, sin embargo, reconcentrarse en su dolor. Sabía que había cumplido con su deber, y no estaba en su naturaleza preocuparse por un mal inevitable, ni dejar que lo acrecentara su propia angustia.

Si Lydia y su madre se hubieran enterado de la conversación de Elizabeth con su padre, no habrían encontrado palabras para expresar su indignación, a pesar de la locuacidad de ambas. En la imaginación de Lydia, un viaje a Brighton era un compendio de todas las posibilidades de felicidad terrena. Con el ojo creador de la fantasía, veía las calles de ese animado balneario repletas de oficiales. Imaginaba ser el centro de atención de docenas y docenas de militares aún desconocidos. Veía el campamento en todo su esplendor; las tiendas se extendían en una hermosa uniformidad de hileras, llenas de hombres jóvenes y alegres y deslumbrantes casacas rojas; y, para completar la escena, se veía bajo una de aquellas tiendas, coqueteando tiernamente con un mínimo de seis oficiales al mismo tiempo.

De haber sabido que su hermana pretendía alejarla de semejantes perspectivas y realidades, ¿cuáles habrían sido sus sentimientos? Sólo podría haberlos comprendido su madre, que habría sufrido una conmoción parecida. El viaje de Lydia a Brighton era el único consuelo de la señora Bennet ante la triste convicción de que su marido

no viajaría allí nunca.

Pero las dos ignoraban por completo lo sucedido; y sus raptos de entusiasmo continuaron casi sin interrupción hasta el día en que Lydia se marchó de Longbourn.

Elizabeth iba a ver al señor Wickham por última vez. Como había coincidido con él varias veces desde su regreso, apenas se sentía turbada; y había desaparecido en ella cualquier emoción relacionada con su antigua debilidad por él. La joven había aprendido incluso a percibir, cuán desagradable y tediosamente afectada y repetitiva era aquella amabilidad que tanto le había gustado en un principio. La forma en que Wickham la trataba ahora se había convertido, además, en una nueva fuente de rechazo para ella, pues la tendencia del oficial a reanudar las atenciones que habían caracterizado el comienzo de su amistad sólo servía, después de lo ocurrido desde entonces, para irritarla. Perdió todo interés por él al verse distinguida con una galantería tan ociosa como frívola; y, al tiempo que evitaba con firmeza su obsequiosidad, advirtió el desprecio implícito en la convicción de Wickham de que, por mucho tiempo que hubiera estado sin dispensarle sus atenciones, y cualquiera que hubiera sido el motivo para interrumpirlas, sólo tendría que reanudarlas para que la vanidad de Elizabeth se sintiera halagada y él volviera a asegurarse su favor.

La víspera de que el regimiento abandonara Meryton, Wickham cenó en Longbourn con otros oficiales; y Elizabeth tenía tan pocas ganas de despedirse amistosamente de él que, cuando el joven se interesó por su estancia en Hunsford, ella le dijo que el coronel Fitzwilliam y el señor Darcy habían pasado tres semanas en Rosings, y le preguntó si conocía al primero.

Él pareció sorprendido, disgustado, alarmado; pero recuperó la sonrisa tras unos instantes de silencio, y contestó que, en el pasado, lo había visto a menudo; y después de señalar que era todo un caballero, preguntó a Elizabeth qué opinión tenía de él. La respuesta de ella fue muy entusiasta. Wickham no tardó en añadir, con aire indiferente:

—¿Cuánto tiempo dice usted que pasó en Rosings?

—Casi tres semanas.

—¿Y lo vio con frecuencia?

—Sí, casi todos los días.

—Sus maneras son muy diferentes de las de su primo.

—Sí, muy diferentes. Pero creo que el señor Darcy mejora con el trato.

—¿Ah, sí? —exclamó Wickham, con una expresión que no pasó inadvertida a Elizabeth—. Y ¿podría usted decirme —agregó, ahora conteniéndose, en un tono más jovial— si esa mejoría se refiere a su forma de dirigirse a los demás? ¿Se ha dignado añadir un poco de cortesía a su estilo habitual? Porque me cuesta creer —prosiguió, bajando la voz y con enorme seriedad— que haya mejorado en lo esencial.

—¡Oh, no! —replicó Elizabeth—. En lo esencial, supongo, es el mismo de

siempre.

Mientras decía estas palabras, Wickham parecía dudar si regocijarse o desconfiar de ellas. Había algo en el semblante de la joven que le hizo escucharla con inquietud y recelo mientras decía:

—Cuando he dicho que mejoraba con el trato, no pretendía decir que su forma de pensar o sus modales estuvieran mejorando, sino que, cuanto más se le conoce, mejor se comprende su carácter.

La alarma de Wickham se reflejó en el rubor de su rostro y en la agitación de su mirada; guardó silencio unos minutos, hasta que, recobrando la calma, se volvió de nuevo hacia ella y dijo en el más amable de los tonos:

—Usted, que conoce tan bien los sentimientos que el señor Darcy despierta en mí, entenderá con facilidad cuán sinceramente me alegro de que tenga la sensatez de *fingir* incluso una actitud correcta. En ese sentido, su orgullo será de utilidad, si no para él mismo, para muchos otros, pues le impedirá exhibir un comportamiento tan abyecto como el que adoptó conmigo. Mi único temor es que esa clase de cautela a la que usted parece aludir sea algo que sólo observa en casa de su tía, cuya buena opinión es tan importante para él. Conozco bien el temor reverencial que ella le inspira cuando están juntos; y que, en gran medida, puede atribuirse a su deseo de contraer matrimonio con la señorita De Bourgh, algo que quiere hacer lo antes posible.

Elizabeth fue incapaz de reprimir una sonrisa al escuchar esto, pero se limitó a contestar con una leve inclinación de cabeza. Vio que él quería embarcarla en el viejo asunto de sus agravios, y ella no estaba de humor para complacerle. Wickham *fingió* la jovialidad de siempre durante el resto de la velada, pero no volvió a dedicar a Elizabeth ninguna de sus atenciones; y los dos se despidieron finalmente con mutua cortesía, y posiblemente con el mutuo deseo de no volver a verse más.

Cuando terminó la reunión, Lydia regresó con la señora Forster a Meryton, desde donde partirían a primera hora de la mañana. La despedida de su familia fue más ruidosa que patética. Kitty fue la única que lloró; pero sus lágrimas eran de irritación y envidia. La señora Bennet expresó una y otra vez sus deseos de felicidad para su hija, y la exhortó a aprovechar cualquier ocasión que se le presentara para divertirse, consejo que a todas luces sería atendido; y en medio del clamoroso júbilo con que Lydia se despidió, los adioses más discretos de sus hermanas no llegaron a oírse.



Capítulo XLII



i Elizabeth hubiera tenido que forjar su juicio a partir de su propia familia, no habría tenido una imagen muy agradable de la felicidad conyugal ni de la vida hogareña. Su padre, cautivado por la juventud y la belleza, así como por la apariencia de buen humor que éstas normalmente conllevan, se había casado con una mujer cuya falta de inteligencia y de refinamiento habían apagado muy pronto el amor que sentía por ella. Respeto, aprecio y confianza desaparecieron para siempre; y todas sus esperanzas de felicidad doméstica se desvanecieron. Pero el carácter del señor Bennet no le llevó a consolarse del desengaño causado por su imprudencia con ninguno de los placeres que tan a menudo consuelan a quienes son víctimas de sus locuras y sus vicios. Le gustaban el campo y los libros, y esas dos aficiones eran su principal distracción. Sólo se sentía en deuda con su mujer por la diversión que le procuraban su ignorancia y su necedad. No es ésa la clase de felicidad que, por lo general, un hombre desea deber a su esposa; pero, cuando no existen otros recursos para entretenerse, el verdadero filósofo sabe sacar partido de lo que tiene.

Elizabeth, sin embargo, había sido siempre consciente de las deficiencias de su padre como marido. Le causaban tristeza; pero, como respetaba su inteligencia y agradecía lo cariñoso que era con ella, intentaba olvidar lo que no podía pasar por alto, y alejar de sus pensamientos su continua vulneración de los deberes y el decoro conyugal, sumamente censurable, pues exponía a su mujer al desprecio de sus propias

hijas. Pero hasta entonces no había cobrado conciencia del peligro que corrían los hijos de un matrimonio tan incompatible, ni había comprendido con claridad lo dañino que resultaba un intelecto fecundo pero mal encauzado, que, de otro modo, habría protegido la respetabilidad de sus hijas, aunque no hubiera sido capaz de aguzar la inteligencia de su esposa.

Elizabeth se alegró de la partida de Wickham, pero encontró pocos motivos más de satisfacción en la marcha del regimiento. Las reuniones con las familias vecinas eran menos entretenidas que antes; y en casa tenía una madre y una hermana cuyas constantes quejas por la monotonía de cuanto las rodeaba ensombrecían la vida hogareña; y, aunque es posible que Kitty recuperara con el tiempo cierto grado de sensatez, puesto que habían desaparecido quienes trastornaban su cerebro, Lydia, inclinada a cosas peores por naturaleza, vería probablemente reforzadas su insensatez y su osadía en un lugar doblemente peligroso por ser un balneario de moda y tener un campamento militar. Elizabeth, por tanto, descubrió lo que otros ya habían descubierto antes: que, aunque se deseara con impaciencia, un acontecimiento no traía consigo, al producirse, toda la satisfacción esperada. Era necesario, por consiguiente, señalar otro objetivo para el comienzo de la verdadera felicidad, tener otro ideal en el que concentrar deseos y esperanzas; al proporcionarle un placer anticipado, la consolaría del presente y la prepararía para un nuevo desengaño. El viaje a los Lagos pasó a ser su mayor ilusión, y el mejor consuelo para todas aquellas horas que, inevitablemente, el descontento de Kitty y de su madre volvían insoportables; de haber podido incluir a Jane en el plan, todo habría sido perfecto.

«Pero es una suerte —pensó— que tenga algo que desear. De lo contrario, me sentiría decepcionada. Hoy por hoy, al cargar con la pena que me produce la ausencia de mi hermana, puedo razonablemente aspirar a ver mis esperanzas colmadas. Un plan que promete incontables placeres no puede triunfar; y el desencanto general sólo se conjura con ayuda de algún pequeño disgusto.»

Al marcharse, Lydia prometió escribir a su madre y a Kitty muy a menudo y con gran detalle; pero sus cartas se hacían esperar y eran siempre muy breves. Las que dirigía a su madre se limitaban a contarle que acababan de regresar de la biblioteca, donde tales o cuales oficiales las habían cubierto de atenciones, y donde se había quedado embelesada con la belleza de sus ornamentos; que tenía un vestido nuevo, o una sombrilla nueva, que le habría encantado describir con minuciosidad, pero no tenía más remedio que marcharse corriendo porque la señora Forster la esperaba para ir juntas al campamento. De las cartas que enviaba a su hermana se extraía aún menos información, pues, aunque bastante más largas, estaban llenas de confidencias y secretos que Kitty no podía revelar.

Dos o tres semanas después de que Lydia se marchara, la salud, el buen humor y la alegría empezaron a reaparecer en Longbourn. Todo adquirió un aspecto más

risueño. Regresaron las familias que pasaban el invierno en Londres, y llegaron los fastos y los compromisos veraniegos. La señora Bennet recobró su quejumbrosa serenidad y, a mediados de junio, Kitty estuvo suficientemente restablecida para entrar en Meryton sin llorar; un hecho tan prometedor que Elizabeth albergó la esperanza de que, cuando llegaran las Navidades, el buen juicio de su hermana le impidiera hablar de los oficiales más de una vez al día, a menos que, por alguna malvada y cruel disposición del Ministerio de Guerra, un nuevo regimiento se acuartelara en Meryton.

La fecha fijada para su viaje por el norte se acercaba a pasos agigantados; y, cuando sólo faltaban quince días, Elizabeth recibió una carta de la señora Gardiner, en la que le comunicaba que debían retrasar su inicio y reducir su extensión. Los negocios del señor Gardiner le obligaban a quedarse quince días más en Londres, y a regresar antes de que transcurriera un mes; y, como eso les dejaba muy poco tiempo para ir tan lejos y ver todo lo que habían planeado, al menos con la calma y la comodidad necesarios, no les quedaba otro remedio que cambiar el Distrito de los Lagos por un recorrido menos largo; de acuerdo con el nuevo plan, no irían más al norte de Derbyshire. En ese condado había muchas cosas que visitar, por lo que pasarían en él casi las tres semanas; la señora Gardiner estaba especialmente ilusionada. La ciudad donde habían transcurrido algunos años de su niñez, y donde ahora pasarían unos días, despertaba en ella la misma curiosidad que las famosas maravillas de Matlock, Chatsworth, Dovedale o The Peak.

Elizabeth sufrió una gran decepción; ardía en deseos de conocer los Lagos, y seguía pensando que tenían tiempo suficiente. Pero no podía hacer otra cosa que conformarse; y, como era optimista por naturaleza, no tardó en encontrarse perfectamente.

Ante la mención de Derbyshire, fueron muchas las ideas que acudieron a su pensamiento. Le resultó imposible leer aquella palabra sin acordarse de Pemberley y su propietario.

«Aunque supongo que podré entrar en su condado con impunidad —se dijo—, y robar algunos espátos petrificados^[*] sin que él lo advierta.»

El período de espera se multiplicó por dos. Faltaban cuatro semanas para que llegaran sus tíos. Pero los días transcurrieron y el señor y la señora Gardiner se presentaron finalmente en Longbourn con sus cuatro hijos. Éstos, dos niñas de seis y ocho años, y dos niños más pequeños, quedarían al cuidado de su prima Jane, la preferida de todos, y cuya dulzura y sentido común la convertían en la persona ideal para ocuparse de ellos en todos los sentidos: enseñanza, juegos y mimos.

Los Gardiner sólo pasaron una noche en Longbourn, y a la mañana siguiente partieron con Elizabeth en busca de novedades y distracciones. Tenían un placer asegurado: la armonía que existía entre ellos. Tenían salud y temple para arrostrar

molestias y dificultades, alegría para disfrutar de las cosas buenas, e inteligencia y cariño para apoyarse los unos en los otros si sufrían decepciones por el camino.

Esta obra no tiene por objeto describir Derbyshire, ni los extraordinarios lugares que visitaron en su recorrido —Oxford, Blenheim, Warwick, Kenelworth, Birmingham, etcétera, son suficientemente conocidos—, pero fijará su atención en un pequeño rincón de Derbyshire. Después de admirar las principales maravillas de la región, Elizabeth y sus tíos dirigieron sus pasos hacia Lambton, la pequeña población donde había residido la señora Gardiner y donde, según había sabido recientemente, continuaban viviendo unos conocidos; y Elizabeth se enteró por su tía de que estaba a unos ocho kilómetros de Pemberley. La mansión no se hallaba en el camino principal, pero bastaba desviarse dos o tres kilómetros para llegar a su entrada. La víspera, al comentar la ruta que seguirían, la señora Gardiner había expresado su deseo de volver a visitar esa heredad. El señor Gardiner se mostró de acuerdo, y los dos preguntaron a Elizabeth si estaba conforme con el plan.

—Tesoro, ¿no te gustaría conocer un sitio del que has oído hablar tanto? —dijo su tía—. Un sitio, además, relacionado con tantos conocidos tuyos. Ya sabes que Wickham pasó su juventud en él.

Elizabeth fue presa de la angustia. Pensaba que no debía ir a Pemberley, y se mostró reacia a hacer esa visita. Afirmó que estaba harta de mansiones; habían visto tantas que ya no le procuraban placer ni las alfombras suntuosas ni los cortinajes de satén.

Eso le pareció una bobada a la señora Gardiner.

—Si sólo fuera una mansión ricamente amueblada —exclamó—, tampoco me interesaría; pero sus jardines son maravillosos. Tiene uno de los bosques más bonitos del condado.

Elizabeth guardó silencio, pero se sintió incapaz de ceder en su fuero interno. Le asaltó el temor de encontrarse con el señor Darcy mientras recorrían sus propiedades. ¡Sería espantoso! La simple idea la hizo sonrojarse; y pensó que era preferible decirle la verdad a su tía que correr semejante riesgo. Pero le daba reparo; y acabó decidiendo que sólo recurriría a tal medida si sus discretas pesquisas aseguraban la presencia de los Darcy en Pemberley.

Por consiguiente, al retirarse por la noche, preguntó a la camarera del hotel si Pemberley era un lugar hermoso, cómo se llamaba su propietario y, con no poco nerviosismo, si la familia se había instalado allí para pasar el verano. Una respuesta negativa siguió a esta última pregunta, y Elizabeth suspiró de alivio; una vez disipados sus temores, tuvo ocasión de sentir una gran curiosidad por ver la casa con sus propios ojos. Y, cuando volvió a salir el tema a la mañana siguiente, y le pidieron su parecer, se apresuró a contestar, con un aire de indiferencia muy oportuno, que el plan no le disgustaba en absoluto.

Irían, por lo tanto, a Pemberley.



Capítulo XLIII



medida que avanzaban, Elizabeth esperó con cierto nerviosismo la aparición de los bosques de Pemberley; y, cuando finalmente entraron en las tierras del señor Darcy, no podía sentirse más conturbada.

El parque que rodeaba la mansión era muy extenso y variado. Recorrieron una de las zonas más bajas, y luego se adentraron en un bosque hermoso y muy vasto.

Elizabeth tenía la cabeza demasiado ocupada para prestarse a conversar, pero vio y admiró todas las bellezas del paisaje. Ascendieron poco a poco durante casi un kilómetro, hasta llegar a la cima de un promontorio bastante elevado, donde terminaba el bosque y se divisaba Pemberley House, que atraía al instante todas las miradas y estaba situada en el extremo opuesto de un valle por el que corría un camino sinuoso y bastante accidentado. Era un edificio de piedra, grande y majestuoso, que se alzaba en una ladera y descollaba sobre un fondo de elevadas colinas boscosas; delante de él, el cauce de un riachuelo se había ensanchado hasta formar un pequeño lago, que parecía natural. Sus orillas carecían de aderezos y artificios. Elizabeth se quedó maravillada. No había visto nunca un lugar con el que la naturaleza hubiera sido más generosa, o donde el gusto del hombre hubiera respetado más la belleza natural. Todos se deshicieron en elogios; y, en aquellos instantes, Elizabeth se percató de que convertirse en la señora de Pemberley no sería ninguna bagatela.

Bajaron la pendiente, cruzaron el puente y se acercaron en el carruaje hasta la puerta; y, mientras contemplaban de cerca la mansión, a Elizabeth volvió a invadirle el temor de encontrarse con su propietario. Tuvo miedo de que la camarera del hotel se hubiera equivocado. Cuando solicitaron permiso para ver la casa, les acompañaron al vestíbulo; y, mientras esperaban al ama de llaves, Elizabeth tuvo tiempo de asombrarse de estar donde estaba.

Apareció el ama de llaves, una mujer de cierta edad y aire respetable, mucho menos elegante y más amable de lo que había imaginado. La siguieron hasta el comedor. Era una estancia amplia y de hermosas proporciones, bellamente amueblada. Después de admirarla unos instantes, Elizabeth se acercó a un ventanal para disfrutar del panorama. La colina coronada de bosques por la que habían descendido, mucho más abrupta desde la lejanía, era una perspectiva grandiosa en la que nada desentonaba; y la joven contempló con deleite aquel paisaje: el río, los árboles de sus orillas y las ondulaciones del valle. Las vistas fueron cambiando a medida que recorrían la casa, pero desde todas las ventanas podía divisarse alguna maravilla. Las estancias eran bonitas y de techos elevados, y los muebles armonizaban con la fortuna de su propietario; pero Elizabeth admiró su buen gusto, al advertir que no eran llamativos ni vanamente ostentosos; que su suntuosidad era menor, pero su elegancia más auténtica que en Rosings.

«Y pensar que podría ser ama y señora de este lugar —se dijo Elizabeth—. Conocería muy bien estas habitaciones. Y, en vez de visitarlas como una extraña, disfrutaría de ellas como su dueña y recibiría en ellas a mis tíos. Pero no —reflexionó—, eso no podría ser; habría perdido para siempre a mis tíos; jamás me hubieran permitido invitarlos.»

Fue una conjetura muy oportuna, que la salvó de algo parecido al arrepentimiento.

Deseaba preguntar al ama de llaves si era cierto que su señor no estaba en Pemberley, pero no se atrevía. Finalmente, sin embargo, su tío hizo esa pregunta; y Elizabeth se alejó alarmada mientras la señora Reynolds confirmaba su ausencia y añadía: «Pero esperamos su llegada mañana, con un grupo numeroso de amigos». ¡Cómo se alegró Elizabeth de que nada hubiera retrasado un día su visita!

La señora Gardiner la llamó entonces para que contemplara un cuadro. Al aproximarse, vio un retrato del señor Wickham colgado, entre otras miniaturas, sobre la repisa de la chimenea. Su tía le preguntó, sonriendo, qué le parecía. El ama de llaves se acercó para decirles que se trataba de un joven caballero, hijo del administrador del difunto señor Darcy, quien había subvenido a su educación.

—Ahora está en el ejército —agregó—, pero me temo que se ha vuelto un libertino.

La señora Gardiner miró a su sobrina con una sonrisa, pero Elizabeth fue incapaz

de devolvérsela.

—Y ése —dijo la señora Reynolds, señalando otra de las miniaturas— es el retrato de mi señor; y es muy fidedigno. Pintaron los dos en la misma época, hace unos ocho años.

—He oído que su señor es muy apuesto —comentó la señora Gardiner, examinando el cuadro—; tiene hermosas facciones. Pero, Lizzy, tú podrás decirnos si se parece o no.

El respeto de la señora Reynolds por Elizabeth dio la impresión de aumentar al saber que conocía a su amo.

—¿La joven conoce al señor Darcy?

—Un poco —dijo Elizabeth, ruborizándose.

—¿Y no le parece guapo?

—Sí, muy guapo.

—No he visto a nadie tan bien parecido; pero en la galería del piso superior encontrarán un retrato mejor y más grande de él. Ésta era la habitación preferida de mi difunto amo, y esas miniaturas siguen en su lugar de siempre. Al viejo señor Darcy le encantaban.

Elizabeth comprendió por qué estaba allí el retrato del señor Wickham.

La señora Reynolds les mostró entonces uno de la señorita Darcy, pintado cuando sólo tenía ocho años.

—¿La señorita Darcy es tan guapa como su hermano? —inquirió el señor Gardiner.

—¡Oh, sí! Es la joven más hermosa del mundo. Y tan instruida... Se pasa el día cantando y tocando el piano. En la estancia contigua hay un piano nuevo que acaban de traer para ella; un regalo de su hermano. Mañana vendrá con él.

El señor Gardiner, un hombre abierto y simpático, alentaba el carácter comunicativo del ama de llaves con sus preguntas y comentarios; la señora Reynolds, empujada por el orgullo o por el cariño, disfrutaba sobremanera hablando de su amo y de la señorita Georgiana.

—¿Reside su señor mucho tiempo en Pemberley?

—No tanto como sería mi deseo, pero yo diría que la mitad del año; y la señorita siempre pasa aquí los meses de verano.

«Excepto —pensó Elizabeth— cuando va a Ramsgate.»

—Si su amo se casara, lo vería usted más a menudo.

—En efecto, señor; pero ignoro cuándo ocurrirá eso. No conozco a nadie lo bastante bueno para él.

El señor y la señora Gardiner sonrieron. Elizabeth no pudo sino exclamar:

—Dice mucho en favor del señor Darcy, no cabe duda, que piense usted así.

—No es más que la verdad, y la opinión de cuantos le conocen —replicó el ama

de llaves.

A Elizabeth le pareció una exageración; y escuchó con creciente asombro cómo la señora Reynolds añadía:

—Jamás me ha levantado la voz; y lo conozco desde que tenía cuatro años.

Aquel elogio le pareció el más insólito de todos, pues no podía oponerse más a su idea del señor Darcy. Siempre había estado firmemente convencida de que no era un hombre de buen carácter. Extremó su atención; quería oír más, y agradeció a su tío que dijera:

—Hay muy pocas personas de las que se pueda afirmar algo parecido. Es usted afortunada por tener un amo así.

—Lo sé, señor. Aunque lo buscara por toda la tierra, no encontraría otro mejor. Pero he observado que quienes son bondadosos de niños siguen siéndolo de adultos; y él siempre fue el muchacho más dulce y generoso del mundo.

Elizabeth la miró de hito en hito.

«¿Estará hablando del señor Darcy?», pensó.

—Su padre era un hombre excelente —comentó la señora Gardiner.

—Ya lo creo, señora; y su hijo será como él... igual de benévolo con los pobres.

Elizabeth escuchaba, se asombraba, dudaba, y se quedaba con ganas de oír más. La señora Reynolds no logró despertar en ella ningún otro interés. Les habló de los cuadros, del tamaño de las estancias y del precio de los muebles, pero todo en vano. El señor Gardiner, que se deleitaba con ese orgullo de familia al que atribuía las exageradas alabanzas que el ama de llaves dedicaba a su amo, no tardó en sacar de nuevo el tema; y la señora Reynolds reiteró con energía los muchos méritos del señor Darcy mientras subían la escalera principal.

—Nunca ha existido mejor terrateniente ni mejor amo —exclamó—. No como los jóvenes de ahora, que carecen de escrúpulos y únicamente piensan en sí mismos. No hay un solo arrendatario o criado que no le colme de elogios. Algunas personas lo tachan de orgulloso; pero no tienen razón, estoy segura. En mi opinión, lo dicen porque no es un charlatán como los demás jóvenes.

«¡Qué imagen tan encomiable!», pensó Elizabeth.

—Todo ese panegírico —dijo su tía en voz baja— no concuerda con su modo de conducirse con nuestro pobre amigo.

—Tal vez estemos engañadas.

—No me parece probable; lo sabemos de muy buena tinta.

Al llegar al espacioso pasillo del piso superior, se les invitó a pasar a una sala muy bonita, recién decorada con mayor elegancia y ligereza que las habitaciones de la planta baja; y se les informó que era una sorpresa para la señorita Darcy, que se había encariñado con aquel cuarto durante su última estancia en Pemberley.

—No cabe duda de que es un buen hermano —dijo Elizabeth, acercándose a una

de las ventanas.

La señora Reynolds anticipó el alborozo de la señorita Darcy cuando entrara en la estancia.

—Y el señor Darcy siempre actúa así —agregó—. Cualquier cosa que pueda complacer a su hermana, se lleva a cabo al instante. Y no hay nada que no esté dispuesto a hacer por ella.

Sólo les faltaba visitar la galería de retratos y dos o tres de los aposentos principales. En la primera había muchos cuadros excelentes; pero Elizabeth no sabía nada de pintura, como había resultado evidente en la planta baja, donde habían llamado especialmente su atención unos dibujos al pastel de la señorita Darcy, cuya temática no sólo era más amena sino también más inteligible.

En la galería había muchos retratos de los Darcy, pero apenas tenían interés para alguien ajeno a la familia. Elizabeth buscó con la mirada la única cara cuyas facciones podía reconocer. Finalmente, sus ojos se detuvieron ante la visión de un rostro que guardaba un parecido asombroso con el señor Darcy; la sonrisa era la misma que ella recordaba haberle visto alguna vez cuando la miraba. Se quedó unos minutos contemplando con detenimiento el cuadro, y volvió a acercarse a él antes de abandonar la galería. La señora Reynolds les comunicó que se había pintado cuando aún vivía su padre.

En aquellos instantes, Elizabeth se sentía más cercana al señor Darcy que en cualquier otro momento de su relación. No se podían desdeñar los elogios que le prodigaba la señora Reynolds. ¿Qué alabanza podía ser más valiosa que la de un criado inteligente? Y Elizabeth comprendió que como hermano, como terrateniente, como amo... ¡Dependía de él la felicidad de tantas personas! ¡Podía causar tanto dolor y procurar tanto placer! ¡Estaba en sus manos hacer tanto bien y tanto mal! Todas las palabras del ama de llaves hablaban a favor de su carácter, y, mientras contemplaba el lienzo que lo representaba, deteniéndose en sus ojos, pensó con mayor gratitud que nunca en el afecto que sentía por ella; y recordó la pasión con que se había declarado, dejando en un segundo plano las desafortunadas palabras que había dicho.

Cuando terminaron de visitar la parte de la casa abierta al público, volvieron a bajar al vestíbulo, donde el ama de llaves se despidió de ellos y los dejó al cuidado de un jardinero, que fue a buscarlos a la puerta principal.

Empezaron a cruzar el césped en dirección al río, y Elizabeth se volvió unos instantes para mirar la casa; sus tíos también se detuvieron y, mientras el señor Gardiner hacía conjeturas sobre la fecha de construcción del edificio, el dueño de éste apareció súbitamente por el camino que venía de las caballerizas.

Estaban a menos de veinte metros, y la llegada del señor Darcy fue tan repentina que no pudieron evitar que los viera. Los ojos del joven se encontraron al instante con

los de Elizabeth, y las mejillas de ambos se pusieron como la grana. El señor Darcy se llevó un susto mayúsculo, y la sorpresa pareció atenazarlo; pero, sobreponiéndose en seguida, se acercó al grupo y saludó a Elizabeth, si no con absoluta serenidad, al menos con suma cortesía.

La joven, que se había alejado instintivamente, se detuvo al ver que él se aproximaba, y escuchó sus palabras con una turbación imposible de enmascarar. Si su aspecto a primera vista o su parecido con el retrato que acababan de contemplar no hubiera bastado para convencer al señor y a la señora Gardiner de que tenían delante al señor Darcy, el asombro del jardinero al ver a su amo se lo habría confirmado de inmediato. Se quedaron a cierta distancia mientras el señor Darcy hablaba con Elizabeth, que, estupefacta y confusa, apenas se atrevía a levantar la vista para mirarlo, ni sabía qué contestar a las educadas preguntas sobre su familia. Sorprendida ante lo mucho que habían cambiado sus modales desde su última entrevista, cada frase que Darcy pronunciaba aumentaba su embarazo; y, como no podía quitarse de la cabeza cuán poco oportuna era su presencia en Pemberley, los escasos minutos que pasaron juntos fueron de los más incómodos de su vida. Tampoco él parecía sentirse mucho más a gusto; su voz carecía de la serenidad habitual, y el hecho de que le preguntara varias veces, y con cierto atropellamiento, cuándo había salido de Longbourn y qué tiempo llevaba en Derbyshire reflejaba claramente su aturdimiento.

Finalmente, pareció quedarse con la mente en blanco; y, después de enmudecer unos instantes, recobró la compostura y se despidió de ella.

El señor y la señora Gardiner se acercaron a su sobrina, y comentaron lo apuesto que era el joven; pero Elizabeth no oyó nada de lo que decían y, enfrascada en sus pensamientos, los siguió en silencio. Se sentía tan avergonzada, tan consternada... ¡Haber ido a Pemberley era lo más desafortunado e imprudente del mundo! ¡Tenía que haberle extrañado tanto al señor Darcy! ¡Qué idea más deshonrosa se formaría un hombre tan engreído! ¡Como si ella se hubiera cruzado a propósito en su camino! ¡Ah! ¿Cómo se le había ocurrido ir?, o ¿por qué el señor Darcy habría adelantado un día su viaje? Si hubiera salido con sus tíos de la casa diez minutos antes, él no habría advertido su presencia, pues era evidente que acababa de llegar y de apearse del caballo o del carruaje. Elizabeth enrojeció una y otra vez al recordar su nefasto encuentro. En cuanto al comportamiento tan diferente del señor Darcy, ¿a qué se debería? Era asombroso que se hubiera dirigido a ella, pero que le hablara con tanta cortesía, que se interesara por su familia... Jamás le había parecido menos altivo, jamás le había hablado con tanta amabilidad como en aquel encuentro inesperado. ¡Contrastaba de tal forma con sus últimas palabras en Rosings Park, cuando le entregó la carta! Elizabeth no sabía qué pensar, ni cómo explicarse aquello.

Paseaban por un bonito sendero al borde del agua y, a medida que avanzaban, se extendía ante ellos una pendiente más pronunciada o una vista más hermosa del

bosque al que se aproximaban; pero pasó bastante tiempo antes de que Elizabeth pudiera apreciarlo. Y, aunque respondiera maquinalmente a las preguntas y observaciones de sus tíos, y pareciese fijar la vista donde le señalaban, era incapaz de distinguir lo que veía. El lugar de Pemberley House, fuera el que fuera, donde el señor Darcy se encontraba en aquel momento acaparaba todos sus pensamientos. Anhelaba saber qué estaría pensando, qué opinaría de ella y si, a pesar de todo, seguiría queriéndola. Tal vez se había mostrado tan cortés porque ella le resultaba indiferente; pero había *algo* en su voz que no reflejaba indiferencia. Elizabeth era incapaz de decir si el señor Darcy había sentido dolor o placer al verla, pero era evidente que había perdido su flema.

Finalmente, sin embargo, los comentarios del señor y la señora Gardiner sobre su aire ausente la sacaron de su ensimismamiento, y Elizabeth comprendió que debía sobreponerse.

Se adentraron en el bosque y, despidiéndose del río por algún tiempo, ascendieron a una de las partes más elevadas, desde cuyos claros pudieron gozar de unas vistas maravillosas del valle, de las colinas de enfrente, cubiertas casi por completo de árboles, y, ocasionalmente, de algunos recodos del río. El señor Gardiner expresó su deseo de recorrer todo el parque, pero temía que el paseo fuera demasiado largo. Con una sonrisa triunfal, el jardinero les comunicó que tendrían que andar más de dieciséis kilómetros. Aquello solventó el asunto; y siguieron por la ruta habitual, que los condujo de nuevo, después de descender algún tiempo por una empinada ladera boscosa, al borde del agua, en uno de los puntos donde más se estrechaba el río. Lo cruzaron por un sencillo puente, a tono con el paisaje; era el lugar más agreste de cuantos habían visitado; y el valle, convertido en cañada, sólo dejaba espacio para el cauce del río y un pequeño sendero entre los árboles que crecían junto a la orilla. Elizabeth quería explorar sus recovecos, pero, después de cruzar el puente y advertir la distancia que los separaba de la casa, la señora Gardiner, que no era muy andarina, manifestó el deseo de volver cuanto antes al carruaje. Su sobrina, por consiguiente, se vio obligada a desistir de su plan, y todos se dirigieron a la casa por el camino más corto, al otro lado del río; pero iban muy despacio, pues el señor Gardiner, aunque apenas tuviera ocasión de disfrutar de la pesca, era muy aficionado a ella, y estaba tan entretenido observando las truchas que aparecían de vez en cuando, y hablando de ellas con el hombre que los acompañaba, que apenas avanzaba. Mientras paseaban con aquella lentitud, volvió a sorprenderles —y el asombro de Elizabeth fue equiparable al de la vez anterior— la aparición del señor Darcy, que, a escasa distancia, caminaba hacia ellos. Como el sendero era allí menos frondoso, pudieron verlo antes de tropezarse con él. Elizabeth, aunque perpleja, estaba sin duda más preparada que antes para el encuentro, y decidió no alterarse y hablar con mucha calma si el señor Darcy se disponía a acompañarlos. Por unos instantes, de hecho,

pensó que cogería otra vereda. Pero esa impresión duró el tiempo que una curva del camino se lo ocultó a la vista; en cuanto dobló el recodo, lo tuvieron delante. Elizabeth, con una sola mirada, comprendió que no había perdido un ápice de su reciente cortesía, y, para seguir su ejemplo, empezó a ponderar la belleza del paisaje; pero, nada más pronunciar las palabras «precioso» y «encantador», le asaltó un funesto recuerdo, y cayó en la cuenta de que sus elogios de Pemberley podían ser malinterpretados. Se le demudó el rostro, y guardó silencio.

La señora Gardiner les seguía muy de cerca; y el señor Darcy, aprovechando el silencio de Elizabeth, le preguntó si le haría el honor de presentarle a sus amigos. Era una muestra de cortesía que la cogió completamente desprevenida; y apenas pudo reprimir una sonrisa al ver que quería conocer a algunas de las personas contra las que su orgullo se había rebelado al declararle su amor.

«¡Menuda sorpresa —pensó la joven— cuando sepa quiénes son! Debe de creer que son personas distinguidas.»

Las presentaciones, con todo, se hicieron al instante; y, al explicar el parentesco que los unía, Elizabeth miró de reojo a Darcy para ver cómo recibía la noticia; y no descartó que huyera como alma que lleva el diablo de aquella vergonzosa compañía. Que le sorprendió su relación con ella resultó evidente; pero lo soportó con entereza y, lejos de marcharse, les acompañó y entabló conversación con el señor Gardiner. ¿Cómo no iba a sentirse Elizabeth complacida y victoriosa? Era un consuelo que Darcy supiera que tenía algunos familiares de los que no necesitaba avergonzarse. Escuchó con la mayor atención el diálogo entre los dos caballeros, y se enorgulleció de cada expresión, de cada frase de su tío, que reflejaba su inteligencia, buen gusto y educación.

La conversación no tardó en derivar hacia la pesca, y Elizabeth oyó cómo el señor Darcy invitaba a su tío, con la mayor cortesía, a pescar en Pemberley siempre que quisiera, mientras estuviera en la zona, al tiempo que se ofrecía a proporcionarle los aparejos y le señalaba los puntos del río donde solía haber más truchas. La señora Gardiner, que caminaba del brazo de su sobrina, la miró asombrada. Elizabeth no dijo nada, pero no cabía en sí de gozo; debía de tratarse de una deferencia con ella. Su estupor, con todo, era mayúsculo; y no dejaba de repetirse: «¿Por qué está tan cambiado? ¿Cuál puede ser la causa? No puede ser por mí, no puedo ser el motivo de que sus modales hayan mejorado tanto. Los reproches que le hice en Hunsford no pueden haber causado semejante cambio. Es imposible que todavía me ame».

Después de pasear un rato las dos damas delante y los dos caballeros detrás, cuando volvieron a reanudar la marcha tras bajar hasta la orilla del río para examinar mejor una interesante planta acuática, se operó casualmente un ligero cambio. La señora Gardiner, fatigada por el ejercicio matinal, encontró el brazo de Elizabeth insuficiente para sostenerla y prefirió, en consecuencia, apoyarse en el de su marido.

El señor Darcy ocupó su lugar al lado de la joven, y siguieron andando. Después de unos instantes de silencio, Elizabeth fue la primera en hablar. Quería que él supiera que se había cerciorado de su ausencia antes de visitar Pemberley, así que empezó por señalar que no esperaban su llegada.

—Su ama de llaves —añadió— nos informó de que no vendría hasta mañana; y, por supuesto, antes de salir de Bakewell nos aseguraron que no se le esperaba de inmediato.

El señor Darcy reconoció que todo eso era verdad, y dijo que tenía ciertos asuntos que discutir con su administrador, por lo que se había adelantado unas horas a su grupo de acompañantes.

—Llegarán mañana a primera hora —continuó tras un breve silencio—, y entre ellos se encuentran algunos conocidos suyos: el señor Bingley y sus hermanas.

Elizabeth contestó sólo con una leve inclinación de cabeza. Sus pensamientos retrocedieron en el acto al momento en que ambos habían pronunciado el nombre del señor Bingley por última vez; y, a juzgar por la expresión de su interlocutor, éste debía de estar pensando en lo mismo.

—Hay otra persona en ese grupo —prosiguió el señor Darcy después de una pausa— que desea especialmente conocerla. ¿Me permitirá usted, si no es abusar, que le presente a mi hermana antes de que abandonen Lambton?

Aquella petición la sorprendió hasta tal punto que no supo cómo satisfacerla. Comprendió al instante que, si la señorita Darcy quería conocerla, era a causa de su hermano, y no pudo sino sentirse complacida; resultaba muy grato saber que el despecho no le había empujado a pensar mal de ella.

Siguieron andando en silencio, enfrascados ambos en sus pensamientos. Elizabeth no se sentía cómoda —eso era impensable—, pero sí contenta y halagada. El deseo del señor Darcy de presentarle a su hermana era el mayor de los cumplidos. No tardaron en dejar atrás a los señores Gardiner y, cuando llegaron al carruaje, éstos se hallaban a casi medio kilómetro de distancia.

El señor Darcy la invitó entonces a entrar en la casa, pero, como Elizabeth no estaba cansada, se quedaron esperando en el césped. En un momento así, podrían haber dicho muchas cosas, y el silencio resultaba muy embarazoso. Ella tenía ganas de hablar, pero todos los temas le parecían comprometidos. Finalmente, recordó su viaje, y los dos hablaron de Matlock y Dove Dale con gran perseverancia. Sin embargo, tanto el tiempo como su tía avanzaban muy despacio, y su paciencia y sus ideas estuvieron a punto de agotarse antes de que terminara el *tête-à-tête*. Cuando los señores Gardiner los alcanzaron, el señor Darcy instó a Elizabeth y a sus tíos a que entraran en la casa y tomaran un refrigerio; pero la invitación fue rechazada, y todos procedieron a despedirse con suma cortesía. El joven ayudó a las damas a entrar en el coche y, cuando se alejaban, Elizabeth lo vio dirigirse lentamente hacia la casa.

Empezaron entonces los comentarios de sus tíos; y los dos afirmaron que el señor Darcy era infinitamente mejor de lo que esperaban.

—No puede ser más amable, educado y sencillo —dijo el señor Gardiner.

—Hay algo majestuoso en él, desde luego —comentó su mujer—, pero no va más allá de la distinción de su porte, y le sienta bien. Creo que puedo decir, como el ama de llaves, que, aunque algunas personas lo tachen de orgulloso, yo no he percibido ese defecto en él.

—Me ha sorprendido muchísimo su comportamiento con nosotros. Más que cortés, ha sido verdaderamente atento; y no tenía por qué tratarnos tan bien. Apenas conoce a Elizabeth.

—No es tan guapo como Wickham, Lizzy —exclamó la señora Gardiner—; o, mejor dicho, no es tan atractivo, porque sus facciones son muy correctas. Pero ¿cómo se te ocurrió decirnos que era tan desagradable?

Elizabeth se disculpó lo mejor que pudo; añadió que le había caído mucho mejor en Kent, y que nunca lo había visto tan amable como aquella mañana.

—Puede que sus modales sean un poco caprichosos —respondió su tío—. Es algo frecuente entre los hombres de su posición; será mejor que no me tome al pie de la letra su invitación para pescar, cualquier día puede cambiar de opinión y expulsarme de sus tierras.

Elizabeth pensó que el señor Gardiner había interpretado mal su carácter, pero no dijo nada.

—Por lo que hemos visto de él —continuó su tía—, no consigo explicarme cómo llegó a ser tan cruel con el pobre Wickham. No parece tener mal corazón. Al contrario, la expresión de sus labios es muy agradable cuando habla. Y la dignidad de su semblante no refleja más que buenos sentimientos. Aunque, desde luego, la buena mujer que nos ha enseñado la casa, ¡lo ha puesto por las nubes! Ha habido momentos en que me ha costado reprimir la risa. Pero supongo que es un amo generoso y eso, a los ojos de un criado, es un compendio de todas las virtudes.

Elizabeth se sintió obligada a decir algo en defensa del señor Darcy y su comportamiento con Wickham; por ese motivo, con la mayor discreción posible, les dio a entender que, según había oído en Kent, sus actos podían interpretarse de un modo muy diferente; y que su conducta no era en absoluto tan monstruosa ni la de Wickham tan intachable como habían creído en Hertfordshire. Y, para confirmar sus palabras, detalló las transacciones monetarias entre ambos, afirmando que su fuente de información no podía ser más fidedigna.

La señora Gardiner se quedó muy preocupada y sorprendida; pero, como se acercaban ya al lugar donde antaño había sido tan feliz, se entregó al placer de los recuerdos; y estuvo demasiado ocupada señalando a su marido todos los rincones interesantes de los alrededores para pensar en otra cosa. A pesar de su cansancio

después del paseo matinal, salió en busca de sus viejas amistades en cuanto acabaron de comer, y pasó la tarde reanudando felizmente una relación que llevaba muchos años interrumpida.

El día había estado demasiado lleno de emociones para que Elizabeth pudiera prestar mucha atención a alguno de aquellos nuevos amigos; y no pudo dejar de pensar, y de pensar con asombro, en la amabilidad del señor Darcy y, sobre todo, en su deseo de presentarle a su hermana.



Capítulo XLIV



Elizabeth llegó a la conclusión de que el señor Darcy iría a visitarla con su hermana al día siguiente de que ésta se instalara en Pemberley, por lo que decidió no alejarse de la posada en toda la mañana. Pero se equivocó, pues sus visitantes se presentaron un día antes. Elizabeth y los Gardiner habían estado paseando por los alrededores con algunos de sus nuevos amigos, y acababan de regresar a la posada para vestirse y cenar con la misma familia, cuando el ruido de un carruaje les llevó a mirar por la ventana, y vieron a una dama y a un caballero en un cabriolé que subía por la calle. Elizabeth, que reconoció en seguida la librea del cochero, adivinó lo que significaba, y dejó no poco sorprendidos a sus tíos al explicarles el honor que iban a dispensarle. Los señores Gardiner se quedaron perplejos; y la turbación de Elizabeth mientras hablaba, unida a la situación en sí, y a muchas de las circunstancias de la víspera, les hicieron ver el asunto desde una nueva perspectiva. Nada lo había sugerido antes, pero en aquel momento comprendieron que lo único que podía justificar tantas atenciones era el interés del señor Darcy por su sobrina. Mientras aquella idea daba vueltas en su cabeza, la agitación de Elizabeth era cada vez mayor. Ni siquiera ella entendía su nerviosismo; pero, entre otros motivos de inquietud, le asustaba que la parcialidad del hermano hubiera exagerado sus cualidades; y, más deseosa que nunca de agradar, tenía miedo de no estar a la altura de las circunstancias.

Se apartó de la ventana, temerosa de que la vieran; y, mientras iba de un lado para otro de la habitación, intentando serenarse, las miradas inquisitivas y asombradas de sus tíos sólo empeoraron las cosas.

La señorita Darcy y su hermano aparecieron, y llegó el momento de la temida presentación. Elizabeth advirtió con asombro que su nueva conocida estaba, cuando

menos, tan azarada como ella. Desde su llegada a Lambton había oído que la señorita Darcy era extremadamente orgullosa; pero, después de observarla unos minutos, comprendió que sólo era extremadamente tímida. A duras penas logró que le contestara con algo que no fuera un monosílabo.

La señorita Darcy era alta, y de constitución más robusta que Elizabeth; y, aunque acababa de cumplir dieciséis años, su figura estaba formada y su aspecto era elegante y femenino. No era tan guapa como su hermano, pero su semblante reflejaba sensatez y buen humor, y sus maneras no podían ser más amables y menos afectadas. Elizabeth, que había esperado encontrar en ella una observadora tan perspicaz y segura de sí misma como el señor Darcy, sintió un gran alivio al descubrir que abrigaba unos sentimientos tan diferentes.

Acababan casi de llegar cuando Darcy le comunicó que Bingley también pensaba visitarla; y apenas había tenido tiempo de expresar su satisfacción y de prepararse para recibirlo cuando oyeron en la escalera los pasos raudos del joven, que se apresuró a entrar en la habitación. Toda la indignación de Elizabeth contra él había desaparecido hacía tiempo; pero, de haberle quedado alguna, se habría disipado ante la franca cordialidad con que se dirigió a ella al verla de nuevo. Le preguntó por su familia en general, aunque con mucho afecto, y se condujo y habló con el buen humor y la naturalidad de siempre.

Aquel personaje suscitó casi el mismo interés en los señores Gardiner que en su sobrina. Hacía mucho tiempo que deseaban verlo. A decir verdad, todos los presentes excitaban su curiosidad. La sospecha que acababa de asaltarles sobre el señor Darcy y Elizabeth les animó a centrar su atención en ellos, aunque lo hicieran con tanta vehemencia como discreción; y no tardaron en convencerse de que al menos uno de los dos sabía lo que era amar. Sobre los sentimientos de la dama siguieron albergando dudas; pero era evidente que el caballero no cabía en sí de admiración.

Elizabeth, por su parte, tenía mucho que hacer. Quería averiguar lo que pensaba cada uno de sus visitantes, recuperar la presencia de ánimo y agradar a todos; y era en este último propósito, el que más le preocupaba, donde más asegurado tenía el éxito, pues aquellos a quienes intentaba complacer estaban predispuestos en su favor. Bingley se sentía inclinado, Georgiana deseosa, y Darcy decidido a dejarse seducir por su simpatía.

Al ver a Bingley, los pensamientos de Elizabeth volaron de forma natural hacia su hermana; y ¡cuán ardientemente anheló saber si los del joven tenían el mismo destino! Alguna que otra vez creyó advertir que hablaba menos que en anteriores encuentros, y en un par de ocasiones acarició la idea de que, al mirarla, estuviera buscando un parecido. Pero, aunque aquello fuera imaginario, no podía engañarle su comportamiento con la señorita Darcy, considerada la rival de Jane. No observó nada en ninguno de los dos jóvenes que dejara traslucir un cariño especial. No sucedió

nada entre ellos que pudiera justificar las esperanzas de la señorita Bingley. En seguida se convenció; y ocurrieron dos o tres cosas antes de que sus visitantes se marcharan que, según interpretó, denotaban que el señor Bingley aún recordaba a Jane con cierta ternura y que, de haberse atrevido, habría dicho algo para hacer que hablaran de su hermana. Bingley le comentó, en un momento en que los demás conversaban, y en un tono que reflejaba verdadero pesar, que «había pasado mucho tiempo desde que había tenido el placer de verla por última vez»; y, antes de que Elizabeth pudiera contestar, agregó:

—Más de ocho meses. No nos hemos visto desde el 26 de noviembre, cuando todos bailamos en Netherfield.

A Elizabeth le encantó que el joven recordara la fecha con tanta exactitud; y más tarde, cuando no le oía nadie, Bingley aprovechó la ocasión para preguntarle si todas sus hermanas se encontraban en Longbourn. No había nada de particular en la pregunta ni en su comentario anterior, pero tanto las miradas como los ademanes que los acompañaban fueron muy significativos.

Elizabeth no tuvo demasiadas oportunidades de mirar al señor Darcy; pero, siempre que lo hizo, percibió en su rostro una expresión complaciente y, en sus palabras, un tono tan alejado de la altanería y del desdén que llegó a la conclusión de que el cambio experimentado por sus modales del que había sido testigo la víspera, por muy pasajero que resultara, había sobrevivido al menos un día. Cuando veía cómo buscaba el trato y la buena opinión de personas con las que, apenas unos meses antes, le habría parecido deshonroso relacionarse; cuando lo veía tan atento, no sólo con ella sino también con los familiares a los que había despreciado sin ambages, y recordaba la última escena que ambos habían vivido en la rectoría de Hunsford, la diferencia, el cambio eran tan grandes y le impresionaban de tal modo que tuvo que hacer lo imposible para disimular su asombro. Nunca, ni siquiera en compañía de sus queridos amigos de Netherfield, ni de sus altivos parientes de Rosings, lo había visto tan ansioso de agradar, tan poco prepotente o distante como en aquellos momentos, cuando el triunfo de sus esfuerzos carecía de importancia, y cuando el mero hecho de conocer a aquellos a quienes ahora dirigía sus atenciones habría concitado las burlas y la censura de las damas de Netherfield y de Rosings.

Los visitantes se quedaron más de media hora y, cuando se levantaron para marcharse, el señor Darcy pidió a su hermana que se uniera a él para expresar su deseo de que los señores Gardiner y la señorita Bennet fueran a cenar a Pemberley antes de abandonar la región. La señorita Darcy, aunque con la falta de desenvoltura de quien no está acostumbrado a hacer invitaciones, accedió de buena gana. La señora Gardiner miró a su sobrina, ansiosa por saber si ella, a quien más concernía la invitación, prefería rechazarla, pero Elizabeth había vuelto la cabeza. Imaginando, sin embargo, que aquel gesto evasivo se debía más a una turbación momentánea que al

disgusto por la propuesta, y advirtiéndole en su marido, muy sociable por naturaleza, una total disposición, la señora Gardiner se permitió aceptar la invitación, que se fijó para dos días después.

Bingley se mostró encantado ante la perspectiva de volver a ver a Elizabeth, pues tenía aún muchas cosas que contarle y muchas preguntas que hacerle sobre sus amigos de Hertfordshire. Ella lo interpretó como un deseo de oírle hablar de su hermana, y se alegró muchísimo; y, por ese motivo, así como por otros, cuando los visitantes se marcharon, fue capaz de pensar en la última media hora con cierta satisfacción, aunque apenas hubiera disfrutado mientras transcurría. Impaciente por quedarse a solas, y temerosa de las preguntas e indirectas de sus tíos, se quedó con ellos sólo el tiempo necesario para saber que Bingley les había causado muy buena impresión, y luego se fue corriendo a vestirse.

Pero no tenía por qué temer la curiosidad del señor y de la señora Gardiner; lo último que deseaban era forzarla a hablar. Era evidente que su sobrina conocía al señor Darcy mucho más de lo que ellos pensaban; era evidente que él estaba muy enamorado de ella. Había muchas cosas que les interesaban, pero nada que justificara su indiscreción.

Lo que ahora les preocupaba era tener una buena opinión del señor Darcy; les había tratado de un modo exquisito. No podían ser indiferentes a su cortesía y, si hubieran tenido que definir su carácter basándose exclusivamente en sus propios sentimientos y en la información del ama de llaves, nadie que hubiera tratado al señor Darcy en Hertfordshire lo habría reconocido. A los Gardiner les interesaba, no obstante, creer cuanto decía el ama de llaves; y comprendieron en seguida que las palabras de una criada tan respetable, y que lo conocía desde los cuatro años, no podían rechazarse alegremente. Tampoco sus amigos de Lambton habían oído nada que restara valor a su testimonio. Sólo podían acusarle de orgulloso; y posiblemente lo era, pero, aunque no lo fuera, no hay duda de que eso podían pensar de él los habitantes de una pequeña población de mercado que la familia Darcy jamás visitaba. Tenía fama, sin embargo, de ser un hombre generoso, y de hacer mucho bien entre los pobres.

En cuanto a Wickham, los viajeros no tardaron en descubrir que no se le apreciaba demasiado; pues, aunque se sabía poco de sus discrepancias con el hijo de su benefactor, era notorio que, al marcharse de Derbyshire, había dejado muchas deudas que el señor Darcy se cuidó más tarde de saldar.

Los pensamientos de Elizabeth, por su parte, pasaron más tiempo en Pemberley que la noche anterior; y, aunque la velada transcurrió lentamente, no duró lo suficiente para que lograra decidir cuáles eran sus sentimientos por uno de los moradores de aquella mansión; y pasó dos horas sin conciliar el sueño tratando de averiguarlo. Era indudable que no lo odiaba. No; el odio se había desvanecido hacía

tiempo, y casi desde entonces se avergonzaba de haber sentido algo parecido a la animadversión. El respeto que le inspiraba el convencimiento de que era un hombre lleno de cualidades, aunque al principio le costara reconocerlo, había dejado de contrariarla; y se estaba convirtiendo en algo de naturaleza más amistosa gracias al testimonio tan elocuente en su favor que había escuchado el día anterior, y que daba una imagen admirable de su carácter. Pero sobre todo, por encima del respeto y de la estima, había algo en su interior que no podía pasar por alto. Y era la gratitud. Gratitud no sólo por haberla amado en el pasado, sino por quererla aún lo suficiente para perdonar la irritabilidad y la acritud con que lo había rechazado, así como todas las acusaciones injustas que habían acompañado a su negativa. Quien debía considerarla —Elizabeth estaba persuadida— su peor enemiga parecía ansioso, en aquel encuentro casual, de conservar su amistad y, sin ninguna muestra indelicada de afecto ni nada que llamara la atención en su forma de tratarla, buscaba la buena opinión de sus tíos y se empeñaba en presentarle a su hermana. Semejante cambio en un hombre tan orgulloso suscitaba en ella, además de asombro, agradecimiento, pues sólo podía atribuirse al amor, al amor más apasionado; y, como tal, despertaba unas sensaciones en absoluto desagrables que tenía deseos de alentar aunque no pudiera definir. Ella lo respetaba, lo apreciaba, le estaba agradecida y sentía verdadero interés por su bienestar; y sólo necesitaba saber hasta qué punto deseaba que ese bienestar dependiera de ella, y hasta qué punto —y a fin de contribuir a la felicidad de ambos— debía utilizar el poder que aún creía poseer para que él volviera a cortejarla.

Como la señorita Darcy había tenido la extraordinaria cortesía de ir a verlos el mismo día de su retorno a Pemberley, donde había llegado a media mañana, tía y sobrina decidieron imitarla, aunque no pudieran estar a su altura, y tener alguna atención con ella; en consecuencia, les pareció muy oportuno devolverle la visita a la mañana siguiente. Y eso es lo que acordaron. Elizabeth se alegró mucho, aunque, cuando se preguntó por qué, a duras penas supo qué contestarse.

El señor Gardiner se marchó poco después del desayuno. La víspera le habían reiterado la invitación a pescar, por lo que se había citado a mediodía con algunos caballeros de Pemberley.



Capítulo XLV



hora que Elizabeth estaba convencida de que la señorita Bingley la detestaba porque estaba celosa de ella, no podía sino pensar en lo poco grata que le sería su presencia en Pemberley, y sentía curiosidad por saber con cuánta cortesía reanudaría su relación.

Al llegar a la casa, les condujeron a través del vestíbulo hasta un salón, cuya orientación norte lo convertía en un lugar muy agradable en verano. Desde sus ventanas, que daban al parque, se disfrutaba de una vista harto refrescante de las altas colinas boscosas que se alzaban detrás de la casa, y de los hermosos robles y castaños que crecían sobre la hierba más cercana.

En el salón los recibió la señorita Darcy, que estaba con la señora Hurst y la señorita Bingley, además de con la dama que residía con ella en Londres. La acogida de Georgiana fue muy cortés, pero iba acompañada de una turbación que, si bien nacía de la timidez y el miedo a actuar de forma incorrecta, podía fácilmente transmitir a quienes se sentían inferiores la impresión de ser una joven orgullosa y reservada. La señora Gardiner y su sobrina, sin embargo, no la juzgaron mal, e incluso tuvieron lástima de ella.

La señora Hurst y la señorita Bingley se limitaron a hacerles una reverencia; y,

cuando las recién llegadas tomaron asiento, reinó durante unos momentos un silencio incómodo como suelen ser los silencios de esa clase. Lo rompió la señora Annesley, una mujer elegante y bastante agraciada, cuyos esfuerzos por entablar algún tipo de diálogo reflejaron un refinamiento mayor que el de cualquiera de las otras dos damas; y, entre ella y la señora Gardiner, con la ayuda ocasional de Elizabeth, consiguieron que la conversación no decayera. Era como si la señorita Darcy quisiera juntar fuerzas para intervenir; y a veces aventuraba alguna frase breve cuando corría menos peligro de que la oyeran.

Elizabeth no tardó en darse cuenta de que la señorita Bingley estaba pendiente de ella, y de que no podía pronunciar una palabra, sobre todo si iba dirigida a la señorita Darcy, sin llamar su atención. Este descubrimiento no le habría impedido hablar con esta última si hubieran estado sentadas más cerca; aunque tampoco lamentara no tener gran cosa que decir. Se hallaba sumida en sus propios pensamientos. Esperaba que en cualquier momento entrasen en el salón algunos de los caballeros. Deseaba y temía que el dueño de la casa estuviera entre ellos; y no podía determinar con precisión si era mayor su temor o su deseo. Debía de llevar un cuarto de hora así, sin oír la voz de la señorita Bingley, cuando Elizabeth oyó que ésta le preguntaba con frialdad por la salud de su familia. Le respondió con la misma brevedad e indiferencia, y su interlocutora guardó silencio.

Nada cambió hasta que entraron los criados con fiambres, pasteles y un surtido de las mejores frutas de temporada; pero eso sólo ocurrió después de repetidas y elocuentes miradas y sonrisas de la señora Annesley a la señorita Darcy para recordarle sus deberes de anfitriona. Y todos los presentes tuvieron algo que hacer, pues, aunque no todos hablaran, todos podían comer; y las hermosas pirámides de uvas, nectarinas y melocotones no tardaron en reunir a las damas en torno a la mesa.

Mientras comían, Elizabeth tuvo ocasión de dilucidar si era mayor su temor o su deseo de que apareciese el señor Darcy, por los sentimientos que la dominaron cuando lo vio entrar en el salón; y entonces, aunque instantes antes hubiera concluido que era mayor su deseo, empezó a lamentar su presencia.

El señor Darcy había pasado un buen rato en compañía del señor Gardiner, que estaba pescando en el río con dos o tres caballeros alojados en Pemberley, y a quien había dejado sólo después de enterarse de que su mujer y su sobrina pensaban visitar a Georgiana aquella mañana. En cuanto apareció, Elizabeth tomó la sabia decisión de portarse con total naturalidad y desenvoltura; una decisión que necesariamente había que adoptar pero quizá no tan fácil de cumplir cuando advirtió las sospechas que los dos despertaban en los demás, y cómo eran muy pocos los ojos que no observaran lo que hacía el señor Darcy al entrar en el salón. Ningún rostro reflejaba tanta curiosidad como el de la señorita Bingley, pese a las sonrisas que prodigaba siempre que se dirigía a uno de sus objetos de interés; pues los celos aún no la habían sumido en la

desesperación, y las atenciones que dispensaba al señor Darcy no habían cesado en absoluto. La señorita Darcy, al ver a su hermano, se esforzó mucho más por hablar; y Elizabeth se percató de que éste deseaba vivamente que Georgiana y ella intimaran, y alentaba en lo posible cualquier tentativa de conversación entre ambas. A la señorita Bingley tampoco le pasó inadvertido este detalle, y, con la imprudencia de la ira, aprovechó la primera oportunidad para preguntar, con burlona cortesía:

—Dígame, señorita Eliza, ¿no ha abandonado Meryton la milicia del condado? Ha debido de ser una gran pérdida para su familia.

En presencia de Darcy, la señorita Bingley no se atrevió a pronunciar el nombre de Wickham; pero Elizabeth comprendió al instante que éste se hallaba presente en sus pensamientos; y los recuerdos relacionados con el oficial parecieron quebrantar su ánimo; mas, esforzándose con denuedo por rechazar tal alevoso ataque, respondió inmediatamente a la pregunta casi sin inmutarse. Mientras hablaba, una mirada involuntaria le hizo saber que Darcy, un tanto sonrojado, no despegaba los ojos de ella, y que su hermana, presa de la confusión, era incapaz de levantar la vista del suelo. Si la señorita Bingley hubiera sabido el dolor que infligía a su querida amiga, sin duda se habría abstenido de hacer aquel comentario; pero lo único que pretendía era incomodar a Elizabeth sacando a colación a un hombre por el que, según creía, la joven se interesaba, con objeto de que dejara traslucir algún sentimiento que pudiera perjudicarla a ojos del señor Darcy, y, tal vez, recordar a éste las locuras y disparates que vinculaban a algunos miembros de su familia con ese regimiento. Jamás había oído una palabra sobre el intento de fuga de la señorita Darcy. Aquel episodio se había guardado siempre en secreto, y sólo lo conocía Elizabeth; el señor Darcy pensaba que los últimos que debían enterarse eran los familiares de Bingley, precisamente por el deseo que Elizabeth le había atribuido tiempo atrás de que acabaran convirtiéndose en parientes de Georgiana. No cabía duda de que Darcy había tenido en mente tal plan, y, aunque éste no influyera necesariamente en su decisión de separar a Bingley de la señorita Bennet, es probable que hiciera más viva su preocupación por el bienestar de su amigo.

La serenidad de Elizabeth, sin embargo, atemperó la agitación del señor Darcy; y como la señorita Bingley, ofendida y decepcionada, no osó continuar con sus alusiones a Wickham, Georgiana pareció recuperarse, aunque no lo bastante para volver a intervenir en la conversación. Su hermano, cuyos ojos temía encontrar, parecía no acordarse bien de su implicación en el asunto, y la misma circunstancia que debía alejar a Elizabeth de sus pensamientos pareció servir para que los centrara en ella de un modo cada vez más jubiloso.

La visita de la señora Gardiner y su sobrina no se prolongó mucho después de la pregunta y la respuesta anteriormente citadas; y mientras el señor Darcy las acompañaba hasta el carruaje, la señorita Bingley dio rienda suelta a sus sentimientos

criticando a Elizabeth, así como su comportamiento y su vestimenta. Pero Georgiana no le siguió la corriente. Los elogios de su hermano bastaban para granjearse su buena opinión: Darcy nunca se equivocaba al juzgar a las personas. Y le había dicho tales cosas de Elizabeth que Georgiana no podía por menos de encontrarla encantadora. Cuando Darcy volvió al salón, la señorita Bingley no pudo sino repetirle alguno de los comentarios que acababa de hacerle a su hermana.

—¡Qué mala cara tenía esta mañana la señorita Eliza Bennet, señor Darcy! — exclamó—. ¡Hay que ver lo que ha cambiado desde el invierno! ¡Su tez se ha vuelto tan oscura y poco delicada! Louisa y yo estamos de acuerdo en que no la habríamos reconocido.

Por muy poco que le hubieran gustado estas palabras, el señor Darcy se contentó con responder fríamente que el único cambio que advertía en ella era que estaba bastante bronceada, consecuencia nada milagrosa de viajar en verano.

—Por mi parte —respondió la señorita Bingley—, debo confesar que jamás he visto la menor belleza en ella. Tiene la cara demasiado delgada; el cutis sin brillo; y las facciones poco correctas. A la nariz le falta carácter; no hay nada anguloso en sus líneas. La dentadura es aceptable, aunque bastante corriente; en cuanto a sus ojos, que algunos encuentran muy hermosos, nunca he percibido nada extraordinario en ellos. Tienen una mirada incisiva, maliciosa, que no me gusta lo más mínimo. Y su aire de suficiencia, sin el menor motivo que lo justifique, resulta intolerable.

Convencida como estaba la señorita Bingley de que Darcy admiraba a Elizabeth, aquélla no era la mejor manera de congraciarse con él; pero la persona enojada no siempre es juiciosa; y conseguir que se irritara era todo cuanto anhelaba. Al señor Darcy, sin embargo, no se le escapó ni una palabra; y la señorita Bingley, empeñada en que dijera algo, añadió:

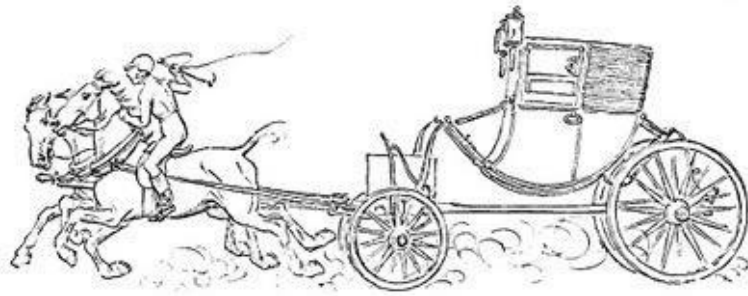
—Recuerdo que, cuando la conocimos en Hertfordshire, nos quedamos sorprendidos de que se la considerara una belleza. Y me acuerdo muy bien del comentario que hizo usted una noche, después de que los Bennet cenaran en Netherfield: «¡Ella, una belleza! Entonces habría que decir que su madre es un dechado de ingenio». Pero luego pareció cambiar usted de opinión, y creo que hubo un momento en que le pareció incluso bonita.

—Sí —replicó Darcy, sin poder contenerse más—. Pero eso sólo fue al principio, porque hace ya muchos meses que la considero una de las mujeres más atractivas que conozco.

Acto seguido se marchó, y la señorita Bingley se quedó con la satisfacción de haberle obligado a decir lo que a nadie causaba ningún dolor salvo a ella misma.

En el trayecto de vuelta, la señora Gardiner y Elizabeth hablaron de todo lo ocurrido durante su visita, excepto de lo que realmente les interesaba. Comentaron el aspecto físico y el comportamiento de todos los presentes, menos de la persona que

más había llamado su atención. Hablaron de su hermana, de sus amigos, de su casa, de su fruta... de todo menos de él; y, sin embargo, Elizabeth estaba deseando saber lo que la señora Gardiner pensaba del señor Darcy, y a la señora Gardiner le habría encantado que su sobrina sacara el asunto a colación.



Capítulo XLVI



Elizabeth se sintió muy decepcionada al no encontrar carta de Jane a su llegada a Lambton; y su decepción se repitió todas las mañanas, hasta que al tercer día dejó de lamentarse y comprendió que no tenía nada que reprochar a su hermana, pues recibió dos cartas suyas al mismo tiempo, una de ellas con el sello de haberse extraviado. A Elizabeth no le sorprendió, porque la dirección escrita por Jane resultaba casi ilegible.

Pensaban salir a pasear cuando le entregaron las cartas; y sus tíos se marcharon solos para que ella disfrutara tranquilamente de su lectura. Decidió abrir primero la que se había perdido, escrita cinco días antes. La primera mitad describía las pequeñas fiestas y compromisos, junto con el género de noticias que podía ofrecer el vecindario; pero la última parte, fechada un día después y redactada con evidente nerviosismo, contenía una información mucho más importante. Rezaba así:

Desde que escribí lo anterior, queridísima Lizzy, ha ocurrido algo tan inesperado como grave; pero no quiero alarmarte: has de saber que todos nos encontramos bien. Lo que tengo que decirte se refiere a la pobre Lydia. Ayer, a las doce de la noche, cuando acabábamos de acostarnos, llegó un correo urgente del coronel Forster para avisarnos de que nuestra hermana se había fugado a Escocia^[*] con uno de sus oficiales; a decir verdad, ¡con Wickham! Imagina nuestra sorpresa. A Kitty, sin embargo, no parece extrañarle demasiado. Lo lamento tantísimo. ¡Un enlace tan imprudente para ambos! Aunque estoy dispuesta a esperar lo mejor, y a pensar que se ha malinterpretado el carácter de Wickham. No me resulta difícil creer que sea un hombre indiscreto y alocado, pero este paso (y alegrémonos de ello) no indica que sea una mala persona. Su elección, al menos, es desinteresada, pues sabe que Lydia no aportará ninguna dote al matrimonio. Nuestra pobre madre está destrozada. Nuestro padre lo lleva mejor. ¡Menos mal que no les contamos lo que se ha dicho en contra de Wickham! Nosotras también tenemos que olvidarlo. Al parecer, se marcharon el sábado por la noche, pero nadie los echó en falta hasta ayer a las ocho de la mañana. De inmediato, nos enviaron el mensaje urgente. Mi querida Lizzy, debieron de pasar a

menos de quince kilómetros de nosotros. El coronel Forster dice que en seguida vendrá a vernos. Lydia dejó unas líneas para su mujer, comunicándole sus intenciones. Y ahora tengo que despedirme, pues no puedo dejar mucho tiempo sola a nuestra pobre madre. Temo que no entiendas nada, apenas sé lo que he escrito.

Sin detenerse a reflexionar, y sin saber casi lo que sentía, Elizabeth cogió inmediatamente la otra carta y, abriéndola con la mayor impaciencia, leyó lo que su hermana había escrito un día después.

A estas horas, queridísima hermana, habrás recibido la carta que te escribí precipitadamente ayer. Ojalá ésta sea más inteligible, pero, aunque dispongo de más tiempo, me siento tan confusa que no sé si lograré ser coherente. Mi querida Lizzy, no sé cómo decírtelo, pero he de darte malas noticias, y no puedo demorarlo. Por muy imprudente que sea el matrimonio entre el señor Wickham y nuestra pobre Lydia, lo que ahora nos angustia es tener la certeza de que se ha celebrado, pues hay motivos de sobra para temer que no se encuentren en Escocia. El coronel Forster se presentó en Longbourn ayer; había salido la víspera de Brighton, a las pocas horas de mandarnos el correo urgente. Aunque la nota de Lydia para la señora Forster daba a entender que se dirigían a Gretna Green^[*], a Denny se le escapó que estaba convencido de que Wickham nunca había tenido la intención de ir allí ni de casarse con Lydia; y el coronel Forster, al enterarse, se alarmó muchísimo y partió inmediatamente de Brighton para seguirles el rastro. Lo hizo sin problemas hasta Clapham, pero allí les perdió la pista; pues, al llegar a esa localidad, Wickham y Lydia se bajaron de la silla de posta que los había llevado desde Epsom y alquilaron un carruaje. Lo único que se sabe después de eso es que continuaron por la carretera de Londres. No sé qué pensar. Después de hacer todas las pesquisas imaginables en la parte sur de la ciudad, el coronel Forster se dirigió hacia Hertfordshire, preguntando afanosamente en todos los puestos de peaje^[**], así como en las posadas de Barnet y Hatfield, aunque sin éxito alguno, ya que nadie había visto pasar a la pareja que describía. Se presentó en Longbourn de lo más afligido, y nos comunicó sus temores de un modo que puso de manifiesto su buen corazón. Me siento muy apenada por él y por la señora Forster, pero no se les puede culpar de nada. Estamos terriblemente angustiados, querida Lizzy. Nuestros padres esperan lo peor, pero yo no puedo pensar tan mal de Wickham. Por las circunstancias que sea, tal vez les convenga más casarse secretamente en Londres que seguir el plan inicial; e incluso en el caso de que él hubiera planeado algo así contra una joven con las relaciones de Lydia, lo que es muy improbable, ¿cómo voy a creer que mi hermana pueda ser tan insensata? Imposible. Me entristece ver, sin embargo, que el coronel Forster no da el menor crédito a esa boda; movió la cabeza cuando yo expresé mis esperanzas, y dijo que dudaba que el señor Wickham fuera un hombre de fiar. Nuestra pobre madre ha enfermado de veras y no sale de su habitación. Le convendría dominar sus nervios, pero no parece

posible; en cuanto a papá, jamás lo he visto tan afectado. La pobre Kitty ha sido foco de las iras de todos por ocultar la relación entre Lydia y Wickham; pero, al tratarse de una confidencia, eso no tendría que extrañarle a nadie. No sabes cuánto me alegra, queridísima Lizzy, que te hayas ahorrado algunas de estas escenas tan dolorosas; pero, ahora que ha pasado el primer golpe, ¿puedo confesarte cuánto ansío tu regreso? No soy tan egoísta, sin embargo, como para insistir si tu venida presenta algún inconveniente. Adiós.

Vuelvo a coger la pluma para hacer lo que acabo de decir que nunca haría, pero las circunstancias son tales que no puedo sino imploraros a todos que regreséis a casa lo antes posible. Conozco tan bien a nuestros queridos tíos que no temo pedirselo, aunque todavía tenga algo más que rogarles. Nuestro padre saldrá inmediatamente hacia Londres con el coronel Forster, para intentar descubrir el paradero de Lydia. No sé cuáles son sus intenciones; pero el dolor que le abrumba le impedirá tomar las medidas oportunas, y el coronel Forster tiene que estar de nuevo en Brighton mañana por la noche. Dada la situación, el consejo y la ayuda de nuestro tío serían inestimables; estoy segura de que entenderá lo que siento, y confío en su bondad.

—¡Oh! ¿Dónde, dónde estará mi tío? —dijo Elizabeth al terminar la carta poniéndose en pie de un salto, y dispuesta a salir tras él sin perder un solo momento de un tiempo tan precioso; pero, cuando llegó a la puerta, un criado la abrió y apareció el señor Darcy.

La palidez del rostro de la joven y su impetuosidad sobresaltaron al visitante y, antes de que pudiera recuperarse para decir algo, Elizabeth, que no podía pensar en otra cosa que en la situación de Lydia, exclamó con precipitación:

—Discúlpeme, pero tengo que dejarle. Tengo que encontrar inmediatamente al señor Gardiner para un asunto que no admite demora; no tengo ni un instante que perder.

—¡Dios mío! ¿Qué sucede? —preguntó él con más sentimiento que cortesía; y, recobrando la compostura, añadió—: No la detendré ni un segundo, pero permita que sea yo, o el criado, quien vaya en busca del señor y de la señora Gardiner. Usted no está en condiciones; no puede ir.

Elizabeth vaciló, pero le temblaban las rodillas, y comprendió que no era la más indicada para ir en busca de su tío. Volvió a llamar al criado, en consecuencia, y le encargó, aunque con una voz tan entrecortada que apenas resultó inteligible, que hiciera regresar al instante a sus señores.

Cuando el sirviente se marchó, Elizabeth tomó asiento, incapaz de sostenerse en pie; y parecía tan desconsolada que Darcy no pudo sino quedarse con ella y decir, en un tono cariñoso y compasivo:

—Permítame que llame a su doncella. ¿Hay algo que pueda usted tomar y que la reconforte? Una copa de vino, ¿quiere que se la traigan? Está usted muy mal.

—Se lo agradezco, pero no es necesario —contestó ella, intentando sobreponerse—. No me pasa nada. Me encuentro bien. Sólo estoy angustiada por una noticia terrible que acabo de recibir de Longbourn.

Se echó a llorar al decirlo y, durante unos minutos, fue incapaz de pronunciar otra palabra. Darcy, con el alma en vilo, sólo pudo balbucir su preocupación, y contemplar a la joven sumido en un silencio conmisericordioso.

—Acaba de llegarme una carta de Jane con una noticia espantosa —exclamó finalmente Elizabeth—. No tiene sentido ocultarla. Mi hermana menor ha dejado a todas sus amistades... se ha fugado... se ha arrojado en brazos de... del señor Wickham. Huyeron juntos de Brighton. Conoce usted demasiado bien al señor Wickham para dudar de sus intenciones. Lydia no tiene dinero, ni una familia influyente, ni nada que pueda tentarle a... ¡Está perdida para siempre!

Darcy se quedó paralizado.

—Cuando pienso —añadió ella, aún más agitada— ¡que yo podría haberlo evitado! Yo, que estaba al tanto de cómo era ese individuo. Si hubiera explicado a mi familia una parte... sólo una parte de lo que sabía. Si hubiera desvelado su carácter, no habría pasado nada. Pero ahora es demasiado tarde.

—Estoy realmente consternado —dijo el señor Darcy—, consternado y perplejo. Pero ¿tienen la seguridad de que es cierto?

—¡Oh, sí! Huyeron juntos de Brighton el domingo por la noche, y se siguió su rastro casi hasta Londres, pero no más allá. Es evidente que no han ido a Escocia.

—Y ¿qué se ha hecho, qué se ha intentado para rescatar a su hermana?

—Mi padre ha partido para Londres, y Jane nos ha escrito para que el señor Gardiner salga inmediatamente en su ayuda; espero que no tardemos más de media hora en irnos de Lambton. Pero no se puede hacer nada; sé muy bien que no se puede hacer nada. ¿Cómo podrían convencer a ese hombre? ¿Cómo van siquiera a descubrir su paradero?[*] No tengo la menor esperanza. Se mire por donde se mire, es horrible.

Darcy se limitó a asentir con la cabeza.

—Cuando se me abrieron los ojos sobre su verdadero carácter, ¡ojalá hubiera sabido lo que debía hacer, lo que tenía que haberme atrevido a hacer! Pero lo ignoraba... tuve miedo de ir demasiado lejos. ¡Cometí un error imperdonable!

Darcy no contestó. Apenas parecía oírla, e iba de un lado a otro de la habitación entregado a sus meditaciones, con el ceño fruncido y un aire muy sombrío. Elizabeth se percató en seguida, y comprendió al instante lo que ocurría. Su poder sobre él se estaba desvaneciendo; todo se desvanecía ante semejante prueba de debilidad familiar, ante la certeza de su ignominiosa deshonra. No podía ni asombrarse ni censurarlo, pero la convicción de que Darcy se alejaría de ella no brindó el menor consuelo a su pecho, ni mitigó su pesar. Por el contrario, pareció ayudarle a interpretar sus propios deseos; y jamás había tenido tanta conciencia de que podría

haberlo amado como entonces, cuando todo posible amor era ya vano.

Pero las cuestiones íntimas, aunque afloraran, no podían absorber su atención. Lydia, la humillación, el sufrimiento que estaba deparándoles a todos, borraron en seguida cualquier preocupación personal; y, cubriéndose el rostro con el pañuelo, Elizabeth relegó al olvido todo lo demás. Tras un silencio de varios minutos, volvió a tener conciencia de cuanto la rodeaba gracias a la voz de su acompañante, quien, de un modo que aunque reflejaba compasión también denotaba reserva, dijo:

—Me temo que lleva usted mucho tiempo deseando que me marche, y no hay nada que justifique mi presencia aquí, si exceptuamos mi inquietud, tan real como inútil. Ojalá pudiera decir o hacer algo que ofreciera consuelo a tanto dolor. Pero no la atormentaré más con vanos deseos, que podrían parecer encaminados a solicitar su agradecimiento. Sospecho que este desafortunado asunto impedirá que mi hermana tenga el placer de verla hoy en Pemberley.

—Oh, sí. Tenga la bondad de disculparnos ante la señorita Darcy. Dígale que un asunto urgente nos obliga a volver a casa inmediatamente. Oculte usted la triste realidad el mayor tiempo posible. Sé que no será mucho.

Él le aseguró que guardaría el secreto; y, después de reiterarle su pesadumbre por lo ocurrido y de desear que todo tuviera un final más feliz de lo que en aquel momento cabía esperar, le pidió que saludara a sus tíos y, con una mirada muy seria de despedida, salió de la posada.

Cuando se marchó, Elizabeth pensó en lo improbable que sería que volvieran a tratarse con la misma cordialidad que había caracterizado sus encuentros en Derbyshire; y, contemplando retrospectivamente su relación en conjunto, tan llena de vicisitudes y contradicciones, suspiraba ante la contumacia de unos sentimientos que ahora habría alentado y que en el pasado le hubiera gustado reprimir.

Si la gratitud y la estima son buenos cimientos para el afecto, el cambio en el sentir de Elizabeth no resultará extraño ni censurable. Pero, si el cariño que surge de tales fuentes no es razonable ni natural en comparación con el que a menudo nace después de una primera conversación, e incluso antes de que se hayan intercambiado dos palabras, no puede decirse nada en su defensa, salvo que la joven había ensayado en cierto modo este último método en el caso de Wickham, y que su fracaso tal vez la autorizaba a poner en práctica la otra posibilidad de aprecio, aunque fuera mucho menos interesante. Sea como fuere, Elizabeth vio marchar a Darcy con pesar; y aquel primer ejemplo de lo que la infamia de Lydia podía depararles aumentó su aflicción mientras reflexionaba sobre tan desgraciado asunto. Desde que había leído la segunda carta de Jane, en ningún momento había albergado la esperanza de que Wickham se casara con su hermana. Nadie que no fuera Jane, pensó, podía hacerse ilusiones. A Elizabeth no le había sorprendido en lo más mínimo el desarrollo de los acontecimientos. La primera carta la había dejado asombrada, perpleja: ¿cómo iba a

casarse Wickham con una joven sin dinero? Y le resultaba incomprensible que Lydia hubiera conquistado su cariño. Pero todo encajaba ahora. Para una relación así su hermana podía tener suficientes encantos; y, aunque no creía que Lydia hubiera aceptado deliberadamente huir con él sin intención de contraer matrimonio, sabía que ni su virtud ni su entendimiento impedirían que se convirtiera en una presa fácil.

Mientras el regimiento estuvo en Hertfordshire, Elizabeth nunca advirtió que a Lydia le atrajera Wickham, pero estaba convencida de que su hermana sólo necesitaba que la alentaran un poco para encapricharse de alguien. Unas veces se trataba de un oficial, otras veces de otro, según quien la cubriera de atenciones. Sus afectos cambiaban sin cesar, aunque estaban siempre depositados en alguien. ¡Cuánto daño habían causado la desidia y una malentendida indulgencia en una joven como ella! Elizabeth lo percibía ahora con tanta claridad...

Tenía muchas ganas de volver a casa: para oír, ver, estar allí, compartir con Jane todo el peso que llevaba sobre los hombros en una familia tan desquiciada, con un padre ausente y una madre incapaz del menor esfuerzo, y que reclamaba constantes atenciones; y, aunque estaba casi segura de que no podía hacerse nada por Lydia, la mediación de su tío le parecía sumamente importante, y, hasta que no lo vio entrar en la habitación, creyó morir de impaciencia. El señor y la señora Gardiner regresaron muy alarmados, al suponer, por la explicación del criado, que su sobrina se había puesto súbitamente enferma; pero, después de tranquilizarlos en ese sentido, Elizabeth se apresuró a comunicarles el porqué de su llamada, leyéndoles en voz alta las dos cartas y haciendo hincapié en la posdata de la segunda con trémula energía. Aunque nunca habían sentido especial predilección por Lydia, el señor y la señora Gardiner parecieron muy afectados por la noticia. Era algo que no perjudicaba sólo a Lydia, sino a toda la familia; y, tras las primeras exclamaciones de sorpresa y espanto, el señor Gardiner prometió hacer cuanto estuviera en su mano para ayudarles. Elizabeth, aunque no esperaba menos, se lo agradeció con lágrimas en los ojos; y, como si los tres pudieran leerse el pensamiento, lo dispusieron todo para emprender el viaje. Saldrían lo antes posible.

—Pero ¿qué hacemos con la invitación a Pemberley? —preguntó la señora Gardiner—. John nos ha dicho que el señor Darcy estaba aquí cuando le enviaste a buscarnos; ¿es cierto?

—Sí; y le expliqué que no podríamos cenar con ellos. Ya está todo arreglado.

«Ya está todo arreglado —repitió la señora Gardiner para sus adentros mientras corría a su habitación para prepararse—. ¿Serán sus relaciones lo bastante amistosas para que ella le haya contado la verdad? ¡Lo que daría por saberlo!»

Pero sus deseos quedaron en el aire; o, en el mejor de los casos, sirvieron sólo para entretenerla en medio de las prisas y de la confusión de la hora que precedió a su marcha. Si Elizabeth hubiera tenido tiempo para estar ociosa, habría seguido

pensando que un ser tan desdichado como ella no estaba en condiciones de hacer nada; pero debía ultimar los preparativos, al igual que su tía, y escribir a sus amigos de Lambton alegando alguna falsa excusa por su marcha repentina. Bastó una hora, sin embargo, para que todo estuviera listo; y, como el señor Gardiner había pagado, mientras tanto, la cuenta de la posada, lo único que les quedaba por hacer era ponerse en camino; y Elizabeth, después de todo el sufrimiento de la mañana, se encontró, mucho antes de lo que había imaginado, sentada en un carruaje con destino a Longbourn.



Capítulo XLVII



e estado pensando en este asunto, Elizabeth —dijo su tío cuando salían de Lambton—, y, después de darle muchas vueltas, me siento más dispuesto que antes a juzgar las cosas como tu hermana Jane. Me parece tan poco probable que un joven maquine semejante plan contra una muchacha que en absoluto carece de protección ni de amigos y que, de hecho, se alojaba con la familia de su coronel, que no puedo sino inclinarme a esperar lo mejor. ¿Acaso esperaba que sus amistades se cruzaran de brazos? ¿Acaso supone que podrá seguir en el regimiento después de semejante afrenta al coronel Forster? Si se compara con la tentación, el riesgo era demasiado grande.

—¿Lo dice de veras? —exclamó Elizabeth, animándose por unos instantes.

—Lo cierto es que yo también empiezo a pensar como tu tío —comentó la señora Gardiner—. Es una vulneración demasiado grave del decoro, del honor y de sus intereses. No puedo creer que Wickham sea tan horrible. ¿Tienes tan mal concepto de él, Lizzy, como para considerarlo capaz de eso?

—Quizá no sea capaz de perjudicar sus intereses, pero sí todo lo demás. ¡Ojalá estuvieran ustedes en lo cierto! Pero no me atrevo a confiar. ¿Por qué no fueron a Escocia si tenían esa intención?

—En primer lugar —replicó el señor Gardiner—, no sabemos a ciencia cierta si están o no en Escocia.

—Tiene razón. Pero el hecho de que dejaran la silla de posta y alquilaran un carruaje es muy significativo. Y, además, no se ha encontrado el menor rastro suyo en

la carretera de Barnet.

—Bueno, supongamos entonces que siguen en Londres. Tal vez estén allí con el único objetivo de ocultarse. No creo que ninguno de los dos disponga de mucho dinero, y quizá se les haya ocurrido que casarse en la ciudad sería más barato, aunque más lento, que hacerlo en Escocia.

—Pero ¿por qué tanto misterio? ¿Por qué ese temor a que los descubran? ¿Por qué esa boda secreta? No, no creo que la celebren. El mejor amigo de Wickham, según Jane, está convencido de que nunca albergó el propósito de casarse con ella. Jamás contraerá matrimonio con una mujer sin dinero. No se lo puede permitir. ¿Y qué tiene Lydia a su favor, qué atractivos, aparte de juventud, salud y buen humor, para que Wickham renuncie por ella a la posibilidad de mejorar su posición con una buena boda? En cuanto a la influencia que puedan tener sobre él las críticas del regimiento por fugarse con Lydia de un modo tan deshonroso, no estoy en condiciones de juzgarlo, ya que ignoro qué consecuencias podrían derivarse de un acto así. En lo que se refiere a su otra objeción, me temo que es fácilmente rebatible. Lydia no tiene hermanos que puedan defender su honor^[*]; y, después de ver cómo es mi padre —su indolencia y la escasa atención que siempre ha parecido prestar a lo que ocurría en su familia—, supongo que Wickham imaginaba que haría y pensaría lo menos que puede hacer y pensar un padre ante semejante situación.

—Pero ¿crees que Lydia está tan enamorada como para acceder a vivir con él sin pasar por la vicaría? ¿Puede haber perdido el juicio hasta tal punto?

—Eso parece —respondió Elizabeth con lágrimas en los ojos—, y es realmente terrible poner en duda el sentido del decoro y la virtud de una hermana en una cuestión así. Pero lo cierto es que no sé qué decir. Tal vez sea injusta con ella. Lydia es muy joven; nunca se le ha enseñado a pensar en cosas serias; y lleva seis meses, mejor dicho, un año, dedicada única y exclusivamente a divertirse y presumir. Se le ha permitido vivir en la ociosidad y entregarse a las mayores frivolidades, y adoptar las opiniones que le diera la gana. Desde que la milicia del condado se acuarteló en Meryton sólo ha tenido en la cabeza amores, coqueteos y oficiales. A fuerza de pensar y hablar sobre el tema ha conseguido dar una mayor..., ¿cómo podría decirlo?, intensidad a sus sentimientos, que ya son lo bastante fogosos por naturaleza. Y todos sabemos que a Wickham no le faltan atractivos para conquistar a una mujer.

—Pero ya ves que Jane —dijo su tía— no piensa tan mal de Wickham como para creerlo capaz de semejante vileza.

—¿Acaso Jane ha pensado alguna vez mal de alguien? ¿A quién iba a creer capaz de algo así, fuera cual fuera su comportamiento anterior, mientras no existieran pruebas en su contra? Pero Jane sabe tan bien como yo quién es realmente Wickham. Las dos sabemos que ha llevado una vida disoluta en todos los sentidos. Que carece de integridad y de honor. Que es tan falso y mentiroso como seductor.

—¿Y tienes la certeza de todo eso? —preguntó la señora Gardiner, muerta de curiosidad por la fuente de información de su sobrina.

—En efecto —contestó Elizabeth, enrojeciendo—. Ya le conté el otro día lo infame que había sido con el señor Darcy; y usted misma, la última vez que estuvo en Longbourn, oyó lo que Wickham decía del hombre que le había tratado con tanta paciencia y generosidad. Y hay otra circunstancia que no tengo libertad..., que no merece la pena comentar; pero sus mentiras sobre la familia de Pemberley son innumerables. Por lo que me dijo de la señorita Darcy, estaba preparada para encontrar a una joven orgullosa, reservada y antipática. Pero él sabía que era todo lo contrario. Sabe que es tan amable y sencilla como la hemos conocido nosotros.

—¿Acaso Lydia no está al corriente de todo eso? ¿Cómo puede ignorar algo que Jane y tú parecéis conocer tan bien?

—Sí, ¡eso es lo peor! Hasta que llegué a Kent, y vi con frecuencia al señor Darcy y a su primo el coronel Fitzwilliam, no supe la verdad. Y, cuando volví a casa, el regimiento iba a dejar Meryton al cabo de una o dos semanas. Por ese motivo, ni Jane, a quien le conté todo, ni yo consideramos necesario revelar lo que sabíamos; pues ¿a quién podía serle de utilidad que acabáramos con su buena reputación en el vecindario? Y, cuando se decidió que Lydia acompañara a la señora Forster, ni se me pasó por la cabeza que conviniera abrirle los ojos. Ni se me ocurrió que pudiera correr el peligro de que Wickham la engañara. No le costará mucho imaginar lo lejos que estaba de mis pensamientos que fuera a pasar algo así.

—Cuando todos se marcharon a Brighton, por lo tanto, no tenías motivos para pensar que se querían.

—Ni el más mínimo. No recuerdo haber visto entre ellos la menor muestra de afecto; de haber existido algún indicio, ya sabe que en nuestra familia no hubiera pasado inadvertido. Cuando Wickham se enroló en la milicia, Lydia estaba más que dispuesta a enamorarse de él, pero a las demás nos ocurrió lo mismo. Todas las jóvenes de Meryton y alrededores perdieron la cabeza por Wickham los dos primeros meses; pero, como él nunca mostró la menor predilección por Lydia, tras un período razonable de exaltada y delirante admiración, los sentimientos de mi hermana se enfriaron, y otros oficiales del regimiento, más atentos con ella, volvieron a adueñarse de su corazón.

A pesar de lo poco que podía aportar a sus temores, esperanzas y conjeturas dar tantas vueltas a aquel interesante asunto, es comprensible que, durante el trayecto, ningún otro tema lograra acaparar mucho tiempo su atención. Elizabeth no podía pensar en otra cosa. Presa del remordimiento —la más atroz de las angustias—, fue incapaz de encontrar un solo momento de olvido o de sosiego.

Viajaron tan rápido como les fue posible y, después de pasar la noche en la carretera, llegaron a Longbourn al día siguiente a la hora del almuerzo. Para Elizabeth

fue un consuelo pensar que la espera de Jane no había sido muy larga.

Los pequeños Gardiner, atraídos por la aparición de una silla de posta, les aguardaban en la escalinata de entrada; y, cuando el carruaje se detuvo ante la puerta, la jubilosa sorpresa que iluminó sus rostros y recorrió sus cuerpos, empujándoles a dar toda suerte de cabriolas y saltos, fue una primera muestra de la cariñosa bienvenida que les esperaba.

Elizabeth se apeó de un salto y, después de besar apresuradamente a cada uno de sus primos, entró como una exhalación en el vestíbulo, donde Jane, que bajaba corriendo del dormitorio de su madre, estuvo al instante con ella.

Las dos hermanas se abrazaron cariñosamente con los ojos llenos de lágrimas mientras Elizabeth preguntaba si sabían algo de los fugitivos.

—Todavía no —contestó Jane—. Pero ahora que ha venido nuestro querido tío, confío en que todo se arregle.

—¿Nuestro padre está en Londres?

—Sí, se marchó el martes, como te decía en la carta.

—¿Y habéis tenido noticias de él a menudo?

—Sólo una vez. Me mandó unas líneas el miércoles para decir que había llegado bien y para darme su dirección, como yo le había pedido encarecidamente que hiciera. Añadía que no volvería a escribir hasta que tuviera algo importante que comunicarnos.

—Y nuestra madre, ¿qué tal está? ¿Cómo estáis todas?

—Nuestra madre se encuentra bastante bien, aunque de lo más alterada. Está en el piso de arriba, y se alegrará muchísimo de veros. Todavía no sale de su habitación. Mary y Kitty, a Dios gracias, están perfectamente.

—Pero y tú, ¿cómo estás tú? —inquirió Elizabeth—. Te veo tan pálida... ¡Qué mal lo has tenido que pasar!

Su hermana, sin embargo, le aseguró que estaba muy animosa; y la conversación que las dos sostenían mientras el señor y la señora Gardiner saludaban a sus hijos concluyó cuando todo el grupo se acercó a ellas. Jane, alternando las sonrisas con las lágrimas, fue corriendo a dar la bienvenida y las gracias a sus tíos.

Cuando todos estuvieron en el salón, el señor y la señora Gardiner repitieron las preguntas que ya había formulado Elizabeth, y en seguida descubrieron que Jane no tenía nada nuevo que contarles. La esperanza de un final feliz, sin embargo, acariciada por la bondad de su propio corazón, aún no la había abandonado; seguía confiando en que todo acabara bien: cualquier mañana llegaría una carta de Lydia o de su padre explicando su proceder y anunciando, tal vez, la boda.

La señora Bennet, a cuya habitación subieron todos después de conversar unos minutos, los recibió exactamente como era de imaginar: con lágrimas y exclamaciones de pesar, invectivas contra la abyecta conducta de Wickham, y quejas

por lo mucho que sufría y el poco caso que se le hacía; culpando a todo el mundo menos a la persona que, con su excesiva indulgencia, había alimentado en primer lugar los errores de su hija.

—Si hubiera podido —dijo— hacer mi voluntad e ir a Brighton con toda la familia, esto no habría ocurrido; pero la pobre Lydia no tenía a nadie que la cuidara. ¿Cómo es posible que los Forster no estuvieran pendientes de ella a todas horas? Seguro que no le han prestado la menor atención, pues Lydia jamás haría algo así estando bien vigilada; no es esa clase de joven. Siempre pensé que el coronel y su mujer no estaban capacitados para hacerse cargo de ella; pero, como es habitual, nadie me hizo caso. ¡Mi pobre niña! Y ahora el señor Bennet se ha marchado, y sé que se batirá en duelo con Wickham allí donde lo encuentre, y que éste le matará... y entonces ¿qué será de nosotras? Los Collins nos echarán de Longbourn antes de que mi marido se enfríe en su tumba; y, si tú no nos ayudas, hermano, ignoro qué será de nosotras.

Todos protestaron contra tan terribles ideas; y el señor Gardiner, después de hacer hincapié en el cariño que sentía por ella y por sus hijas, le comunicó su intención de salir para Londres al día siguiente, con el fin de ayudar al señor Bennet en sus esfuerzos por rescatar a Lydia.

—No te abandones a la desesperación —añadió—, no sirve de nada; aunque sea bueno estar preparado para lo peor, no tenemos constancia de que haya ocurrido. Hace menos de una semana que se fueron de Brighton. Es posible que tengamos alguna noticia de ellos en unos días y, hasta que no sepamos que no se han casado, ni tienen el propósito de hacerlo, no demos el asunto por perdido. En cuanto llegue a Londres, convenceré a mi cuñado para que se instale conmigo en Gracechurch Street, y entonces decidiremos juntos qué conviene hacer.

—¡Mi querido hermano! —exclamó la señora Bennet—. Eso es exactamente lo que quería. Y, cuando llegues a la ciudad, encuéntralos sin falta, estén donde estén; y, si no se han casado todavía, oblígales a hacerlo. En cuanto al ajuar, no permitas que eso les detenga; dile a Lydia que, después de la boda, tendrá todo el dinero que quiera para comprarlo. Y, sobre todo, impide que el señor Bennet se bata en duelo. Explícale el estado tan deplorable en que me encuentro, y que me muero de miedo; que tengo tales temblores y convulsiones por todo el cuerpo, espasmos en el costado, dolores de cabeza y palpitaciones que no logro descansar ni de día ni de noche. Y dile a mi querida Lydia que no elija sus vestidos antes de verme, pues ignora cuáles son las mejores tiendas. ¡Eres tan bueno, querido hermano! Sé que lo arreglarás todo.

El señor Gardiner le reiteró que se desviviría por ayudarles, pero no pudo sino recomendarle moderación, tanto en sus esperanzas como en sus temores; y, después de hablar con ella hasta que la comida estuvo en la mesa, dejaron que continuara explayándose con el ama de llaves, que se encargaba de cuidarla en ausencia de sus

hijas.

Aunque su hermano y su cuñada estaban convencidos de que no existía ningún motivo real para que se recluyera en su habitación, prefirieron seguirle la corriente, pues sabían que carecía de la prudencia necesaria para no irse de la lengua en presencia de los criados que atendían la mesa, y juzgaron más oportuno que sólo una sirvienta, aquella en la que más podían confiar, estuviera al tanto de todos los temores y preocupaciones de la señora Bennet.

Una vez en el comedor, no tardaron en unirse a ellos Mary y Kitty, demasiado ocupadas hasta entonces para salir de sus dormitorios. Una venía de sus libros y la otra de acicalarse. El rostro de ambas, sin embargo, estaba razonablemente sereno; no se advertía el menor cambio en ellas, salvo que la pérdida de su hermana preferida o la indignación familiar suscitada por su participación en el asunto hacían que la voz de Kitty sonara más destemplada que de costumbre. En cuanto a Mary, era lo bastante dueña de sí misma para susurrarle a Elizabeth con expresión grave y pensativa, poco después de que se sentaran a la mesa:

—¡Qué asunto tan desafortunado! Y probablemente será la comidilla de todos... Pero hemos de detener la corriente de malicia, y verter el bálsamo del consuelo fraterno en el pecho herido de nuestras hermanas.

Y, al ver que Elizabeth no tenía ganas de contestar, agregó:

—Por muy triste que sea este asunto para Lydia, nosotros podemos sacar de él esta lección tan provechosa: que la pérdida de la virtud en la mujer es irreparable; que un paso en falso supone su perdición; que su reputación es tan frágil como preciosa; y que toda cautela es poca en su trato con personas del otro sexo que sólo merecen desprecio.

Elizabeth levantó la mirada estupefacta, pero estaba demasiado abatida para responder. Mary, sin embargo, siguió consolándose con reflexiones morales de ese estilo, inspiradas en la desgracia que tenían ante sí.

Por la tarde, las dos hermanas mayores consiguieron pasar media hora a solas; y Elizabeth aprovechó la oportunidad para hacer un sinnúmero de preguntas que Jane le respondió encantada. Después de lamentar juntas las terribles consecuencias de aquel episodio —indudables para Elizabeth y para Jane no del todo inevitables—, la primera continuó diciendo:

—Pero cuéntame con todo detalle lo que me falta por saber. No te olvides de nada. ¿Qué dijo el coronel Forster? ¿No intuían algo antes de la fuga? Debían de verlos siempre juntos.

—El coronel Forster reconoció que a menudo había sospechado cierta debilidad, sobre todo por parte de Lydia, pero nada que le pareciera alarmante. Lo siento mucho por él. No ha podido ser más atento y cariñoso con nosotros. Pensaba venir a Longbourn para comunicarnos su preocupación antes de descubrir que no se dirigían

a Escocia: cuando sus temores se hicieron realidad, adelantó el viaje.

—¿Y Denny estaba convencido de que Wickham no se casaría? ¿Conocía sus planes de fugarse? ¿Habló personalmente con el coronel Forster?

—Sí. Pero, cuando éste le interrogó, Denny aseguró desconocer las intenciones de su amigo y eludió dar su opinión. Tampoco le dijo que estaba convencido de que no se casarían; por eso tengo la esperanza de que quizá antes se le interpretara mal.

—Y ¿ninguno de vosotros dudó del enlace hasta la llegada del coronel Forster?

—¿Cómo se nos iba a pasar semejante idea por la cabeza? Yo estaba un poco preocupada, temía que nuestra hermana no fuera feliz en su matrimonio, pues sabía que la conducta de Wickham no había sido siempre irreprochable. Nuestros padres lo ignoraban, y sólo les inquietaba la imprudencia de la boda. Kitty confesó entonces, encantada, como es natural, de saber más que nosotros, que la última carta de Lydia la había preparado para semejante trance. Al parecer, hacía semanas que estaba al tanto de sus amoríos.

—Pero no había nada entre ellos antes de ir a Brighton, ¿verdad?

—No, creo que no.

—Y el coronel Forster, ¿te dio la impresión de tener una mala opinión de Wickham? ¿Conoce su verdadero carácter?

—He de confesar que no habló tan bien de Wickham como antes. Le parece un joven temerario y derrochador. Y, después de tan deplorable suceso, dicen que se marchó de Meryton dejando muchísimas deudas; pero espero que sea un infundio.

—¡Oh, Jane! ¡Si no hubiéramos guardado el secreto, si hubiéramos contado lo que sabíamos de él, no habría sucedido esto!

—Tal vez habría sido preferible —respondió su hermana—, pero revelar las faltas del pasado de una persona desconociendo sus sentimientos actuales parecía imperdonable. Nuestras intenciones no pudieron ser mejores.

—¿El coronel Forster os contó los detalles de la nota que Lydia escribió a su mujer?

—La trajo consigo para que la viéramos.

Jane sacó la misiva de su libreta, y se la dio a Elizabeth. Decía lo siguiente:

Mi querida Harriet:

Te reirás al saber a dónde he ido, y tampoco yo puedo dejar de reírme al imaginar tu sorpresa cuando mañana por la mañana me eches en falta. Me voy a Gretna Green y, si no puedes adivinar con quién, pensaré que eres una ingenua, porque sólo amo a un hombre en el mundo, y éste es un ángel. Nunca podría ser feliz sin él, así que no te preocupes por mi marcha. No tienes por qué comunicárselo a mi familia si no quieres, pues eso hará que su sorpresa sea aún mayor cuando les escriba una carta y firme Lydia Wickham. ¡Será tan gracioso! Apenas puedo escribir, ¡me estoy riendo

tanto! Te ruego que le presentes mis excusas a Pratt por faltar a mi palabra y no bailar con él esta noche. Dile que confío en que me disculpe cuando se entere de todo, y que será un gran placer para mí ser su pareja en el próximo baile en que nos encontremos. Enviaré por mi ropa en cuanto llegue a Longbourn, pero me gustaría que, antes de hacer el equipaje, Sally me cosiera un desgarrón en el vestido de muselina bordado. Adiós. Da recuerdos al coronel Forster de mi parte. Espero que brindéis por nuestro viaje.

Tu amiga que te quiere,

LYDIA BENNET

—¡Insensata, insensata Lydia! —exclamó Elizabeth cuando terminó su lectura—. ¿Cómo pudo escribir esta carta en un momento así? Aunque por lo menos demuestra que su intención era casarse. Por mucho que después Wickham la convenciera de otra cosa, Lydia no se proponía ninguna infamia. ¡Pobre papá! ¡Habría sido tan duro para él!

—Jamás he visto a nadie tan trastornado. Pasó diez minutos sin articular palabra. Nuestra madre se sintió indispuesta de inmediato, ¡y en la casa reinaba tal confusión...!

—¡Oh, Jane! —dijo Elizabeth—. ¿Hubo algún criado que no se enterara de la historia antes de acabar el día?

—No lo sé. Espero que sí. Pero es muy difícil ser discreto en estas situaciones. Nuestra madre fue presa de la histeria y, aunque me esforcé cuanto pude, no creo que mi ayuda le sirviera de mucho. Supongo que el horror ante lo que podría suceder me dejó anonadada.

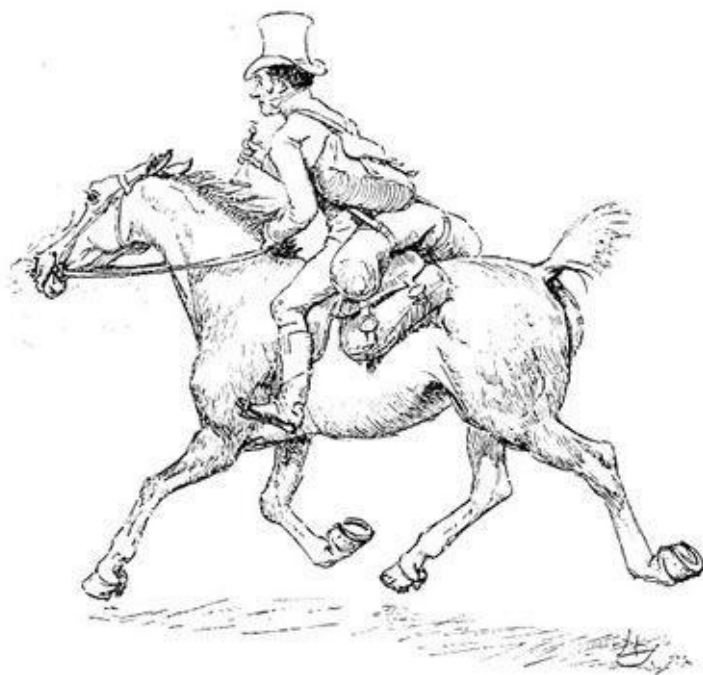
—Atender a mamá ha sido demasiado para ti. Pareces agotada. ¡Ojalá hubiera estado aquí para compartir contigo penas y preocupaciones!

—Mary y Kitty han sido muy cariñosas, y estoy convencida de que me habrían echado una mano en todo, pero no me pareció bien. Kitty es menuda y delicada, y Mary estudia tanto que debemos respetar sus horas de descanso. La tía Philips vino a Longbourn el martes, después de que se marchara nuestro padre, y tuvo el detalle de quedarse conmigo hasta el jueves; fue una gran ayuda y un gran consuelo para todas. Lady Lucas ha sido muy amable; vino andando el miércoles por la mañana para expresarnos sus condolencias, y nos ofreció cualquier cosa que necesitáramos de ella o de sus hijas.

—Más valía que se hubiera quedado en casa —dijo Elizabeth—; es posible que sus intenciones fueran buenas, pero, en una desgracia como ésta, nadie tiene ganas de ver a los vecinos. La ayuda es imposible; la condolencia, insoportable. Que celebren su triunfo sobre nosotros en la lejanía.

Acto seguido preguntó qué planes tenía su padre, mientras estuviera en Londres, para encontrar a Lydia.

—Tengo entendido que pensaba ir a Epsom —respondió Jane—, el último lugar donde cambiaron los caballos, y hablar con los postillones para intentar descubrir algo. Su objetivo principal era averiguar la matrícula del coche de alquiler que los recogió en Clapham. Al parecer, había llegado de Londres con un pasajero. Según nuestro padre, quizá alguien se fijara en que un caballero y una dama pasaban de un carruaje a otro, y era en Clapham donde debía investigarlo. Si lograba saber en qué casa había dejado el cochero a su cliente, preguntaría allí, y confiaba en que no fuera imposible encontrar la parada y la matrícula del carruaje. Desconozco qué otros planes albergaba, pero tenía tanta prisa por marcharse y estaba tan perturbado que sólo pude averiguar, y con dificultad, lo que acabo de decirte.



Capítulo XLVIII



odos abrigaban la esperanza de recibir una carta del señor Bennet a la mañana siguiente, pero llegó el correo sin traer una línea suya. Su familia sabía que era, por lo general, un corresponsal negligente y perezoso, pero, dada la situación, confiaban en que hiciera un esfuerzo. Y llegaron sin remedio a la conclusión de que no tenía ninguna nueva agradable que comunicarles, aunque les habría gustado cerciorarse incluso de esa falta de noticias. El señor Gardiner no salió para Londres hasta comprobar que su cuñado no había escrito.

Mientras su tío estuviera ausente, tenían al menos la seguridad de que recibirían información constante de cuanto sucediera; y, antes de partir, prometió convencer al señor Bennet de que regresara a Longbourn lo antes posible para apaciguar a su hermana, que no veía otro modo de evitar que su marido muriera en un duelo.

La señora Gardiner decidió quedarse unos días más en Hertfordshire con sus hijos, ya que su presencia podía ser de utilidad para sus sobrinas. Compartía con ellas el cuidado de la señora Bennet, y les servía de gran consuelo en sus ratos libres. Su otra tía también las visitaba a menudo, según decía, con la intención de distraerlas y animarlas; pero, como siempre les contaba algún nuevo ejemplo del afán derrochador y de los excesos de Wickham, rara vez se marchaba sin dejarlas más abatidas que a su llegada.

Todo Meryton parecía empeñado en desacreditar al hombre que sólo tres meses antes consideraba casi un ángel de luz. Decían que tenía deudas con todos los

comerciantes de la localidad, y que sus aventuras amorosas, que demostraban su capacidad de seducción, habían revolucionado todos los hogares. El sentimiento unánime era que se trataba del joven más malvado del mundo; y todos empezaron a darse cuenta de que siempre habían desconfiado de su aparente bondad. Elizabeth, aunque no creía ni la mitad de lo que oía, estaba cada vez más convencida de la ruina de su hermana; e incluso Jane, que era aún más crítica con los rumores, estaba a punto de darse por vencida, ya que, si los dos jóvenes se hubieran dirigido a Escocia, algo que hasta entonces se había negado a descartar, probablemente habrían dado señales de vida a esas alturas.

El señor Gardiner se fue de Longbourn el domingo; su mujer recibió una carta suya el martes. Le comunicaba que había localizado a su cuñado nada más llegar a Londres, y que ya estaba con él en Gracechurch Street. Que el señor Bennet había estado antes en Epsom y en Clapham, donde no había averiguado nada; y que ahora se disponía a preguntar en los principales hoteles de la ciudad, ya que creía posible que se hubieran hospedado en uno de ellos antes de encontrar otro alojamiento. El señor Gardiner era bastante escéptico al respecto, pero su cuñado estaba tan animado con la idea que había decidido ayudarlo. Añadía que el señor Bennet se negaba por el momento a abandonar Londres, y prometía volverles a escribir en seguida. Había también una posdata que decía:

He enviado unas líneas al coronel Forster para rogarle que investigue, de ser posible, entre los oficiales amigos de Wickham si éste tiene algún familiar o conocido que pueda saber en qué parte de la ciudad se oculta. Si encontráramos a alguien capaz de facilitarnos esa pista, daríamos un gran paso. Ahora avanzamos a tientas. Supongo que el coronel Forster hará cuanto esté en su mano por ayudarnos. Aunque, pensándolo bien, quizá Lizzy sea la persona más indicada para decirnos si tiene algún pariente.

Elizabeth comprendió al instante el motivo de aquel comentario; pero no podía contestar nada que estuviera a la altura del cumplido.

Nunca había oído que Wickham tuviera familiares, excepto su padre y su madre, fallecidos muchos años antes. Era posible, sin embargo, que algunos de sus compañeros del regimiento dispusieran de más información; y, aunque no era demasiado optimista, aquella petición de ayuda al coronel Forster le daba alguna esperanza.

En Longbourn, cada mañana amanecía un nuevo día de inquietud, pero el peor momento era cuando aguardaban la llegada del correo. Las cartas eran el primer objeto de su impaciencia matinal. A través de ellas les comunicarían lo que de bueno o de malo tuvieran que saber, y todos los días esperaban alguna noticia de importancia.

Pero, antes de que volvieran a tener noticias del señor Gardiner, recibieron una

misiva del señor Collins para su padre. Jane empezó a leerla, pues tenía instrucciones de abrir cuanto llegara en ausencia del señor Bennet; y Elizabeth, que sabía lo curiosas que eran las cartas del clérigo, la leyó también por encima del hombro de su hermana. Decía lo siguiente:

Mi querido señor:

Debido a nuestro parentesco y a mi posición en la vida, me veo en la obligación de expresarle mis condolencias por la terrible desgracia que se ha abatido sobre ustedes, y de la que se nos informó ayer en una carta procedente de Hertfordshire. Tenga la seguridad, mi querido señor, de que la señora Collins y yo les compadecemos sinceramente a usted y a su respetable familia en su actual sufrimiento, sin duda de lo más amargo al emanar de un hecho que el tiempo no podrá borrar. Por mi parte no ahorraré argumentos que puedan mitigar su honda aflicción, o consolarles en medio de las circunstancias más penosas que unos padres pueden soportar. La muerte de su hija habría sido una alegría en comparación con esto. Y la situación resulta aún más lamentable porque existen razones para suponer, tal como me comunica mi querida Charlotte, que la conducta licenciosa de su hija proviene de un exceso de indulgencia en su educación; si bien, al mismo tiempo, para consuelo de usted y de la señora Bennet, me inclino a creer que es perversa por naturaleza, ya que, de lo contrario, no habría cometido semejante atrocidad a una edad tan temprana. Sea como fuere, me parecen ustedes dignos de lástima, opinión que comparten conmigo no sólo la señora Collins, sino también lady Catherine y su hija, a quienes he relatado el suceso. Coinciden conmigo en que este mal paso de una hija perjudicará el porvenir de todas las demás, porque, como tuvo la deferencia de decir lady Catherine, ¿quién querrá emparentar con una familia así? Y esta consideración me lleva, además, a recordar con mayor complacencia cierto acontecimiento del pasado noviembre, ya que, de haber sido otro su desenlace, me vería ahora involucrado en todo este dolor y esta deshonra. Permítame aconsejarle, mi querido señor, y a modo de consuelo, que retire para siempre su cariño a esa hija malnacida, y deje que recoja ella sola los frutos de su atroz afrenta.

Suyo afectísimo, mi querido señor, etcétera, etcétera.

El señor Gardiner no escribió de nuevo hasta recibir una respuesta del coronel Forster; y tampoco entonces tuvo nada tranquilizador que contarles. Nadie conocía la existencia de un solo pariente que se relacionara con Wickham, aunque se sabía que sus familiares más cercanos habían muerto. Había tenido muchos amigos en el pasado, pero, desde que estaba en la milicia, no parecía especialmente unido a ninguno de ellos. Así que no había nadie que pudiera proporcionar alguna pista. Y, dada su precaria situación económica, tenía un motivo muy poderoso para ocultarse, que se sumaba al temor de que la familia de Lydia los encontrara, pues acababa de saberse que había dejado tras de sí importantes deudas de juego. El coronel Forster

pensaba que serían necesarias más de mil libras para hacer frente a sus gastos en Brighton. También debía una suma considerable en Londres, pero sus deudas de honor eran todavía más cuantiosas. El señor Gardiner no quiso esconder esos detalles a la familia de Longbourn.

—¡Un jugador! —exclamó Jane, horrorizada—. Eso sí que es inesperado. No tenía la menor idea.

El señor Gardiner agregaba en su carta que el señor Bennet regresaría a casa al día siguiente, sábado. Desanimado por el fracaso de sus pesquisas, había cedido a los ruegos de su cuñado para que volviera a Longbourn y dejara en sus manos proseguir la búsqueda del modo que creyera más conveniente. Al saberlo, la señora Bennet no se mostró tan complacida como sus hijas esperaban, teniendo en cuenta lo angustiada que había estado por su vida.

—¡Cómo! ¿Que vuelve a casa sin la pobre Lydia? —dijo—. No puede irse de Londres sin haberlos encontrado. ¿Quién se batirá con Wickham y le obligará a casarse con nuestra hija si él regresa?

Como la señora Gardiner deseaba estar de nuevo en casa, acordaron que ella y sus hijos salieran para Londres al mismo tiempo que el señor Bennet hacía el recorrido contrario. El carruaje, en consecuencia, llevó a los huéspedes el primer tramo del camino, y luego regresó con su dueño a Longbourn.

La señora Gardiner se marchó sin saber qué pensar de Elizabeth y el amigo que la había cubierto de atenciones en Derbyshire. Su sobrina jamás había vuelto a pronunciar su nombre en presencia de ellos; y la vaga esperanza de la señora Gardiner de que llegara una carta del joven se había desvanecido. Elizabeth no había recibido ninguna misiva que pudiera proceder de Pemberley.

La dramática situación de la familia bastaba para explicar el abatimiento de Elizabeth; de ahí que no pudieran hacerse conjeturas a partir de ese detalle, aunque la joven, que para entonces comprendía bastante bien sus sentimientos, era perfectamente consciente de que, si no hubiera conocido a Darcy, habría soportado mejor la ignominia de Lydia. Se habría ahorrado al menos, pensaba, pasar la noche en blanco un día de cada dos.

El señor Bennet llegó con el mismo aire filosófico de siempre. Habló tan poco como de costumbre, y no mencionó siquiera el asunto que le había llevado a Londres; pasaron algunas horas antes de que sus hijas tuvieran el valor de hacerlo ellas.

Por la tarde, cuando se reunieron para tomar el té, Elizabeth se aventuró a sacar el tema; y entonces, al expresar en dos palabras su pesadumbre por lo mucho que el señor Bennet tenía que haber sufrido, éste le contestó:

—No digas eso. ¿Quién tenía que aguantar ese sufrimiento sino yo? Soy el culpable de todo, y el padecimiento debía ser mío.

—No sea usted tan severo consigo mismo —respondió Elizabeth.

—Haces bien en prevenirme contra ese mal. ¡La naturaleza humana es tan propensa a caer en él! No, Lizzy, deja que por una vez en la vida me eche la culpa de lo ocurrido. La impresión no me dejará anonadado. Pronto se me pasará.

—¿Cree que se encuentran en Londres?

—Sí; ¿en qué otro lugar podrían ocultarse mejor?

—Y Lydia siempre quería ir a Londres —añadió Kitty.

—Entonces estará feliz —dijo su padre con ironía—; probablemente tendrá que pasar allí una buena temporada.

Tras unos instantes de silencio, prosiguió:

—Lizzy, no te guardo rencor por el consejo tan cabal que me diste en el mes de mayo; después de lo ocurrido, no será sino una prueba de mi grandeza de espíritu.

Les interrumpió Jane, que venía a buscar una taza de té para su madre.

—Tanto ir y venir —dijo el señor Bennet— lo consuela a uno; ¡y da tal elegancia al infortunio! Otro día seguiré su ejemplo; me sentaré en mi biblioteca con el batín y el gorro de dormir, y molestaré todo lo que pueda... aunque quizá lo retrase hasta que se fugue Kitty.

—Yo no me fugaré, papá —protestó Kitty—; si alguna vez fuera a Brighton, me portaría mejor que Lydia.

—¿Tú? ¿A Brighton? ¡No dejaría que pasaras de East Bourne^[*] ni por cincuenta libras! No, Kitty; al final he aprendido a ser cauteloso, y tú sufrirás las consecuencias. Ningún oficial volverá a entrar en mi casa, ni podrá siquiera cruzar el pueblo. Los bailes quedan completamente prohibidos, a menos que seas la pareja de una de tus hermanas. Y nunca podrás poner un pie en la calle hasta demostrar que has empleado diez minutos del día de manera racional.

Kitty, que se tomó en serio todas estas amenazas, rompió a llorar.

—Bueno, bueno —dijo su padre—, no te disgustes tanto. Si te comportas bien los próximos diez años, te llevaré a un desfile militar.



Capítulo XLIX



os días después del regreso del señor Bennet, mientras Jane y Elizabeth paseaban entre los arbustos que había detrás de la casa, vieron que el ama de llaves iba hacia ellas y, convencidas de que la enviaba su madre, fueron a su encuentro; pero, al acercarse, en lugar del recado que esperaban, la oyeron decir:

—Perdone que las interrumpa, señorita Jane, pero tenía la esperanza de que hubieran recibido buenas noticias de Londres, y me he tomado la libertad de venir a preguntárselo.

—¿A qué se refiere, Hill? No ha llegado nada de Londres.

—Querida señorita —exclamó la señora Hill, estupefacta—. ¿No sabe que el señor Gardiner ha enviado un mensajero? Lleva ya media hora aquí, y ha traído una carta para el señor.

Las dos jóvenes echaron a correr hacia la casa, demasiado impacientes por ver a su padre para perder el tiempo hablando. Cruzaron el vestíbulo y entraron en la salita del desayuno, y de allí pasaron a la biblioteca; el señor Bennet no estaba en ninguna de las dos estancias. Cuando se disponían a subir al dormitorio de su madre, pensando que estaría con ella, se tropezaron con el mayordomo, que les dijo:

—Si buscan al señor, se dirige al bosquecillo.

Al oír esto, atravesaron nuevamente el vestíbulo y corrieron por el césped en pos de su padre, que se encaminaba hacia un pequeño bosque junto a la explanada que había delante de la casa.

Jane, que no era tan ágil ni estaba tan acostumbrada a correr como su hermana, no tardó en quedarse atrás; Elizabeth, jadeando, alcanzó a su padre y exclamó sin contenerse:

—¡Papá! ¿Qué noticias tiene? ¿Qué noticias tiene? ¿Ha sabido algo de nuestro

tío?

—Sí, un mensajero me ha traído una carta suya.

—Y ¿qué dice en ella? ¿Es bueno o malo?

—¡Como si pudiera esperarse algo bueno! —dijo el señor Bennet, sacando la misiva del bolsillo—. Pero tal vez quieras leerla.

Elizabeth le arrebató la carta de las manos, y Jane llegó hasta ellos.

—Lee en voz alta —le pidió su padre—, apenas sé lo que dice.

Gracechurch Street, lunes, 2 de agosto

Mi querido hermano:

Al fin puedo darte noticias de tu hija, y espero que, en conjunto, éstas sean de tu agrado. El sábado, poco después de tu marcha, tuve la suerte de averiguar en qué parte de Londres se ocultaban. Me reservo los detalles hasta nuestro próximo encuentro. Lo único que importa ahora es que conocemos su paradero, y he visto a ambos...

—Entonces es lo que siempre he creído —exclamó Jane—. ¡Están casados!

Elizabeth continuó leyendo:

... y he visto a ambos. No se han casado, ni he podido averiguar que tuvieran intención de hacerlo; pero, si estás dispuesto a cumplir las condiciones que me he aventurado a pactar en tu nombre, no creo que tarden mucho en contraer matrimonio. Cuanto se requiere de ti es el compromiso formal de que darás a Lydia su parte alícuota de las cinco mil libras que heredarán vuestras hijas después de tu fallecimiento y el de mi hermana, además de asignarle, mientras vivas, una renta de cien libras anuales. Se trata de dos cláusulas que, después de lo ocurrido, no he dudado en aceptar en tu nombre, sabiendo que gozaba de tu confianza. Enviaré esta carta con un mensajero para que traiga tu respuesta sin pérdida de tiempo. Como podrás ver, la situación del señor Wickham no es tan desesperada como creíamos. La gente se equivocaba al respecto; y me complace decir que, incluso después de saldar todas sus deudas, le quedará algún dinero para que Lydia viva con holgura, al margen de su fortuna personal. Si, como creo que será el caso, me concedes plenos poderes para actuar en tu nombre, daré inmediatamente instrucciones a Haggerston para que prepare el documento preciso. No será necesario que vengas a Londres para nada; así que quédate tranquilamente en Longbourn, y confía en mi diligencia y cautela. Envíame una respuesta lo antes posible, y asegúrate de darme tu autorización de manera explícita. Hemos juzgado oportuno que Lydia salga de nuestro domicilio el día de la boda, una idea que espero que sea de tu agrado. Hoy se instalará con nosotros. Te escribiré de nuevo en cuanto se concreten más cosas.

Tuyo afectísimo, etcétera.

EDW. GARDINER

—¿Será posible? —exclamó Elizabeth al terminar su lectura—. ¿Será posible que Wickham se case con ella?

—Entonces no es tan despreciable como creíamos —comentó su hermana—. Mi querido padre, le doy la enhorabuena.

—¿Ya ha contestado usted? —preguntó Elizabeth.

—No, pero hay que hacerlo en seguida.

La joven le rogó encarecidamente que no difiriera el asunto.

—Vamos, querido padre —insistió—, vuelva a casa y escriba su respuesta sin dilación. Piense en lo importante que es cada minuto en un caso así.

—Deje que la redacte yo —dijo Jane— si a usted le resulta enojoso.

—Muy enojoso —replicó él—, pero no hay más remedio que hacerlo.

Y, después de estas palabras, los tres se dieron la vuelta y regresaron hacia la casa.

—Si me permite preguntárselo, supongo que aceptará las condiciones del contrato... —inquirió Elizabeth.

—¿Aceptárlas? Estoy avergonzado de lo poco que pide.

—Y tienen que casarse... Con semejante hombre...

—Sí, sí, tienen que casarse. Es la única solución. Pero hay dos cosas que me encantaría saber: la primera es cuánto dinero le ha costado a vuestro tío arreglar este asunto; y la segunda, cómo voy a pagárselo.

—¿Dinero? ¿Nuestro tío? —exclamó Jane—. ¿Qué intenta decir, padre?

—Intento decir que nadie en su sano juicio se casaría con Lydia a cambio de tan sólo cien libras anuales mientras yo viva y cincuenta tras mi muerte.

—Tiene usted razón —reconoció Elizabeth—, aunque no se me había ocurrido antes. ¿Cómo va a quedarle algún dinero a Wickham después de liquidar todas sus deudas? ¡Ah! ¡Nuestro tío debe de ser el artífice! ¡Es tan bueno y generoso que temo que se haya quedado en las últimas! Una pequeña cantidad no bastaría para arreglar esto.

—No —dijo su padre—. Wickham sería un necio si aceptara desposarse con Lydia por menos de diez mil libras. Lamentaría tener que pensar tan mal de él ahora que vamos a ser parientes.

—¡Diez mil libras! ¡Dios no lo quiera! ¿Cómo vamos a poder devolver siquiera la mitad de esa suma?

El señor Bennet no contestó, y los tres, sumidos en graves reflexiones, continuaron en silencio hasta llegar a la casa. El padre se dirigió a la biblioteca para escribir, y las dos hijas entraron en la salita del desayuno.

—¡Se van a casar! —exclamó Elizabeth, en cuanto estuvieron solas—. ¡Es tan

extraño! Y debemos dar las gracias por ello. Aunque no tengan demasiadas probabilidades de ser felices y él sea un canalla, sólo podemos alegrarnos de su matrimonio. ¡Oh, Lydia!

—Me consuela pensar —respondió Jane— que Wickham no se casaría con Lydia si no la quisiera de veras. Por mucho que nuestro bondadoso tío le haya ayudado a saldar sus deudas, no puedo creer que haya desembolsado diez mil libras, ni nada por el estilo. Tiene sus propios hijos, y podrían nacerle más. ¿Cómo iba a prescindir siquiera de la mitad de ese dinero?

—Si algún día averiguamos la cuantía de las deudas de Wickham —dijo Elizabeth—, y la suma que piensa ofrecer a Lydia, sabremos con exactitud lo que el señor Gardiner ha hecho por ellos, ya que Wickham no tiene ni medio chelín. Nunca podremos corresponder a la generosidad de nuestros tíos. Acoger a Lydia en su casa y brindarle protección y apoyo es un sacrificio tan grande que jamás se lo agradeceremos lo suficiente. ¡Y en estos instantes estará con ellos! Si toda esa bondad no logra conmover a nuestra hermana, es que no merece ser feliz. ¡Se habrá sentido tan avergonzada al ver a nuestra tía!

—Tenemos que intentar olvidar cuanto ha sucedido —comentó Jane—. Todavía espero y confío en que sean felices. El hecho de que Wickham haya accedido a casarse con Lydia es una muestra, en mi opinión, de que ha sentado la cabeza. Su amor les apaciguará; y no me extrañaría que se volvieran tan formales y su vida fuera tan racional que, con el tiempo, nadie recordara sus pasadas imprudencias.

—Se han comportado de un modo —repuso Elizabeth— que ni tú, ni yo, ni nadie podremos olvidar jamás. Es inútil seguir hablando de ello.

De repente se les ocurrió que su madre debía de ignorar lo que pasaba, así que fueron a la biblioteca y preguntaron a su padre si quería que se lo comunicaran. El señor Bennet estaba escribiendo y, sin levantar la vista, respondió con frialdad:

—Como gustéis.

—¿Podemos llevarnos la carta del tío para leérsela?

—Llevaos lo que queráis y dejadme solo.

Elizabeth cogió la carta del escritorio, y las dos hermanas subieron a la habitación de la señora Bennet. Mary y Kitty estaban con ella: las tres se enterarían, por consiguiente, al mismo tiempo. Después de prepararlas un poco para las buenas noticias, leyeron la misiva del señor Gardiner. La señora Bennet apenas podía contenerse. Tan pronto como Jane leyó que el señor Gardiner confiaba en que Lydia se casara pronto, no cupo en sí de gozo, y las frases siguientes sólo sirvieron para aumentar su júbilo. Estaba en un paroxismo de alegría, mucho más violento que cualquier frenesí anterior de miedo o de dolor. Saber que su hija iba a casarse era suficiente. No le preocupaba que pudiera ser infeliz, ni recordaba con humillación su indecoroso comportamiento.

—¡Mi querida, querida Lydia! —exclamó—. ¡Qué maravilla! ¡Se casa! ¡Podré verla de nuevo! ¡Se casa a los dieciséis años! ¡Qué bueno y generoso es mi hermano! ¡Estaba segura de que lo arreglaría todo! ¡Deseo tanto ver a mi pequeña! ¡Y a Wickham también! ¡Pero falta el ajuar! Escribiré inmediatamente a mi cuñada para darle instrucciones. Lizzy, querida, vete corriendo a ver a tu padre y pregúntale cuánto dinero piensa darle. Espera, espera, iré yo. Toca la campanilla para que venga Hill, Kitty. Me vestiré en un momento. ¡Mi querida, querida Lydia! ¡Qué bien lo pasaremos cuando estemos juntas!

Su hija mayor se esforzó por mitigar un poco la vehemencia de sus arrebatos recordándole la deuda que había contraído toda la familia con el señor Gardiner.

—Pues este asunto ha tenido un desenlace feliz gracias, en gran medida, a su generosidad. Estamos convencidos de que se ha empeñado para ayudar a Wickham.

—Bueno —exclamó su madre—, es natural; ¿quién iba a hacerlo sino su tío? Si no tuviera su propia familia, mis hijas y yo heredaríamos todo su dinero; y es la primera vez que recibimos algo de él, si exceptuamos algunos regalos. ¡Qué bien! ¡Soy tan feliz! Dentro de poco tendré una hija casada. ¡La señora Wickham! ¡Suenan estupendamente! Y acaba de cumplir dieciséis años en junio. Mi querida Jane, estoy tan agitada que no puedo escribir; prefiero dictarte. Ya arreglaré más tarde con tu padre el asunto del dinero, el ajuar ha de encargarse ahora mismo.

Empezó a disertar sobre el percal, la muselina y la batista, y habría encargado un montón de cosas si Jane no la hubiera persuadido, aunque con cierta dificultad, de que esperara hasta consultarlo con su padre. Apenas tendría importancia retrasarlo un día, señaló su hija mayor; y la señora Bennet estaba demasiado contenta para ser tan testaruda como siempre. Y en seguida se le ocurrieron otros planes.

—Iré a Meryton —dijo— en cuanto me vista, y le daré la buena noticia a mi hermana Philips. A la vuelta, visitaré a lady Lucas y a la señora Long. Kitty, baja corriendo y pídemelo el carruaje. Me sentará muy bien tomar el aire, estoy segura. ¿Necesitáis algo de Meryton, niñas? ¡Ah! Aquí viene Hill. Mi querida Hill, ¿se ha enterado de la buena nueva? La señorita Lydia va a casarse; y ustedes beberán un cuenco de ponche para celebrar su boda.

La señora Hill se apresuró a expresar su alegría. Elizabeth recibió sus felicitaciones, al igual que el resto de la familia, y luego, cansada de tanto sinsentido, se refugió en su dormitorio para pensar con calma.

La situación de la pobre Lydia, en el mejor de los casos, no era en absoluto envidiable; pero tenía que estar agradecida de que no fuera peor. Así lo sentía Elizabeth; y, aunque el porvenir no auguraba ni una dicha razonable ni una gran prosperidad a su hermana, recordó sus temores de apenas dos horas antes y comprendió lo mucho que habían ganado todos.



Capítulo L



El señor Bennet había querido a menudo, en períodos anteriores de su vida, ahorrar una suma anual en lugar de gastarse todos sus ingresos, a fin de que su mujer —si le sobrevivía— y sus hijas quedaran en una posición más desahogada. Y ahora lo deseaba más que nunca. Si hubiera cumplido con su deber, Lydia no tendría que estar en deuda con su tío por la clase de honor o de respeto que pudiera ahora comprarse con dinero. El mérito de haber convencido a uno de los jóvenes más despreciables de Gran Bretaña para que se casara con ella habría correspondido sólo a su peculio.

Le preocupaba sobremanera que un asunto tan poco ventajoso para todos se arreglara únicamente a costa de su cuñado, y estaba decidido a averiguar la cuantía de la deuda para liquidarla lo antes posible.

Al principio de su matrimonio, al señor Bennet le había parecido inútil ahorrar, ya que, como era natural, iba a tener un hijo varón. Y, cuando ese hijo varón alcanzara la mayoría de edad, podrían acabar juntos con el dominio vinculado^[*] y las necesidades de su viuda y de sus hijos menores quedarían cubiertas. Y vinieron al mundo cinco niñas una detrás de otra, aunque sin duda el varón no tardaría en llegar: la señora Bennet siguió convencida de ello hasta muchos años después del nacimiento de Lydia. Cuando finalmente se perdió toda esperanza, era demasiado tarde para la frugalidad. La señora Bennet no tenía aptitudes para la economía, y sólo el amor de

su marido por la independencia había impedido que gastaran más de lo que tenían.

Las cláusulas matrimoniales aseguraban cinco mil libras a la señora Bennet y sus hijas; pero el modo de distribuirlas entre estas últimas dependía de los padres. Era una cuestión que, al menos en el caso de Lydia, debía ahora dirimirse, y el señor Bennet no vaciló en aceptar la propuesta de su cuñado. Después de agradecer las bondades del señor Gardiner, si bien expresándolo con la mayor concisión, puso por escrito su total conformidad con lo acordado, así como su voluntad de cumplir los compromisos contraídos en su nombre. Jamás se le había pasado por la cabeza que una cantidad tan irrisoria bastara para convencer a Wickham de que se casara con su hija. El pago de las cien libras apenas supondría para él una merma de diez libras anuales; pues, entre la comida, el dinero de bolsillo y los continuos regalos en metálico de su madre, ya se gastaba en Lydia prácticamente esa suma.

Otra agradable sorpresa es que todo pudiera arreglarse de un modo tan sencillo para él, ya que su mayor deseo era que aquel asunto le causara las menores molestias posibles. Una vez superados los primeros arrebatos de ira, que le llevaron a buscar febrilmente a su hija, había vuelto de forma natural a su estado anterior de indolencia. No tardó en enviar su respuesta; pues, aunque le costaba acometer una empresa, luego la ejecutaba con rapidez. Quería saber con detalle qué debía a su cuñado; pero estaba demasiado enojado con Lydia para escribirle una nota.

Las buenas noticias se difundieron rápidamente por la casa y, con una velocidad proporcional, por el vecindario; éste pareció aceptarlas con resignación. Desde luego, habría dado mucho más que hablar si la señorita Lydia Bennet hubiera llevado una vida disoluta en Londres; o, mejor aún, hubiera sido recluida en alguna granja solitaria. Pero la boda era también un buen tema de conversación; y los bondadosos deseos de prosperidad expresados por todas las malévolas ancianas de Meryton apenas perdieron su esencia con aquel cambio de circunstancias, ya que, con un marido así, la infelicidad de Lydia se daba por segura.

Hacía quince días que la señora Bennet no salía de su cuarto, pero aquel venturoso día volvió a ocupar, exultante, su sitio en la cabecera de la mesa. Ninguna sombra de vergüenza empañaba su victoria. El matrimonio de una hija, principal objeto de sus anhelos desde que Jane cumpliera dieciséis años, estaba a punto de celebrarse, y tanto sus pensamientos como sus palabras giraban en torno a cuantos detalles pudieran asociarse a una boda elegante, como las delicadas muselinas, los carruajes nuevos y los criados. Buscaba afanosamente por los alrededores un lugar donde Lydia pudiera vivir, y, sin saber ni tener en cuenta sus ingresos, desechaba muchas casas por no ser lo bastante amplias o importantes.

—Haye-Park estaría bien —afirmó—, si los Goulding la dejaran, o la gran casa de Stoke, si la sala fuera más grande; ¡pero Ashworth está demasiado lejos! No soportaría que estuviera a más de quince kilómetros; y en Purvis Lodge las

buhardillas son espantosas.

Su marido le permitió hablar sin interrupción en presencia de los criados. Pero, cuando éstos se retiraron, le dijo:

—Señora Bennet, antes de que alquiles una o todas esas casas para tus hijos, dejemos algo muy claro. Jamás pisarán una de las casas de este vecindario. No alentará su falta de escrúpulos recibéndolos en Longbourn.

Una larga discusión siguió a estas palabras, pero el señor Bennet se mantuvo firme; y la señora Bennet descubrió, con asombro y horror, que su marido no adelantaría ni una sola guinea para comprar el ajuar de su hija. Lydia no recibiría de él, según afirmó, la menor muestra de cariño con motivo de su boda. La señora Bennet era incapaz de comprenderlo. Que la indignación de su marido llegara al extremo inconcebible de negar a su hija un privilegio sin el cual su matrimonio apenas parecería válido superaba con creces cuanto creía verosímil. Era más sensible a la deshonra que supondría para las nupcias de Lydia la falta de un ajuar, que a la vergüenza que pudiera inspirarle el hecho de que ésta se hubiera fugado con Wickham y llevara veinte días viviendo con él antes de casarse.

Elizabeth lamentaba ahora profundamente que la angustia del momento le hubiera empujado a comunicar al señor Darcy su preocupación por Lydia; puesto que una boda pondría en seguida feliz término a la fuga, tal vez se pudiera ocultar un comienzo tan inconveniente a quienes no hubieran vivido directamente los hechos.

Sabía que el señor Darcy no se lo contaría a nadie. Había muy poca gente en cuya discreción confiara más; pero, al mismo tiempo, la humillaba sobremanera que conociese el desliz de su hermana. Y no porque pudiera perjudicarla a ella; de todos modos, existía entre ambos un abismo insalvable. Aunque el matrimonio de Lydia se hubiera acordado de la manera más honorable, era impensable que el señor Darcy quisiera emparentarse con una familia que, a sus anteriores imperfecciones, añadía ahora la alianza y el parentesco más cercano con un hombre al que tenía razones sobradas para despreciar.

A Elizabeth no le sorprendía que al señor Darcy le repugnara semejante relación. Su deseo de granjearse el aprecio de la joven, tan evidente para ella en Derbyshire, no podía sobrevivir, como es natural, a un golpe así. Se sentía humillada, dolida; y se arrepentía, aunque sin saber exactamente de qué. Ansiaba que Darcy la apreciara, ahora que se había desvanecido toda esperanza. Quería recibir noticias suyas, ahora que no existía la menor posibilidad. Estaba convencida de que habría sido feliz a su lado, cuando lo más probable era que no volviera a verlo más.

¡Qué triunfo para él, pensaba Elizabeth a menudo, descubrir que la propuesta matrimonial rechazada por ella sólo cuatro meses antes sería ahora recibida con alegría y gratitud! No había ningún hombre más magnánimo, estaba segura. Pero era humano que aquello fuese un triunfo para él.

Empezó a comprender que, tanto por su forma de ser como por sus cualidades, era el hombre ideal para ella. Su inteligencia y temperamento, aunque muy diferentes de los suyos, habrían satisfecho todos sus deseos. La unión habría sido beneficiosa para ambos: la naturalidad y vivacidad de Elizabeth habrían dulcificado el carácter de Darcy y mejorado sus modales; y el buen juicio, erudición y conocimiento del mundo del joven habrían sido muy valiosos para ella.

Pero semejante matrimonio no podría enseñar a las admiradas gentes qué era realmente la felicidad conyugal. Un enlace muy distinto, que lo imposibilitaba, estaba a punto de celebrarse en su familia.

Elizabeth era incapaz de imaginar cómo Wickham y su hermana lograrían vivir con una razonable independencia económica. Pero adivinaba sin dificultad lo poco que duraría la felicidad de una pareja unida sólo porque sus pasiones eran más fuertes que su virtud.

El señor Gardiner no tardó en escribir de nuevo a su cuñado. Respondía brevemente a las palabras de agradecimiento del señor Bennet, asegurándole su deseo de contribuir al bienestar de cualquier miembro de su familia; y concluía con el ruego de que no se volviera a mencionar el asunto. El principal objetivo de su carta era informarles de que el señor Wickham había decidido abandonar la milicia, y añadía:

Yo deseaba ardientemente que lo hiciera tan pronto como se fijara la fecha de su matrimonio. Y supongo que estarás de acuerdo conmigo en que dejar el cuerpo es de lo más aconsejable, tanto para él como para mi sobrina. El señor Wickham tiene la intención de alistarse en el ejército regular y, entre sus viejos amigos, todavía le queda alguno dispuesto a ayudarle en su carrera. Le han prometido un puesto de alférez en el regimiento del general..., ahora acuartelado en el norte. Es una suerte que esté tan lejos de esta parte del reino. El señor Wickham asegura que su conducta será irreprochable; espero que, al hallarse entre gente que no les conoce, los dos sean más prudentes, a fin de no mancillar su reputación. He escrito al coronel Forster para informarle de las medidas adoptadas, y para que anuncie a los acreedores del señor Wickham, tanto en Brighton como en sus alrededores, mi promesa formal de un pago inmediato. Espero que no te moleste hacer lo mismo con sus acreedores de Meryton; te adjunto la lista que me ha proporcionado el señor Wickham con sus nombres. Nos ha confesado todo lo que adeuda; espero que no nos haya engañado. Hemos dado instrucciones a Haggerston, y todo estará solucionado en una semana. Acto seguido, el señor Wickham y Lydia viajarán al norte para que él se incorpore a su regimiento, a no ser que les invitéis antes a Longbourn; sé por la señora Gardiner que mi sobrina está deseosa de veros a todos antes de abandonar el sur. Se encuentra bien, y me ruega que envíe respetuosos saludos a sus padres.

Tuyo afectísimo, etcétera,

E. GARDINER

El señor Bennet y sus hijas comprendieron con la misma claridad que el señor Gardiner las ventajas que supondría el alejamiento de Wickham de la milicia del condado. Pero la señora Bennet se sintió muy disgustada. Le decepcionó terriblemente que Lydia tuviera que instalarse en el norte, justo cuando más orgullosa estaba de ella y más esperaba disfrutar de su compañía, pues no había abandonado la idea de que los recién casados residieran en Hertfordshire; además, era una lástima que alejaran a Lydia de un regimiento donde conocía a todo el mundo y había gente que le agradaba tanto.

—Está tan encariñada con la señora Forster —dijo— que sería horrible separarla de ella. Y encima hay varios jóvenes que le encantan. Tal vez los oficiales no sean tan simpáticos en el regimiento del general ...

La petición de Lydia, pues como tal debía considerarse, de ver a su familia antes de marcharse al norte fue en un primer momento rechazada. Pero Jane y Elizabeth, que estaban de acuerdo en la necesidad de que sus padres reconocieran públicamente el matrimonio de su hermana —no sólo por los sentimientos de ésta, sino también para evitar las habladurías—, instaron a su padre a que recibiera a Lydia y a su marido en Longbourn tan pronto como se celebrara la boda, y lo hicieron con tanta dulzura y sensatez que acabaron consiguiendo que se mostrara de acuerdo e hiciera lo que le aconsejaban. Y su madre tuvo la satisfacción de saber que presumiría en el vecindario de hija recién casada antes de su destierro norteño. Cuando el señor Bennet volvió a escribir a su cuñado, por consiguiente, dio su permiso para que los novios les visitaran; y acordaron que éstos saldrían para Longbourn en cuanto terminara la ceremonia. A Elizabeth le extrañó, sin embargo, que Wickham aceptara semejante plan, y, de haber mirado en su interior, habría comprendido que encontrarse con él era lo último que deseaba.



Capítulo LI



legó el día de la boda, y es probable que Jane y Elizabeth estuvieran más inquietas y avergonzadas que la propia Lydia. El carruaje de los Bennet recogió a los recién casados en..., y volvió con ellos a la hora del almuerzo. Las dos hermanas mayores temían su llegada, sobre todo Jane, convencida de que Lydia abrigaría los mismos sentimientos que habría albergado ella de haber sido la culpable, y que sufría lo indecible al pensar en lo que su hermana debía padecer.

Llegaron los novios. La familia se congregó en la salita del desayuno para recibirlos. Las sonrisas adornaron el semblante de la señora Bennet cuando el carruaje se detuvo en la puerta; a su marido lo investía una gravedad impenetrable; sus hijas parecían intranquilas, preocupadas, incómodas.

Oyeron la voz de Lydia en el vestíbulo; la puerta se abrió de golpe, y la joven entró corriendo en la habitación. Su madre se adelantó para abrazarla y le dio la bienvenida, embelesada; tendió la mano a Wickham, que seguía a su dama, con una sonrisa afectuosa, y les dio la enhorabuena con un entusiasmo que reflejaba su convicción de que serían muy felices.

El recibimiento del señor Bennet, hacia quien se volvieron después, no fue tan

cordial. Su expresión se hizo aún más adusta, y apenas despegó los labios. El desenfado de la joven pareja fue más que suficiente para irritarlo. Elizabeth fue presa de la indignación, e incluso Jane se quedó horrorizada. Lydia seguía siendo Lydia: rebelde, descarada, vehemente, escandalosa y temeraria. Fue de una hermana a otra, exigiendo que la felicitaran, y, cuando finalmente se sentaron todos, miró ilusionada la estancia, advirtió algún pequeño cambio y comentó con una carcajada que llevaba mucho tiempo sin pisar aquella casa.

Wickham parecía tan contento como ella, pero sus modales eran siempre tan encantadores que, si su carácter y su matrimonio hubieran sido como debían, sus sonrisas y su elocuencia —mientras se congratulaba por su parentesco con los Bennet— habrían hecho las delicias de todos. A Elizabeth ni se la había pasado por la cabeza que pudiera tener tanto descaro; pero tomó asiento, decidida en su fuero interno a no volver a presuponer límites a la impudicia de un hombre impúdico. Ella se sonrojó, y Jane se sonrojó; pero las mejillas de los dos causantes de su turbación no cambiaron de color.

La conversación no decayó. La recién casada y su madre no conseguían hablar todo lo deprisa que querían; y Wickham, a quien el azar había sentado junto a Elizabeth, empezó a preguntarle por sus conocidos de la zona con una tranquilidad y un buen humor que ella se sintió incapaz de igualar en sus respuestas. El joven matrimonio parecía tener los recuerdos más felices del mundo. No había nada doloroso en su pasado; y Lydia sacó a colación algunos asuntos que sus hermanas jamás habrían osado mencionar.

—¡Pensar que han pasado tres meses desde que me marché! —exclamó—. Es como si lo hubiera hecho hace quince días; y, sin embargo, han ocurrido tantas cosas... ¡Santo cielo! ¡Cómo iba a imaginar entonces que me casaría antes de volver! Aunque sí se me ocurrió que sería muy divertido.

Su padre levantó la vista. Jane estaba consternada. Elizabeth lanzó una mirada muy significativa a Lydia; pero ésta, que nunca veía ni oía nada que prefiriera ignorar, prosiguió alegremente:

—Mamá, ¿sabe la gente de los alrededores que me he casado hoy? Temía que no fuera así; y, al adelantar el carruaje de William Goulding, bajé el cristal de la ventanilla, me quité el guante, apoyé la mano en el marco para que viera mi anillo, y le sonreí inclinando la cabeza.

Elizabeth no pudo soportarlo más. Poniéndose en pie, se apresuró a salir de la estancia; y no volvió a aparecer hasta que les oyó cruzar el vestíbulo para dirigirse al comedor. Se reunió con ellos a tiempo de ver cómo Lydia, con gran pompa, se colocaba a la derecha de su madre y le decía a su hermana mayor:

—¡Ah, Jane! Ahora me pondré yo aquí y tú irás detrás; porque ahora soy una mujer casada.

No cabía esperar que el tiempo inculcara en Lydia un recato que jamás había tenido. Su desenvoltura y animación fueron en aumento. Estaba deseando ver a la señora Philips, a los Lucas y a todos los demás vecinos, y oír cómo la llamaban señora Wickham; mientras tanto, después del almuerzo, se contentó con enseñar su anillo y presumir de mujer casada ante la señora Hill y las dos doncellas.

—Y bien, mamá —dijo, cuando todos volvieron a la salita del desayuno—, ¿qué opina de mi marido? ¿No es adorable? Estoy segura de que todas mis hermanas me envidian. Sólo espero que tengan la mitad de suerte que yo. Deben ir todas a Brighton. Es el lugar ideal para encontrar marido. Es una lástima que no fuéramos toda la familia, mamá.

—Es cierto; y, si estuviera en mi mano, desde luego que iríamos. Pero, mi querida Lydia, no me gusta nada que te vayas tan lejos. ¿Es necesario?

—¡Oh, sí! Pero no pasa nada. Seguro que me encanta. Papá y usted, y mis hermanas, tienen que venir a vernos. Pasaremos el invierno en Newcastle, y supongo que habrá algunos bailes; me encargaré de conseguirles una buena pareja a todas.

—¡Nada me agradaría más! —exclamó su madre.

—Y, cuando regresen a Longbourn, podrán dejar a una o dos de mis hermanas con nosotros; seguro que encuentro un marido para ellas antes de que termine el invierno.

—Agradezco tus intenciones —dijo Elizabeth—, pero no me gusta demasiado tu modo de conseguir maridos.

La visita de los recién casados no duraría más de diez días. El señor Wickham había recibido su nombramiento de alférez antes de salir de Londres, y tenía que incorporarse a su regimiento al cabo de dos semanas.

La señora Bennet fue la única que lamentó la brevedad de su estancia; y aprovechó al máximo la estancia de su hija visitando a todas sus amistades y organizando frecuentes veladas en casa. Aquellas reuniones eran muy gratas para todos; evitar el círculo familiar resultaba incluso más placentero para quienes tenían buen juicio.

El cariño de Wickham por Lydia, tal como Elizabeth sospechaba, no podía compararse con el que su hermana sentía por él. Apenas necesitó observarlos para saber que el detonante de su huida había sido la intensidad del amor de Lydia, no los sentimientos de él; y le habría sorprendido que Wickham se hubiera fugado con ella sin estar muy enamorado si no hubiera tenido la certeza de que sus apuros económicos le obligaban a poner tierra por medio; y, puesto que ése era el caso, ¿cómo iba a desperdiciar un joven como él la oportunidad de ir acompañado?

Lydia estaba loca por él. En todo momento era su querido Wickham; nadie era equiparable a él. Hacía todo mejor que los demás; y estaba segura de que el uno de septiembre^[*] cazaría más aves que ninguna otra persona del país.

Cierta mañana, poco después de su llegada, estaba sentada con sus dos hermanas mayores cuando le dijo a Elizabeth:

—Creo que no conoces los detalles de mi boda, Lizzy. No estabas cuando se lo conté a mamá y a las demás. ¿No te pica la curiosidad?

—No mucho, la verdad —respondió Elizabeth—; en mi opinión, cuanto menos se hable de ese asunto, mejor.

—¡Qué rara eres! Pero te lo contaré de todos modos. Ya sabes que nos casamos en St. Clement porque el domicilio de Wickham estaba en esa parroquia. Y se acordó que todos estuviéramos allí a las once. Nuestros tíos y yo iríamos juntos; y a los demás ya los encontraríamos en la iglesia. Bueno, el caso es que llegó el lunes por la mañana ¡y yo estaba tan alborotada! Tenía miedo de que algo nos obligara a aplazar la ceremonia, ¡creo que entonces me habría vuelto loca! Y, mientras me vestía, la tía no dejó de darme consejos ni de hablarme como si estuviera echándome un sermón. Aunque lo cierto es que yo oía una palabra de cada diez, porque, como supondrás, sólo podía pensar en mi querido Wickham. Estaba deseando saber si se pondría la casaca azul para la boda.

—Así que tomamos el desayuno a las once, como de costumbre; y se me hizo interminable, pues has de saber que los tíos fueron terriblemente antipáticos el tiempo que pasé con ellos. Parece increíble, pero no puse los pies en la calle ni una sola vez en quince días. Ni media fiesta, ni medio plan, nada de nada. Ya sé que en verano apenas queda gente en Londres, pero el Pequeño Teatro^[*] estaba abierto. Pues bien, cuando llegó el carruaje, el tío tuvo que salir para arreglar un asunto con el horrible señor Stone. Y sus reuniones siempre se eternizan... Yo estaba tan asustada que no sabía qué hacer, porque el tío era mi padrino de boda; y, si llegábamos tarde, no nos casarían ese día^[**]. Pero, afortunadamente, volvió al cabo de diez minutos, y salimos en seguida para la iglesia. Entonces caí en la cuenta de que, si el tío no hubiera podido ir, la boda se habría celebrado de todos modos, pues habría ocupado su lugar el señor Darcy.

—¡El señor Darcy! —exclamó Elizabeth, llena de perplejidad.

—¡Oh, sí! Iba a la iglesia con Wickham... ¡Santo cielo! ¡Lo había olvidado por completo! No tenía que haber dicho nada. Debía ser fiel a mi promesa. ¿Qué dirá Wickham? ¡Tenía que ser un secreto!

—En ese caso —dijo Jane—, será mejor que no digas una palabra más. No quiero saber nada del asunto.

—¡Por supuesto! —exclamó Elizabeth, aunque muerta de curiosidad—. No te haremos ni media pregunta.

—Gracias —repuso Lydia—, porque si no yo os lo contaría todo, y Wickham se enfadaría conmigo.

Ante semejante tentación, Elizabeth tuvo que salir corriendo de la estancia para

no comprometer a su hermana.

Pero vivir en la inopia era imposible; o al menos lo era no intentar averiguar algo. El señor Darcy había asistido a la boda de su hermana. No cabía imaginar un escenario ni unas personas que pudieran disgustarle más. Toda clase de conjeturas, fulgurantes y descabelladas, acudían a su cabeza, pero ninguna le satisfacía. Las que más le agradaban, al presentar al señor Darcy bajo la luz más favorable, parecían muy improbables. No podía soportar tanta incertidumbre; cogió apresuradamente una hoja de papel y escribió una nota a su tía, pidiéndole que le explicara lo que a Lydia se le había escapado, si esto era compatible con el secreto que debían guardar.

Comprenderá usted mi sorpresa al saber que una persona que no tiene relación con ninguno de nosotros, y que es (en términos relativos) un desconocido para nuestra familia, asistió a la ceremonia. Le ruego que me escriba en seguida para que lo entienda, a menos que exista alguna poderosa razón que le impida desvelar un secreto que Lydia considera tan necesario; en ese caso, procuraré resignarme a la ignorancia.

«Aunque no lo consiga», pensó.

Y, queridísima tía, si no me lo cuenta por las buenas, me obligará a urdir toda clase de artimañas y estratagemas para descubrirlo.

El exquisito sentido del honor de Jane no le permitió comentar en privado con Elizabeth lo que Lydia había dicho sin querer; Elizabeth se alegró; hasta que no supiera si sus preguntas iban a obtener respuesta, prefería no tener confidentes.



"I am sure she did not listen."

Capítulo LII



Elizabeth tuvo la satisfacción de recibir una respuesta a vuelta de correo. En cuanto se la entregaron, corrió al bosquecillo, el rincón más recoleto del jardín y donde era menos probable que la interrumpieran, y se sentó en uno de los bancos esperando lo mejor, pues la carta era demasiado larga para contener una negativa.

Gracechurch Street, 6 de septiembre

Mi querida sobrina:

Acabo de recibir tu carta y dedicaré la mañana a contestarla, porque sospecho que unas líneas no bastarán para todo lo que tengo que contarte. Confieso que me ha sorprendido tu petición; no la esperaba de ti. No pienses, sin embargo, que estoy enojada, pues sólo pretendo mostrarte mi extrañeza ante el hecho de que necesites hacer tales indagaciones. Si prefieres correr un tupido velo sobre esto, disculpa mi impertinencia. Tu tío está tan sorprendido como yo, y sólo el convencimiento de que estabas al tanto de todo le animó a actuar como lo ha hecho. Pero, si eres realmente inocente y no sabes nada, tendré que ser más explícita. El mismo día en que regresé de Longbourn, tu tío recibió la más inesperada de las visitas. El señor Darcy se

presentó en casa y pasó varias horas encerrado con él. Todo ocurrió antes de mi llegada; así que nunca me devoró la curiosidad como parece devorarte a ti. El señor Darcy vino a decirle al señor Gardiner que había descubierto el paradero de tu hermana y del señor Wickham, y que había hablado con ambos, varias veces con Wickham y una vez con Lydia. Según he podido colegir, el señor Darcy se marchó de Derbyshire sólo un día después que nosotros, y vino a Londres en busca de los dos jóvenes. El motivo aducido era su convicción de que, si hubiera sacado a la luz lo despreciable que era Wickham, ninguna joven respetable habría podido amarlo o confiar en él. Culpó generosamente de todo a su orgullo equivocado, y confesó haber juzgado indigno de él contar al mundo los actos de Wickham. Su carácter hablaría por sí mismo. Era su deber, por consiguiente, tomar cartas en el asunto y esforzarse por remediar un daño que él había ocasionado. Si tuviera otra razón, estoy segura de que no sería deshonrosa. Tardó varios días en encontrar a Lydia y a Wickham, pero tenía una pista que nosotros desconocíamos; y ése fue otro de los motivos que le animó a seguirnos a la ciudad. Existe una dama, al parecer, una tal señora Younge, que fue institutriz de su hermana Georgiana en el pasado y a la que se despidió por algo que el señor Darcy no nos contó. La señora Younge se instaló después en un caserón de Edward Street, donde se gana la vida desde entonces alquilando habitaciones. El señor Darcy sabía que conocía mucho a Wickham y, tan pronto como llegó a Londres, fue a verla para preguntarle por él. Pero pasaron dos o tres días antes de que le diera la información que buscaba. Supongo que tuvo que sobornarla para que traicionara a su amigo, ya que, efectivamente, sabía dónde se ocultaba. Lo cierto es que Wickham había acudido a ella al llegar a Londres y, de haber tenido alguna habitación libre, los dos jóvenes se habrían quedado en su casa. Finalmente, sin embargo, el señor Darcy consiguió la dirección deseada. Estaban en... Street. Vio a Wickham, y después insistió en ver a Lydia. Su primera intención, según reconoció, era convencerla de que saliera de aquella vergonzosa situación y regresara con su familia tan pronto como quisieran recibirla, ofreciéndole mientras tanto toda su ayuda. Pero se encontró con una Lydia firmemente decidida a quedarse donde estaba. No le interesaba su familia, no necesitaba ayuda, y no quería ni oír hablar de abandonar a Wickham. Estaba segura de que tarde o temprano se casarían, y le daba lo mismo cuándo. Puesto que éstos eran los sentimientos de la joven, no tenía más remedio, pensó Darcy, que asegurar y acelerar un matrimonio que, como quedó claro en su primera conversación, nunca había entrado en los planes de Wickham. Éste le confesó que se veía obligado a abandonar el regimiento a causa de ciertas deudas de honor sobremanera apremiantes; y no tuvo el menor escrúpulo en afirmar que las nefastas consecuencias de la fuga sólo podían achacarse a la insensatez de Lydia. Pensaba pedir la baja en la milicia del condado; en cuanto a su futuro, no podía hacer muchas conjeturas. Tendría que ir a algún sitio, pero ignoraba dónde, y tampoco sabía

de qué viviría. El señor Darcy le preguntó por qué no se casaba en seguida con tu hermana. Aunque el señor Bennet no tuviera una gran fortuna, podría hacer algo por él, y su situación mejoraría. Pero, al oír su respuesta, vio que Wickham todavía albergaba la esperanza de contraer matrimonio con una rica heredera en algún otro país. En semejantes circunstancias, sin embargo, no era probable que se resistiera a la tentación de una solución inmediata. El señor Darcy se reunió varias veces con Wickham, pues tenían mucho de que hablar. Este último, por supuesto, quería más de lo que podía conseguir; pero acabó entrando en razón. En cuanto se pusieron de acuerdo, el siguiente paso del señor Darcy fue ponerlo todo en conocimiento de tu tío, y se presentó por primera vez en Gracechurch Street la víspera de mi llegada. Pero no pudo ver al señor Gardiner, aunque se enteró de que el señor Bennet seguía con él y regresaría a Longbourn a la mañana siguiente. El señor Darcy juzgó preferible hablar a solas con tu tío, por lo que pospuso su visita hasta que tu padre se marchara. Ni siquiera dejó su tarjeta, y hasta el día siguiente sólo supimos que había venido un caballero por algún asunto de negocios. El sábado volvió a aparecer. Tu padre se había ido, tu tío estaba en casa y, como ya he dicho antes, los dos pasaron mucho tiempo reunidos. El domingo se citaron de nuevo, y en esa ocasión también yo asistí al encuentro. Hasta el lunes no estuvo todo decidido, y fue entonces cuando se envió un mensajero urgente a Longbourn. Pero nuestro visitante fue muy testarudo. Tengo la impresión, Lizzy, de que la obstinación es, a fin de cuentas, su verdadero defecto. Se le ha acusado de muchas cosas en distintas ocasiones; pero no hay duda de su terquedad. Se empeñó en hacerlo todo él; aunque tengo la certeza de que tu tío (y no quiero que se lo agradezcan, así que no digas nada) habría sufragado de buena gana los gastos. Ambos discutieron mucho tiempo por ello, que es más de lo que merecían el caballero o la dama en cuestión. Pero al final tu tío se vio obligado a ceder y, aunque no se le permitió ayudar a su sobrina, se llevó todo el mérito a pesar de sus protestas; y estoy convencida de que tu carta de esta mañana le ha dado una gran alegría, porque la explicación que pides le despojará de una gloria que no era suya para devolvérsela a su legítimo dueño. Pero esto debe quedar entre nosotras, Lizzy; como mucho puedes contárselo a Jane. Supongo que ya sabes lo que se ha hecho por la joven pareja. Se pagarán las deudas de Wickham, que ascienden, según he oído, a bastante más de mil libras; se comprará su puesto de alférez en el ejército regular^[*]; y, al dinero de Lydia, se añadirán otras mil libras. Te he explicado antes por qué el señor Darcy se ha ocupado de todo. Por culpa de su discreción y de su falta de criterio nadie se percató del verdadero carácter de Wickham, que fue tratado con una cortesía y un respeto que no merecía. Es posible que hubiera algo de verdad en eso; aunque dudo mucho que su discreción, o la de cualquier persona, pudiera ser responsable de lo ocurrido. Pero, a pesar de tanta palabrería, Lizzy, ten la seguridad de que tu tío nunca se habría dejado convencer si no hubiéramos estado convencidos

de que al señor Darcy le espoleaba otro interés. Cuando todo estuvo resuelto, regresó con sus amigos, que aún seguían en Pemberley; pero acordaron que volvería a Londres para la boda, a fin de rematar las cuestiones económicas. Creo que ya no me queda nada por contarte. Es una historia que, según dices, va a sorprenderte mucho; espero que, al menos, no te contraríe. Lydia se trasladó a vivir con nosotros, y Wickham pudo visitarla siempre que quiso. Era exactamente el mismo que yo había conocido en Hertfordshire. No te contaría cuánto me desagradó el comportamiento de tu hermana mientras estuvo en casa si Jane no me hubiera escrito en su carta del pasado miércoles que el que tiene en Longbourn está dejando mucho que desear; espero, por consiguiente, que no te entristezcan mis palabras. Hablé varias veces con ella con la mayor seriedad, explicándole lo infame que había sido lo que había hecho y el disgusto que había dado a su familia. Si me oyó fue por casualidad, porque tengo la certeza de que no escuchaba. A veces me irritaba profundamente, pero me acordaba en seguida de mis queridas Elizabeth y Jane y eso me ayudaba a tener paciencia con Lydia. El señor Darcy regresó puntualmente a Londres y, como te contó Lydia, asistió a la boda. Comió con nosotros al día siguiente, y tenía intención de marcharse el miércoles o el jueves. ¿Te enojarás conmigo, mi querida Lizzy, si aprovecho esta oportunidad para decirte lo mucho que me gusta el señor Darcy? Hasta ahora no había osado hacerlo. Con nosotros ha sido, en todos los sentidos, tan encantador como en Derbyshire. Me agradan tanto su inteligencia como sus opiniones; sólo le falta un poco de alegría, y eso, si se casa prudentemente, puede enseñárselo su mujer. Fue muy astuto; apenas dijo tu nombre. Pero la astucia parece estar de moda. Te ruego que disculpes mi atrevimiento, o al menos no me castigues hasta el punto de excluirme de P. No podré ser completamente feliz hasta que no recorra todo el parque. Un pequeño faetón con una bonita pareja de ponis sería el carruaje ideal. Pero no puedo escribirte más. Los niños llevan media hora esperándome.

Sinceramente tuya,

M. GARDINER

El contenido de esta carta pareció turbar a Elizabeth, aunque fuera muy difícil precisar si era mayor el placer o el sufrimiento. Las vagas e inquietantes sospechas, nacidas de la incertidumbre, sobre lo que el señor Darcy podría haber hecho para propiciar la boda de su hermana, sospechas que ella no se había atrevido a alentar por tratarse de una muestra de bondad demasiado grande para ser probable, al tiempo que temía que fueran ciertas por el compromiso que entrañaban, ¡estaban resultando más que fundadas! El señor Darcy había ido expresamente a Londres para encontrar a Wickham y a Lydia, y se había enfrentado a los contratiempos y humillaciones que llevaba aparejados su búsqueda, suplicando ayuda a una mujer a quien aborrecía y despreciaba, y reuniéndose varias veces —para convencerlo, hacerle entrar en razón y

acabar sobornándolo— con el hombre a quien más deseaba evitar y cuyo mero nombre era un suplicio para él pronunciar. Y lo había hecho todo por una joven que no podía apreciar ni respetar. El corazón de Elizabeth le susurraba que lo había hecho por ella. Pero fue una esperanza que muy pronto frenaron otras consideraciones, y en seguida comprendió que ni su propia vanidad bastaría para convencerla de que el amor que sentía por ella, por una mujer que ya le había rechazado, era tan intenso como para dominar un sentimiento tan lógico como la repugnancia a emparentarse con Wickham. ¡Ser cuñado de Wickham! Cualquier orgullo tendría que rebelarse contra ese parentesco. El señor Darcy había hecho mucho, estaba segura. Le avergonzaba imaginar cuánto. Pero había esgrimido una razón para intervenir que resultaba bastante creíble. No era descabellado que pensara que se había equivocado; era un hombre generoso y contaba con medios para serlo; y, aunque Elizabeth no creyera servirle de acicate, tal vez lo que aún quedaba de su amor por ella le hubiera empujado a intervenir en un asunto que perturbaba la tranquilidad de su conciencia. Era doloroso, terriblemente doloroso, saber que estaban en deuda con una persona a la que nunca podrían compensar. Le debían la salvación de Lydia, su buena reputación... Le debían todo. ¡Oh! ¡Cuánto lamentaba haber albergado contra él sentimientos tan descorteses, y haberle dirigido palabras tan insolentes! Se sentía avergonzada de sí misma, pero muy orgullosa de él. Orgullosa de que, ante una cuestión de honor y de humanidad, hubiera sacado lo mejor de sí mismo. Leyó una y otra vez las alabanzas que le dedicaba su tía. Aunque ésta se quedaba corta, a Elizabeth le encantaron. Incluso advirtió con cierto placer, si bien mezclado con pesar, lo convencidos que estaban sus tíos de que entre Darcy y ella subsistían el afecto y la confianza.

Salió de su ensimismamiento y se puso en pie al oír unos pasos que se acercaban; y, cuando iba a coger otro sendero, Wickham le dio alcance.

—Temo interrumpir su paseo solitario, querida cuñada...

—Así es —respondió Elizabeth con una sonrisa—, pero eso no significa que me moleste.

—Lo lamentaría muchísimo. Nosotros siempre hemos sido buenos amigos; y ahora más que nunca.

—Tiene razón. ¿Vienen los demás?

—No lo sé. La señora Bennet y Lydia se marchan en carruaje a Meryton. Por cierto, he sabido por sus tíos, querida cuñada, que ha estado usted en Pemberley.

Elizabeth contestó afirmativamente.

—Casi le envidio ese placer, aunque creo que sería excesivo para mí; de lo contrario, pasaría por allí camino de Newcastle. Supongo que conoció a la vieja ama de llaves, ¿no es así? Pobre señora Reynolds, siempre estuvo muy encariñada conmigo. Aunque, como es lógico, no hablaría de mí...

—Claro que habló de usted.

—Y ¿qué dijo?

—Que ahora estaba en el ejército, pero que mucho se temía que... no iba usted por buen camino. Ya sabe que, a tanta distancia, se tergiversan las cosas.

—Sí —respondió él, mordiéndose los labios.

Elizabeth confió en que guardara silencio; pero el joven no tardó en añadir:

—Me extrañó ver a Darcy en Londres el mes pasado. Nos cruzamos varias veces. Me gustaría saber qué hacía en la ciudad.

—Es posible que organizara su boda con la señorita De Bourgh —exclamó Elizabeth—. Tenía que tratarse de algo especial para que estuviera en la ciudad en esta época del año.

—No cabe duda. ¿Lo vio usted durante su estancia en Lambton? Creo recordar que los Gardiner dijeron que sí.

—En efecto; nos presentó a su hermana.

—¿Y qué le pareció?

—Adorable.

—He oído que ha mejorado mucho en los dos últimos años. La última vez que la vi no prometía demasiado. Me alegro de que le gustara a usted. Espero que acabe siendo una gran persona.

—Me atrevo a decir que lo será; ya ha superado la edad más difícil.

—¿Pasaron ustedes por Kympton?

—No lo recuerdo.

—Se lo pregunto porque allí está el beneficio eclesiástico que me habría correspondido. ¡Un lugar encantador! ¡Excelente casa rectoral! Perfecta para mí...

—¿Le habría gustado preparar sermones?

—Muchísimo. Lo habría considerado parte de mis obligaciones, y no habría tardado en escribirlos sin el menor esfuerzo. Es inútil lamentarse, pero habría sido ideal para mí. Una vida tranquila y solitaria habría colmado todos mis anhelos de felicidad. Pero no era ése mi destino. ¿Le hizo Darcy algún comentario al respecto cuando estuvo en Kent?

—Sé de otra fuente igualmente fidedigna que el legado de ese beneficio era condicional y estaba sujeto a la voluntad del actual propietario.

—Sí, había algo de eso. Tal vez no haya olvidado usted que se lo conté al conocernos.

—Y he oído que hubo un tiempo en que preparar sermones no le parecía tan interesante como ahora; y que se negó a recibir las órdenes sagradas, y llegó a otro acuerdo con el señor Darcy.

—Digamos que eso no carece de fundamento. No sé si recuerda mis palabras la primera vez que lo hablamos.

Se acercaban ya a la puerta, pues Elizabeth había apretado el paso para librarse de él; y como, por consideración a Lydia, no quería importunarlo, se limitó a contestarle con una sonrisa amistosa:

—Vamos, señor Wickham, ya sabe que ahora somos hermanos. Será mejor que no discutamos por el pasado. Espero que, en el futuro, nuestras opiniones siempre coincidan.

Le tendió la mano; él se la besó con afectuosa galantería, aunque sin saber bien qué cara poner, y los dos entraron en la casa.



Capítulo LIII



El señor Wickham quedó tan satisfecho con esa conversación que nunca volvió a pasar un mal rato, ni a molestar a su querida cuñada sacando el asunto a colación; y Elizabeth se alegró de ver que había dicho lo suficiente para que estuviera callado.

No tardó en llegar el día en que Wickham y Lydia debían partir, y la señora Bennet se vio obligada a aceptar una separación que, puesto que su marido se negaría a viajar a Newcastle, se prolongaría al menos un año.

—¡Oh, mi querida Lydia! —sollozó—. ¿Cuándo volveremos a vernos?

—¡No sé, mamá! Dentro de dos o tres años, tal vez.

—Escríbeme muy a menudo, tesoro.

—Tan a menudo como pueda. Pero ya sabe que a las mujeres casadas no nos sobra demasiado tiempo para esas cosas. Mis hermanas sí que pueden escribirme. No tendrán nada mejor que hacer.

Los adioses del señor Wickham fueron mucho más cariñosos que los de su mujer. Sonrió, fue un dechado de apostura y dijo muchas cosas bonitas.

—Es el joven más encantador que conozco —exclamó el señor Bennet en cuanto los recién casados salieron de la casa—. Sonríe tontamente, y nos hace la corte a todos. Me siento extraordinariamente orgulloso de él. Desafío incluso al mismísimo sir William Lucas a presentar un yerno mejor.

La señora Bennet pasó unos días muy melancólicos por la pérdida de su hija.

—Con frecuencia pienso —dijo— que no hay nada más doloroso que separarse de las personas queridas. Se queda una tan triste y desamparada sin ellas.

—Es lo que ocurre cuando se casa a una hija —señaló Elizabeth—. Tendría usted que alegrarse de que las otras cuatro sigan solteras.

—No es cierto. Lydia no me deja porque se haya casado, sino porque el regimiento de su marido está muy lejos. Si hubiera estado más cerca, no se habría ido tan pronto.

Pero no tardó en sobreponerse al desánimo y en albergar las más ardientes esperanzas cuando empezó a correr cierto rumor por el vecindario. El ama de llaves de Netherfield había recibido órdenes de preparar la casa para recibir a su señor, que llegaría al cabo de un par de días para disfrutar de unas semanas de caza. La señora Bennet era un manojo de nervios. No dejaba de mirar a Jane, sonreír y mover la cabeza.

—¡Válgame Dios! De modo que viene el señor Bingley, hermana —le había dicho a la señora Philips, que le acababa de dar la noticia—. Tanto mejor. Aunque no creas que me interesa. Ya sabes que no significa nada para nosotros, y que no tengo ningunas ganas de volver a verlo. Pero, si quiere pasar unos días en Netherfield, bienvenido sea. Además, ¿quién sabe lo que puede suceder? Aunque a nosotros nos da lo mismo. Como recordarás, hermana, hace mucho tiempo que decidimos no hablar más de este asunto. Pero ¿estás segura de que viene?

—No cabe duda —replicó su interlocutora—, porque la señora Nicholls estuvo ayer por la noche en Meryton; la vi pasar, y salí de casa para preguntarle yo misma si era cierto; y ella me lo confirmó. El señor Bingley llegará el jueves a más tardar, y es muy probable que lo haga el miércoles. La señora Nicholls me dijo que iba a la carnicería, a fin de encargarse alguna pieza de carne para el miércoles, y que tenía media docena de patos listos para ser sacrificados.

Jane fue incapaz de enterarse de la noticia sin que sus mejillas cambiaran de color. Hacía meses que no hablaba de Bingley con Elizabeth; pero, tan pronto como las dos estuvieron a solas, le dijo:

—He visto cómo me mirabas hoy, Lizzy, cuando la tía nos ha contado las últimas novedades; y sé que sus palabras parecieron alterarme. Pero no pienses que soy tan necia. Sólo me sentí confusa unos instantes al saber que me convertiría en el centro de vuestras miradas. Te aseguro que la noticia me deja indiferente. Y me alegro de una cosa: me alegro de que venga solo; así lo veremos mucho menos. No es que tenga miedo de mí misma, pero temo los comentarios de la gente.

Elizabeth no sabía qué pensar. Si no hubiera visto a Bingley en Derbyshire, habría creído posible que volviera con el único objetivo de cazar; pero seguía convencida de que amaba a Jane, y, aunque consideraba más probable que volviera a Netherfield con el permiso de su amigo, tampoco descartaba la idea de que osara hacerlo sin su

beneplácito.

«Sin embargo, es un poco absurdo que ese pobre hombre —pensaba a veces— no pueda venir a una casa que tiene arrendada con todas las de la ley sin desatar tantas conjeturas. Yo pienso dejarle en paz.»

A pesar de las palabras de su hermana, que estaba convencida de lo que decía, Elizabeth percibió con claridad hasta qué punto le perturbaba la llegada de Bingley. Parecía más nerviosa de lo habitual, y su humor era más cambiante.

El tema que tan extensa y acaloradamente habían discutido sus padres doce meses antes volvió a ponerse sobre el tapete.

—En cuanto llegue el señor Bingley, querido —dijo la señora Bennet—, supongo que irás a visitarlo.

—¡Ni hablar! Ya me obligaste a hacerlo el año pasado, con la promesa de que, si le presentaba mis respetos, se casaría con una de mis hijas. Pero todo acabó en nada, y no estoy dispuesto a perder el tiempo con esas tonterías.

Su mujer le explicó cuán necesario era que, al regresar a Netherfield, todos los caballeros del vecindario tuvieran ese gesto de cortesía con el señor Bingley.

—Es una regla de etiqueta que aborrezco —exclamó el señor Bennet—. Si quiere relacionarse con nosotros, que venga a visitarnos. Sabe dónde vivimos. No pienso malgastar un segundo persiguiendo a unos vecinos cada vez que se marchan y vuelven.

—Bueno, lo único que digo es que será una grosería imperdonable que no vayas a verlo. Aunque eso no me impedirá invitarlo a comer, estoy decidida. No tardarán en venir la señora Long y los Goulding. Seremos trece comensales, así que también habrá sitio para él.

Aquella idea la ayudó a sobrellevar mejor la descortesía de su marido, aunque la humillaba sobremanera que todos los vecinos vieran al señor Bingley antes que ellos. Al acercarse el día de su llegada, Jane le dijo a su hermana:

—Empiezo a lamentar su regreso. No pasará nada, sé que podré verlo con total indiferencia; pero no puedo soportar que hablen constantemente de él. Las intenciones de mamá son buenas; pero no imagina, nadie imagina, cuánto me hacen sufrir sus palabras. ¡Seré feliz el día que concluya su estancia en Netherfield!

—Ojalá pudiera decir algo que te consolara —respondió Elizabeth—; pero no está en mi mano, y tú lo sabes. Ni siquiera puedo darme el placer de aconsejarte paciencia, porque siempre has tenido muchísima.

El señor Bingley llegó. La señora Bennet, con ayuda de los criados, se enteró rápidamente de la noticia, como si quisiera que su período de inquietud y nerviosismo fuera lo más largo posible. Y empezó a contar los días que faltaban para que el decoro le permitiera mandar su invitación, sin la menor esperanza de ver antes a su vecino. Pero, tres días después de que éste llegara a Hertfordshire, vio desde la ventana de su

dormitorio cómo cruzaba la explanada que había delante de la casa y se acercaba cabalgando a la puerta de entrada.

Se apresuró a llamar a sus hijas para compartir su alegría con ellas. Jane hizo oídos sordos y siguió sentada en la mesa; pero Elizabeth, para complacer a su madre, miró por la ventana y, al ver que el señor Darcy le acompañaba, volvió al lado de su hermana.

—Hay un caballero con él, mamá —dijo Kitty—; ¿quién podrá ser?

—Supongo que algún conocido suyo, querida; no tengo ni idea.

—¡Caramba! —exclamó Kitty—. Se parece mucho a aquel joven que solía ir con él. El señor... ¿cómo se llamaba? El caballero alto y orgulloso.

—¡Santo cielo! ¡El señor Darcy! ¡Claro que es él! Bueno, los amigos del señor Bingley serán siempre bienvenidos en esta casa; por lo demás, debo añadir que sólo ver a ese hombre me pone enferma.

Jane miró a Elizabeth con asombro y preocupación. Sabía muy poco de su encuentro en Derbyshire, por lo que temía que a su hermana le resultara violento verlo casi por primera vez después de recibir la carta en que se explicaba. Las dos hermanas se sentían muy incómodas. Cada una sufría por la otra, además de por sí misma, como es lógico; y su madre siguió hablando de lo mucho que le desagradaba el señor Darcy, y de su intención de mostrarse cortés con él sólo porque era amigo del señor Bingley, sin que ninguna de las dos jóvenes prestara atención a sus palabras. Pero Elizabeth tenía motivos para estar nerviosa que ni siquiera sospechaba Jane, a quien no había tenido aún el valor de enseñar la carta de la señora Gardiner, o de contarle el cambio que habían experimentado sus sentimientos por el señor Darcy. Para Jane, sólo era alguien cuya proposición matrimonial había rechazado, y cuya valía había subestimado; pero para Elizabeth, que conocía la verdad, era el hombre con el que su familia había contraído una deuda impagable, y al que ella miraba con un interés, si no tan tierno, al menos tan justo y razonable como el que Jane sentía por Bingley. La sorpresa que le causaba su aparición —el hecho de que estuviera en Netherfield, de que se presentara en Longbourn y quisiera verla— era muy similar a la que le había deparado su cambio de actitud en Derbyshire.

Su rostro, que había palidecido, se puso como la grana, y una sonrisa de placer añadió brillo a sus ojos durante los instantes en que pensó que el corazón de Darcy seguía cobijando el mismo amor y los mismos anhelos. Pero no tenía esa certeza.

«Observaré primero cómo se comporta —se dijo—; tal vez pueda concebir luego alguna esperanza.»

Siguió enfrascada en su labor, esforzándose por mantener la calma, aunque sin atreverse a levantar los ojos, hasta que la curiosidad y los nervios la empujaron a mirar el rostro de su hermana cuando el criado se acercó a la puerta. Jane parecía algo más pálida de lo habitual, pero más serena de lo que Elizabeth esperaba. Se ruborizó

un poco cuando entraron los dos caballeros; pero los recibió con naturalidad, y con una actitud tan libre de resentimiento como de empalagosa cortesía.

Elizabeth se limitó a decir cuatro palabras para quedar bien, y volvió a su trabajo con más ahínco que nunca. Sólo se atrevió a mirar a Darcy en una ocasión. Estaba tan serio como siempre; aunque a Elizabeth le recordó más al Darcy de Hertfordshire que al que había conocido en Pemberley. Pero quizá, en presencia de su madre, no pudiera comportarse como lo hacía delante de sus tíos. Era una conjetura muy triste, pero nada improbable.

Miró también por un instante a Bingley, y le bastó aquella ojeada para advertir su alegría y su embarazo. La señora Bennet lo recibió con una cordialidad que avergonzó a sus dos hijas, sobre todo al compararla con la frialdad y la ceremonia de la reverencia que dirigió a su amigo.

Elizabeth, en especial, que sabía que este último había salvado de la deshonra a su hija preferida, se sintió profundamente consternada y dolida por aquella injusticia.

Darcy, después de preguntar a Elizabeth por el señor y la señora Gardiner, algo a lo que ella respondió con cierto aturullamiento, apenas volvió a despegar los labios. No se había sentado a su lado —y tal vez fuera ése el motivo de su silencio—; pero no se había comportado así en Derbyshire. Allí había conversado con sus tíos cuando no podía hacerlo con ella. Pero ahora pasaban los minutos sin que dijera una palabra; y, cuando Elizabeth, muerta de curiosidad, alzaba los ojos para mirarlo, lo veía con la vista clavada tanto en Jane como en ella, y con frecuencia fija en el suelo. Era evidente que estaba más pensativo y menos ansioso de agradar que en su último encuentro. Elizabeth se llevó una decepción, y no pudo sino reprocharse ese sentimiento.

«¿Acaso cabía esperar otra cosa? —pensó—. Pero, entonces, ¿para qué ha venido?»

No le apetecía hablar con nadie que no fuera el señor Darcy, pero apenas tenía valor para dirigirse a él.

Le preguntó por su hermana, pero no pudo hacer más.

—Ha pasado mucho tiempo desde que se marchó usted, señor Bingley —dijo la señora Bennet.

El joven estuvo de acuerdo con ella.

—Empezaba a temer que no regresara nunca. Corría el rumor de que dejaría de arrendar Netherfield por San Miguel^[*]; pero espero que no sea cierto. Desde que se fue usted, han ocurrido muchas cosas en el vecindario. La señorita Lucas se ha casado. Y también una de mis hijas. Supongo que ya lo sabrá; seguro que lo ha visto en los periódicos. Apareció una nota en el *Times* y otra en el *Courier*; aunque dejaran mucho que desear. Sólo decía: «El señor George Wickham ha contraído recientemente matrimonio con la señorita Lydia Bennet»; y del padre de la novia o de

su lugar de residencia, ni una línea. Lo redactó mi cuñado el señor Gardiner, y me gustaría saber por qué lo hizo con tanta torpeza. ¿Lo vio usted?

Bingley respondió que sí, y le dio la enhorabuena. Elizabeth no se atrevió a levantar la mirada, así que no pudo ver la cara del señor Darcy.

—Es maravilloso, por supuesto, tener una hija bien casada —prosiguió su madre—, pero al mismo tiempo, señor Bingley, es muy duro que se vaya tan lejos. Se ha ido con su marido a Newcastle, un lugar muy al norte, según tengo entendido^[**], y no sé cuánto tiempo se quedarán. El regimiento de mi yerno está allí; supongo que habrá oído usted que dejó la milicia del condado para pasarse al ejército regular. Gracias a Dios tiene algunos amigos, aunque quizá no tantos como merece.

Elizabeth, consciente de que ese comentario iba dirigido al señor Darcy, se sintió tan avergonzada que tuvo que hacer un esfuerzo para seguir sentada. Las palabras de su madre, sin embargo, consiguieron finalmente sacarla de su mutismo, y la joven preguntó a Bingley si tenía intención de pasar una temporada en el campo. Éste le contestó que unas semanas, posiblemente.

—Cuando acabe con las aves de Netherfield, señor Bingley —dijo su madre—, le ruego que venga y cace todas las que quiera en las tierras del señor Bennet. Estoy segura de que le hará inmensamente feliz complacerle, y le reservará las mejores nidadas de perdices.

El sufrimiento de Elizabeth aumentó ante aquella invitación tan innecesaria como ridícula. Aunque volvieran a surgir las mismas perspectivas que tanto les habían ilusionado un año antes, comprendió que el desenlace sería igual de funesto. Y pensó que años de felicidad no podrían compensar ni a Jane ni a ella aquellos momentos tan ingratos.

«Lo que más deseo en el mundo —pensó— es no volver a ver a ninguno de los dos. Nuestra desdicha es mucho mayor que el placer de su compañía. ¡Ojalá desaparezcan de mi vida!»

Pero toda aquella aflicción que no podrían compensar años de felicidad pareció mitigarse en cuanto observó hasta qué punto la belleza de Jane volvía a despertar la admiración de su antiguo pretendiente. Bingley apenas le había dirigido la palabra al entrar, pero saltaba a la vista que cada vez estaba más pendiente de ella. Le pareció tan hermosa como un año antes; igual de sencilla y adorable, aunque más callada. Jane ansiaba que nadie advirtiera en ella la menor diferencia, y estaba convencida de que hablaba como otras veces. Pero tenía tantas cosas en la cabeza que no siempre era consciente de su silencio.

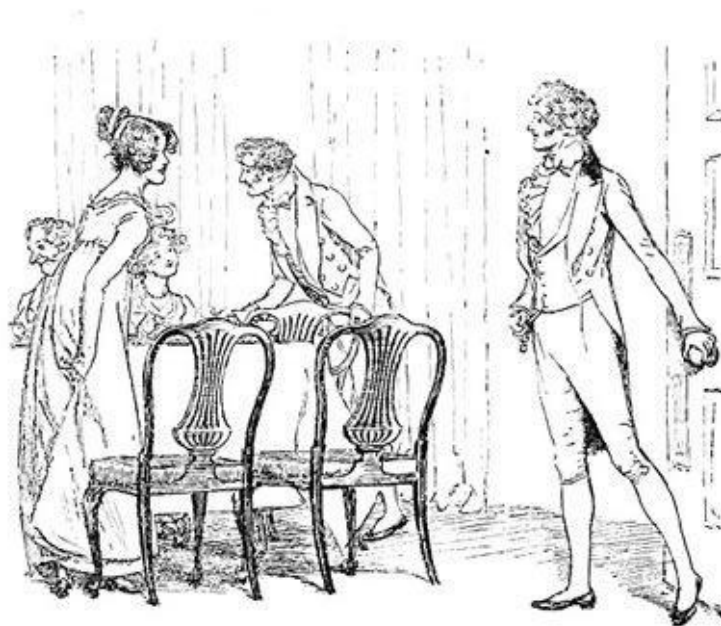
Cuando los dos caballeros se levantaron para despedirse, la señora Bennet recordó sus planes y los invitó a almorzar en Longbourn al cabo de unos días.

—No olvide que me debe usted una visita, señor Bingley —añadió—, pues, cuando se marchó a Londres el invierno pasado, se comprometió a comer con

nosotros en cuanto volviera. Todavía me acuerdo, como puede ver; y le aseguro que me decepcionó mucho que no cumpliera su promesa.

Bingley la escuchó perplejo, y dijo algo sobre lo mucho que lamentaba que sus asuntos le hubieran retenido en la ciudad. A continuación, el señor Darcy y él se marcharon.

A la señora Bennet le habría encantado invitarlos ese mismo día; pero, aunque estaba orgullosa de lo bien que se comía en Longbourn, decidió que un almuerzo que tuviera menos de dos platos principales no podía ser lo bastante bueno para un hombre en el que tenía los ojos puestos, ni satisfacer el apetito y el orgullo de otro que contaba con una renta de diez mil libras anuales.



Capítulo LIV



En cuanto los dos caballeros se fueron, Elizabeth salió a dar un paseo para levantar el ánimo; o, en otras palabras, para meditar sin que nadie la interrumpiera sobre las cosas que más la habían perturbado. El comportamiento del señor Darcy le sorprendía y contrariaba.

«Si pensaba estar tan serio y callado, y mostrarse tan indiferente, ¿para qué habrá venido?», se decía. No encontraba ninguna explicación convincente.

«Si ha sido tan amable y simpático con los tíos en Londres, ¿por qué no puede serlo conmigo? Si le doy miedo, ¿por qué ha venido? Si ya no siente nada por mí, ¿por qué guarda silencio? ¡Qué hombre tan irritante! Dejaré de pensar en él.»

Y, aunque involuntariamente y por poco tiempo, la llegada de su hermana en aquel momento la ayudó a mantenerse firme en sus propósitos, el aire risueño de Jane le hizo comprender que estaba más contenta que ella con los visitantes.

—Después de este primer encuentro —dijo—, estoy completamente tranquila. Soy consciente de mi fortaleza, y no volveré a sentirme cohibida en su presencia. Me alegro de que venga a comer el martes. Así todo el mundo verá que, tanto él como yo, nos tratamos como simples conocidos.

—Conque simples conocidos... —exclamó Elizabeth, riendo—. ¡Ah, Jane! Ten cuidado.

—Mi querida Lizzy, no me creerás tan débil como para correr peligro a estas alturas.

—Creo que corres verdadero peligro de que Bingley esté tan enamorado de ti

como siempre.

No volvieron a ver a los dos jóvenes hasta el martes; y la señora Bennet, mientras tanto, continuó alimentando las esperanzas que el buen humor y la cortesía de Bingley habían reavivado en media hora de visita.

El martes se reunió en Longbourn un numeroso grupo de invitados; y los dos caballeros cuya llegada despertaba mayor expectación hicieron honor a su puntualidad de cazadores. Cuando pasaron al comedor, Elizabeth observó con interés dónde se colocaba Bingley, ya que en anteriores ocasiones lo había hecho siempre al lado de Jane. La señora Bennet, que pensaba lo mismo, tuvo la prudencia de no pedirle que se sentara junto a ella. Al entrar en la estancia, Bingley pareció vacilar; pero, al ver que Jane volvía la cabeza y sonreía, sus dudas se desvanecieron y tomó asiento a su lado.

Elizabeth, con sensación de triunfo, miró a su amigo. El señor Darcy contemplaba la escena con noble indiferencia, y Elizabeth habría creído que Bingley tenía su permiso para ser feliz si no hubiera visto cómo los ojos de éste se volvían hacia su amigo con una expresión bastante cómica de alarma.

Pese a mostrarse más cauto que en pasadas ocasiones, la cortesía que derrochó Bingley con su hermana durante el almuerzo puso de manifiesto cuánto la admiraba, y Elizabeth comprendió que, si nadie se lo impedía, su felicidad y la de Jane estarían muy pronto aseguradas. Aunque no se atreviera a confiar en el desenlace, le complació observar el comportamiento del joven. Y eso le procuró la poca alegría de la que podía jactarse, pues estaba realmente desanimada. El señor Darcy se encontraba casi en el otro extremo de la mesa, sentado al lado de su madre. Sabía lo incómodos que estarían ambos, y el escaso bien que haría a su relación. Se hallaba demasiado lejos para oír lo que decían, pero veía que rara vez se dirigían la palabra y que, cuando lo hacían, sus modales eran fríos y ceremoniosos. La descortesía de su madre hacía aún más doloroso para Elizabeth el recuerdo de lo mucho que le debían; y, en algunos momentos, habría dado cualquier cosa por tener el privilegio de decirle que no toda la familia ignoraba su generosidad ni era indiferente a ella.

Tenía la esperanza de que la velada les brindara alguna oportunidad de estar juntos; de que la visita de Darcy no llegara a su fin sin haberse cruzado otras palabras que los ceremoniosos saludos que se habían dirigido al encontrarse. Presa de la impaciencia y del desasosiego, el tiempo que pasó luego en el salón antes de que se unieran a ellas los caballeros le pareció tan tedioso e interminable que casi se mostró descortés. Tenía la sensación de que sus posibilidades de ser feliz aquella tarde dependían únicamente del señor Darcy.

«Si no se acerca a mí al entrar —pensó—, le olvidaré para siempre.»

Los caballeros hicieron su aparición; y hubo un momento en que Elizabeth creyó, por la expresión del rostro de Darcy, que se iban a cumplir sus esperanzas; pero,

desgraciadamente, las damas se habían agrupado alrededor de la mesa donde Jane preparaba el té y Elizabeth servía el café, y estaban tan apiñadas que no quedaba ni un hueco para colocar una silla. Al entrar los caballeros, una de las jóvenes se acercó aún más a ella y le dijo en voz baja:

—Me niego a que los hombres nos separen. ¿Verdad que no los necesitamos para nada?

Darcy se dirigió hacia otra parte de la estancia. Elizabeth lo siguió con la mirada, envidiando a todos aquellos con los que hablaba, y apenas tuvo paciencia para servir el café a los invitados; no pudo sino indignarse consigo misma por ser tan necia.

«¡Un hombre que se ha visto rechazado una vez! ¿Cómo puedo ser tan necia para esperar que vuelva a declararse? ¿Acaso existe uno solo que no se revuelva contra semejante muestra de flaqueza? ¡No hay nada más ignominioso para ellos!»

Se animó un poco, sin embargo, cuando Darcy trajo él mismo su taza de café; y aprovechó la oportunidad para preguntarle:

—¿Su hermana continúa en Pemberley?

—Sí, se quedará hasta Navidad.

—¿Completamente sola? ¿Se han ido sus amigos?

—La señora Annesley está con ella. Los demás se trasladaron a Scarborough hace tres semanas.

A Elizabeth no se le ocurrió nada más que decir; pero, si Darcy quería conversar, tenía el camino abierto. Pero se quedó unos minutos a su lado en completo silencio; y se marchó cuando la joven que afirmaba no necesitar a los hombres dijo algo al oído de Elizabeth.

En cuanto retiraron el servicio de té y colocaron las mesas de juego, las damas se levantaron. Elizabeth esperó con ilusión que Darcy se le acercara, pero sus esperanzas se desvanecieron al ver cómo era víctima de la rapacidad de su madre, siempre en busca de jugadores de *whist*. Instantes después estaba sentado con todo el grupo. Aquello dio al traste con las expectativas de la joven. Pasaron el resto de la velada en mesas diferentes, y Elizabeth tuvo que contentarse con desear que los ojos de él se volvieran tan a menudo hacia su rincón del salón que su juego se viera tan perjudicado como el de ella.

La señora Bennet había planeado que los dos caballeros de Netherfield se quedaran a cenar; pero, desgraciadamente, fueron los primeros en pedir su carruaje, y no tuvo ocasión de proponérselo.

—Bueno, hijas mías —dijo en cuanto se fueron los invitados—, ¿qué opináis? Creo que todo ha salido a pedir de boca. Nunca he visto un almuerzo mejor presentado. La pierna de venado estaba en su punto, y todo el mundo se ha maravillado de su tamaño. La sopa estaba cien veces más deliciosa que la que tomamos la semana pasada en casa de los Lucas; e incluso el señor Darcy ha

reconocido la exquisitez de las perdices; y supongo que tiene dos o tres cocineros franceses como mínimo. En cuanto a ti, mi querida Jane, jamás te había visto tan hermosa. La señora Long me dio la razón cuando le pregunté qué opinaba. Y ¿sabéis qué añadió? «¡Ah, señora Bennet, acabaremos viéndola instalada en Netherfield!» Lo dijo de veras. Creo que la señora Long es la bondad personificada; y sus sobrinas saben comportarse y no son nada agraciadas: me gustan muchísimo.

La señora Bennet, en pocas palabras, estaba radiante; había observado lo suficiente a Bingley para saber que estaba loco por Jane; y estaba tan entusiasmada con aquella perspectiva que sufrió una gran decepción cuando al día siguiente no se presentó a pedir su mano.

—Ha sido un día muy agradable —comentó Jane a Elizabeth—. Todos los invitados parecían muy a gusto. Confío en que nos veamos a menudo.

Elizabeth sonrió.

—No seas así, Lizzy. Me duele que no confíes en mí. Te aseguro que me gusta conversar con Bingley porque es un joven juicioso y simpático, no porque tenga otra aspiración. Al ver ahora su forma de proceder, tengo el convencimiento de que jamás intentó ganarse mi afecto. Lo único que sucede es que es muy dulce por naturaleza y tiene un deseo de agradar que nunca he visto en otros hombres.

—¡Qué crueldad la tuya! —exclamó su hermana—. No me permites sonreír, y no dejas de decir cosas para que lo haga.

—¡Qué difícil es a veces que le crean a una!

—¡Y qué imposible otras!

—Pero ¿por qué intentas convencerme de que mis sentimientos son más profundos de lo que digo?

—Ésa es una pregunta a la que no sé responder. A todos nos gusta dar lecciones, aunque sólo podemos enseñar lo que no merece la pena saber. Perdóname; y, si insistes en tu indiferencia, no me hagas tu confidente.



Capítulo LV

P

ocos días después, el señor Bingley se presentó de nuevo en Longbourn, y esta vez solo. Su amigo había salido esa mañana para Londres, aunque regresaría a Netherfield al cabo de diez días. Bingley, de excelente humor, estuvo más de una hora de visita. La señora Bennet le invitó a comer con ellos, pero él se excusó por no poder aceptar, ya que tenía otro compromiso.

—Espero que la próxima vez tengamos más suerte —dijo ella.

Bingley respondió que siempre sería un placer para él, etcétera, etcétera; y, si la señora Bennet se lo permitía, aprovecharía la primera oportunidad para visitarlos.

—¿Puede usted venir mañana?

Sí, no tenía ningún otro compromiso; y se apresuró a aceptar la invitación.

Al día siguiente, llegó tan temprano que ninguna dama estaba vestida. La señora Bennet entró corriendo en el dormitorio de su hija, aún en bata y a medio peinar.

—Mi querida Jane, date prisa y baja en seguida —exclamó—. Ha venido, el señor Bingley ha venido... Ya está aquí. Corre, date prisa. Sarah, ayude ahora mismo a la señorita Bennet con el vestido. No se preocupe del peinado de la señorita Lizzy.

—Bajaremos lo antes posible —dijo Jane—; pero Kitty debe de estar casi

preparada, pues subió a arreglarse hace media hora.

—¡Olvídate de Kitty! ¿Qué tiene que ver ella con esto? ¡Vamos, date prisa, date prisa! ¿Dónde está la banda que te pones en la cintura?

Pero, cuando su madre se fue, Jane se negó a bajar sin alguna de sus hermanas.

El mismo afán por dejarlos solos resultó evidente por la tarde. Después de tomar el té, el señor Bennet se retiró a la biblioteca, como era su costumbre, y Mary subió al piso de arriba para tocar el piano. Eliminados dos de los cinco obstáculos, la señora Bennet pasó bastante tiempo guiñando el ojo y haciendo señas a Elizabeth y a Catherine, sin conseguir nada. Elizabeth ni la miraba; y, cuando Kitty finalmente lo hizo, preguntó con la mayor inocencia:

—¿Qué ocurre, mamá? ¿Por qué me guiña el ojo? ¿Qué quiere que haga?

—Nada, hija mía, nada. ¡Qué voy a guiñarte el ojo!

La señora Bennet aguantó sentada cinco minutos más; pero, incapaz de desperdiciar tan magnífica ocasión, se puso en pie de un salto:

—Ven conmigo, tesoro, he de decirte algo —y, con estas palabras, se llevó a Kitty de la habitación.

Jane dirigió al instante una mirada a Elizabeth que reflejaba su angustia ante los manejos de su madre, y el ruego de que no sucumbiera a ellos. Al cabo de unos minutos, la señora Bennet entreabrió la puerta y dijo:

—Lizzy, querida, necesito hablar contigo.

Elizabeth se vio obligada a salir de la estancia.

—Será mejor que los dejemos solos, ya lo sabes —exclamó su madre al verla—. Kitty y yo esperaremos en mi gabinete del piso de arriba.

Elizabeth no intentó que la señora Bennet entrara en razón, pero se quedó tranquilamente en el vestíbulo hasta que su madre y su hermana desaparecieron, y entonces volvió a entrar en el salón.

Los planes de la señora Bennet no se vieron coronados por el éxito aquel día. Bingley atesoraba todas las virtudes, excepto la de haberse declarado a su hija. Su sencillez y buen humor lo convirtieron en el mejor de los invitados; y, además de soportar la indiscreción de la madre, escuchó todas sus necedades con una paciencia y un dominio de sí mismo que Jane supo agradecerle especialmente.

Apenas fue necesario invitarlo a cenar; y, antes de marcharse, prometió a la señora Bennet que regresaría a la mañana siguiente para cazar con su marido.

A partir de entonces, Jane no volvió a hablar de su indiferencia. Las dos hermanas no intercambiaron ningún comentario sobre Bingley; pero Elizabeth se acostó feliz, convencida de que todo concluiría rápidamente, a no ser que el señor Darcy adelantara su regreso. Bromas aparte, sin embargo, tenía casi la certeza de que todo había ocurrido con el consentimiento de ese caballero.

Bingley llegó puntual a la cita, y pasó toda la mañana con el señor Bennet, como

habían acordado. Éste fue mucho más amable de lo que su invitado esperaba. No había en Bingley ningún atisbo de presunción o de estulticia que pudiera alentar sus burlas o sumirlo en el silencio; y se mostró más comunicativo y menos excéntrico que nunca. Bingley, como es natural, apareció con él a la hora del almuerzo; y, por la tarde, la señora Bennet volvió a aguzar el ingenio para conseguir que el joven se quedara a solas con su hija. Elizabeth, después del té, se instaló en la salita del desayuno para escribir una carta; como los demás pensaban jugar a los naipes, su presencia no sería necesaria para contrarrestar las intrigas de su madre.

Pero, cuando entró de nuevo en el salón, después de terminar su misiva, advirtió con infinita sorpresa que su madre se las había ingeniado para salirse con la suya. Al abrir la puerta, vio a Bingley y a su hermana en pie, conversando animadamente al lado de la chimenea; y, si eso no hubiera despertado ya sus sospechas, la expresión de sus rostros, al volverse hacia la puerta y separarse bruscamente, habría sido lo bastante elocuente. La situación fue bastante embarazosa para los dos jóvenes; pero Elizabeth pensó que ella llevaba la peor parte. Ninguno de los tres dijo nada, y Elizabeth estaba a punto de marcharse cuando Bingley, que al igual que Jane se había sentado, se levantó y, después de susurrar unas palabras a su hermana, salió rápidamente de la estancia.

Jane era incapaz de ocultar a Elizabeth nada que pudiera hacerla dichosa y, rodeándola con sus brazos, le confesó vivamente emocionada que era la mujer más feliz de la tierra.

—¡Es demasiado! —agregó—. Demasiado. No me lo merezco. ¡Ojalá todo el mundo fuera tan afortunado como yo!

Elizabeth la felicitó con una sinceridad, un calor y un alborozo más allá de lo que las palabras podían expresar. Cada una de sus cariñosas frases fue una nueva fuente de alegría para su hermana. Pero Jane, de momento, no podía quedarse con ella, ni decirle siquiera la mitad de lo que aún no le había dicho.

—Tengo que contárselo en seguida a nuestra madre —exclamó—. He de respetar lo mucho que se ha preocupado por mí; no quiero que se entere por otra persona. Bingley ya está hablando con nuestro padre. ¡Oh, Lizzy! ¡Pensar que voy a dar una noticia que complacerá tanto a mi querida familia! ¡No sé si podré soportar tanta dicha!

Salió como una exhalación en busca de su madre, que, después de suspender adrede la partida de naipes, estaba con Kitty en el piso superior.

Elizabeth se quedó sola, y sonrió al pensar en la rapidez y facilidad con que, a la postre, se había resuelto un asunto que les había deparado tantos meses de incertidumbre y sufrimiento.

«¡Y éste es el resultado de la tensa circunspección de su amigo Darcy! —pensó—. ¡De todas las falsedades y artimañas de su hermana Caroline! ¡El desenlace más

feliz, sensato y razonable!»

Al cabo de unos minutos apareció Bingley, cuya conversación con el señor Bennet había sido muy breve y directa.

—¿Dónde está su hermana? —preguntó atropelladamente desde la puerta.

—En el piso de arriba, con mi madre. Supongo que bajará en seguida.

El joven cerró entonces la puerta y, acercándose a ella, reclamó los parabienes y el afecto de una hermana. Elizabeth le expresó sincera y calurosamente su alegría por la perspectiva de su próximo parentesco. Los dos se estrecharon la mano con gran cordialidad; y, hasta que llegó su hermana, se vio obligada a escuchar cuanto Bingley tenía que decir sobre las excelencias de Jane y la felicidad que lo embargaba; y, aunque fueran las palabras de un enamorado, Elizabeth creyó realmente que sus esperanzas de felicidad tenían una base racional, pues descansaban no sólo sobre el excelente juicio y el maravilloso carácter de Jane, sino también sobre la gran semejanza de gustos y sentimientos que existía entre ambos.

Fue una tarde inmensamente feliz para todos; la dicha que sentía Jane iluminaba su dulce rostro, y estaba más hermosa que nunca. Kitty sonreía tontamente, en la esperanza de que su turno llegara pronto. La señora Bennet no encontraba palabras lo bastante efusivas para dar su consentimiento ni manifestar su aprobación, aunque pasara media hora sin hablar de otra cosa con Bingley; y, cuando el señor Bennet se unió a ellos para cenar, tanto su actitud como su voz reflejaron un inmenso júbilo.

No salió de sus labios, sin embargo, ni una palabra al respecto hasta que su invitado se despidió; pero, cuando éste salió de la casa, se volvió hacia su hija y dijo:

—Te felicito, Jane. Serás una mujer muy feliz.

Jane se acercó corriendo a su padre para darle un beso y agradecerle su bondad.

—Eres una buena muchacha —afirmó él—, y me complace pensar que estarás felizmente casada. Estoy convencido de que os llevaréis muy bien. Tenéis un carácter muy parecido. Sois tan complacientes que nunca zanjareis nada; tan apacibles que os engañarán todos los criados; y tan generosos que gastaréis por encima de vuestras posibilidades.

—Espero que no. La imprudencia en cuestiones de dinero sería imperdonable en mí.

—¿Gastar por encima de sus posibilidades? ¡Mi querido señor Bennet! —exclamó su mujer—. ¿Qué estás diciendo? Pero si Bingley tiene una renta de cuatro o cinco mil libras anuales, y probablemente más —y, dirigiéndose a su hija, añadió—: ¡Ah, mi querida, querida Jane! ¡Qué feliz soy! Estoy segura de que no pegaré ojo en toda la noche. ¡Sabía que sucedería! ¡Siempre lo dije! Tenía que haber algún motivo para que fueras tan bella. Recuerdo que, cuando Bingley llegó a Hertfordshire el año pasado, pensé que estabais hechos el uno para el otro. ¡Ah! ¡Es el joven más apuesto del mundo!

Wickham, Lydia... los dos cayeron en el olvido. Jane era, sin comparación, su hija preferida. En aquel momento, las demás le daban lo mismo.

Las hermanas menores no tardaron en sacar a relucir las cosas que les harían felices y que Jane podría ofrecerles en el futuro. Mary solicitó utilizar la biblioteca de Netherfield; y Kitty suplicó que todos los inviernos celebraran allí unos cuantos bailes.

Bingley, como es natural, se convirtió desde entonces en un visitante diario de Longbourn. Solía llegar antes del desayuno y quedarse hasta después de la cena; a menos que algún vecino desconsiderado, al que era imposible odiar lo suficiente, le invitara a almorzar sin que él pudiera eludir el compromiso.

Elizabeth apenas tenía tiempo para hablar con su hermana, ya que, cuando Bingley estaba presente, Jane no prestaba atención a nadie; pero comprendió que era de gran ayuda para ambos en los momentos en que, por el motivo que fuera, debían separarse. En ausencia de Jane, Bingley se acercaba a Elizabeth para hablarle de su hermana; y, cuando el joven se marchaba, Jane buscaba constantemente la misma fuente de consuelo.

—¡Me ha hecho tan feliz —le confesó una noche— al contarme que nunca se enteró de mi estancia en Londres la primavera pasada! Ni se me hubiera pasado por la cabeza.

—Yo sospechaba algo —respondió Elizabeth—. Pero ¿qué explicación te ha dado?

—Debió de ser cosa de sus hermanas. No querían de ningún modo que se relacionara conmigo, lo cual no me sorprende, pues podría haber hecho una elección mucho mejor en casi todos los sentidos. Pero cuando vean, como espero, que su hermano es feliz conmigo, lo aceptarán y volveremos a llevarnos bien; aunque nunca seremos amigas como antes.

—Nunca te había oído pronunciar unas palabras tan implacables —comentó Elizabeth—. ¡Bien dicho! Me molestaría mucho que la señorita Bingley volviera a engañarte con sus cucamonas.

—¿Podrás creer, Lizzy, que cuando se fue a Londres en noviembre ya estaba enamorado de mí, y que sólo el convencimiento de que yo no sentía nada por él le impidió volver?

—No hay duda de que estaba un poco equivocado; pero eso hace honor a su modestia.

Esto dio pie a un panegírico de Jane sobre la humildad de Bingley y lo poco que valoraba sus buenas cualidades.

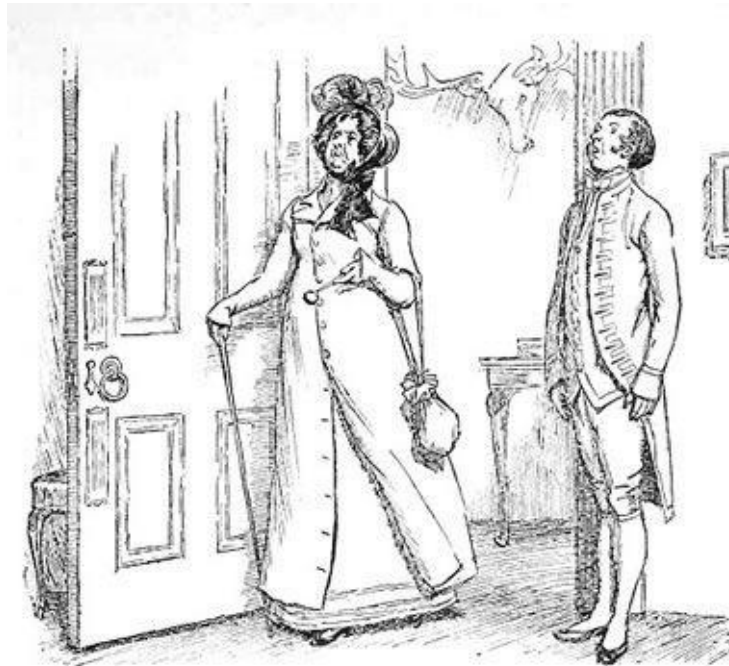
A Elizabeth le alegró descubrir que Bingley no había hablado de la intervención de su amigo, pues, aunque Jane tuviera el corazón más generoso y compasivo del mundo, sabía que esa circunstancia la predispondría en contra del señor Darcy.

—¡Jamás ha existido nadie más afortunado que yo! —exclamó Jane—. ¡Oh, Lizzy! ¿Por qué se me distingue entre mi familia y salgo mejor parada que mis hermanas? ¡Cómo me gustaría verte tan feliz como yo! ¡Ojalá hubiera otro Bingley para ti!

—Aunque me dieras cuarenta hombres como él, nunca sería tan feliz como tú. Mientras no posea tu buen carácter, tu bondad, no podrá embargarme esa dicha. No, no, déjame a mi aire; y, tal vez, si me acompaña la suerte, con el tiempo pueda encontrar a otro señor Collins.

El estado de cosas en la familia de Longbourn no podía guardarse mucho tiempo en secreto. La señora Bennet tuvo el privilegio de susurrárselo a la señora Philips, que se aventuró, sin su permiso, a hacer lo mismo con todas sus vecinas de Meryton.

Los Bennet fueron rápidamente considerados la familia más afortunada del mundo, aunque sólo unas semanas antes, tras la fuga de Lydia, muchos se hubieran lamentado de su pésima suerte.



Capítulo LVI



ierta mañana, alrededor de una semana después de que Bingley y Jane anunciaran su compromiso, cuando el joven se encontraba en el comedor de Longbourn con las damas de la familia, el traqueteo de un coche atrajo la atención de todos y les hizo mirar por la ventana; y vieron un carruaje de cuatro caballos que se acercaba a la casa. Era demasiado temprano para las visitas y, además, no parecía pertenecer a ninguno de sus vecinos. Los caballos eran de posta; y ni el vehículo, ni la librea del criado que iba delante, les resultaban familiares. Como era evidente, sin embargo, que alguien llegaba, Bingley se apresuró a convencer a Jane de que saliera a pasear con él en lugar de quedarse en casa con el intruso. La joven pareja se marchó, y los demás siguieron haciendo conjeturas, aunque en vano, hasta que la puerta se abrió de par en par y apareció su visitante. Era lady Catherine de Bourgh.

Todas esperaban una sorpresa, desde luego, pero su asombro superó cualquier expectativa; el de Elizabeth, aunque ella ya conociera a aquella dama, fue incluso mayor que el de la señora Bennet y Kitty, perplejas ante la aparición.

Lady Catherine entró en la estancia con un aire aún más arrogante del habitual, se limitó a contestar al saludo de Elizabeth con una leve inclinación de cabeza, y se sentó sin pronunciar palabra. Elizabeth había susurrado a su madre el nombre de la recién llegada, aunque esta última no hubiera pedido que se la presentara.

La señora Bennet, sin salir de su asombro, pero halagada por la importancia de su visitante, la recibió con la mayor cortesía. Después de unos instantes de silencio, lady Catherine le dijo fríamente a Elizabeth:

—Espero que se encuentre usted bien, señorita Bennet. Imagino que esta señora es su madre.

Elizabeth respondió con gran concisión que lo era.

—Y esa joven, supongo, una de sus hermanas.

—En efecto —replicó la señora Bennet, encantada de hablar con alguien como lady Catherine—. Es la penúltima de mis hijas. La más pequeña acaba de casarse, y la primogénita está paseando por los jardines con un joven que no tardará en formar parte de nuestra familia.

—Tienen ustedes un parque muy pequeño —afirmó lady Catherine después de un breve silencio.

—Supongo que no es nada en comparación con Rosings, milady; pero le aseguro que es más grande que el de sir William Lucas.

—La orientación de esta sala no puede ser peor para las tardes estivales; las ventanas dan a poniente.

La señora Bennet le aseguró que nunca la pisaban después del almuerzo, y luego añadió:

—¿Puedo tomarme la libertad de preguntarle si estaban bien el señor y la señora Collins cuando usted los dejó?

—Sí, muy bien. Los vi hace un par de noches.

Elizabeth esperó que sacara una carta de Charlotte para ella, pues ¿qué otro motivo podía tener su visita? Pero lady Catherine no le entregó ninguna carta, y la joven sintió un gran desconcierto.

La señora Bennet le preguntó amablemente si deseaba tomar algún refrigerio, pero lady Catherine, con tanta rotundidad como falta de cortesía, rechazó su ofrecimiento; y, poniéndose en pie, dijo a Elizabeth:

—Señorita Bennet, veo un bonito bosquecillo al fondo del césped. Me gustaría dar un paseo por él, si me hace el favor de acompañarme.

—Ve, querida —exclamó su madre—, y muéstrale a lady Catherine los diferentes parajes. Creo que le encantará la ermita^[*].

Elizabeth la obedeció, y, después de correr a su dormitorio para coger la sombrilla, bajó las escaleras con su noble huésped. Cuando atravesaban el vestíbulo, lady Catherine abrió las puertas del comedor y del salón y, tras una breve inspección, dictaminó, antes de salir, que eran dos estancias aceptables.

El carruaje seguía en la entrada, y Elizabeth vio que su doncella estaba en el interior. Avanzaron en silencio por el sendero de grava que conducía al bosquecillo; Elizabeth estaba decidida a no hacer el menor esfuerzo por conversar con una mujer cuyo comportamiento era más insolente y desagradable que nunca.

«¿Cómo he podido pensar alguna vez que su sobrino se parecía a ella?», se preguntó, mirando el rostro de la dama.

Al entrar en la arboleda, lady Catherine empezó a decir:

—Seguro que imagina usted, señorita Bennet, el motivo de mi viaje. Su corazón y su conciencia deben de haberle explicado ya por qué he venido.

Elizabeth la contempló con un asombro en absoluto fingido.

—Se equivoca, lady Catherine. No acabo de entender a qué debo el honor de su visita.

—Señorita Bennet —respondió la gran dama, en tono airado—, debería saber que no se juega conmigo. Y le hablaré sin ambages, aunque usted intente engañarme. Siempre me han ponderado la franqueza y sinceridad de mi carácter, y en un momento como éste seguiré fiel a mis principios. Hace dos días me enteré de una noticia muy alarmante. Me dijeron que no sólo su hermana estaba a punto de celebrar un matrimonio muy ventajoso, sino que había muchas probabilidades de que usted, la señorita Elizabeth Bennet, se casara poco después con mi sobrino, mi propio sobrino, el señor Darcy. Aunque sé que no es más que una escandalosa falsedad, aunque no quise injuriar a mi sobrino creyéndolo cierto, decidí al instante venir a verla para comunicarle mis sentimientos.

—Si le parecía imposible que fuera verdad —exclamó Elizabeth, enrojeciendo de asombro y de desprecio—, me gustaría saber por qué se ha tomado la molestia de viajar tan lejos. ¿Qué se propone?

—Exigir que semejante rumor sea desmentido de inmediato.

—Su aparición en Longbourn para vernos a mí y a mi familia —señaló fríamente Elizabeth— servirá más bien para confirmarlo; si de veras existe ese rumor.

—¿Si de veras existe! ¿Pretende ignorarlo? ¿Acaso no han sido ustedes quienes se han encargado de difundirlo? ¿No saben que ese rumor circula por todas partes?

—Yo nunca lo había oído.

—Y ¿podría usted afirmar, asimismo, que carece de *fundamento*?

—No pretendo igualar en franqueza a milady. Puede preguntarme lo que quiera, pero yo soy muy libre de responder o no.

—Esto es intolerable. Señorita Bennet, exijo una respuesta. ¿Le ha pedido el señor Darcy, mi sobrino, que se case con él?

—Milady ha afirmado que eso era imposible.

—Debería serlo; tiene que serlo, siempre que no haya perdido el juicio. Pero sus malas artes y su atractivo podrían, en un momento de enajenación, hacerle olvidar cuanto se debe a sí mismo y a su familia. Es posible que lo tenga usted hechizado.

—De ser así, sería la última en confesarlo.

—Señorita Bennet, ¿acaso ignora quién soy? No estoy acostumbrada a que nadie me hable así. Soy prácticamente el pariente más cercano del señor Darcy, y tengo derecho a conocer sus asuntos más íntimos.

—Pero no tiene derecho a conocer los míos; y, con un comportamiento como el

suyo, jamás conseguirá que sea más explícita.

—Permítame que le hable claro. Ese matrimonio, al que tiene usted la osadía de aspirar, nunca se celebrará. No, nunca. El señor Darcy está comprometido con mi hija. Y ahora ¿tiene usted algo que decir?

—Sólo que, si es así, no puede tener usted ningún motivo para pensar que él haya pedido mi mano.

Lady Catherine pareció vacilar unos instantes antes de responder:

—El compromiso entre ellos es de una naturaleza muy especial. Desde su infancia han estado destinados el uno para el otro. Era el mayor deseo de su madre, mi hermana, así como el mío. Aún estaban en la cuna cuando planeamos su unión, y ahora, en el momento en que la aspiración de ambas hermanas estaba a punto de cumplirse, ¿cómo va a impedir que se casen una joven de cuna humilde, sin la menor relevancia social y sin lazo alguno con nuestra familia? ¿No significan nada para usted los deseos de los parientes del señor Darcy, ni su compromiso tácito con la señorita De Bourgh? ¿No queda en usted el menor sentimiento de decoro y delicadeza? ¿No me ha oído decir que, desde su nacimiento, estaba destinado a su prima?

—Sí, y lo cierto es que ya lo había oído antes. Pero ¿qué puede importarme eso a mí? Si es ése el único impedimento para que me case con su sobrino, no dejaré de hacerlo por el hecho de saber que su madre y su tía querían que contrajera matrimonio con la señorita De Bourgh. Planear esa boda es cuanto pudieron hacer. Su consumación depende de otras personas. Si ni el honor ni el afecto obligan al señor Darcy a desposar a su prima, ¿por qué no puede hacer otra elección? Y, si ésta recae en mí, ¿por qué no aceptarlo?

—Porque el honor, el decoro, la prudencia, más aún, el interés lo prohíben. Sí, señorita Bennet, el interés; porque no esperará el reconocimiento de su familia o de sus amigos si usted se obstina en actuar contra las inclinaciones de todos ellos. La censurarán y me nospreciarán todas las personas relacionadas con mi sobrino. Su matrimonio será una afrenta, y su nombre no saldrá jamás de nuestros labios.

—Todo eso es terrible —respondió Elizabeth—. Pero estar casada con el señor Darcy será una fuente tan extraordinaria de felicidad que no tendré, en conjunto, motivos para quejarme.

—¡Qué muchacha tan obstinada y testaruda! ¡Me avergüenzo de usted! ¿Es ésta su forma de agradecerme las atenciones que le dispensé en primavera? ¿Acaso no está en deuda conmigo por ellas? Será mejor que nos sentemos. Tiene que entender, señorita Bennet, que he venido decidida a salirme con la mía; nada logrará disuadirme. No tengo por costumbre someterme a los caprichos de nadie. No estoy acostumbrada a los desaires.

—Eso hará más penosa su situación, pero no tendrá la menor influencia en mí.

—No me interrumpa. Escúcheme en silencio. Mi hija y mi sobrino están hechos el uno para el otro. Descienden, por línea materna, del mismo noble linaje; y, por línea paterna, de dos familias respetables, distinguidas y antiguas, aunque no aristocráticas. Su fortuna, por ambos lados, es cuantiosa. Están destinados el uno para el otro por sus dos familias; y ¿qué es lo que va a separarlos? Las pretensiones de una joven advenediza sin abolengo, relaciones ni fortuna. ¿Puede tolerarse esto? ¡De ningún modo! Si supiera usted lo que le conviene, no saldría de la esfera en que se ha educado.

—No creo que saliera de ella si me casara con su sobrino. El señor Darcy es un caballero, yo soy la hija de un caballero; hasta ahí somos iguales.

—Tiene razón. Su padre es un caballero. Pero ¿quién es su madre? ¿Quiénes son sus tíos? No piense que desconozco su situación.

—Sean cuáles sean mis relaciones familiares —dijo Elizabeth—, si su sobrino no pone reparos, ¿qué tiene usted que decir?

—De una vez por todas, ¿está comprometida con mi sobrino?

Aunque Elizabeth habría preferido no dar esa satisfacción a lady Catherine, después de pensarlo unos instantes, no pudo evitar decir:

—No.

Lady Catherine pareció muy complacida.

—Y ¿me promete que nunca lo estará?

—Me niego a hacer esa clase de promesas.

—Señorita Bennet, no puedo estar más escandalizada y sorprendida. Esperaba encontrar una joven más razonable. Pero no se engañe creyendo que desistiré de mis propósitos. No me marcharé de Longbourn hasta que no me garantice lo que quiero.

—No pienso hacerlo. Nadie me obligará a prometer algo tan irracional. Desea que el señor Darcy se case con su hija, pero ¿cree que las palabras que tanto anhela oír harán más probable la boda? Si su sobrino me quisiera, el hecho de que yo no aceptara su mano, ¿le empujaría a declararse a la señorita De Bourgh? Permítame decirle, lady Catherine, que los argumentos que esgrime para su insólita petición son tan frívolos como indiscreta la petición misma. Ha juzgado usted muy mal mi carácter al imaginar que podría convencerme con semejantes razonamientos. No sé en qué medida le parecerá bien al señor Darcy que se meta en sus asuntos, pero no tiene ningún derecho a inmiscuirse en los míos. He de pedirle, en consecuencia, que no me importune más.

—No tenga tanta prisa, se lo ruego. Aún no he acabado, ni mucho menos. A todas las objeciones que ya he expresado, debo añadir otra. No crea que ignoro los detalles de la vergonzosa fuga de su hermana menor. Estoy al corriente de todo; sé que el joven se ha casado con ella después de llegar a un acuerdo económico con su padre y sus tíos. ¿Y una criatura así va a ser la cuñada de mi sobrino? Y George Wickham, el

hijo del difunto administrador de su padre, ¿va a convertirse en su concuñado? ¡Santo cielo! ¿En qué estará usted pensando? Las sombras^[*] de Pemberley ¿han de ver mancillada hasta tal punto su pureza?

—Ahora sí que no tiene usted nada más que decir —exclamó Elizabeth, muy ofendida—. Me ha insultado de todas las formas posibles. Volvamos a casa, se lo ruego.

Y se puso en pie mientras decía estas palabras. Lady Catherine siguió su ejemplo, y las dos se dirigieron a la puerta de entrada. La gran dama estaba hecha un basilisco.

—¡Entonces no le inspiran el menor respeto el honor y la buena reputación de mi sobrino! ¡Es usted una joven insensible y egoísta! ¿No comprende que emparentarse con usted significará su deshonra a los ojos de todo el mundo?

—Lady Catherine, no tengo nada más que decir. Ya sabe cuáles son mis sentimientos.

—¿Así que está decidida a casarse con él?

—No he dicho tal cosa. Sólo estoy decidida a actuar del modo que me haga más feliz, sin consultar con usted ni con nadie que tenga tan poco que ver conmigo.

—Muy bien. Se niega, entonces, a complacerme. Se niega a obedecer las exigencias del deber, del honor y de la gratitud. Se propone enturbiar la opinión que de él tiene su familia y acarrearle el desprecio del mundo.

—Ni el deber, ni el honor, ni la gratitud —repuso Elizabeth— pueden exigirme nada en este caso. Mi matrimonio con el señor Darcy no quebrantaría ninguno de estos valores. En cuanto al resentimiento de su familia, o a la indignación del mundo, si el primero lo suscitara su boda conmigo, no me quitaría un minuto de sueño; y el mundo en general tendría demasiado buen juicio para sumarse a tanto menosprecio.

—¡Y ésa es su opinión! ¡Ésa es su decisión final! Muy bien. Ahora sabré cómo actuar. Pero no imagine, señorita Bennet, que sus ambiciones se verán colmadas. Quería ponerla a prueba. Esperaba que fuera usted una persona razonable; pero tenga la seguridad de que no daré mi brazo a torcer.

Y ése fue el tenor de las palabras de lady Catherine hasta que llegaron al carruaje, ante cuya portezuela se dio la vuelta y dijo:

—No me despediré de usted, señorita Bennet. No presentaré mis respetos a su madre. No es usted digna de esa atención. Estoy terriblemente disgustada.

Elizabeth no contestó; y, sin tratar de convencer a lady Catherine para que la acompañara, se metió tranquilamente en casa. Oyó el traqueteo del carruaje que se alejaba mientras subía las escaleras. Su madre, a la que encontró presa de impaciencia en la puerta de su gabinete, le preguntó por qué lady Catherine no había entrado a descansar un poco.

—No ha querido —contestó su hija—. Tenía que marcharse.

—¡Qué mujer tan elegante! ¡Y su visita no ha podido ser más cortés! Porque

supongo que sólo ha venido a decirnos que los Collins están bien. No me sorprendería que fuera de camino hacia algún sitio y, al pasar por Meryton, se le ocurriera venir a verte. Imagino que no quería nada especial de ti, ¿verdad, Lizzy?

Elizabeth no tuvo más remedio que mentir un poco, pues revelar el contenido de su conversación habría sido de todo punto imposible.



Capítulo LVII

Aquella visita tan extraordinaria sumió a Elizabeth en un estado de agitación muy difícil de refrenar; y pasó muchas horas sin poder pensar en otra cosa. Lady Catherine, al parecer, se había tomado la molestia de viajar desde Rosings con el único propósito de romper su supuesto compromiso con el señor Darcy. ¡Un plan, sin duda, de lo más racional! Elizabeth era incapaz de imaginar el origen de aquel rumor, hasta que el recuerdo de que él era amigo íntimo de Bingley y ella hermana de Jane la ayudó a comprender que la expectación que despertaba una boda bastaba para sugerir la posibilidad de otra, algo que todo el mundo deseaba. La joven se había percatado, asimismo, de que el matrimonio de su hermana la llevaría a coincidir más a menudo con el señor Darcy. Y sus vecinos de Lucas Lodge, por ese motivo (pues Elizabeth concluyó que su correspondencia con los Collins era la causante de que el rumor hubiera llegado hasta lady Catherine), habían puesto por escrito que era casi cierto e inmediato lo que ella había creído tal vez posible en alguna época futura.

Al reflexionar sobre las palabras de lady Catherine, sin embargo, no pudo evitar cierto sentimiento de inquietud ante las consecuencias que podría tener el hecho de que esta dama siguiera entrometiéndose en su vida. Por lo que había dicho sobre su firme decisión de impedir el enlace, seguro que había planeado hablar con su sobrino, pensaba Elizabeth; y no se atrevía casi a imaginar cómo se tomaría Darcy una descripción tan elocuente de los horrores vinculados a emparentar con ella. Ignoraba el afecto que sentía por su tía, o hasta qué punto se dejaría influir por ella, pero era lógico suponer que la tuviera en mejor concepto que Elizabeth; y era evidente que, al enumerar los males de un matrimonio con una joven cuya familia no estaba a su altura, lady Catherine estaría atacando su punto débil. Con sus ideas sobre la dignidad, es muy probable que encontrara los argumentos de su tía —para Elizabeth

ridículos y sin fundamento— llenos de solidez y sentido común.

Si ya antes él había sido un mar de confusiones sobre lo que debía hacer, los consejos y ruegos de un pariente tan cercano podrían disipar sus dudas y animarle a ser todo lo feliz que le permitiera una dignidad sin tacha. En ese caso no regresaría más a Longbourn. Lady Catherine podría verlo al pasar por Londres camino de Rosings; y, aunque se lo hubiera prometido a Bingley, no volvería a aparecer en Netherfield.

«De modo que, si se excusa con su amigo por no venir dentro de unos días —se dijo—, sabré a qué atenerme. Y renunciaré a mis esperanzas y a mis deseos de que sus sentimientos no me traicionen. Si se conforma con lamentar mi pérdida, cuando podría haber conquistado mi amor y mi mano, no tardaré en olvidarlo.»

La sorpresa de la familia, al conocer la identidad de su visitante, fue mayúscula, pero todos parecieron contentarse con el mismo razonamiento que había satisfecho la curiosidad de la señora Bennet; y Elizabeth no tuvo que soportar ninguna broma.

A la mañana siguiente, mientras bajaba las escaleras, se encontró con su padre, que salía de la biblioteca con una carta en la mano.

—Lizzy —dijo el señor Bennet—, iba en tu busca; ven conmigo.

Elizabeth fue tras él; y su curiosidad por saber lo que tenía que decirle aumentó al pensar que podía estar relacionado con la carta. Se le ocurrió de pronto que quizá la hubiera escrito lady Catherine; e imaginó, consternada, las explicaciones que se vería obligada a dar.

Siguió a su padre hasta la chimenea, y los dos tomaron asiento.

—Esta mañana he recibido una carta que me ha dejado absolutamente perplejo —dijo él—. Como te concierne sobre todo a ti, debes conocer su contenido. Ignoraba que tenía *dos* hijas a punto de casarse. Déjame felicitarte por una conquista tan importante.

Las mejillas de Elizabeth enrojecieron, convencida de que era una carta del sobrino, no de la tía; y empezó a dudar si era mayor su placer porque Darcy hablara de sus intenciones o su disgusto porque no se hubiera dirigido a ella.

—Pareces saber de qué estoy hablando. Las jóvenes tenéis una gran perspicacia para los asuntos de esta naturaleza; pero no creo que, ni con tu sagacidad, puedas adivinar el nombre de tu pretendiente. La carta es del señor Collins.

—¿Del señor Collins? Y ¿qué tiene que decir él?

—Algo muy a propósito, por supuesto. Empieza dándome la enhorabuena por la próxima boda de mi hija primogénita, de la que se ha enterado, al parecer, por alguno de los amables y chismosos Lucas. No pondré a prueba tu paciencia leyendo lo que dice sobre ese asunto. Lo que te interesa es lo siguiente:

Después de ofrecerle las sinceras felicitaciones de la señora Collins y mías por tan venturoso acontecimiento, permítame aludir brevemente a otra noticia que hemos

sabido por la misma fuente. Su hija Elizabeth, según dicen, no seguirá llevando mucho tiempo el apellido Bennet después de que su hermana mayor renuncie a él; y el hombre con el que compartirá su destino puede con justicia considerarse uno de los personajes más ilustres de nuestro país.

»¿Imaginas, Lizzy, a quién se refiere?

Ese joven caballero ha sido bendecido de un modo singular con todo lo que un corazón mortal puede desear: una magnífica heredad, un noble linaje y valiosos beneficios eclesiásticos. Sin embargo, a pesar de todas esas tentaciones, permítame advertirles tanto a usted como a mi prima Elizabeth del daño que podría acarrearles aceptar precipitadamente la proposición matrimonial de este caballero, que, como es natural, les parecerá a ustedes de lo más ventajosa.

»¿Tienes alguna idea, Lizzy, de quién es ese caballero? Un momento, ahora te lo digo...

Si he decidido ponerles sobre aviso es porque tenemos motivos para creer que su tía, lady Catherine de Bourgh, no ve con buenos ojos el enlace.

»¡Hablan del señor *Darcy*! Vamos, Lizzy, reconoce que no te lo esperabas. El señor Collins y los Lucas no han podido dar con un caballero entre nuestro círculo de amistades cuyo mero nombre desmienta de manera más rotunda su historia. El señor Darcy, ¡que sólo mira a una mujer para encontrarle defectos, y que probablemente ni se ha fijado en ti! ¡Es increíble!

Elizabeth trató de fingir que le hacía gracia, pero sólo pudo obsequiar a su progenitor con una sonrisa forzada. El ingenio paterno jamás se había afilado contra un blanco que fuera menos de su agrado.

—¿No te parece divertido?

—¡Oh, sí! Pero siga leyendo, por favor.

Ayer por la noche, después de comunicar a lady Catherine la posibilidad de ese matrimonio, mi benefactora, con su habitual condescendencia, nos explicó inmediatamente lo que pensaba; y resultó evidente que, en virtud de ciertas objeciones relacionadas con la familia de mi prima, nunca daría su consentimiento a lo que no dudó en calificar de enlace deshonesto. Consideré mi deber poner esto en conocimiento de mi prima Elizabeth lo antes posible, para que tanto ella como su noble pretendiente sean conscientes de su situación, y no se apresuren a celebrar un matrimonio que no cuenta con el beneplácito de lady Catherine.

»Y el señor Collins dice después:

Me alegra sinceramente que se haya podido echar tierra al penoso asunto de mi prima Lydia, y sólo me preocupa que la gente se entere de que ella y Wickham vivieron juntos antes de la boda. No puedo, sin embargo, descuidar mis deberes de clérigo, ni abstenerme de expresar mi asombro ante el hecho de que recibiera usted a los dos jóvenes tan pronto como se casaron. Fue un modo de alentar el vicio; y, de

haber sido yo el rector de Longbourn, me habría opuesto enérgicamente. No hay duda de que tenía que perdonarlos como buen cristiano, pero jamás admitirlos en su presencia, ni permitir que ante usted se pronunciaran sus nombres.

»¡Y ésa es su idea del perdón cristiano! El resto de la carta sólo habla del estado de su querida Charlotte, y sobre sus esperanzas de un nuevo brote de olivo^[*]. Pero, Lizzy, no parece hacerte gracia. Espero que no te pongas melindrosa, y te hagas la ofendida por un rumor tan infundado. ¿Qué sentido tiene esta vida si nuestros vecinos no se ríen de nosotros, y nosotros de ellos?

—No, no, si me divierte muchísimo —exclamó Elizabeth—. Pero ¡es tan extraño!

—Sí, y eso es lo gracioso. Si hubieran elegido a cualquier otro hombre, daría lo mismo; pero su completa indiferencia y tu clara antipatía lo convierten en algo ¡tan maravillosamente absurdo! A pesar de lo mucho que detesto escribir, no dejaría de cartearme con el señor Collins por nada del mundo. ¡No, de ningún modo! Cuando leo una de sus misivas, no puedo sino preferirlo a Wickham, por mucho que valore el descaro y la hipocresía de mi yerno. Por cierto, Lizzy, ¿qué dijo lady Catherine de esta historia? ¿Vino a visitarnos para negarse a dar su consentimiento?

Elizabeth respondió echándose a reír; y, como él había hecho esa pregunta sin sospechar que pudiera ser cierta, a ella le dio lo mismo cuando oyó que se la repetía. A Elizabeth nunca le había costado tanto fingir algo que no sentía. Tenía que reír cuando hubiera preferido llorar. Su padre la había humillado cruelmente al hablar de la indiferencia de Darcy, y sólo le cabía asombrarse de su falta de perspicacia, o temer, quizá, que no fuera el señor Bennet quien veía demasiado *poco* sino ella la que imaginaba *demasiado*.



Capítulo LVIII



En lugar de recibir una carta de Darcy excusándose por no volver a Netherfield, como Elizabeth estaba casi segura de que ocurriría, el señor Bingley se presentó con su amigo en Longbourn pocos días después de la visita de lady Catherine. Los dos caballeros llegaron temprano; y, antes de que la señora Bennet tuviera tiempo de contarles que había visto a la tía del señor Darcy, algo que a Elizabeth le horrorizaba, Bingley, que deseaba estar a solas con Jane, propuso a todos dar un paseo. Y así lo acordaron. La señora Bennet no tenía costumbre de andar, y Mary nunca disponía de tiempo para hacerlo, pero los demás salieron en grupo. Bingley y Jane, sin embargo, no tardaron en quedarse atrás mientras Elizabeth, Kitty y Darcy continuaban juntos. Apenas hablaban; a Kitty le asustaba demasiado el señor Darcy para decir algo, Elizabeth debía tomar una decisión desesperada, y es posible que él estuviera en las mismas.

Se encaminaron hacia la casa de los Lucas, porque Kitty quería visitar a Maria; y, como Elizabeth no creyó necesario acompañarla, cuando su hermana se alejó, tuvo la audacia de seguir sola con Darcy. Era el momento de llevar a cabo lo que tenía en mente, y, sintiendo que su valor no había mermado, le dijo de inmediato:

—Señor Darcy, soy una criatura muy egoísta; y, a fin de apaciguar mis sentimientos, no tengo en cuenta lo mucho que podría herir los suyos. No puedo continuar sin darle las gracias por la bondad sin igual que ha tenido con mi pobre hermana. Desde que me enteré, no he visto el momento de decirle lo agradecida que me siento. Si mi familia lo supiera, no sería únicamente yo quien le expresaría su

gratitud.

—Lamento, lamento muchísimo —respondió Darcy, en un tono de sorpresa y emoción— que le hayan informado de algo que, erróneamente interpretado, podría haberla sumido en el desasosiego. No creí que la señora Gardiner fuera tan indiscreta.

—No debe culpar a mi tía. El atolondramiento de Lydia fue lo que me puso al tanto de su intervención en el asunto; y, como es natural, no descansé hasta saber todos los detalles. Permítame agradecerle una y mil veces, en nombre de toda mi familia, la generosa compasión que le llevó a tomarse tantas molestias, y pasar tantos sinsabores, para encontrar a Wickham y a mi hermana.

—Si ha de agradecérmelo —replicó él—, que sea sólo en su propio nombre. No ocultaré que el deseo de hacerla feliz fortaleció las demás razones que me movieron a hacerlo. Pero su familia no me debe nada. Por mucho que la respete, creo que sólo pensé en usted.

Elizabeth estaba demasiado turbada para abrir la boca. Al cabo de una breve pausa, su acompañante añadió:

—Usted es demasiado generosa para jugar con mis sentimientos. Si los suyos siguen siendo los mismos del pasado abril, dígamelo en seguida. Mi afecto y mis deseos no han cambiado, pero una palabra suya me silenciará para siempre.

Elizabeth, comprendiendo que el joven estaba en vilo, se obligó a responder; e, inmediatamente, aunque sin la fluidez deseable, le dio a entender que sus sentimientos habían experimentado un cambio tan sustancial desde la primavera pasada que no podía sino recibir con gratitud y gozo su declaración. La dicha que sintió el señor Darcy ante su respuesta fue de una intensidad que probablemente no había conocido hasta entonces; y se expresó con la vehemencia y el ardor de un hombre locamente enamorado. Si Elizabeth hubiera podido mirarle a los ojos, habría visto cómo le favorecía la expresión de felicidad que iluminaba su rostro; pero, aunque incapaz de mirarle, podía escucharle, y el señor Darcy habló de unos sentimientos que, al ensalzar lo que ella significaba para él, aumentaron para Elizabeth el valor de su afecto.

Siguieron andando, sin saber hacia dónde. Había demasiado que pensar, y sentir, y decir, para poder prestar atención a otras cosas. Elizabeth no tardó en saber que los dos estaban en deuda con lady Catherine, quien, al pasar por Londres camino de Kent, había visitado a su sobrino para informarle de su viaje a Longbourn, así como del contenido de su conversación con Elizabeth —hizo hincapié en cada una de las expresiones de la joven, que, según la gran dama, probaban sobradamente su perversidad y su descaró—, convencida de que su relato la ayudaría a conseguir de su sobrino la promesa que no había logrado arrancar a Elizabeth. Pero, por desgracia para lady Catherine, su efecto había sido exactamente el contrario.

—Me hizo concebir unas esperanzas —dijo él— que antes no me había atrevido a

albergar. Te conocía lo suficiente para saber que, si hubieras estado absoluta, irrevocablemente decidida en mi contra, se lo habrías dicho a mi tía sin ambages.

Elizabeth se ruborizó y rió al responder:

—Sí, conoces lo bastante mi *franqueza* para creerme capaz de eso. Después de haberte insultado del modo más abominable, no tendría el menor escrúpulo en decir cosas horribles de ti delante de tus parientes.

—¿Acaso me dijiste algo que yo no mereciera? Porque, aunque tus acusaciones carecían de fundamento, y descansaban sobre premisas falsas, mi forma de actuar contigo en aquel entonces merecía la más severa de las reprobaciones. Fue imperdonable. No puedo recordarlo sin avergonzarme.

—No vamos a discutir quién es más culpable por lo de aquella tarde —exclamó Elizabeth—. Si lo examinamos con detenimiento, el comportamiento de los dos dejó bastante que desear; pero creo que los dos hemos mejorado mucho en cortesía.

—No puedo reconciliarme conmigo tan fácilmente. El recuerdo de lo que entonces dije, de mi proceder, de mis modales, de mis expresiones durante toda nuestra conversación, me resulta ahora, y desde hace meses, terriblemente doloroso. Tu reprobación, tan certera, jamás la olvidaré: «Si se hubiera comportado usted de una manera más caballerosa», me dijiste. No sabes, difícilmente podrás imaginar, lo mucho que me han atormentado estas palabras. Aunque hubo de pasar cierto tiempo, lo admito, para que reconociera hasta qué punto me las merecía.

—No esperaba en absoluto que te causaran esa impresión. No tenía la menor idea de que fueras a tomártelas tan a pecho.

—Te creo. Y pensaste que carecía de sentimientos nobles, estoy seguro. Nunca olvidaré cómo cambió tu expresión cuando me dijiste que no podía pedirte en matrimonio de ningún modo que te impulsara a aceptarme.

—¡Vamos! No repitas mis palabras. Esos recuerdos no nos harán ningún bien. Te aseguro que llevo mucho tiempo sinceramente avergonzada de lo que dije.

Darcy habló de la carta que le había escrito.

—¿Me gustaría saber si mejoró la opinión que tenías de mí? Al leerla, ¿diste algún crédito a su contenido?

Elizabeth le explicó la impresión que le había producido, y cómo sus prejuicios se habían ido esfumando gradualmente.

—Sabía —dijo él— que lo que escribí en aquella carta iba a serte doloroso, pero era necesario. Espero que la hayas roto. Había una parte en ella, sobre todo al comienzo, que me aterraría que volvieras a leer. Recuerdo algunas expresiones que podrían haber hecho que me odiaras, y con justicia.

—Quemaré la carta, no lo dudes, si es imprescindible para que yo siga sintiendo lo que siento; pero, aunque los dos tenemos razones para pensar que mis opiniones no son inalterables, tampoco son, espero, tan volubles como supones.

—Cuando escribí esa carta —respondió el señor Darcy—, creí hacerlo con la mayor calma y frialdad, pero no tardé en convencerme de que lo había hecho con el ánimo sumido en una atroz amargura.

—Es posible que empezara siendo amarga, pero no terminó del mismo modo. La despedida era la bondad misma. Pero no pienses más en esa carta. Los sentimientos de quien la escribió, y de quien la recibió, son ahora tan completamente diferentes de los de entonces que debemos olvidar todas las circunstancias desagradables relacionadas con ella. Tendrás que aprender un poco de mi filosofía. Piensa sólo en el pasado cuando su recuerdo te sea placentero.

—No necesitas ninguna filosofía. Tus recuerdos tienen que estar tan libres de reproches que el contento que nazca de ellos no sea propio de la filosofía, sino de algo mucho mejor: de la inocencia. Pero a mí eso no me vale. En mi caso habría recuerdos dolorosos que no puedo, que no debo evitar. He sido un egoísta toda mi vida, pero sólo en la práctica, no en los principios. De niño me enseñaron lo que está bien, pero no me enseñaron a corregir mi temperamento. Me inculcaron buenos principios, pero se me permitió seguirlos con orgullo y engreimiento. Por desgracia, fui el único varón (y pasaron muchos años antes de que naciera mi hermana), y fui mimado por mis padres, que, aunque buenos (sobre todo mi padre, que era todo afabilidad y benevolencia), permitieron, fomentaron y casi me enseñaron a ser egoísta y dominante; a no preocuparme por nadie más allá del círculo de mi propia familia; a pensar mal de todo el mundo; a menospreciar, cuando menos, el juicio y los valores de los demás cuando se comparaban con los míos. Así fui de los ocho a los veintiocho años; y así habría seguido siendo de no haberte conocido, ¡mi maravillosa y querida Elizabeth! ¡Te debo tanto! Me diste una lección, muy dura al principio, pero enormemente provechosa luego. Recibí una cura de humildad. Me acerqué a ti sin albergar ninguna duda sobre cuál iba a ser tu respuesta. Y tú me mostraste cuán insuficientes eran mis méritos para agradar a una mujer que merecía el mejor de los tratos.

—¿Tan convencido estabas de que te aceptaría?

—Ya lo creo. Pensarás que soy un vanidoso. Creí que estabas deseando, esperando mi declaración.

—Mi actitud debió de inducirte a error, pero no intencionadamente, te lo aseguro. Nunca pretendí engañarte, pero mi temperamento, a menudo, me juega malas pasadas. ¡Cuánto debiste de odiarme después de aquella tarde!

—¿Odiarte? Quizá estuve furioso al principio, pero mi furia pronto empezó a aplacarse.

—Casi no me atrevo a preguntar qué pensaste de mí cuando nos encontramos en Pemberley. ¿Me censuraste por haber ido?

—En absoluto; no sentí más que sorpresa.

—Tu sorpresa no pudo ser mayor que la mía al advertir que me habías visto. Mi cabeza me decía que no merecía ninguna atención especial, y confieso que no esperaba recibir más de lo que merecía.

—Mi propósito, entonces —respondió Darcy—, fue hacerte saber, con todas las muestras de cortesía que estaban en mi mano, que no era tan mezquino como para guardar rencor por el pasado; y que esperaba lograr tu perdón, y hacer que mejorara tu opinión de mí al dejar bien claro que tus reproches no habían sido en balde. En qué momento afloró en mí otro deseo, no sabría decirlo. Pero creo que media hora después de haberte visto.

El señor Darcy, entonces, le contó el placer que había sentido Georgiana al conocerla, y su desilusión ante la súbita interrupción de su amistad; y eso les llevó a hablar de la causa de semejante contratiempo, y permitió saber a Elizabeth que la decisión de abandonar Derbyshire para emprender la búsqueda de Lydia la había tomado el señor Darcy antes de salir de la posada, y que su gravedad y ensimismamiento no se debían a otro afán que planear el modo en que tal búsqueda debía materializarse.

Elizabeth volvió a expresarle su gratitud, pero el asunto era demasiado doloroso para que se detuvieran mucho en él.

Después de andar con parsimonia varios kilómetros, y demasiado absortos para prestar atención a lo que les rodeaba, cayeron finalmente en la cuenta, al mirar sus relojes, de que era hora de volver a casa.

—¿Qué será de Bingley y de Jane?

Pregunta que les llevó a hablar de ellos. Darcy estaba encantado de su compromiso matrimonial, del que su amigo le había dado la primicia.

—Tengo que preguntarte si te sorprendió —dijo Elizabeth.

—En absoluto. Cuando me fui, presentía que estaba a punto de hacerse realidad.

—Lo que equivale a decir que habías dado a Bingley tu consentimiento. Eso supuse.

Y, aunque él protestó ante el vocablo «consentimiento», Elizabeth supo que no erraba mucho al aventurar cómo había sido.

—La víspera de mi salida para Londres —dijo él—, le hice a Bingley una confesión que creo que tendría que haberle hecho mucho tiempo antes. Le conté todo lo acontecido para que mi anterior intervención en sus asuntos resultara ahora absurda e impertinente. Se quedó muy sorprendido. Jamás había tenido la menor sospecha. Le conté, además, que creía que me había equivocado al suponer, como había hecho, que Jane no sentía ningún interés por él; y, como vi claramente que ella le seguía inspirando el mismo afecto, tuve la seguridad de que serían muy felices.

Elizabeth no pudo evitar sonreír ante la facilidad con que Darcy había encauzado a su amigo.

—Cuando le dijiste a Bingley que mi hermana lo amaba, ¿era por algo que habías observado tú mismo —dijo ella—, o simplemente por mi comentario de la primavera pasada?

—Por lo primero. Había observado detenidamente a tu hermana durante mis dos últimas visitas; y no me cabía duda de lo que sentía por Bingley.

—Y supongo que tu certeza convenció en seguida a tu amigo.

—En efecto. Bingley es de una humildad sin asomo de afectación. Su modestia le impidió fiarse de su propio juicio en un asunto tan delicado, pero su confianza en el mío facilitó mucho las cosas. Me sentí obligado a confesarle algo que, durante un tiempo, y no sin razón, consideró ofensivo. No podía permitirme ocultarle que tu hermana Jane había pasado tres meses en Londres el invierno pasado, y que yo lo sabía, pero se lo había ocultado a propósito. Eso le enfureció. Pero su ira, estoy seguro, duró lo que tardaron en despejarse todas las dudas sobre los sentimientos de tu hermana. Y me ha perdonado de todo corazón.

Elizabeth sintió el vivo deseo de comentar que el señor Bingley era el más encantador de los amigos; se dejaba guiar tan fácilmente que no tenía precio, pero se contuvo. Recordó que Darcy aún tenía que aprender a aceptar que se hicieran bromas a su costa, y le pareció que empezar a hacerlo en aquel momento era demasiado prematuro. Imaginando de antemano la felicidad de Bingley, que por supuesto sería inferior a la suya, Darcy siguió hablando con Elizabeth hasta que llegaron a la casa. Una vez en el vestíbulo, los dos jóvenes se despidieron.



Capítulo LIX



¡Querida Lizzy, ¿a dónde habéis ido a pasear? —le preguntó Jane a Elizabeth en cuanto la vio entrar en el dormitorio que compartían, al igual que hicieron después todos los demás cuando se sentaron a la mesa. Elizabeth se limitó a contestar que habían vagado por los alrededores, hasta llegar a unos parajes que ni siquiera ella conocía. Al decirlo se sonrojó un poco; pero ni eso, ni ninguna otra cosa, levantó la menor sospecha sobre lo que en realidad había sucedido.

La tarde pasó apaciblemente, sin nada digno de reseñar. Los enamorados que habían hecho público su noviazgo charlaban y reían, y los que lo guardaban en secreto preferían el silencio. Darcy no era un hombre dado a las grandes efusiones; y Elizabeth, agitada y confusa, sentía más que sabía que era feliz; pues, además de la turbación inmediata, la esperaban otras dificultades. Imaginaba qué pensaría su familia cuando les diera la noticia; era consciente de que Jane era la única que apreciaba a Darcy; e incluso temía que ni su riqueza ni su posición social mitigaran la antipatía que les inspiraba.

Aquella noche le abrió su corazón a Jane. Aunque su hermana no fuera nada

desconfiada por naturaleza, no pudo ser mayor su incredulidad.

—Es una broma, Lizzy. ¡No puede ser! ¡Prometida con el señor Darcy! No, no, no vas a engañarme. Sé que es imposible.

—¡Menudo comienzo...! Tenía depositadas en ti mis esperanzas; si tú no me crees, estoy segura de que nadie lo hará. Pero estoy hablando en serio. Te estoy contando la verdad. Todavía me ama, y nos hemos prometido.

Jane la miró, titubeante.

—¡Oh, Lizzy! No puede ser. Sé lo mucho que te desagrada.

—No sabes nada de este asunto. Lo que dices forma parte del pasado. Quizá no siempre le haya querido tanto como ahora, pero, en casos así, tener buena memoria es imperdonable. Ésta será la última vez que lo recuerde.

Jane seguía sin salir de su asombro. Elizabeth volvió a asegurarle, y con la mayor seriedad, que cuanto decía era cierto.

—¡Cielo santo! ¿Cómo es posible? Y, sin embargo, tengo que creerte —exclamó Jane—. ¡Mi querida Lizzy, debería darte... te doy la enhorabuena! Pero... ¿estás segura? Perdona la pregunta, pero... ¿estás completamente segura de que serás feliz con él?

—No existe la menor duda. Ya hemos decidido que seremos la pareja más feliz del mundo. Pero ¿te alegra la noticia, Jane? ¿Te gustará que sea tu cuñado?

—Mucho, muchísimo. Nada podría complacernos más a Bingley y a mí. Pero, al pensar en semejante posibilidad, los dos la descartamos por imposible. Y ¿de veras le quieres lo suficiente? ¡Oh, Lizzy! Haz cualquier cosa menos casarte sin amor. ¿Estás completamente segura de que sientes lo que se debe sentir?

—¡Claro que sí! Cuando te lo cuente todo, comprenderás que siento más de lo que debería.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, tengo que confesar que le quiero más que a Bingley. Me temo que esto te pondrá furiosa.

—Queridísima hermana, déjate de bromas. Quiero que hablemos muy en serio. Cuéntame todos los detalles que deba saber, y ahora mismo. ¿Vas a decirme cuánto tiempo llevas enamorada de él?

—Ha sido tan poco a poco que apenas sé cuándo empezó. Pero supongo que en mi primera visita a sus preciosas tierras de Pemberley.

Un nuevo ruego de que abordara el asunto con seriedad produjo, sin embargo, el efecto deseado; y Elizabeth no tardó en contentar a Jane declarando solemnemente lo mucho que amaba a Darcy. Cuando se hubo convencido de eso, Jane no cabía en sí de gozo.

—No puedo ser más dichosa —dijo—, porque vas a ser tan feliz como yo. Siempre me ha gustado Darcy. Y siempre lo habría apreciado aunque sólo fuera por

su amor por ti; pero ahora, como amigo de Bingley y marido tuyo, sólo Bingley y tú podéis serme más queridos. Pero, Lizzy, has sido muy taimada, muy misteriosa conmigo. ¡Qué poco me has hablado de lo que pasó en Pemberley y en Lambton! Cuanto sé me lo ha contado otra persona.

Elizabeth le explicó los motivos de su discreción. No había querido nombrar a Bingley; y, dada la inestabilidad de sus sentimientos, había evitado asimismo pronunciar el nombre de su amigo. Pero ya no tenía por qué seguir ocultando el papel de Darcy en el casamiento de Lydia. Todo se aclaró al fin, y las dos hermanas pasaron la mitad de la noche conversando.

—¡Dios mío! —exclamó la señora Bennet, mirando por la ventana a la mañana siguiente—. ¡Ahí tenemos otra vez a ese desagradable señor Darcy con nuestro querido señor Bingley! ¿Qué pretenderá viniendo a todas horas? No tengo ni idea, pero podría irse de caza, o hacer cualquier otra cosa, y dejar de importarnos con su compañía. ¿Qué podemos hacer con ese joven? Lizzy, tendrás que dar otro paseo con él para quitárselo de encima a Bingley.

Elizabeth no pudo sino reír ante una sugerencia tan oportuna; aunque en realidad le doliera que su madre se refiriera con tanto desprecio al señor Darcy.

Nada más entrar, Bingley la miró de un modo tan expresivo y le estrechó la mano con tanta cordialidad que Elizabeth tuvo la certeza de que estaba al corriente de todo; y poco después dijo en voz alta:

—Señora Bennet, ¿no tienen más caminos por los que Lizzy pueda perderse hoy?

—Sugiero al señor Darcy, a Lizzy y a Kitty —dijo la señora Bennet— que vayan esta mañana a Oakham Mount. Es un paseo largo y muy bonito, y el señor Darcy aún no ha contemplado esa vista.

—Sin duda disfrutarán de él Lizzy y mi amigo —respondió el señor Bingley—, pero estoy seguro de que será excesivo para Kitty. ¿No es cierto, Kitty?

Kitty reconoció que prefería quedarse en casa. Darcy mostró un gran interés por ver el panorama desde esa montaña, y Elizabeth accedió en silencio a acompañarlo. Cuando subía para arreglarse, la señora Bennet fue tras ella, diciendo:

—Siento mucho, Lizzy, que tengas que ocuparte tú sola de ese hombre tan desagradable. Pero espero que no te importe: todo es por el bien de Jane, ya lo sabes; y no tienes por qué hablar mucho con él, sólo de cuando en cuando. Así que no te molestes demasiado.

Durante el paseo, Elizabeth y Darcy convinieron en que éste pediría el consentimiento del señor Bennet en el curso de la velada. Ella se reservó el comunicárselo a su madre. No estaba segura de cómo se lo tomaría; y a veces dudaba de que la fortuna y el abolengo del señor Darcy bastaran para contrarrestar lo mucho que lo detestaba. Pero, tanto si se oponía violentamente al enlace como si lo celebraba con júbilo, no cabía duda de que en ninguno de los dos casos quedaría

acreditado su buen juicio; y Elizabeth no podía soportar la idea de que el señor Darcy tuviera que escuchar sus primeras exclamaciones de júbilo o sus vehementes muestras de desaprobación.

Por la tarde, poco después de que el señor Bennet se retirara a la biblioteca, Elizabeth fue presa de una viva agitación al ver que el señor Darcy se levantaba y lo seguía. No temía que su padre se opusiera al enlace, pero sabía que no le haría feliz; y le atormentaba el hecho de que ella, precisamente ella, su hija preferida, lo afligiera con su elección, y lo dejara lleno de miedo y de pesar al haber tenido que dar su beneplácito. Esperó, apesadumbrada, hasta que el señor Darcy volvió a aparecer, y sintió un ligero alivio al ver que sonreía. Al cabo de unos minutos Darcy se acercó a la mesa donde estaba con Kitty, y, fingiendo que admiraba su labor, le dijo en un susurro:

—Ve a la biblioteca; tu padre quiere verte.

Ella se dirigió allí de inmediato.

El señor Bennet paseaba de un lado a otro de la estancia, con expresión grave y preocupada.

—Lizzy —exclamó—. ¿Qué vas a hacer? ¿Acaso has perdido el juicio al aceptar a ese hombre? ¿No lo has odiado siempre?

¡Cuán vivamente deseó Elizabeth en aquel momento que sus opiniones anteriores hubieran sido más razonables, y su forma de expresarlas más moderada! Se habría ahorrado explicaciones y confidencias ahora sumamente embarazosas; pero eran de todo punto necesarias, y aseguró a su padre, con cierta turbación, que su afecto por el señor Darcy era sincero.

—En dos palabras, que estás decidida a casarte con él. Es rico, no cabe duda, y podrás tener vestidos más bonitos y carruajes mejores que Jane. Pero ¿te hará feliz eso?

—¿Tiene alguna otra objeción, padre —preguntó Elizabeth—, aparte de pensar que me es indiferente?

—Ninguna en absoluto. Todos sabemos que es un hombre antipático y orgulloso; pero eso daría lo mismo si te gustara de verdad.

—Me gusta, claro que me gusta —replicó ella, con lágrimas en los ojos—. Lo amo. Y su orgullo no es injustificado. Es extraordinariamente bueno y amable. Usted no sabe cómo es en realidad; y me duele sobremanera que hable de él de este modo.

—Lizzy —dijo su padre—, he dado mi consentimiento al señor Darcy. Ciertamente es un hombre a quien no osaría negar nada que se dignara pedirme. Y ahora te doy ese consentimiento a ti, si es que estás decidida a unirte a él. Pero déjame aconsejarte que lo pienses bien. Conozco tu temperamento, Lizzy. Sé que no podrías ser feliz ni respetable si no quisieras de verdad a tu marido, si no lo miraras como a alguien superior. Tu inteligencia y tu ingenio te expondrían a grandes peligros

en un matrimonio desigual. Difícilmente escaparías al descrédito y la desdicha. Hija mía, no me inflijas el dolor de verte incapaz de respetar a tu compañero en la vida. No sabes bien el riesgo que corres.

Elizabeth, aún más conmovida, le respondió muy seria y solemne. Y, finalmente, después de asegurar repetidas veces que el señor Darcy era realmente el hombre elegido por ella; de explicar el cambio paulatino que habían experimentado sus sentimientos por él; de comunicar su certeza de que el amor que le inspiraba no había surgido de la noche a la mañana, sino que había superado la prueba de muchos meses de incertidumbre; y de enumerar con firmeza todas sus buenas cualidades, consiguió vencer la incredulidad de su padre, y reconciliarlo con la idea de la boda.

—Está bien, querida —exclamó el señor Bennet, cuando su hija dejó de hablar—. No tengo nada más que decir. Si ése es el caso, el señor Darcy es digno de ti. No te habría entregado, mi pequeña Lizzy, a ningún hombre de menor valía.

Para completar la impresión favorable, Elizabeth le contó lo que el señor Darcy había hecho *motu proprio* por Lydia. Él la escuchó per plejo.

—¡Ésta es una noche de prodigios, desde luego! De modo que Darcy lo hizo todo: arreglar la boda, poner el dinero, pagar las deudas de ese individuo y conseguirle un puesto en el ejército. Tanto mejor. Me ahorrará infinitos gastos y preocupaciones. Si hubiera sido cosa de tu tío, tendría que pagarle y, por supuesto, lo haría; pero a los jóvenes enamorados les gusta hacerlo todo a su manera. Mañana me ofreceré a pagarle lo que le debo al señor Darcy; él esgrimirá indignado su amor por ti, y el asunto quedará zanjado.

El señor Bennet recordó entonces la turbación de Elizabeth unos días antes, mientras él le leía la carta del señor Collins, y, después de bromear un poco, le dio permiso para que se fuera.

—Si vienen otros jóvenes a pedir la mano de Mary o de Kitty —exclamó antes de que su hija saliera de la biblioteca—, hacedles pasar, tengo tiempo de sobra.

Elizabeth sintió que se le quitaba un gran peso de encima; y, después de media hora de serena reflexión en su dormitorio, se sintió en disposición de unirse a los demás razonablemente tranquila. Todo era demasiado reciente para entregarse al júbilo, pero la velada transcurrió en calma; no había ya nada sustancial que temer, y la naturalidad y la confianza llegarían con el tiempo.

Cuando aquella noche la señora Bennet subió a su gabinete, Elizabeth la siguió para comunicarle la importante nueva. El efecto de sus palabras fue extraordinario, pues, al oírlas, la señora Bennett se quedó paralizada, incapaz de articular una sola sílaba. Y tardó muchos, muchísimos minutos en comprender lo que estaba oyendo; aunque, normalmente, no se resistiera a dar crédito a todo aquello que redundara en beneficio de su familia, o que llegara en forma de pretendiente para alguna de sus hijas. Finalmente empezó a recuperarse, se agitó en su silla, se levantó y volvió a

sentarse, se maravilló y se hizo cruces.

—¡Santo cielo! ¡Válgame Dios! ¿Te das cuenta? ¡Madre mía! ¡El señor Darcy! ¡Quién lo hubiera dicho! ¿Es cierto realmente? ¡Oh, mi adorable Lizzy! ¡Qué importante y qué rica vas a ser! ¡Qué de dinero tendrás para tus gastos! ¡Qué de joyas, qué de carruajes! Lo de Jane no es nada en comparación, nada en absoluto. Me alegro tanto, soy tan feliz. ¡Un hombre tan encantador! ¡Tan guapo y tan alto! ¡Oh, mi querida Lizzy! Perdona que el señor Darcy me haya disgustado tanto hasta ahora. Espero que él lo pase por alto. Querida, querida Lizzy. ¡Una casa en Londres! ¡Todo lo mejor al alcance! ¡Tres hijas casadas! ¡Diez mil libras anuales! ¡Oh, Señor! ¡Qué va a ser de mí! ¡Acabaré volviéndome loca!

Aquello fue suficiente para disipar cualquier duda sobre su aquiescencia; y Elizabeth, encantada de que nadie más hubiera oído sus efusiones, se despidió de ella en seguida. Pero apenas llevaba unos minutos en su habitación cuando vio aparecer a la señora Bennet.

—Querida mía —exclamó—, ¡no puedo pensar en otra cosa! ¡Diez mil libras anuales, y puede que más! ¡No tiene nada que envidiar a un lord! ¡Y una licencia especial! Tendrás que casarte y te casarás con una licencia especial^[*]. Pero, querida mía, dime el plato preferido del señor Darcy para que se lo preparen mañana.

Aquello era un mal presagio de cómo se comportaría su madre con el señor Darcy. Y Elizabeth comprendió que, pese a tener la seguridad del afecto de su prometido y del consentimiento de su familia, aún le quedaba algo por desear. Pero el día siguiente transcurrió mucho mejor de lo que esperaba; porque la señora Bennett, afortunadamente, tenía tanto miedo de su futuro yerno que sólo se atrevió a dirigirse a él para dispensarle alguna atención o mostrar la mayor deferencia ante sus opiniones.

Elizabeth tuvo la satisfacción de ver cómo su padre se esforzaba por intimar con el señor Darcy; y el señor Bennett no tardó en asegurarle que el joven ascendía de hora en hora en la escala de su estima.

—Admiro muchísimo a mis tres yernos —dijo—. Es posible que Wickham sea mi predilecto, pero creo que tu futuro marido me ha llegado a gustar tanto como el de Jane.



Capítulo LX



Elizabeth no tardó en recuperar su buen humor, y quiso que el señor Darcy le contara cómo se había enamorado de ella.

—¿Cómo empezó todo? —le preguntó—. Puedo entender que siguieras desplegando tus encantos después de dar los primeros pasos, pero ¿qué te hizo fijarte en mí?

—Soy incapaz de precisar el momento, el lugar, la mirada o las palabras que sentaron los cimientos. Ha pasado demasiado tiempo. Estaba ya a mitad de camino cuando fui consciente de haberlo emprendido.

—Te habías resistido a mi belleza desde el principio y, en cuanto a mis modales..., mi comportamiento contigo rayaba siempre en la descortesía, y sólo parecía dirigirme a ti para importunarte. Vamos, sé sincero, ¿empecé a gustarte por mi impertinencia?

—Admiraba la viveza de tu ingenio.

—Puedes llamarlo también impertinencia. Era poco menos que eso. El caso es que estabas harto de cumplidos, de deferencias, de obsequiosas atenciones. Te irritaban las mujeres que sólo hablaban y pensaban buscando tu aprobación. Yo desperté tu interés porque no me parecía en nada a ellas. Si no fueras tan bueno y amable, me habrías odiado; pero, a pesar de todos tus esfuerzos por disimularlo, tus

sentimientos han sido siempre nobles y justos; y, en el fondo de tu corazón, despreciabas a las personas que tan asiduamente te cortejaban. Como ves, te he ahorrado la molestia de explicármelo; y lo cierto es que, bien mirado, empiezo a pensar que todo ha sido perfectamente razonable. No hay duda de que no conocías mis cosas buenas, pero nadie piensa en eso cuando se enamora.

—¿Acaso no fuiste cariñosa con Jane cuando estuvo enferma en Netherfield?

—¡Mi querida Jane! ¿Quién no habría hecho lo mismo por ella? Pero considéralo una virtud, si quieres. Mis buenas cualidades las fío a tu cuidado, y eres tú quien debe exagerarlas al máximo. A mí me corresponde, en cambio, aprovechar cualquier ocasión para contrariarte y discutir contigo; y empezaré por preguntar por qué te resististe tanto al final a decirme lo que sentías. ¿Por qué estabas tan cohibido delante de mí la primera vez que nos visitaste y después, cuando comiste en Longbourn? ¿Por qué, cuando venías, ponías especial cuidado en fingir que yo te daba lo mismo?

—Porque te veía seria y silenciosa, y no me dabas ningún ánimo.

—Estaba turbada...

—Y yo también.

—Podías haberme hablado más cuando viniste a almorzar.

—Tendría que haber estado menos enamorado.

—¡Qué lástima que siempre tengas una respuesta razonable, y que yo sea tan razonable para aceptarla! ¡Pero me gustaría saber cuánto tiempo habrías seguido así si las cosas hubieran estado sólo en tu mano! ¡Me gustaría saber cuándo me habrías hablado si yo no te hubiera preguntado! Mi decisión de darte las gracias por tu generosidad con Lydia ha surtido un gran efecto. Demasiado grande, me temo; porque ¿dónde queda la moral si nuestra felicidad se deriva de la ruptura de una promesa? Porque yo no tendría que haber hablado de este asunto. No está bien.

—No tienes por qué angustiarte. La moral está completamente a salvo. Los intentos injustificables de lady Catherine por separarnos disiparon todas mis dudas. Mi felicidad presente no se debe a tus intensos deseos de expresarme tu gratitud. No estaba dispuesto a esperar que fueras tú la que me hablara. Lo que me contó mi tía me infundió esperanzas, y estaba decidido a saberlo todo de una vez por todas.

—Lady Catherine nos ha ayudado muchísimo, lo que debería alegrarla, ya que le encanta ser útil. Pero dime, ¿para qué viniste a Netherfield? ¿Para cabalgar hasta Longbourn y mostrarte cohibido, o con alguna finalidad de más fuste?

—Mi verdadero propósito era verte, y tratar de averiguar si podía albergar alguna esperanza de que me amaras. El propósito expreso, o al menos el que me confesaba a mí mismo, era ver si tu hermana aún tenía debilidad por Bingley, y, en ese caso, comunicárselo a él.

—¿Tendrás el valor suficiente para anunciarle a lady Catherine lo que le espera?

—Creo que necesitaré más tiempo que valor, Elizabeth. Pero es mi obligación y,

si me das una hoja de papel, lo haré ahora mismo.

—Y, si yo no tuviera otra carta que escribir, me sentaría a tu lado para admirar la uniformidad y elegancia de tu letra, como en cierta ocasión hizo otra joven dama. Pero yo también tengo una tía, y no puedo desatenderla.

Elizabeth, movida por sus escasos deseos de confesar lo mucho que se había exagerado su intimidad con el señor Darcy, había estado posponiendo su respuesta a la larga carta de la señora Gardiner; pero, ahora que tenía que comunicarles algo que con seguridad los llenaría de alborozo, se sintió un poco avergonzada al reparar en que sus tíos habían perdido tres días de felicidad, por lo que se apresuró a escribirles lo siguiente:

Le habría dado antes las gracias, mi querida tía, tal como era mi deber, por todos los detalles de su extensa, amable y convincente respuesta; pero, a decir verdad, estaba demasiado enojada para escribir. Daba usted por sentado cosas que no eran ciertas. Pero ahora puede usted dar por sentado todo lo que quiera; no ponga freno a su fantasía, deje volar su imaginación con total libertad, y, a menos que me crea ya realmente casada, no podrá errar en demasía. Escríbame de nuevo en seguida, y alabe al señor Darcy aún más que en su última carta. Le doy las gracias una y mil veces por no haberme llevado a los Lagos. ¡Cómo pude ser tan necia para querer visitarlos! Su idea de los ponis es una delicia. Daremos vueltas por el parque todos los días. Soy la criatura más feliz del mundo. Tal vez otras personas lo hayan dicho antes, pero ninguna con tanta justicia. Soy más feliz incluso que Jane; ella sólo sonrío, yo río a carcajadas. El señor Darcy le envía todo el cariño que pueda escatimarme a mí. Tendrán que pasar todos la Navidad en Pemberley.

Suya, etcétera, etcétera.

La carta del señor Darcy a lady Catherine era de un tenor diferente; y también fue distinta de las anteriores la que envió el señor Bennet al señor Collins, en respuesta a su última misiva:

Estimado señor:

Debo molestarle una vez más para solicitar su enhorabuena. Elizabeth contraerá en breve matrimonio con el señor Darcy. Consuele a lady Catherine cuanto pueda. Pero, si yo fuera usted, me pondría de parte del sobrino. Tiene mucho más que ofrecer.

Suyo afectísimo, etcétera.

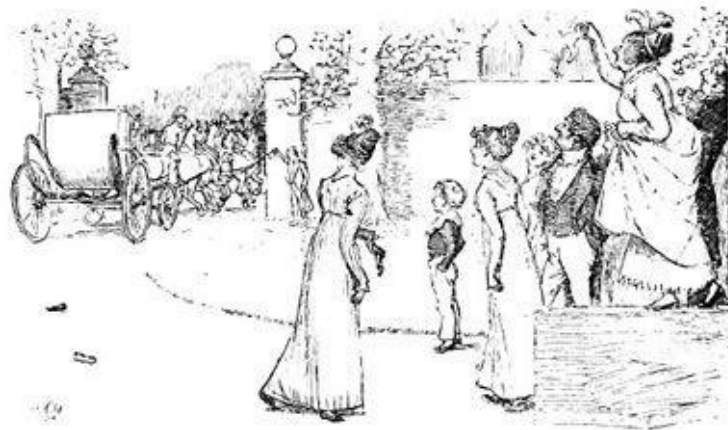
La felicitación de la señorita Bingley a su hermano por su próxima boda fue tan afectuosa como poco sincera. Escribió, asimismo, a Jane para expresarle su alegría y reiterarle sus manifestaciones de cariño. Jane no se engañó, pero se sintió conmovida; y, aunque no confiaba en absoluto en ella, no pudo evitar escribirle una respuesta mucho más cálida de la que merecía.

La alegría de la señorita Darcy al recibir la misma noticia fue tan sincera como la

de su hermano al comunicársela. Cuatro caras de papel fueron insuficientes para contener todo su júbilo, y su vivo deseo de que Elizabeth la quisiera como una hermana.

Antes de que pudiera llegar la respuesta del señor Collins, o la enhorabuena a Elizabeth de su mujer, la familia de Longbourn se enteró de que los Collins iban a presentarse en Lucas Lodge. La razón de este súbito viaje no tardó en hacerse evidente. Lady Catherine se había enfurecido tanto al leer la carta de su sobrino que Charlotte, encantada con el enlace, estaba impaciente por desaparecer hasta que amainase la tormenta. En un momento como aquél, la llegada de su amiga supuso un verdadero placer para Elizabeth, aunque a veces, cuando se veían, no pudiera por menos de pensar que tal placer le estaba saliendo caro, al ver al señor Darcy expuesto a todo el despliegue de servilismo cortés del señor Collins. El señor Darcy, sin embargo, lo soportaba con una calma admirable. E incluso escuchó con la debida compostura a sir William Lucas cuando éste lo halagó diciendo que se llevaba la joya más preciada de aquella parte del país, y le expresó su confianza en que pudieran verse con frecuencia en el Palacio de St. James. Si se encogió de hombros, no lo hizo hasta que sir William estuvo fuera de su vista.

La vulgaridad de la señora Philips fue otro tributo, quizá aún más oneroso, que hubo de pagar su paciencia; y, aunque la señora Philips, al igual que su hermana, sintiera demasiado temor reverencial ante él para permitirse las familiaridades que el buen humor de Bingley alentaba, lo cierto es que sólo abría la boca para decir lugares comunes. Ni siquiera su respeto por él, que la volvía más callada, era capaz de conseguir que resultara más elegante. Elizabeth hizo cuanto pudo por librarlo de los insistentes requerimientos de las dos hermanas, y quería tenerlo todo el tiempo para ella y para los miembros de su familia con quienes podía conversar sin avergonzarse; y, aunque la incomodidad que se derivaba de todo aquello restó bastante encanto a la época del noviazgo, la ayudó también a mirar hacia el futuro con mayor esperanza; y Elizabeth esperaba anhelante el momento en que los dos pudieran cambiar una compañía que tan poco les complacía por todo el bienestar y la elegancia de su círculo familiar en Pemberley.



Capítulo LXI

Bl día en que la señora Bennet hubo de separarse de sus dos hijas mejores vio colmados sus sentimientos maternos. Cabe imaginar la satisfacción y el orgullo con que después visitaba a la señora Bingley y hablaba de la señora Darcy. Me gustaría poder decir, por el bien de su familia, que el hecho de haber conseguido casar a tres de sus hijas —lo que más deseaba en este mundo— tuvo el resultado feliz de convertirla en una mujer sensata, inteligente y amable para lo que le quedaba de vida; aunque posiblemente fuera una suerte para su marido —que tal vez no habría sabido disfrutar de una felicidad doméstica tan insólita— que ella siguiera padeciendo de vez en cuando de los nervios y se mostrara invariablemente necia.

El señor Bennet echaba muchísimo de menos a su segunda hija; el cariño que sentía por ella era lo que más a menudo le sacaba de Longbourn. Le encantaba ir a Pemberley, sobre todo cuando menos le esperaban.

El señor Bingley y Jane se quedaron en Netherfield sólo un año. Residir tan cerca de su madre y de sus parientes de Meryton no era deseable ni para el carácter complaciente de él ni para el corazón afectuoso de ella. La mayor aspiración de las hermanas del señor Bingley se vio pronto satisfecha: su hermano compró tierras en un condado limítrofe de Derbyshire; y Jane y Elizabeth, a todos sus motivos de felicidad, añadieron el hecho de vivir a una distancia de menos de cincuenta kilómetros una de otra.

Kitty sacó partido de la situación, y pasaba la mayor parte del tiempo en casa de sus dos hermanas mayores. Al verse inmersa en una sociedad muy superior a la que había conocido, hizo grandes progresos. No era tan rebelde como Lydia y, libre de su influencia, llegó a ser —con el debido cuidado y gobierno— mucho menos irritable, ignorante y anodina. No la dejaban acercarse a Lydia, y, aunque la señora Wickham la invitaba con frecuencia a pasar temporadas con ella, prometiendo llevarla a bailes y

presentarle jóvenes, su padre nunca le permitía ir.

Mary era la única hija que seguía viviendo en casa; y, como la señora Bennet era incapaz de estar sola, tuvo que olvidarse de perfeccionar su espíritu y su inteligencia. La joven se vio obligada a mezclarse más con el mundo, pero continuó emitiendo juicios morales sobre todas las visitas matinales; y, al no tener que sufrir más comparaciones entre su belleza y la de sus hermanas, su padre tenía la sospecha de que se había adaptado a la situación sin demasiada resistencia.

En cuanto a Lydia y a Wickham, su forma de ser no experimentó variación alguna con el casamiento de sus hermanas. Él se tomó con filosofía que Elizabeth conociera todos los detalles de la ingratitud y falsedad de su vida pasada; y, a pesar de ello, no perdió la esperanza de convencer a Darcy para que hiciera de él un hombre adinerado. La carta de felicitación que recibió Elizabeth de Lydia con motivo de su boda le explicaba que, si no el propio Wickham, al menos ella seguía abrigando esa esperanza. La carta decía lo siguiente:

Mi querida Lizzy:

Te deseo mucha felicidad. Si amas al señor Darcy la mitad de lo que yo amo a mi querido Wickham, seguro que eres muy dichosa. Es un gran consuelo que seas tan rica y, cuando no tengas nada más que hacer, espero que te acuerdes de nosotros. Estoy convencida de que a Wickham le encantaría un puesto en la corte^[*], y no creo que vayamos a tener dinero suficiente para vivir sin un poco de ayuda. Cualquier puesto de unas trescientas o cuatrocientas libras anuales sería aceptable; pero no le hables de esto al señor Darcy si no lo juzgas oportuno.

Tuya, etcétera.

Comoquiera que Elizabeth no lo juzgaba en absoluto oportuno, en su respuesta trató de poner fin a todo ruego y expectativa de esa naturaleza. Con frecuencia, sin embargo, cuando podía echarles una mano, les enviaba algo de lo que ahorraba en sus gastos personales. Nunca había perdido de vista que unos ingresos como los suyos, en manos de dos personas tan derrochadoras y caprichosas, amén de despreocupadas por el futuro, tenían que ser insuficientes para costear sus necesidades; y, cada vez que cambiaban de acuartelamiento, Jane o ella recibían invariablemente su petición de ayuda para pagar las facturas pendientes. Su forma de vida, incluso cuando se restableció la paz y se vieron obligados a tener una casa propia, era en extremo desordenada. Se mudaban continuamente de un sitio a otro en busca de un domicilio más barato, y gastaban siempre por encima de sus posibilidades. El afecto de Wickham por Lydia no tardó en convertirse en indiferencia; el de ella duró un poco más, y, a pesar de su juventud y de sus modales, conservó todo el derecho a la respetabilidad que le había conferido su matrimonio.

Si bien Darcy no recibió nunca a Wickham en Pemberley, lo ayudó, por amor a Elizabeth, a progresar en su profesión. Lydia iba a verlos de tanto en tanto, cuando su

marido se marchaba a Londres o a Bath a divertirse. A los Bingley solían visitarlos los dos, y a veces se quedaban tanto tiempo que agotaban el buen humor de su anfitrión, que llegaba incluso a *hablar* de lanzarles una indirecta para que se fueran.

La señorita Bingley se sintió profundamente dolida por el matrimonio de Darcy; pero, como juzgó conveniente seguir teniendo derecho a visitar Pemberley, dejó a un lado el resentimiento; se mostró más cariñosa que nunca con Georgiana, casi tan atenta como antes con Darcy, y pagó todas sus deudas de cortesía con Elizabeth.

Pemberley era ahora el hogar de Georgiana; y el cariño entre ambas cuñadas fue exactamente el que Darcy esperaba. Las dos llegaron a quererse tanto como habían deseado. Georgiana no podía tener mejor opinión de Elizabeth, aunque al principio escuchara con un asombro rayano en la alarma el tono jocoso y desenfadado con que se dirigía a su marido. Ella, que siempre había mirado a su hermano con un respeto que superaba casi su afecto, lo veía ahora como blanco de sus bromas. Y aprendió cosas que hasta entonces nadie le había enseñado. Guiada por Elizabeth, empezó a comprender que una mujer puede tomarse libertades con su marido que un hermano no siempre permite a una hermana casi diez años menor que él.

Lady Catherine se indignó sobremanera con el matrimonio de su sobrino; y, al dar rienda suelta a su franqueza proverbial, en respuesta a la carta en la que éste le comunicaba su decisión, profirió tales insultos, dirigidos especialmente a Elizabeth, que por un tiempo cesó toda relación. Pero a la larga, y gracias a los buenos oficios de Elizabeth, Darcy se convenció de la necesidad de perdonar la ofensa y buscar la reconciliación. Tras vencer una pequeña resistencia por parte de su tía, el resentimiento de ésta cedió, bien por cariño por él, bien por la curiosidad de ver cómo se comportaba su mujer; y se dignó visitarlos en Pemberley, pese a la contaminación de sus bosques no sólo por la presencia de semejante dueña sino también por las visitas de sus tíos de Londres.

Con los Gardiner tuvieron siempre unas relaciones inmejorables. Darcy, al igual que Elizabeth, los quería de veras; y nunca dejaron de albergar la más cálida gratitud por quienes, al llevar a su sobrina a Derbyshire, les habían unido para siempre.



JANE AUSTEN nació en 1775 en Steventon, séptima de los ocho hijos del rector de la parroquia. Educada principalmente por su padre, empezó a escribir de muy joven, para recreo de la familia: una muestra de sus escritos juveniles, fantasiosos y humorísticos, se encuentra en *Amor y amistad*, y, de una forma ya más elaborada, en *Lady Susan* y *Los Watson*. A los veintitrés años envió a los editores el manuscrito de *La abadía de Northanger*, que fue rechazado. Trece años después, en 1811, conseguiría publicar *Juicio y sentimiento* de la que se hicieron dos ediciones y a la que siguieron *Orgullo y prejuicio* (1813), *Mansfield Park* (1814) y *Emma* (1816), que obtuvieron un gran éxito. Después de su muerte, acaecida prematuramente en 1817 y que le impidió concluir su novela *Sanditon*, aparecería, junto con la inédita *La abadía de Northanger*, *Persuasión* (1817). Satírica, antirromántica, profunda y tan primorosa como mordaz, la obra de Jane Austen nace toda ella de una inquieta observación de la vida doméstica y de una estética necesidad de orden moral. «La Sabiduría –escribió una vez– es mejor que el Ingenio, y a la larga tendrá sin duda la risa de su parte.»

Notas

[*] 29 de septiembre. *[Esta nota, como las siguientes, es de la traductora.]* <<

[*] Lo habitual era bailar dos piezas seguidas —que duraban una media hora— con la misma pareja. <<

[**] Danza de origen francés. <<

[*] Un rico comerciante nunca tenía la distinción de un rico terrateniente. <<

[*] Casi cinco veces más que sus hermanas. En aquella época, los hijos varones heredaban casi toda la fortuna familiar. <<

[**] Tenía, pues, veintitrés años. <<

[*] Se refiere a Jane. La hija mayor tenía el privilegio de ser conocida por el apellido. Las demás hermanas anteponían siempre a éste el nombre propio. <<

[*] Población más importante de la zona. <<

[**] Para recibir el título de sir. <<

[*] Dos juegos de naipes muy populares en la época. Posible error de la autora al no escribir *vingt-et-un*. <<

[*] En el original, *milliner's shop*, tienda en la que, además de sombreros, se vendían toda clase de prendas de vestir femeninas. <<

[*] Por lo general, tiendas que prestaban libros a aquellos que pagaban una suscripción. El hecho de que los oficiales estuvieran allí no significa que fueran amantes de la lectura, pues en ellas se vendían otros artículos. <<

[*] Además de preparar y vender medicamentos, los boticarios de la época trataban las enfermedades más corrientes. <<

[*] En la segunda mitad del siglo XVIII se convirtió en signo de distinción hacer las principales comidas muy tarde. Así, había hogares en los que se almorzaba a las ocho de la tarde y se cenaba a la una de la madrugada. La situación llegó a ser verdaderamente absurda, tal como relata Horace Walpole en sus *Letters to Mann*, vol. 3. <<

[*] La cocina francesa hacía furor entre los más elegantes. <<

[*] En la City de Londres, la parte más antigua de la ciudad, donde sólo vivían quienes se dedicaban al comercio. Para ridiculizar esa actividad, la señora Hurst elige ese nombre, y no otro de la zona, porque *Cheapside* significa, literalmente, «lado barato». <<

[*] Elegante juego de naipes al que podían jugar entre tres y ocho personas. <<

[*] Sala de estar que solía utilizarse por las mañanas. <<

[*] Juego de naipes para dos personas sumamente complejo y absorbente. <<

[*] El colmo de la sofisticación en la Inglaterra de aquellos días. <<

[*] Comentario sarcástico de la señorita Bingley, ya que existía un abismo entre la profesión de juez y la de abogado. En aquellos tiempos, no había más de quince jueces en toda Inglaterra, y formaban la cúspide del sistema legal. Se ocupaban sólo de ciertos casos de extrema gravedad. <<

[*] Sopa muy apreciada en las fiestas. <<

[*] El hecho de que tarde quince días en hacer algo que considera urgente es una prueba de la indolencia del señor Bennet. <<

[*] Las jóvenes de la aristocracia eran presentadas en sociedad a los diecisiete o dieciocho años. Se trataba de una ceremonia muy solemne en el palacio de St. James que culminaba con una reverencia ante el monarca. <<

[*] *Sermons to Young Women* [Sermones para mujeres jóvenes] (1766), de James Fordyce, un libro muy leído en la época. <<

[*] Oxford o Cambridge, donde se preparaba al clero anglicano. Se concedían algunas becas a alumnos con dificultades económicas, lo que tal vez explicaría la presencia del señor Collins. <<

[**] Cargo eclesiástico al que va aneja una renta. <<

[*] Sencillo juego de naipes para un número indeterminado de personas. <<

[*] Otra buena razón para unirse a la milicia, y que Wickham no menciona, es que era muy fácil y barato enrolarse en ella, pues, al no gozar del prestigio del ejército regular, tenía dificultades para encontrar oficiales. Otro de sus atractivos era que sus integrantes llevaban una vida muy relajada. <<

[*] Se refiere al arzobispo de Canterbury, cabeza de la Iglesia anglicana. <<

[*] Se refiere a la señorita Bingley, la persona encargada de agasajar a los invitados.

<<

[*] Un tipo de bonos del Estado. <<

[*] Ciudad del norte de Inglaterra, muy lejos del lugar de residencia de los Bennet. <<

[*] Una de las calles más elegantes de la ciudad. <<

[*] Puesto que, tras la muerte de sus padres, serían ellos quienes tendrían que encargarse de su manutención. <<

[*] Es decir, en la parte comercial de la ciudad (*The City*). Debido al ruido, al humo y a los malos olores, los comerciantes más adinerados residían en barrios más elegantes, en la zona oeste de Londres. <<

[*] No era infrecuente que un clérigo ocupara más de un beneficio eclesiástico. <<

[*] Un criado al que llaman por su apellido, lo que significa que era de alto rango, posiblemente el mayordomo. <<

[*] Fluoruro cálcico, mineral con el que se fabricaban costosas piezas de decoración, como urnas y jarrones. <<

[*] Donde se podían casar los menores de edad sin autorización paterna. <<

[*] Principal destino de los ingleses que deseaban contraer matrimonio en Escocia, pues era la primera población que encontraban después de cruzar el principal paso fronterizo con Inglaterra. <<

[**] El sistema de peaje fue introducido en el siglo XVII. El dinero así obtenido se utilizaba para el mantenimiento de los caminos, cuyo estado era normalmente penoso.

<<

[*] El Londres de la época tenía más de un millón de habitantes, por lo que era un lugar donde resultaba muy fácil esconderse. <<

[*] Los duelos seguían siendo frecuentes en la época. <<

[*] Pequeña y tranquila población costera a unos treinta kilómetros de Brighton. <<

[*] Cuando el heredero de un dominio vinculado alcanzaba la mayoría de edad y el propietario —en este caso el señor Bennet— seguía con vida, ambos podían transformarlo en un dominio libre; aunque fuera en detrimento suyo, favorecía a los demás miembros de la familia. <<

[*] Fecha en que se abría la temporada de caza. <<

[*] El Pequeño Teatro de Haymarket, inaugurado en 1720, sólo podía estar abierto al público desde mediados de junio hasta mediados de septiembre, cuando cerraban sus puertas los otros dos teatros de la ciudad —el Covent Garden y el Drury Lane—, más grandes e importantes. <<

[**] Las bodas sólo podían celebrarse entre las 8 a.m. y las 12 a.m. <<

[*] La tarifa oficial eran 400 libras, pero es muy probable que en el caso de Wickham se pagara más dinero, pues existía un mercado privado de lo más activo. Esto escandalizaba a los reformistas que lograron acabar con este sistema de «reventa» bien entrado el siglo XIX. <<

[*] Exactamente un año después de haberse instalado allí. <<

[**] Un ejemplo de la ignorancia de la señora Bennet, pues Newcastle, importante centro industrial y minero, era ya una de las ciudades más grandes de Inglaterra. <<

[*] En el siglo XVIII, el interés cada vez mayor por la Edad Media y el arte gótico puso de moda la construcción de ermitas falsas, lo más sencillas y rústicas posible, en los lugares más recónditos de las grandes propiedades. Para darles mayor realismo, llegaban incluso a colocar figuras de ermitaños de cera, o a contratar personas que tenían que vivir con la austeridad de un monje y a las que no permitían cortarse ni las uñas ni el pelo. <<

[*] Las sombras harían referencia a las tierras boscosas de Pemberley, y no a los antepasados del señor Darcy, como a veces se ha sugerido. <<

[*] Alusión al Salmo 128, 3 : «Tu esposa, como parra fecunda, / dentro de tu casa; / tus hijos, como brotes de olivo, /en torno a tu mesa». <<

[*] Una licencia concedida por el arzobispo de Canterbury, cabeza de la Iglesia anglicana, que permitía a los más ricos y poderosos casarse donde y cuando lo desearan. <<

[*] Unidades militares muy prestigiosas y bien pagadas. <<